

Joyas al Sol

Nora Roberts

Trilogía irlandesa 1
Saga de los Gallaghers de Ardmore

Para Ruth Ryan Lagan

*¡Ven, oh, criatura humana!
a los bosques y aguas solitarias
con un hada en cada mano
pues hay más llanto en el mundo del que puedes
comprender.*

W. B. Yeats

CAPÍTULO 1

Evidentemente, sin lugar a dudas, había perdido la cabeza. Siendo psicóloga, debería saberlo.

Todos los indicios apuntaban a ello, habían estado ahí, rondándole y pululando durante meses. Los nervios a flor de piel, el mal humor, la tendencia a soñar despierta y a despistarse. Había tenido falta de motivación, de energía, de determinación.

Sus padres le habían comentado, con la delicadeza que les caracterizaba: «Venga, tú puedes hacerlo mejor, Jude». Sus compañeros de trabajo habían empezado a mirarla disimuladamente, con una discreta compasión aun manifiesto desagrado. Había llegado a detestar su trabajo, a sentirse molesta con sus alumnos, a sacarles una docena de insignificantes faltas a sus amigos y familiares, a sus compañeros de trabajo y superiores.

Cada mañana, la simple tarea de levantarse de la cama y vestirse para las clases del día había adquirido la magnitud de escalar una montaña. Peor aún, una montaña por la que no sentía interés alguno ni en veda de lejos, y menos en escalada.

Y luego vino el comportamiento precipitado e impulsivo. Ah, sí, eso resultó ser el indicio determinante. La equilibrada Jude Frances Murray, de una de las ramas más sólidas de los Murray de Chicago, hija sensata y abnegada de los médicos Linda y John K. Murray, había dejado su trabajo.

No es que se tomase un año sabático en la universidad, no es que se pidiera unas semanas de permiso, sino que había dejado su trabajo, justo en mitad del semestre.

¿Por qué? No tenía ni la menor idea.

Había sido una sorpresa tanto para ella como para el decano, para sus compañeros y sus padres.

¿Acaso había reaccionado de ese modo hace dos años cuando su matrimonio se había ido a pique? Por supuesto que no. Simplemente había seguido con su rutina: sus clases, sus estudios, sus citas. Todo había marchado sobre ruedas incluso mientras incluía en su agenda las citas con los abogados y archivaba ordenadamente los papeles que simbolizaban el final de una unión.

No es que hubiera existido mucha unión, ni siquiera que hubiera habido muchas dificultades para los abogados en legalizar el fin de la relación. Un matrimonio que había durado poco menos que ocho meses no generaba muchos líos ni problemas. Ni pasión.

Fue precisamente la pasión, supuso Jude, lo que había faltado. Si la hubiera tenido, William no habría abandonado su piso para irse con otra mujer casi antes de que el ramo nupcial de flores se marchitara.

Pero no tenía sentido darle vueltas al asunto en este preciso instante. Ella era lo que era. O había sido lo que era, se corrigió. Y sólo Dios sabía lo que era ahora.

Ese quizás ése era el problema, pensó. Había estado al límite, se había asomado al oscuro y vasto mar de uniformidad, de monotonía y de tedio que formaba parte de Jude Murray. Había girado los brazos, retrocedido precipitadamente del borde, y se había ido corriendo y gritando.

No era nada habitual en ella.

Al pensarlo, le daban unas palpitaciones tan fuertes que se preguntaba si podía ser un infarto, y esto sería la gota que colmara el vaso.

“CATEDRÁTICA AMERICANA HALLADA MUERTA EN UN VOLVO ALQUILADO”

Sería un obituario extraño. Quizás llegaría a publicarse en el *Irish Times*, que a su abuela tanto le gustaba leer. Por supuesto que sus padres se quedarían atónitos. Era una muerte tan indecorosa, pública, embarazosa. Completamente inapropiada.

Naturalmente también se quedarían afligidos, pero sobre todo estarían desconcertados. ¿En qué demonios estaría pensando la chica al irse a Irlanda cuando tenía una próspera carrera y un precioso piso a orillas del lago?

Lo achacarían a la influencia de la abuela.

Y claro, tendrían razón, al igual que la tuvieron desde el momento en que fue concebida en un apareamiento de muy buen gusto, precisamente un año después de la boda.

Aunque no estaba dispuesta a imaginárselo, Jude estaba segura de que las relaciones sexuales de sus padres eran siempre de un gusto exquisito y precisas. Un poco como los ballets tradicionales de buena coreografía que tanto les gustaban.

¿Y qué hacía sentada en un Volvo alquilado, con el maldito volante en el maldito lado contrario del coche, y pensando en las relaciones sexuales de sus padres?

Lo único que podía hacer era presionar los párpados hasta que la imagen se desvaneciera.

Esto, se dijo a sí misma, era justo el tipo de cosas que sucedían cuando uno se volvía loco.

Respiró hondo una vez, después otra. Oxígeno para despejar y tranquilizar la mente. Tal como lo veía, ahora le quedaban dos posibilidades. Podría sacar las maletas del coche, entrar en el aeropuerto de Dublín, devolver las llaves al de la agencia de alquiler, de pelo color rojizo zanañoria y sonrisa kilométrica, y reservar un vuelo de regreso a casa.

Por supuesto que ya no tenía trabajo, pero podía vivir de su cartera de acciones tan ricamente durante algún tiempo, gracias a Dios. Tampoco tenía ya el apartamento porque se lo había alquilado a esa simpática pareja para los próximos seis meses, aunque si decidiese volver a casa, se podría quedar con la abuela durante un tiempo.

Y la abuela la miraría con esos preciosos ojos de color

azul apagado, llenos de decepción. Jude, querida, siempre llegas al límite del deseo de tu corazón. ¿Porqué nunca puedes dar ese último paso?

«No lo sé. No lo sé» Abatida, Jude se tapó la cara con las manos y se balanceó. «Fue idea tuya que yo viniese aquí, no mía. ¿Qué voy a hacer en la casa de campo de Faerie Hillen los próximos seis meses? Ni siquiera sé cómo conducir el maldito coche.»

Estaba a punto de romper en llanto. Sentía cómo le invadía la garganta, le zumbaba en los oídos. Antes de verter la primera lágrima, echó hacia atrás la cabeza, cerró los ojos con fuerza y se maldijo. Las lloreras, pataletas, sarcasmo y otros comportamientos por el estilo constituían únicamente diversos mecanismos de defensa. La habían educado para entender estos comportamientos, la habían enseñado a reconocerlos. Y no iba a caer en ello.

«Pasa a la siguiente escena, Jude, idiota patética. Hablando contigo misma, llorando en un Volvo, demasiado indecisa, demasiado paralizada para arrancar el coche y partir, maldita seas.»

Volvió a resoplar y enderezó los hombros.

«Segunda opción», dijo entre dientes. «Termina lo que has empezado.»

Le dio a la llave de contacto y, rezando una oración para no matar ni herir a nadie, incluida ella misma, durante el viaje, sacó el coche con cuidado.

Cantaba, sobre todo para no chillar; cada vez que llegaba a uno de esos círculos en la autopista a los cuales los irlandeses denominaban, alegremente, «glorietas». La cabeza le dejaba de funcionar, confundía la izquierda con la derecha, se imaginaba embistiendo el Volvo contra media docena de transeúntes y cantaba a pleno pulmón cualquier melodía que asaltaba su aterrorizado cerebro.

De camino por la ruta del sur, de Dublín hasta el condado de Waterford, gritó melodías de programas, vociferó canciones de los pubs irlandeses y, a las afueras de la población de Carlow, donde logró salvarse de milagro, cantó el estribillo de Brown Sugar tan estridentemente que el mismísimo Mick Jagger sentiría vergüenza ajena.

A continuación, se calmó un poco. Quizás el ruido hubiese horrorizado tanto a los dioses del viajero que se refrenaron y no le interpusieron más coches en su camino. Quizás fueran los santuarios omnipresentes dedicados a la Santísima Virgen que ocupaban el borde de la carretera. En cualquier caso, Jude empezó a conducir normalmente y casi a pasárselo bien.

Una tras otra, las verdes colinas ondulantes resplandecían bajo un sol que brillaba como el corazón de las conchas y se adentraban cada vez más en las sombras de las oscuras montañas. El macizo montañoso se perfilaba contra el cielo jaspeado de nubes grisáceas y una luz nacarada, más propia de un cuadro que de la realidad.

Cuadros tan espléndidamente pintados que cuando los contemplabas durante bastante tiempo, sentías deslizarte por ellos, fundiéndote en los colores y formas y en la escena que algún maestro había creado de su propio brillo.

Eso era lo que veía, cuando se atrevió a apartar la mirada de la carretera. Brillo y una belleza sobrecogedora y deslumbrante que desgarraba el corazón a la vez que lo aliviaba.

En los prados de color verde, un verde irreal, irrumpían los laberínticos muros de agrestes setos o las filas de raquíuticos árboles. Vacas de piel moteada y ovejas lanudas pacían perezosamente, unas figuras sobre los tractores atravesaban los campos. Aquí y allá, los campos estaban salpicados por casas de color crema y blanco, donde la ropa ondeaba en tenderetes y las flores de los jardines estallaban en colores salvajes y naturales.

Entonces, de forma maravillosa, inexplicable, aparecían los antiguos muros de una abadía en ruinas, que permanecían orgullosos y desmoronados, recortados contra los campos y el cielo resplandeciente, a la espera de que llegara su momento.

¿Qué sentiría, se preguntó, si atravesara el campo y subiera por los lisos y resbaladizos peldaños que aún permanecen entre esas piedras derruidas? ¿Sentiría, podría sentir, aquellos pasos que habían pisado aquellos mismos peldaños durante siglos? ¿Podría oír, tal como su abuela aseguraba, si únicamente se parase a escuchar la música y las voces, el estrépito de las batallas, el llanto de las mujeres y la risa de los niños que yacían muertos hacía mucho tiempo?

No creía en todo eso, por supuesto. Pero allí, con esa luz, con ese aire, parecía casi posible.

Desde la grandiosidad de las ruinas hasta lo más sencillo y bello, la tierra se extendía y se ofrecía. Tejados de paja, cruces de piedra, castillos y, a continuación, pueblos de calles angostas y señales en gaélico.

Una vez llegó a ver a un anciano que caminaba con su perro a un lado de la carretera, donde la hierba se elevaba y una pequeña señal advertía de la presencia de gravilla suelta. Tanto el hombre como el perro llevaban gorros marrones que le parecieron increíblemente entrañables. Grabó esa imagen en la cabeza durante mucho tiempo, envidiando su libertad y la simplicidad de su rutina.

Pasearían todos los días, se imaginaba, lloviese o saliese el sol, y después regresarían y el anciano tomaría una taza de té en alguna preciosa casita de campo, con tejado de paja y un jardín bien cuidado. El perro tendría su propia caseta, pero la mayor parte del tiempo estaría junto a la chimenea, a los pies de su amo, hecho un ovillo.

Deseaba pasear también por esos campos con un perro fiel. Sencillamente caminar y seguir caminando hasta que le apeteciera sentarse. Y sentarse y seguir sentada hasta que le apeteciera levantarse. Era una idea que la fascinaba. Hacer lo que deseara cuando quisiese, a su manera y a su ritmo.

Esa sencilla libertad cotidiana le resultaba tan ajena. Su gran temor era que finalmente pudiese encontrar la libertad, pellizcar su borde plateado con la punta de los dedos, y acabar pifiándola.

Mientras la carretera serpenteaba y zigzagueaba por la

costa de Waterford, ella vislumbraba el vasto mar, de seda azul que perfilaba el horizonte, un mar de verde y gris turbulento que arremetía contra una amplia y arenosa curva de la playa.

La tensión en sus hombros comenzó a desaparecer. Las manos se le relajaron poco a poco en el volante. Ésta era la Irlanda de la que su abuela le había hablado: el color, el drama y la paz que se respiraba. Y esto, suponía Jude, era la razón por la que finalmente había venido a descubrir dónde nacían sus raíces, antes de arrancarlas y volver a sembradas al otro lado del Atlántico.

Ahora se alegraba de no haberse arrepentido ante la puerta de embarque y volver corriendo a Chicago. ¿Acaso no había logrado conducir la mayor parte del recorrido de tres horas y media sin sufrir ni un solo percance? No había incluido el pequeño problema de la glorieta de Waterford City, a la que había rodeado tres veces para luego casi arremeter contra un coche lleno de turistas tan aterrorizados como ella.

Al fin y al cabo, todos habían logrado salir ilesos.

Ya casi había llegado. Las señales para el pueblo de Ardmore así lo indicaban. Sabía por el mapa, que su abuela le había dibujado con esmero, que Ardmore era el pueblo más cercano a la casa de campo. Ahí es a donde iría para conseguir provisiones y lo que fuese.

Naturalmente, su abuela también le había dado una lista impresionante de nombres, de personas a las que debía visitar, de familiares lejanos a los que debía presentarse.

«Todo eso», decidió Jude, «podría esperar».

«Imagina», reflexionó, «¡no tener que hablar con nadie durante varios días seguidos! No ser interrogada y tampoco que esperasen de una conocer las respuestas. No tener que mantener conversaciones sobre trivialidades en los actos de la facultad. Ningún horario al que atenerse».

Tras un momento de glorioso placer al pensar en la idea, el corazón le palpitó de pánico. Por el amor de Dios, ¿qué es lo que iba a hacer durante seis meses?

No tenían por qué ser seis meses, se recordó a sí misma, poniéndose tensa nuevamente. No era una ley. No la arrestarían en la aduana si regresaba después de seis semanas. O seis días. O seis horas, si viniese al caso.

Y como psicóloga, debería saber que su mayor problema radicaba en procurar estar a la altura de las expectativas. Incluidas las suyas propias. Aunque admitía que se le daba mejor la teoría que la acción, iba a cambiar eso ahora mismo y durante todo el tiempo que permaneciese en Irlanda.

Se calmó de nuevo, encendió la radio. El torrente de gaélico que salía de la radio la dejó atónita, manipulando los botones para encontrar algo en inglés y cogiendo el desvío hacia Ardmore, en vez de la carretera que subía a Tower Hill hasta su casa de campo.

Tan pronto como se dio cuenta de su error, las pesadas nubes se abrieron de golpe, como si un gigante hubiese hincado un cuchillo en su corazón. La lluvia arremetía

contra el techo y caía torrencialmente sobre su parabrisas mientras intentaba encontrar el botón del limpiaparabrisas.

Aparcó en el arcén y esperó mientras los limpiaparabrisas apartaban la lluvia alegremente.

El pueblo se situaba al extremo sur del condado, rozando el Mar Céltico y la Bahía de Ardmore. Podía oír el sonido estruendoso del agua contra la orilla mientras la tormenta se desataba con furia a su alrededor, apasionada y poderosa. El viento golpeaba las ventanas, aullaba en tono amenazador entre los pequeños recovecos donde se escondía.

Se había imaginado paseando por el pueblo, familiarizándose con él, sus lindas casas, sus pubs atestados de humo y gente, los dramáticos acantilados, los campos verdes, y caminando por la playa de la que su abuela le había hablado.

Pero en su fantasía, había sido una bonita tarde soleada, en la que los habitantes del pueblo empujaban a los bebés de mejillas sonrosadas en sus carritos, y hombres de ojos seductores la saludaban inclinando sus gorras.

No se había imaginado una tormenta de primavera, repentina y violenta, provocando ráfagas de viento y calles desiertas. Quizás no viva nadie aquí, pensó. Quizás era una especie de [Brigdoon](#) y ella se había dejado caer en el siglo equivocado.

Otro problema, se dijo a sí misma, era su imaginación, que tenía que controlar con regularidad de manera angustiosa.

Por supuesto que vivía gente aquí, sólo que eran lo suficientemente listos como para refugiarse de la lluvia como alma que se lleva el diablo: Las casas eran bonitas, alineadas como damas con flores a sus pies. Flores que, según había observado, estaban siendo vapuleadas en ese instante.

No había razón alguna para no esperarse otra tarde soleada en el pueblo como la que se había imaginado. Además ahora estaba cansada, tenía un leve dolor de cabeza de la tensión y sólo deseaba entrar en algún sitio cálido y acogedor.

Salió del arcén con cuidado y condujo lentamente bajo la lluvia, muerta de miedo por si volvía a pasarse el desvío.

No se había percatado de que conducía por el lado equivocado de la carretera, hasta que logró evitar por los pelos una colisión frontal. O, para ser más exactos, cuando el coche que venía de frente se desvió, virando bruscamente y pitándole. Sin embargo, encontró el desvío adecuado que, se dijo, hubiera sido imposible pasárselo por la aguja de piedra de la gran torre circular que coronaba la colina. Se alzaba, a través de la lluvia, protegiendo la antigua catedral de San Declan sin tejado, y todas las tumbas marcadas con lápidas inclinadas y desniveladas.

Por un momento creyó ver a un hombre allí, vestido de plata, que brillaba débil y cristalinamente bajo la lluvia. Y por forzar la vista, estuvo a punto de salirse de la carretera. En esta ocasión los nervios la impidieron cantar. El corazón le latía con demasiada fuerza como para

permitírselo. Las manos le temblaban al avanzar paulatinamente, intentando ver dónde estaba el hombre y lo que hacía. Pero no había nada más que la gran torre, las ruinas y los difuntos.

Por supuesto, no había nadie allí, se dijo. Nadie se iba a quedar en un cementerio en mitad de una tormenta. Tenía la vista cansada, le estaba jugando una mala pasada. Simplemente necesitaba llegar a un sitio caliente y seco y recobrar el aliento.

Cuando la carretera se estrechó hasta convertirse en poco más que un camino de barro flanqueado por setos, que alcanzaban la altura de un hombre, creyó estar totalmente perdida y desesperada. El coche daba botes y tumbos por los surcos, mientras procuraba encontrar algún sitio donde pudiese dar la vuelta y regresar.

En el pueblo encontraría refugio y seguramente alguien se apiadaría de una americana descerebrada que se había perdido.

Había un pequeño y lindo muro de piedra cubierto por algún tipo de zarza que hubiera parecido pintoresco en cualquier otro momento, y luego una explanada estrecha, que resultó ser el intento de alguien por construir una entrada, pero ya se había alejado demasiado cuando reparó en lo que era, y estaba demasiado aterrorizada como para intentar retroceder y hacer maniobras en el barro.

La carretera ascendía y los surcos se asemejaban cada vez más a las cunetas. Tenía los nervios a flor de piel, sus dientes castañetearon al esquivar otro bache y se planteó seriamente detenerse donde estaba, esperar a que alguien pasara y la remolcara de vuelta hasta Dublín.

Dejó escapar un suspiro de alivio cuando vio otra explanada. Se metió bruscamente en ella, con el coche aún de una pieza. A continuación, sin más, recostó la cabeza sobre el volante.

Estaba desorientada, cansada, tenía hambre y sentía la necesidad imperiosa de ir al baño desesperadamente. Ahora tendría que bajarse del coche en mitad de la lluvia torrencial y llamar a la puerta de algún desconocido. Si le dijiesen que la casa estaba a más de tres minutos, tendría que pedirles permiso para usar el cuarto de baño.

Bueno, a los irlandeses se les conocía por su fama de hospitalarios, por lo que dudaba que le negaran la entrada y tuviera que aliviarse en los setos. De todas formas, no quería que la vieran con ojos de loca y desesperada.

Inclinó el espejo retrovisor y observó que sus ojos, que normalmente eran de un verde sosegado y tranquilo, efectivamente parecían los de una loca. La humedad le había encrespado el pelo como si tuviera un salvaje matorral de color madera sobre la cabeza. Tenía la piel mortecina, una combinación de ansiedad y fatiga, pero no tenía la energía para sacar el maquillaje e intentar arreglar su mal aspecto.

Procuró esbozar una simpática sonrisa, logrando sacar a relucir los hoyuelos de sus mejillas.

«Tengo la boca demasiado ancha», reflexionó, «y mis ojos resultan demasiado grandes, así que más que una sonrisa

parece una mueca».

Pero era todo lo que podía hacer.

Agarró el bolso y abrió la puerta de un empujón para encontrarse con la lluvia.

Al hacerlo, observó un movimiento tras la ventana— del segundo piso. Apenas un ligero movimiento de la cortina que la hizo mirar hacia arriba. La mujer iba vestida de blanco y tenía el pelo muy pálido, que caía en suntuosas ondas por los hombros y el pecho. A través de la cortina gris de la lluvia, sus ojos se encontraron brevemente, nada más que un instante, y a Jude le dio la impresión de una gran belleza y tristeza.

Después la mujer desapareció y sólo quedó la lluvia.

Jude se estremeció. La humedad y el viento le calaron hasta los huesos. Y sacrificó su dignidad, corriendo con pasos largos hasta una bonita verja blanca, que daba a un diminuto jardín ensalzado por los ríos de flores, fluyendo a ambos lados de un estrecho camino blanco.

No había un porche, sólo un soportal, pero el segundo piso de la casa sobresalía y proporcionaba cobijo, lo que era de agradecer. Levantó la aldaba de bronce con forma de nudo celta y llamó a la tosca puerta de madera, que parecía tan fuerte como un roble, y que sin embargo estaba arqueada con gracia.

Temblando y procurando no pensar en su vejiga, escudriñó todo lo que pudo desde el cobijo. Parecía una casa de muñecas. Todo de un color blanco y suave con adornos de color verde bosque, ventanas acristaladas y flanqueadas por contraventanas funcionales a la vez que decorativas. El tejado era de paja, una maravilla entrañable para sus ojos. Un carillón compuesto de tres columnas de campanas que sonaban con musicalidad.

De nuevo llamó a la puerta, esta vez con más fuerza. Maldita sea, sé que estás ahí dentro. Dejó a un lado los modales, salió en mitad de la lluvia e intentó asomarse por la ventana delantera.

Entonces, saltó hacia atrás, sintiéndose culpable al escuchar el *beep—beep* del claxon.

Una furgoneta color ladrillo, con un motor que ronroneaba como un gato satisfecho, se detuvo detrás de su coche. Jude se apartó el pelo chorreando del rostro y se preparó para dar una explicación cuando el conductor se asomó.

Al principio, lo tomó por un hombre esbelto y diminuto con botas estropeadas y cubiertas de barro, una mugrienta chaqueta y pantalones de trabajo desgastados. Pero no había duda de que la cara que le sonreía debajo de la gorra, de color marrón estírcol, era la de una mujer y casi resultaba preciosa.

Sus ojos eran tan verdes como las húmedas colinas que las rodeaban, su tez luminosa. Jude vio los finos rizos de un cabello color rojo intenso que caían revueltos debajo de la gorra, mientras la mujer se precipitaba hacia delante, logrando moverse con gracilidad a pesar de las botas.

—Usted tiene que ser la señorita Murray. Buena sincronización, ¿verdad?

—¿Sí?

—Bueno, es que hoy voy con un poco de retraso, el nieto de la señora Duffy, Tommy, metió la mitad de sus piezas de construcción por el váter otra vez y tiró de la cadena. Fue un caos total.

—Humm. —fue todo lo que pudo decir Jude, al preguntarse qué hacía allí bajo la lluvia, hablando de inodoros atascados con una desconocida.

—¿Es que no puede encontrar la llave?

—¿La llave?

—Para la puerta de la entrada. Bueno, tengo la mía, así que la meteremos en casa al resguardo de la lluvia.

Sonaba como una idea maravillosa.

—Gracias —comenzó a decir Jude, siguiendo a la mujer que volvía hacia la puerta—. Pero ¿quién es usted?

—Oh, lo siento. Soy Brenna O'Toole —dijo, tendiendo la mano rápidamente, agarrando la de Jude y estrechándola con brío—. Su abuela se lo dijo, ¿no?, ¿qué tendría la casa lista?

—¿Mi abuee... la casa? —preguntó Jude, refugiándose bajo el alero—. ¿Mi casa? ¿Ésta es mi casa?

—Sí, lo es, si usted es Jude Murray de Chicago, claro. —Brenna sonrió amablemente, aunque arqueando la ceja izquierda—. Apuesto a que estará bastante cansada del viaje.

—Sí. —contestó Jude, masajeando su rostro con las manos al abrir Brenna la puerta—. Y creía que me había perdido.

—Pues parece ser que se ha encontrado. *Ceade mile faite*. —dijo, y retrocedió para dejar paso a Jude.

«Bienvenida mil veces», pensó Jude. Eso era lo que sabía del idioma gaélico. Y así se sintió cuando entró al calor del hogar.

El vestíbulo, apenas más ancho que la entrada exterior, estaba flanqueado a un lado por unas escaleras desgastadas por el tiempo y el tránsito. Un umbral arqueado a la derecha daba a una pequeña sala de estar, tan bonita como un cuadro con las paredes del color de las galletas recién hechas, esquinas de color miel y cortinas con encaje de color amarillo envejecido por el transcurso del tiempo, de tal manera que todo parecía bañado por el sol.

Los muebles, desgastados y descoloridos, eran alegres con las listas blancas y azules y los mullidos cojines. Las mesas estaban abarrotadas de recuerdos coleccionados poco a poco: fragmentos de cristal, figuras talladas, botellas en miniatura. Las alfombras de colores se esparcían por el suelo de tablones anchos, y la chimenea de piedra estaba ya preparada con lo que creyó Jude que serían trozos de turba.

Olía a tierra y a algún aroma floral casi imperceptible.

—La casa es encantadora, ¿verdad? —comentó Jude, volviéndose a apartar el pelo, girando sobre sus talones—.

Como una casa de muñecas.

—A la vieja Maude le gustaban las cosas bonitas.

Algo en el tono de su voz hizo que se detuviera en su ademán para volver a mirar el rostro de Brenna.

—Lo siento. No la conocía. Usted le tenía cariño.

—Claro, todo el mundo quería a la vieja Maude. Era una gran dama. Se alegrará cuando sepa que está aquí, cuidando de la casa. No hubiese querido que la casa se quedara abandonada y vacía. ¿Se la enseño? Para que se oriente.

—Se lo agradecería, pero primero debo ir al cuarto de baño porque estoy desesperada.

Brenna soltó rápidamente una carcajada.

—Ha tenido que ser un largo viaje desde Dublín. Tiene un tocador justo al lado de la cocina. Mi padre y yo se lo construimos de un armario hace sólo tres años. Todo recto por ahí.

Jude no se entretuvo en explorar. «Pequeño» era la palabra exacta para denominar la mitad del aseo. Podría darse con los codos en las paredes laterales, doblando los brazos y alzándolos. Pero las paredes tenían un precioso color rosa pálido, la porcelana blanca brillaba por haber sido frotada hacía poco y había toallitas bordadas con dulzura, cuidadosamente colocadas en el toallero.

Una mirada en el espejo ovalado, situado encima del lavabo, le confirmó a Jude que tenía un aspecto tan deplorable como se había temido. Y aunque era de estatura y complexión mediana, al lado de Brenna, que parecía un hada, se sentía como una amazona que se movía con la gracia de un elefante.

Enojada consigo misma por la comparación, se sopló de la ceja el flequillo encrespado y volvió a salir.

—Oh, hubiera ido yo a por ellas.

La eficiente Brenna ya había descargado las maletas y las había dejado en el vestíbulo.

—Hay que descansar tras los viajes. Le subiré sus cosas arriba. Supongo que querrá la habitación de la vieja Maude. Es agradable. Luego pondré el agua a hervir para que pueda tomar té y le encenderé la chimenea. Es un día lluvioso.

Mientras hablaba, llevaba las dos enormes maletas de Jude por las escaleras como si estuviesen vacías. Lamentándose por no haber pasado más tiempo en el gimnasio, Jude la siguió con su bolsón, el portátil y la impresora.

Brenna le mostró dos habitaciones y llevaba razón, el dormitorio de la vieja Maude, con vistas a los jardines de la entrada, era el más agradable. Pero Jude sólo percibió una imagen borrosa porque, con una mirada que le echó a la cama, sucumbió ante el [jet lag](#) que tiraba de su cuerpo como el plomo.

Sólo escuchaba a medias la voz alegre y musical que le hablaba de la ropa de cama, el calor y las pequeñas rarezas de la diminuta chimenea en el dormitorio, mientras

Brenna encendía la turba. Y la siguió como si caminara sobre agua, cuando Brenna bajó taconeando para preparar el té y enseñarle cómo funcionaba la cocina.

Oyó algo acerca de la despensa que acababa de ser repuesta y de cómo podía ir a hacer sus compras a Duffy's en el pueblo, cuando necesitase provisiones. Había más: pilas de turba en el exterior detrás de la puerta trasera, tal como la vieja Maude tenía por costumbre, aunque también leña por si Jude lo prefería, y cómo habían vuelto a colocar el teléfono y cómo debería encender el fuego de la estufa de la cocina.

—Ah, pero bueno. Si se está quedando dormida de pie —dijo Brenna comprensivamente, colocando una gruesa taza azul de té en las manos de Jude—. Súbasela arriba y échese un rato. Le encenderé el fuego aquí abajo.

—Lo siento, pero parece que no puedo concentrarme.

—Se sentirá mejor cuando descanse. Le dejo mi número aquí, al lado del teléfono, por si necesitara algo. Mi familia está apenas a un kilómetro de aquí, mi madre, mi padre y mis cuatro hermanas. Así que si necesita algo, sólo tiene que llamar o pasarse por la casa de los O'Toole.

—Sí, yo... ¡cuatro hermanas!

Brenna volvió a reírse mientras llevaba a Jude de nuevo por el pasillo.

—Bueno, mi padre siguió esperando un niño, pero así son las cosas. Está rodeado de hembras, hasta la perra. Venga, suba arriba.

—Muchísimas gracias. En serio, normalmente no suelo estar tan... confusa.

—Bueno, no se cruza el océano todos los días, ¿verdad? ¿Desea algo antes de que me vaya?

—No, yo... —se apoyó en el pasamanos y pestañeó—. Oh, se me había olvidado. Había una mujer en la casa. ¿Adónde ha ido?

—¿Una mujer dice? ¿Dónde?

—En la ventana. —se tambaleó, casi derramó el té y sacudió la cabeza para despejarse—. Había una mujer en la ventana de arriba asomándose cuando llegué aquí.

—¿Estaba allí ahora?

—Sí. Una mujer rubia, joven, muy linda.

—Ah, sería Lady Gwen, —Brenna se dio la vuelta, dirigiéndose a la sala de estar, y encendió el montón de turba—. No se deja ver ante cualquiera.

—¿Adónde ha ido?

—Oh, imagino que sigue aquí. —satisfecha de que la turba prendiera, se incorporó sacudiéndose las rodilleras del pantalón—. Lleva aquí trescientos años. Lo toma o lo deja. Es su fantasma, señorita Murray.

—¿Mi qué?..

—Su fantasma. Pero no se inquiete por ella.

No va a hacerle ningún daño. Su historia es triste y se la contaré en otro momento cuando no esté tan cansada.

Le resultaba difícil concentrarse. Jude deseaba desconectar su mente y también darle un descanso a su cuerpo, pero parecía importante aclarar ese punto.

—¿Me está intentando decir que la casa está encantada?

—Claro que está encantada. ¿No se lo había dicho su abuela?

—No creo que me lo mencionara. Me está diciendo que creen en los fantasmas.

—Bueno, ¿la vio o no la vio? Ahí tiene la prueba —dijo Brenna, arqueando las cejas, cuando Jude únicamente había fruncido el ceño—. Échese una siesta y, si se levanta más tarde, baje al pub Gallagher's y la invitaré a su primera pinta.

Demasiado perpleja para contestar, Jude simplemente negó con la cabeza:

—No bebo cerveza.

—Oh, vaya. ¡Puñetas, es una pena! —dijo Brenna en un tono sincero y sorprendido—. Bueno, que tenga un buen día, señorita Murray.

—Llámame Jude. —murmuró, sin poder hacer otra cosa más que mirarla fijamente.

—Pues, Jude —Brenna esbozó una preciosa sonrisa y salió por la puerta hacia la lluvia.

La casa está encantada, pensó Jude, mientras empezó a subir por las escaleras, dándole vueltas lentamente la cabeza, flotando a varios centímetros por encima de los hombros. Son disparates irlandeses descabellados. Bien sabía Dios que su abuela estaba llena de cuentos de hadas, pero sólo se trataba de eso. Cuentos.

Pero ella había visto a alguien... ¿no?

No, la lluvia, las cortinas, las sombras. Dejó el té que aún no había probado y consiguió quitarse los zapatos. No había fantasmas. Sólo una bonita casa en una colina encantadora. Y la lluvia.

Cayó bocabajo en la cama, quiso echarse la manta por encima, pero se quedó dormida.

Y soñó con una batalla, que se libraba en una colina verde, donde la luz del sol brillaba en las espadas, como si de joyas se tratara, con hadas danzando en un bosque donde la luz de la luna yacía como lágrimas posadas en las hojas, y con un profundo mar azul que latía como un corazón contra la orilla expectante.

Y en todos los sueños, el sonido del llanto ahogado de una mujer se repetía incesantemente.

CAPÍTULO 2

Cuando Jude se despertó, era ya noche cerrada; y el pequeño fuego de turba se había quedado reducido a diminutas luces de rubí. Las miró fijamente, con los ojos adormilados y el corazón brincándole en la garganta como un ciervo salvaje, al confundir las ascuas con unos ojos vigilantes.

Y entonces cayó en la cuenta, su mente se despejó. Estaba en Irlanda, en la casa de campo, donde su abuela había vivido cuando era una niña. Y estaba congelada.

Se incorporó, frotándose los brazos fríos, buscando a tientas y a ciegas la lámpara de la mesita de noche. Cuando vio la hora que era, parpadeó y su semblante cambió. Era casi medianoche. Su siesta de reposo había durado unas doce horas.

Y descubrió que no sólo tenía frío, sino que también estaba muerta de hambre.

Durante un momento al contemplar el fuego, empezó a cavilar. Como parecía que se había extinguido y no tenía ni idea de cómo avivarlo, lo dejó tal cual y bajó a la cocina para buscar comida.

La casa crujía y chirriaba a su alrededor: «Un sonido hogareño», se dijo a sí misma, pero casi le hizo pegar un brinco y mirar por encima del hombro. No es que precisamente pensara ni reparara en el fantasma del que le había hablado Brenna. Sencillamente, no estaba acostumbrada a los ruidos de las casas. El suelo de su apartamento no crujía y el único resplandor rojo con el que se podía topar era la luz de seguridad del sistema de alarma.

Pero ya se acostumbraría a su nuevo entorno. Jude comprobó que Brenna había cumplido su promesa. La cocina estaba bien provista de comida, tanto en la nevera de tamaño de muñeca como en la pequeña y estrecha despensa. Puede que pase frío, pensó, pero no me moriré de hambre.

Lo primero que se le ocurrió fue abrir una lata de sopa y calentarla en el microondas. Lata en mano, se dio la vuelta y se quedó atónita al descubrir una cosa.

No había microondas.

Bueno, meditó Jude, eso es un problema. Su ponía que no le quedaba más remedio que calentada en un cazo en la cocina y pasar de las comodidades. Pero a continuación se topó con otro dilema, al darse cuenta de que no había abrelatas eléctrico.

La vieja Maude no sólo vivía en otro país, concluyó Jude, rebuscando en los cajones, sino en otro siglo.

Se las arregló con un abrelatas manual que encontró y vertió la sopa en un cazo, colocándola en el fuego. Después de escoger una manzana del cuenco que estaba sobre la mesa de la cocina, se dirigió hacia la puerta trasera y la abrió, encontrándose con una niebla en forma de remolino, tan suave como la seda y tan húmeda como la lluvia.

Sólo veía el aire en sí, las capas gris pálido que se metamorfoseaban a lo largo de la noche. No tenía fondo ni luz, únicamente las volutas y formas caprichosas de la niebla. Temblando, dio un paso al frente y súbitamente quedó envuelta en ella.

La sensación de soledad fue repentina y absoluta, la más intensa que jamás había conocido. Pero no le producía miedo ni tristeza, de eso se dio cuenta al tender la mano y observar cómo la niebla se la engullía hasta la muñeca. Curiosamente, le resultaba una experiencia liberadora.

No conocía a nadie. Nadie la conocía. No tenía que responder ante nadie, excepto lo que ella misma se preguntara. Esa noche, una noche maravillosa, estaba completamente sola.

Escuchó una especie de latido en la noche, un leve sonido que resonaba. ¿Sería el mar? ¿O sólo la niebla que respiraba? Incluso cuando empezó a reírse de sí misma, escuchó otro sonido, sordo y alegre, como una música ligera.

¿Gaitas y campanas, flautas y pitos? Cautivada, casi abandonó el soportal de atrás, casi se dejó llevar por la magia del sonido hasta la niebla, como un sonámbulo caminando en sueños.

Carillones, cayó en la cuenta y soltó otra risita, con los nervios a flor de piel. Sólo eran carillones, como las bonitas campanas que había delante de la casa. Y debía de estar aún medio dormida, si se le había ocurrido salir bailando de la casa a medianoche y deambular a través de la niebla para seguir el sonido de la música.

Se obligó a volver dentro, asegurándose de cerrar bien la puerta. El siguiente ruido que oyó fue el burbujeo de la sopa que se derramaba.

—¡Maldita sea! —salió corriendo hacia el fogón y apagó el quemador—. ¿Qué me pasa? Por Dios santo, hasta un crío de doce años sabe calentar una estúpida lata de sopa.

Limpió el desastre, se quemó las puntas de dos dedos y seguidamente se tomó la sopa de pie en la cocina, echándose un sermón.

Ya era hora de espabilar, de entrar en vereda. Era una persona responsable, una mujer formal, no alguien que se quedaba soñando en mitad de la niebla a medianoche. Empezó la tarea de tomarse la sopa a cucharadas mecánicamente, una obligación para con su cuerpo, sin permitirse saborear el insensato placer de un tentempié a medianoche.

Ya era hora de enfrentarse al motivo por el que había venido a Irlanda en primer lugar. El momento de dejar de fingir que eran unas vacaciones prolongadas en las que averiguaría sus orígenes, y trabajaría en un artículo que consolidara por fin su carrera universitaria en el ámbito de las publicaciones, que, hasta el momento, no había sido muy brillante.

Había venido porque le aterrorizaba estar al borde de

algún tipo de crisis nerviosa. El estrés se había convertido en su compañero leal, invitándola alegremente a disfrutar de una migraña o a coquetear con una úlcera.

Había llegado hasta el extremo de no poder enfrentarse a la rutina diaria de su trabajo, hasta el punto de desatender a sus alumnos, a su familia, A sí misma.

Más aún, incluso peor, reconoció, hasta el punto de que no soportaba a sus alumnos, a su familia. A sí misma.

Cualquiera que fuese la causa, y aún no estaba muy dispuesta a explorar esa zona, la única solución había sido un cambio radical. Un descanso. Desmoronarse no era una opción. Venirse abajo en público, ni hablar.

No se humillaría ante sí misma ni ante su familia, que no había hecho nada para merecérselo. Así que había huido, quizás de forma cobarde, pero, curiosamente, era la única salida razonable que se le había ocurrido.

Cuando la vieja Maude falleció, a la longeva edad de ciento un años, se había abierto una puerta.

Había sido una opción inteligente cruzar esa puerta. También había sido juicioso. Necesitaba pasar tiempo sola, tiempo para estar 'tranquila, tiempo para recapitular. Yeso era precisamente lo que se disponía a hacer.

Sí que pretendía trabajar. Nunca habría podido justificarse el viaje y el tiempo si no hubiera tenido algún tipo de plan. Pretendía experimentar con un artículo que combinaba sus raíces familiares y su profesión. Por lo menos, se documentaría sobre las leyendas y mitos locales, y así llevaría a cabo un análisis psicológico de su significado y propósito, que mantendría también su mente ocupada y le dejaría menos tiempo para cavilar.

Había pasado demasiado tiempo cavilando. Era un rasgo irlandés, aseguraba su madre, y eso la hizo suspirar: Los irlandeses eran propensos a cavilar, así que si tuviese la necesidad, se lo consentiría de vez en cuando, porque además había elegido el mejor lugar del mundo para ello.

Sintiéndose mejor Jude se dio la vuelta para colocar el cuenco vacío en el lavavajillas, pero descubrió que no había.

Se fue riendo todo el trayecto hasta subir a su dormitorio.

Deshizo las maletas, colocando todo meticulosamente en el bello armario que crujía, el maravilloso tocador antiguo con unos cajones que se atascaban. Dispuso todos sus artículos de tocador y admiró la vieja palangana. Se concedió el gusto de pegarse una larga ducha en la antigua bañera done de los deslustrados ganchos de bronce, que sujetaban la fina cortina de plástico, se entrechocaban.

Se puso rápidamente un pijama de franela y una bata, antes de que empezaran a castañetearle los dientes, a continuación, se dispuso a encender las barras de turba. Sorprendida de su éxito, se pasó veinte minutos sentada en el suelo, con los brazos alrededor de las rodillas, sonriendo hacia el bonito resplandor e imaginándose que era la esposa satisfecha de un granjero, que espera el regreso de su marido del campo.

Cuando volvió en sí de su fantasía, se fue a explorar el segundo dormitorio y a estimar el potencial que tendría como oficina.

Era una pequeña habitación, como una caja de cerillas, con estrechas ventanas por delante y a los lados. Tras deliberar un tiempo, Jude decidió instalarse con vistas al sur, para ver los tejados y los campanarios de las iglesias del pueblo y la amplia playa que bajaba al mar.

Al menos, suponía que ésa sería la vista una vez que amaneciese y la niebla se levantara.

El siguiente problema era sobre qué superficie instalarse, ya que en el pequeño cuarto no había una mesa de trabajo. Se pasó la hora siguiente buscando una mesa apropiada y transportándola desde el salón hasta arriba, para colocada justo en el centro antes de enchufar su equipo.

Por supuesto, se le había ocurrido que podía escribir sobre la mesa de la cocina, al lado del fuego acogedor, escuchando la melodía de los carillones. Pero eso era una solución muy temporal y poco organizada.

Encontró el adaptador adecuado para el enchufe, encendió el ordenador y abrió el archivo que iba a ser un diario sobre su vida en Irlanda.

Abril, 3, Paerie Hill Cottage, Irlanda

Logré sobrevivir al viaje.

Se detuvo un momento, se rió un poco. Parecía que había estado en una guerra. Empezó a borrar y comenzó de nuevo. Luego se detuvo. No, el diario era sólo para ella y escribiría lo que se le ocurriera y como se le ocurriera.

El viaje desde Dublín fue largo y más duro de lo que me había imaginado. Me pregunto cuánto tiempo me llevará acostumbrarme a conducir por la izquierda. Dudo que jamás lo haga. A pesar de todo, el paisaje era maravilloso. Ninguno de los cuadros que he visto, ni por asomo, le hacen justicia al campo irlandés. Decir que es verde no es suficiente. Verdoso, por decir lo de algún modo, tampoco es lo adecuado. Bueno, que brilla, es lo mejor que se me puede ocurrir.

Los pueblos parecen encantadores y tan increíblemente pulcros que me llegué a imaginar ejércitos de duendes, que entraban cada noche para fregar las aceras y sacarle brillo a los edificios.

Vi algo del pueblo de Ardmore, pero cuando llegué, llovía torrencialmente y estaba demasiado cansada como para formarme otras imágenes reales, que no fuesen esa pulcritud habitual y el encanto de la vasta playa.

Me topé con la casa de campo por pura casualidad. La abuela lo hubiese llamado destino, por supuesto, pero en realidad fue pura suerte. Es tan bonito sentarse aquí, en la pequeña colina cubierta de flores que llegan hasta la puerta delantera. Espero que sepa cuidarlas bien. Quizás haya una librería en el pueblo donde pueda encontrar libros sobre jardinería. En cualquier caso, ahora crecen con fuerza, a pesar del frío húmedo en el aire.

Vi a una mujer —creí ver a una mujer— tras la ventana del dormitorio, observándome. Fue un momento extraño. Parecía como si nuestras miradas realmente se encontraran y se mantuvieron fijas unos instantes. Era guapa y pálida, rubia y dramática. Por supuesto que sólo se trataba de una sombra, un truco de la luz, porque no había nadie aquí.

Brenna O'Toole, una mujer del pueblo increíblemente eficaz, colocó el coche justo detrás del mío, y se encargó de las cosas de una forma un tanto enérgica y simpática, y se lo agradecí profundamente. Es guapísima, me pregunto si todos aquí son guapos, y tiene ese comportamiento rudo y varonil, que algunas mujeres pueden adoptar tan a la perfección, y, aun así, seguir siendo completamente femeninas.

Me imagino que piensa que soy tonta e inepta, pero fue amable al respecto.

Dijo algo de que la casa estaba encantada; supongo que todos los lugareños dirán lo mismo de cada casa de campo. Pero ya que he decidido analizar la posibilidad de elaborar un artículo sobre las leyendas irlandesas, quizás investigue el fundamento de la afirmación de Brenna.

Naturalmente, mi reloj biológico y mi organismo están al revés. He dormido gran parte del día y comido a medianoche.

Es de noche y fuera hay niebla. La niebla es luminosa y, de algún modo, conmovedora. Me siento cómoda en mi cuerpo y tranquila en mi mente.

Todo va a salir bien.

Se recostó, dejó escapar un largo suspiro. Sí, todo iba a salir bien.

A las tres de la madrugada, cuando a menudo los espíritus se agitan, Jude se acurrucó bajo el grueso edredón con una tetera en la mesa y un libro en la mano. El fuego ardía lentamente en la chimenea, la niebla se deslizaba por las ventanas. Se preguntaba si alguna vez se había sentido más feliz.

Y cayó dormida con la luz sin apagar y las gafas de lectura deslizándose por la nariz.

A la luz del día; cuando la brisa había despejado la lluvia y la niebla, su mundo era un lugar diferente. La luz resplandecía suavemente y transformaba los campos en un verde cegador; Oyó a los pájaros, lo que le recordó que tenía que sacar el libro que había comprado sobre las diferentes especies de aves. De cualquier modo; era tan agradable simplemente permanecer ahí escuchando ese gorjeo cristalino. No parecía importarle qué pájaro cantaba, con tal de que lo hiciera.

Caminar a través de la espesa y mullida hierba era casi un sacrilegio, pero un pecado que Jude no podía resistir.

En la colina al lado del pueblo vio las ruinas de lo que fue una vez la gran catedral dedicada a San Declan y la gloriosa torre circular que dominaba el paisaje. Pensó brevemente en la figura que creía haber visto ahí bajo la lluvia. Y se estremeció.

Qué tontería. Después de todo, sólo era un lugar. Un lugar interesante e histórico. Su abuela y su libro de guía le habían recomendado las inscripciones [ogham](#) que había dentro y la arcada románica. Iría allí a comprobado por sí misma.

Y al este, si la memoria no le fallaba, más allá del hotel en el acantilado, se hallaba el antiguo pozo de San Declan con las tres cruces y la silla de piedra.

Iría a visitar las ruinas y el pozo, subiría por el camino del acantilado y quizás algún día pasearía por el cabo. Su libro le aseguraba que las vistas a su alrededor eran espectaculares.

Pero hoy quería cosas más tranquilas y sencillas.

Las aguas de la bahía relucían azules fluyendo entre los tonos más profundos del mar. La vasta y llana playa estaba desierta.

Otra mañana, pensó, conduciría hasta el pueblo simplemente para pasear sola por la playa.

Ese día lo dedicaría a pasear por los campos tal como había imaginado, lejos del pueblo, con la mirada en las montañas. Había olvidado que sólo pretendía ver cómo estaban las flores, orientarse por la zona alrededor de la casa antes de ocuparse de asuntos prácticos.

Tenía que instalar una conexión telefónica en la habitación adicional y poder acceder a Internet para su investigación. Debía llamar a Chicago para comunicarle a su familia que estaba sana y salva. Desde luego, había que ir al pueblo e indagar dónde estaban las tiendas y el banco.

Pero hacía un tiempo tan espléndido ahí fuera, con el aire suave como un beso, la brisa lo suficientemente fresca como para despejar los resquicios de la fatiga de su mente por el viaje, que siguió caminando, mirando, hasta que se le empaparon los zapatos por la—hierba mojada.

Es como introducirse en un cuadro, meditó de nuevo, una se anima con el revoloteo de las hojas, los sonidos de los pájaros, el olor de las cosas húmedas que crecen.

Cuando vio la otra casa se quedó prácticamente atónita. Estaba enclavada justo fuera de la carretera, detrás de losetas, y se extendía sin ton ni son por delante, por detrás y por los lados como si diferentes trozos de la casa se hubiesen colocado caprichosamente. Y de algún modo, había funcionado, concluyó Jude. Resultaba una encantadora combinación de piedra y madera, partes prominentes con flores que crecían descontroladamente en el jardín delantero y detrás de la casa. Más allá de los jardines, por la parte de atrás, había un cobertizo, lo que su abuela hubiera denominado una cabaña, con herramientas y máquinas que asomaban por la puerta.

En la entrada vio un coche, cubierto de pintura gris piedra, y que parecía salido de la cadena de montaje años antes de que hubiera nacido Jude.

Una gran perra de color canela dormitaba a la luz del sol en el patio lateral, o al menos eso suponía. Estaba tumbada boca arriba, con las patas en el aire como si la hubieran atropellado.

¿Sería la casa de los O'Toole? Jude creyó estar en lo cierto cuando una mujer salió por la puerta trasera con un cesto de ropa.

Su pelo tenía un color rojo intenso y era de constitución fuerte, de caderas anchas, como Jude se imaginaba de una mujer que había dado a luz y criado a cinco hijos. La perra, dando señales de vida, rodó sobre su costado y golpeó el rabo dos veces a la vez que la mujer se dirigía a la cuerda de tender.

Jude cayó en la cuenta de que en realidad nunca había visto a nadie tender la ropa. Era algo que ni siquiera las amas de casa más entregadas solían hacer en el centro de Chicago. Lo consideraba un proceso mecánico y, por lo tanto, que aliviaba el alma. La mujer cogía las pinzas del bolsillo de su delantal, las sujetaba con la boca al agacharse para recoger una funda de almohada del cesto. La agarró con soltura y la colgó en la cuerda. Con la siguiente prenda, procedió de la misma manera, compartiendo la segunda pinza.

Fascinante.

Siguió colgando la ropa por toda la cuerda, sin ninguna prisa evidente, con la perra canela que le hacía compañía, vaciando el cesto, mientras la ropa mojada que tendía se inflaba y se agitaba con la brisa.

«Era parte del cuadro», concluyó Jude. Le pondría por título a esta escena: *Mujer del campo*.

Cuando el cesto se quedó vacío, la mujer se giró hacia la cuerda de enfrente y recogió la ropa que ya estaba seca, doblándola y apilándola en el cesto. Se lo colocó en la cadera y volvió a entrar en la casa, con la perra brincando tras ella.

Qué manera más agradable de pasar el día.

Y esa tarde, cuando todos volvieran a casa, el hogar olería a algo maravilloso, cociéndose a fuego lento en la cocina. Algún estofado, se imaginaba Jude, o un asado con patatas doradas en su jugo. Toda la familia se sentaría alrededor de la mesa, repleta de cuencos y platos dispares, y hablarían del día que habían tenido, reírían y le pasarían a escondidas las sobras a la perra, que pediría comida debajo de la mesa.

Las familias numerosas tienen que ser muy reconfortantes, recapacitó.

Claro que no había nada malo en las familias pequeñas, añadió, sintiéndose enseguida culpable. Ser hija única tenía sus ventajas. Había recibido toda la atención de sus padres.

Quizás demasiada atención, le susurró una vocecita al oído.

Pensando que esa voz era muy impertinente, la borró de la mente y se dio la vuelta para regresar a la casa y emplear su tiempo en algo práctico.

Sintiéndose culpable, llamó a su casa inmediatamente. Con la diferencia horaria, pilló a sus padres antes de irse al trabajo y mitigó su malestar parloteando jovialmente, diciéndoles que se encontraba descansada, se estaba

divirtiéndose y se sentía muy ilusionada con esta nueva experiencia.

Era consciente de que ambos pensaban que su impulsivo viaje a Irlanda era una especie de experimento, un rápido giro de cuarenta y cinco grados en la trayectoria que se había impuesto durante tanto tiempo y con tanto empeño. No estaban en contra del viaje, lo que la alivió bastante. Sólo estaban perplejos. No podía explicárselo a ellos, ni a sí misma.

Con la familia en mente, hizo otra llamada. Sabía que no había ninguna necesidad de explicarle nada a la abuela Murray. Más relajada ahora, Jude le dio todo tipo de detalles del viaje, sus impresiones, el placer que sentía con la casa mientras preparaba el té Y se hacía un emparedado.

—Acabo de darme un paseo. —prosiguió, con el teléfono acoplado en el hombro, colocando su sencillo almuerzo en la mesa—. Vi las ruinas y la torre desde lejos. Luego me acerqué.

—Es un lugar bonito. —le dijo la abuela—. Transmite muchas sensaciones.

—Bueno, me interesa mucho ver el tallado y la arcada, pero hoy no quería caminar tanto. He visto la casa de los vecinos. Tiene que ser la casa de los O'Toole.

—Ah, Michael O'Toole. Recuerdo cuando era sólo un chaval, tenía una sonrisa fácil y la suficiente labia como para que le invitaras a té y pasteles. Se casó con esa moza guapetona de la familia Logan, Mollie se llamaba, y tuvieron cinco hijas. La que tú conociste, Brenna, es la mayor de la prole. ¿Cómo está la linda Mollie?

—Bueno, no fui a veda. Estaba ocupada tendiendo la ropa.

—Verás que nadie está demasiado ocupado como para pasar un rato, Jude Frances. La próxima vez que estés paseando, pásate y saluda a Mollie O'Toole.

—Lo haré. Oh, y abuela... —haciéndole gracia, sonrió al darle unos sorbos al té—. No me dijiste que la casa estaba encantada.

—Claro que te lo dije, niña. ¿No has escuchado las cintas ni has leído las cartas ni todas las cosas que te di?

—No, aún no.

—Y seguro que estás pensando: «Mira la abuela, otra vez con sus fantasías». Ponte con las cosas que te di. Ahí está la historia de Lady Gwen y su amante del país de las hadas.

—¿Su amante del país de las hadas?

—Así se contaba. La casa está construida sobre una colina de hadas con su castillo o palacio subterráneo, y ella aún le aguarda, sufriendo porque había rechazado la felicidad en pos del sentido común, y él, por orgullo, la había perdido.

—Qué triste. —murmuró Jude.

—Pues sí. De todos modos, la colina es un buen lugar para mirar en tu interior siguiendo el dictado de tu corazón.

Mira en tu corazón mientras permanezcas ahí.

—Ahora mismo sólo busco algo de tranquilidad.

—Coge toda la que necesites, que hay bastante. Pero no te quedes de brazos cruzados observando el resto del mundo. La vida es mucho más corta de lo que te imaginas.

—¿Por qué no te vienes, abuela, y te quedas aquí conmigo?

—Oh, volveré, pero ahora es tu momento. Préstale atención. Eres una buena chica, Jude, pero no tienes que serio todo el tiempo.

—Siempre me lo dices. Quizás encuentre a un apuesto pícaro irlandés y tenga una aventura alocada. .

—No te vendría nada mal. ¿Podrías ponerle flores a la tumba de la prima Maude de mi parte, cariño? Y dile que iré a verla cuando pueda.

—Lo haré. Te quiero, abuela.

Jude no sabía en qué se le iba el tiempo. Había tenido la intención de hacer algo productivo, había pretendido salir a jugar con las flores unos instantes. Coger sólo un puñado para colocadas en la larga botella azul que había descubierto en el salón. Claro que había cogido demasiadas y necesitaba otra botella. No parecía que hubiese ningún: jarrón en la casa. Y como se lo había pasado tan bien arreglándolas, sentada en el soportal y deseando saber cómo se llamaban, perdió la mayor parte de la tarde.

Había cometido un error al llevar la botella achaparrada de color verde hasta su oficina, para colocada en la mesa del ordenador. Pero sólo pretendía echarse un minuto o dos. Durmió durante dos horas largas en la pequeña cama de su oficina, y se levantó atontada y abatida.

Había perdido su disciplina. Era perezosa. Hasta ahora no había hecho nada más que dormir y hacer pis en más de treinta horas.

Y de nuevo tenía hambre.

A este paso, discurrió mientras buscaba algo para picar en la cocina, me volveré gorda, torpe e idiota en una semana.

Saldría y conduciría hasta el pueblo. Buscaría una librería, el banco, la oficina de correos. Averiguaría dónde estaba el cementerio para visitar la tumba de la vieja prima Maude, siguiendo los deseos de su abuela, lo que debería haber hecho esa mañana. Pero de este modo quedaría hecho, y así podría pasar el próximo día revisando las cintas y las cartas que su abuela le había dado, para comprobar si servirían como material.

Primero se cambió de ropa, escogiendo unos pantalones elegantes, un suéter de cuello de cisne y una americana, que le hacía sentirse mucho más diligente y profesional

que el jersey gordo y los vaqueros que había llevado todo el día.

Libró una batalla con el pelo, «batallar» era el único término que podía emplear para describir lo que había hecho para domado y recogerlo en una gruesa coleta, cuando se empeñaba en encrespase y dispararse en todas las direcciones al mismo tiempo.

Era prudente con el maquillaje. Nunca había tenido maña, pero el resultado fue suficiente para un paseo informal por el pueblo. Un vistazo en el espejo le indicó que no tenía el aspecto de un muerto ni el de una prostituta, lo que podría suceder y había sucedido ya en alguna ocasión.

Respirando hondo, salió para enfrentarse una vez más a otra sesión de coche alquilado y carreteras irlandesas. Estaba al volante; alargó la mano para darle al contacto y se dio cuenta de que se le habían olvidado las llaves.

—Ginkgo. —refunfuñó, volviendo a salir del coche—. Vas a tener que tomar ginkgo.

Tras una búsqueda frustrada, encontró las llaves encima de la mesa de la cocina. Esta vez se acordó de dejar una luz encendida, ya que podía, hacerse de noche antes de que regresara, y de cerrar la puerta delantera. Al no acordarse si había cerrado la puerta trasera, se maldijo y se dirigió con grandes zancadas, rodeando la casa, hacia la puerta para solucionado.

El sol se iba poniendo lentamente por el oeste y a través de la luz caía una fina llovizna, cuando por fin hizo retroceder el coche y poco a poco lo sacó marcha atrás hacia la carretera.

Era un camino más corto de lo que recordaba y mucho más pintoresco, sin la lluvia arreciando contra el parabrisas. Los setos estaban coronados con brotes de fucsias salvajes, como gotas rojas de sangre. Había zarzas con diminutas flores blancas que, según se enteró después, eran endrinas y rosas frisas amarillas, envueltas por la neblina de la primavera.

Al girar la carretera vio los muros derrumbados de la catedral en la colina y la aguja de la torre dominando todo el pueblo costero.

Nadie paseaba por allí.

Habían permanecido en pie durante ochocientos años. Aquello era un milagro en sí. El poder perduraba por encima de las guerras, la abundancia y la hambruna, por encima de la sangre, la muerte y el nacimiento. Para rendir culto o para defender. Se preguntaba si su abuela llevaría razón, y, si así fuera, lo que uno sentiría al permanecer bajo su sombra, pisando el suelo que había sentido el peso de los piadosos y los profanos.

Qué pensamiento más extraño, reflexionó, y se lo quitó de la cabeza al entrar en el pueblo, que iba a ser el suyo durante los próximos seis meses.

CAPÍTULO 3

En el pub Gallagher's la luz era tenue y el fuego vivo. Así es como los clientes lo preferían en una tarde húmeda al comienzo de la primavera. Los Gallagher habían servido y satisfecho a sus clientes durante más de ciento cincuenta años, en ese mismo lugar, ofreciendo una buena cerveza rubia o negra, una copa aceptable de whisky que no estuviera aguada y un sitio cómodo para disfrutar de una pinta o de una caña.

Ahora bien, cuando Shamus Gallagher abrió la taberna en el año de Nuestro Señor de 1842, puede que el whisky fuera más barato. Pero un hombre se tiene que ganar la vida, por muy hospitalario que sea. Así que el precio del whisky llegó a ser más alto que antaño, pero eso no suponía ningún obstáculo para que los clientes lo disfrutaran igualmente.

Cuando Shamus abrió el pub, le había dedicado las esperanzas y los ahorros de toda una vida. Hubo más vacas flacas que épocas de prosperidad, y en una ocasión, un vendaval cruzó el mar, arrancó el tejado de cuajo y lo arrastró hasta Dungarvan o así es como a más de uno le gustaba contarlo cuando habían disfrutado de más de una copa o dos de whisky irlandés.

Aun así, el pub había permanecido en pie, con sus raíces arraigadas en la arena y piedra de Ardmore, y el primer hijo de Shamus había ocupado el puesto de su padre detrás de la antigua barra de castaño, tras él su hijo y así sucesivamente.

Generaciones de los Gallagher habían atendido a generaciones de otras familias. Y habían prosperado lo suficiente como para ampliar el negocio, y acoger a más clientes que quisieran resguardarse de la noche húmeda, tras un día duro de trabajo, y disfrutar de una pinta o dos. Había comida y bebida, que atraían tanto al cuerpo como al alma. Y la mayoría de las noches también había música para apaciguar el corazón.

Ardmore era un pueblo pesquero y, por lo tanto, vivía de la abundancia del mar y con sus caprichos. Como era pintoresco y presumía de algunas buenas playas, además dependía del turismo y del capricho de los turistas.

El pub Gallagher's era uno de los focos del pueblo. Hiciese buen o mal tiempo, cuando la pesca era abundante o cuando las tormentas tronaban y azotaban la bahía, de modo que nadie se atrevía a salir y echar las redes, sus puertas permanecían abiertas.

Los humos y gases del whisky, el vapor de los estofados y el sudor de los hombres habían penetrado en la madera oscura de tal manera que el lugar llevaba impregnado el olor de la vida. Los bancos y las sillas estaban forrados en color rojo intenso, con tachuelas de bronce ennegrecido para sujetar la tela en su sitio.

La estructura de los techos era abierta y las vigas vistas, y más de una noche de sábado la música estaba tan alta que retumbaban. El suelo estaba marcado por las huellas de las botas de los hombres, el arrastre de las sillas y taburetes y

la chispa fortuita del fuego o de los cigarrillos. Pero estaba limpio y cuatro veces al año, fuera o no necesario, se limpiaba a fondo hasta que relucía como una patena.

La barra en sí era el orgullo del establecimiento, una barra de castaño oscuro y noble, hecha por el mismísimo viejo Shamus de un árbol que, según a la gente le gustaba contar, había sido alcanzado por un rayo la víspera de San Juan. Por eso, conservaba algo de magia y los que se sentaban allí se sentían mejor.

Detrás de la barra, una hilera de botellas estaba colocada delante del largo panel acristalado, para disfrute del cliente. Y todas estaban limpias y brillantes como diamantes. Los Gallagher regentaban un pub con ambiente y, es más, estaba pulcro. Copa que se derramaba se limpiaba; mota de polvo que se encontraba se quitaba y jamás se servía bebida alguna en un vaso sucio.

El fuego era de turba porque a los turistas les encantaba y éstos a menudo distinguían entre las cosas bien o mal hechas. Una multitud acudía en verano y al principio del otoño para disfrutar de las playas; había menor afluencia en invierno y al comienzo de la primavera. No obstante, la mayoría de los turistas que llegaban se paraba en Gallagher's para tomarse una copa, oír una melodía o probar una de las tartas picantes de carne típicas del pub.

Los clientes asiduos acudían poco a poco tras la comida de la tarde, tanto para conversar o chismorrear como para tomarse una pinta de Guinness. Algunos también venían para cenar, pero generalmente siempre que fuera una ocasión especial y se tratara de una familia. También acudían hombres solteros, cansados de sus propias comidas o porque querían coquetear un poco con Darcy Gallagher, que normalmente estaba dispuesta a complacerles.

Ella podía atender la barra o las mesas, incluso la cocina. Aunque éste era el lugar que menos le gustaba, así que, cuando podía escaquearse, se lo dejaba a su hermano Shawn.

Los que conocían a los Gallaghers sabían que era Aidan, el mayor, el que llevaba la batuta, ahora que sus padres parecían empeñados en quedarse en Boston. La mayoría coincidía en que al parecer había sentado la cabeza, teniendo en cuenta su pasado errante. Y ahora atendía tan bien el pub familiar que Shamus se habría enorgullecido de él.

Al propio Aidan le gustaba el lugar donde se encontraba y lo que hacía. Había aprendido muchas cosas de sí mismo y de su vida durante sus viajes. Se decía que la inquietud de viajar le venía de la rama de los Fitzgerald, ya que su madre, antes de casarse, había viajado por gran parte del mundo, cantando para costearse los gastos.

Cuando apenas contaba con dieciocho años se colgó la mochila y recorrió su país; después se fue a Inglaterra, Francia, Italia e incluso a España. Había pasado un año en Estados—Unidos, deslumbrado por las montañas y las

planicies del oeste, sofocándose de calor en el sur y congelándose en el invierno del norte.

Él y sus hermanos eran tan aficionados a la música como su madre, así que antes cantaba para comer y ahora lo hacía para atender la barra, lo que mejor le conviniese a sus propósitos en cada momento. Una vez que había visto todo aquello que anhelaba conocer, regresó a casa, hecho ya todo un trotamundos de veinticinco años.

Durante los últimos seis años había regentado el pub y ocupaba las habitaciones situadas en la planta superior.

Pero estaba esperando algo, no sabía qué, sólo sabía que estaba esperando.

Incluso ahora mismo, mientras dejaba reposar una pinta de Guinness, tiraba una de Harp y pegaba el oído a la conversación por si tenía que comentar algo, una parte de él se relajaba, paciente y observadora.

Aquellos que lo examinaban más detenidamente podían ver esa mirada atenta en sus ojos, tan azules como un relámpago, bajo unas cejas de la misma intensidad de color que la barra tan espléndida en la que trabajaba.

Tenía la cara huesuda de los celtas, con esa belleza salvaje que los genes de sus padres habían combinado: una nariz larga y recta, unos labios carnosos y descaradamente sensuales, un mentón de boxeador, con sólo una leve hendidura.

Tenía la constitución de un camorrista, hombros anchos, brazos largos y caderas estrechas. De hecho, había pasado una gran parte de su juventud propinando puñetazos en caras ajenas o recibiendo en la suya propia. Y lo hacía, no le daba vergüenza admitirlo, tanto para divertirse como para desatar su furia.

A diferencia de su hermano, Shawn, a Aidan nunca le habían partido la nariz en una pelea y esto se había convertido en una cuestión de orgullo.

Aun así, cuando el niño llegó a ser hombre, dejó de meterse en líos. Simplemente estaba a la expectativa, y confiaba en que reconocería lo que anhelaba cuando lo encontrara.

Cuando Jude entró, notó su presencia, primero como el propietario de un bar y luego como hombre. Parecía tan formal, con su chaqueta elegante y el pelo recogido, tan perdida con esos ojos grandes de cierva recorriendo la estancia, decidiendo el nuevo camino a escoger en un bosque.

Qué monada, pensó, igual que haría la mayoría de los hombres al ver un rostro y silueta de mujer atractivos. Al estar acostumbrado a ver muchos rostros por su profesión, también notó los nervios que la mantenían clavada en el lugar, justo a la entrada, como si en cualquier momento se fuese a dar la vuelta y echar a correr.

Su aspecto, su porte, le llamaron la atención, y emitió un sonido bajo y agradable que le alteró la sangre.

Ella enderezó los hombros, con un movimiento deliberado que le hizo gracia, y se dirigió a la barra.

—Buenas tardes. —la saludó, pasando el paño por la barra, para limpiar lo que se había derramado—. ¿En qué puedo servirle?

Ella comenzó a hablar, a pedir cortésmente, una copa de vino blanco. Él sonrió, curvando los labios lenta y perezosamente, lo que a ella inexplicablemente le provocó mariposas en el estómago y una sensación electrizante en la cabeza.

Sí, pensó Jude vagamente, aquí son todos guapísimos.

Él no parecía tener prisa alguna por escuchar su respuesta, sólo se apoyó cómodamente en la barra, acercando ese rostro verdaderamente maravilloso al suyo, ladeando la cabeza y arqueando, a la vez, la ceja.

—¿Te has perdido, cariño?

Jude se imaginó deritiéndose, deslizándose hasta el suelo en un acto de lujuria. El sentimiento de bochorno que le sobrevino la hizo volver en sí:

—No, no me he perdido. ¿Me podría servir un vaso de vino blanco? *Chardonnay*, si fuese posible.

—Eso está hecho, —contestó, sin hacer ningún ademán de servirle en ese momento—, Así que es una yanqui. ¿No serás la joven prima americana de la vieja Maude, que ha venido a quedarse una temporada en su casa?

—Sí. Soy Jude, Jude Murria. —dijo, tendiendo la mano automáticamente y esbozando una prudente sonrisa, dejando entrever brevemente los hoyuelos en las mejillas.

Aidan siempre había sentido debilidad por los hoyuelos en un rostro bonito.

Le tomó la mano pero no se la estrechó. Sólo se la cogía, mirándola fijamente hasta que —ella juraba que así lo sentía— sus huesos empezaron a derretirse.

—Bienvenida a Ardmore, señorita Murray, y al pub Gallagher's. Yo soy Aidan y éste es mi bar. Tim, cédele tu asiento a la señorita. ¿Dónde están tus modales?

—Oh, no, no es...

Pero Tim, un hombre fornido con una mata de pelo del color y de la textura de hilo de acero, se levantó del taburete.

—Disculpe. —dijo, apartando la mirada de los deportes de la televisión, situada al otro extremo de la barra, y haciéndole un guiño rápido y encantador.

—A menos que prefiera una mesa. —añadió Aidan, mientras ella permanecía de pie y parecía algo incómoda.

—No, no, está bien. Gracias. —respondió, encaramándose al taburete y procurando no ponerse tensa al convertirse en el centro de atención. Eso era lo que más la inquietaba de la enseñanza, todos esos rostros mirándola, esperando que fuera profunda y brillante.

Finalmente, él le soltó la mano, justo cuando pensaba que iba a fundirse en la suya. Y agarró la pinta de debajo del grifo, para pasada a las manos agradecidas de un cliente.

—¿Y hasta ahora qué le parece Irlanda? —le preguntó al

girarse para coger una botella de vino de la estantería acristalada.

—Es preciosa.

—Bueno, aquí nadie le llevará la contraria en eso —dijo, sirviendo el vino, mirándola más a ella que al vaso—. ¿Y cómo está su abuela?

—Oh. —a Jude le sorprendía que hubiese llenado el vaso con tanta precisión sin apenas mirar y luego lo hubiese colocado exactamente delante de ella—. Está muy bien. ¿La conoce?

—Sí la conozco. Mi madre era una Fitzgerald y prima de su abuela, tercera o cuarta prima lejana, creo. Así que eso nos convierte en primos también —dijo, dándole un golpecito con el dedo al vaso—. [Slainte](#), prima Jude.

—Oh, bueno... gracias. —alzó el vaso justo cuando se empezaron a oír unos gritos al fondo. La voz de una mujer, tan clara como si estuviera al lado, acusaba a alguien de ser un maldito imbécil con el cerebro de un calabacín. Este insulto fue rebatido, en un irritado tono de voz masculina, diciendo que prefería ser un maldito calabacín a ser la tierra que había debajo.

Nadie parecía estar especialmente sorprendido por los gritos y las maldiciones que siguieron, ni por el repentino estrépito que le hizo alude sobresaltarse y derramar unas cuantas gotas de vino en el dorso de la mano.

—Ésos son otros dos primos suyos —aclaró

Aidan al volver a tomar la mano de Jude y limpiarla con esmero.

—Mi hermana, Darcy, y mi hermano, Shawn.

—Ah. Bueno, pero ¿no debería ir alguien a ver lo que pasa?

—¿A ver lo que pasa de qué?

Ella solamente abrió los ojos como platos, al subir de tono las voces del fondo.

—Tírame ese plato a la cabeza, víbora, y te juro que te...

Al estrellarse algo contra la pared, la amenaza acabó en un improperio. Unos segundos más tarde, una mujer salió por la puerta de detrás de la barra, llevando una bandeja de comida y con la cara colorada y satisfecha.

—¿Le trincaste, Darcy? —quería saber alguien.

—No, se agachó —respondió, sacudiendo la cabeza hacia atrás, con el pelo ondeando, negro como el azabache. El mal genio la favorecía. Sus ojos azules como los de los perros terriers [Kerry Blue](#) despedían furia y su boca generosa mostraba un mohín. Con un movimiento de cadera descarado acarrió la bandeja hacia una familia de cinco miembros, que se abarrotaban en una mesa bajita. Y al atender la mesa, inclinándose para escuchar lo que le susurraba la mujer, echó la cabeza hacia atrás y se rió.

La risa la favorecía tanto como el mal genio, observó Jude.

—Te descontaré el precio del plato de tu sueldo. —le

informó Aidan cuando su hermana avanzó con aire insolente hacia la barra.

—Está bien. Pero desde luego ha merecido la pena, y más si hubiese atinado. Los Clooneys quieren dos Coca—Colas más, un ginger—ale y dos Harps, una pinta y una caña.

Aidan empezó a anotar el pedido.

—Darcy, ésta es Jude Murray de Estados Unidos, que ha venido a quedarse en la casa de la vieja Maude.

—Encantada de conocerte. —dijo Darcy. Su mal genio dio paso a una mirada de vivo interés. El mohín se transformó en una sonrisa fácil y radiante—. ¿Te estás adaptando bien?

—Sí, gracias.

—Eres de Chicago, ¿verdad? ¿Te gusta aquello?

—Es una ciudad bonita.

—Y llena de tiendas elegantes, restaurantes y ese tipo de cosas. ¿Qué haces en Chicago para ganarte la vida?

—Enseño psicología. —«enseñaba», reflexionó

Jude, pero era demasiado difícil de explicar, especialmente cuando volvía a ser el centro de atención.

—Vaya, no me digas. Bueno, eso es muy práctico. —los preciosos ojos de Darcy brillaban con humor y reflejaban un toque de malicia—. Quizás podrías examinar la cabeza de mi hermano Shawn cuando tengas tiempo. Es un problema de nacimiento.

Agarró la bandeja de bebidas que Aidan le entregaba con apremio y le sonrió.

—Y que conste que fueron dos platos. Fallé las dos veces, pero casi le doy en la oreja la segunda vez. —se fue con aire despreocupado a servir las bebidas y a tomar los pedidos de las otras mesas.

Aidan intercambiaba vasos por libras, dejó dos debajo de los grifos para que reposaran y luego se dirigió a Jude, arqueando una ceja:

—¿Es que el vino no es de su agrado?

—¿Qué? —bajó la mirada a la copa, observando que apenas le había dado un sorbo—. No, está bueno —bebió para ser cortés, sonriendo de tal manera que los hoyuelos volvieron a aparecer tímidamente—. La verdad, está buenísimo. Es que estaba distraída.

—No debería preocuparse por Darcy y Shawn. Es verdad que Shawn es rápido con los pies, pero el brazo de nuestra hermana es como una bala. Si hubiese querido darle, probablemente lo hubiera hecho.

Jude articuló un sonido de cierta indiferencia, cuando alguien empezó a tocar una melodía con una concertina, en la esquina, frente a ella.

—Yo tengo unos primos en Chicago. —este comentario venía de Tim, que permanecía de pie a su lado, esperando pacientemente la segunda pinta—. Los Dempseys, Mary y Jack. ¿Por casualidad, no los conocerá?

—No, lo siento —Jude cambió de posición en el taburete, ladeó la cabeza hacia la de Tim.

—Chicago es un sitio grande. De niños, mi primo Jack y yo crecimos juntos y luego él se fue a Estados Unidos para trabajar con su tío, por parte materna, en una planta de envasado de carne. Lleva ya diez años allí y se queja amargamente del viento y de los inviernos, pero no tiene intención alguna de venirse.

Agradeciéndoselo, Tim cogió la pinta de Aidan y deslizó las monedas por encima de la barra.

—Aidan, tú has ido a Chicago, ¿verdad?

—Casi siempre de paso. El lago es precioso y parece tan grande como el mar. El viento que sale de ahí es como cuchillos que te atraviesan la piel y los huesos. Pero allí te puedes comer un filete que, si no me falla la memoria, te hará llorar dando las gracias a Dios por haber creado a la vaca.

Trabajaba mientras hablaba, sirviendo otro pedido para la bandeja de su hermana, manteniendo los grifos en marcha, abriendo una botella de cerveza americana para un chico, que parecía que todavía tomaba batidos de leche.

La música subió de tono, ahora con un ritmo más animado. En esta ocasión, cuando Darcy levantó la bandeja de la barra se puso a cantar de una manera que hizo que Jude la mirara fijamente con admiración y envidia.

No sólo por la voz, que era de por sí impresionante, con una claridad brillante como la plata, sino por una especie de naturalidad inherente, que hacía que alguien sencillamente arrancara a cantar en público. Era una canción sobre una vieja solterona que se moría en una buhardilla, un destino al que Darcy Gallagher nunca se enfrentaría, concluyó, por las miradas de los hombres de la sala, desde el niño Clooney de aproximadamente diez años, hasta un viejo esquelético en el extremo más alejado de la barra.

La gente empezó a entonar en coro y los grifos a correr más deprisa.

La primera melodía se fundió con una segunda, sin apenas variar el ritmo. Aidan enseguida pilló la letra de la canción, cantando sobre la traición de la mujer con la cinta de terciopelo negro, tan suavemente que Jude no podía hacer otra cosa más que mirado fijamente. Tenía una voz tan rica como la de su hermana e igual de bonita y natural.

Sirvió una pinta de cerveza mientras cantaba, y a continuación le guiñó el ojo al deslizada por la barra. Jude sintió que se ruborizaba, avergonzándose de que la sorprendieran mirando fijamente, pero confiaba en que la luz era lo suficientemente tenue como para ocultado.

Agarró la copa, esperando que pareciera un gesto natural, como si a menudo se sentase en bares donde el cante irrumpía a su alrededor y los hombres, que parecían obras de arte, le guiñaran el ojo. Y descubrió que tenía la copa llena. Frunció el entrecejo mirando la copa, segura de que se había bebido al menos la mitad del vino. Pero como

Aidan estaba en la otra mitad de la barra y no quería interrumpir su trabajo ni la canción, se encogió de hombros y disfrutó de la copa llena.

La puerta que suponía que era de la cocina se volvió a abrir otra vez. Menos mal que nadie estaba pendiente de ella, porque, estaba segura de que se le salían los ojos de las órbitas. El hombre que atravesó la puerta parecía salido de una película, alguna de antiguos caballeros celtas que salvaban reinos y doncellas.

Su constitución, desgarrada y relajada, no desentonaba con los vaqueros desgastados y el jersey oscuro. Tenía el pelo negro como la noche y le caía ondulado sobre el cuello del jersey. Los ojos ensoñadores eran de color azul lago y le chispeaban con humor. Sus labios eran como los de Aidan, carnosos, fuertes y sensuales. Y su nariz estaba lo bastante torcida como para salvarle de la carga de la perfección.

Observó el rasguño en su oreja derecha y supuso que era Shawn Gallagher, y que no se había agachado a tiempo.

Se movió con gracilidad por la estancia para servir la comida que llevaba en la bandeja. Entonces, moviéndose como un rayo, lo que hizo que alude se le cortara la respiración y se preparase para la pelea, agarró a su hermana, tiró de ella para acercarla a él y la hizo girar en medio de un complicado baile.

¿Qué clase de personas podían insultarse la una a la otra hacía un minuto, y acto seguido bailar en un pub, juntos y riendo?

Los clientes silbaban y daban palmadas. Los pies golpeaban el suelo. Los bailarines giraban tan cerca de Jude que podía sentir el impulso de los cuerpos dando vueltas. Después, cuando el baile se detuvo, Darcy y Shawn se abrazaron íntimamente y se sonrieron como bobos.

Tras plantar un beso rápido en la boca de su hermana, movió la cabeza y analizó alude con una actitud de lo más simpática.

—Bueno, ¿y quién puede ser esta que ha salido de la noche y ha entrado en Gallagher's?

—Ésta es Jude Murray, la prima de la vieja Maude. —le contestó Darcy—. Este es mi hermano Shawn, el que necesita tu ayuda profesional desesperadamente.

—Ah, Brenna me contó que la había conocido cuando llegó, Jude F. Murray de Chicago.

—¿Por qué la «F»? —quiso saber Aidan.

Jude giró la cabeza hacia él, dándose cuenta de que la estancia estaba algo iluminada.

—Frances.

—Ella ha visto a Lady Gwen. —anunció Shawn,

Y antes de que Jude pudiera volver a girar la cabeza, se hizo el silencio en el pub.

—No me digas. —Aidan se limpió las manos en el paño, lo dejó a un lado y se apoyó en la barra—. Vaya.

Hubo una pausa expectante. Tratando de encontrar las palabras adecuadas, Jude intentó rellenar el silencio.

—No, sólo pensé que había visto... Es que estaba lloviendo.

Cogió la copa, le dio un trago grande y rezó para que la música volviera a empezar.

—Aidan vio a Lady Gwen subiendo las colinas.

Jude miró a Shawn fijamente y luego a Aidan:

—Ha visto un fantasma —dijo, recalcando las palabras lentamente.

—Ella llora mientras camina y espera. Y el sonido del llanto se te clava en el corazón como si te sangrara desde dentro hacia fuera. —murmuró Aidan.

Una parte de Jude simplemente deseaba cabalgar en la música de su voz, pero pestañeó y negó con la cabeza.

—Pero no creerá de verdad en los fantasmas.

—¿Y por qué no iba a creer? —contestó Aidan, volviendo a arquear sus bellas cejas.

—Porque... ¿no existen?

Aidan soltó una carcajada sonora y fuerte; el misterio de su copa siempre llena quedó resuelto al colmársela él de vino.

—Me gustaría volver a escuchar eso cuando lleve un mes viviendo aquí. ¿No le ha contado su abuela la historia de Lady Gwen y Carrick de las hadas?

—No, bueno, en realidad, tengo una serie de cintas que me grabó y cartas y diarios que tratan de las leyendas y mitos. Estoy, ah... pensando en escribir un artículo sobre el folclore irlandés y el lugar que ocupa en la psicología de la cultura.

—Vaya. —Aidan no se molestó en ocultar la gracia que le hacía, aun cuando observó que Jude fruncía el ceño. A su parecer, el mohín que hizo era uno de los más bonitos que había visto en su vida—. Ha venido al lugar idóneo si lo que quiere es material para un proyecto de tal envergadura.

—Deberías hablarle sobre Lady Gwen. —intervino Darcy—. Y otras historias, Aidan. Tú eres el que mejor las cuenta.

—Lo haré en otro momento. Si está interesada, Jude Frances.

Se sentía incómoda y se dio cuenta, concierta angustia, de que estaba algo borracha. Restituyendo su dignidad lo mejor que pudo, asintió con la cabeza.

—Claro, me gustaría incluir el color y las historias locales en mi trabajo de investigación. Con mucho gusto fijaría una cita, cuando le venga bien.

La sonrisa volvió a aparecer en el rostro de Aidan, lenta y fácilmente. Irresistible.

—Oh, bueno, aquí no somos tan formales. Sencillamente, me pasaré algún día y, si no está ocupada le contaré

algunas historias que conozco.

—De acuerdo. Gracias. —abrió el bolso y empezó a sacar el monedero, pero él colocó una mano sobre la suya.

—No es necesario que pague. La casa le invita al vino, como bienvenida.

—Muy amable de su parte. —Jude pensó que le gustaría tener una pista de hasta qué punto esa bienvenida le había llegado al alma.

—Espero que vuelva —le dijo Aidan, al ponerse ella en pie.

—Seguro que lo haré. Buenas noches. —recorrió la habitación con la mirada, parecía que lo más adecuado era despedirse de la forma más correcta, volvió a mirar a Aidan y añadió—: Gracias.

—Buenas noches, Jude Frances.

La observó marcharse, cogiendo un vaso distraídamente al pedir alguien otra cerveza. Una monada, volvió a pensar. Y lo bastante remilgada, decidió, como para que un hombre se pregunte lo que necesitaría para relajarla.

Pensó que quizás le agradaría dedicar su tiempo a averiguado. Al fin y al cabo, tenía todo el tiempo del mundo.

—Tiene que ser rica. —comentó Darcy con un pequeño suspiro.

—¿Por qué dices eso? —la miró Aidan.

—Se ve por la ropa, toda sencilla y perfecta: Los pequeños pendientes que llevaba, las pulseras eran de oro de verdad, y los zapatos eran italianos, si no que venga Dios y lo vea.

Él no se había dado cuenta de los pendientes ni de los zapatos, sólo del conjunto en general, esa discreta y pulcra feminidad. Y siendo un hombre, se había imaginado quitando esa cinta que recogía su pelo y soltándoselo.

Pero su hermana estaba haciendo una mueca, así que se dio la vuelta y castañeteaba los dedos delante de su nariz.

—Puede que sea rica, Darcy, cariño, pero está sola y es tímida, cosa que tú no eres. El dinero no le comprará amigos.

Darcy se apartó el pelo por encima del hombro.

—Iré a su casa a verla.

—Tienes un buen corazón. —Darcy sonrió y cogió la bandeja—. Estabas mirándole el culo cuando se fue.

—Tengo un buen par de ojos. —dijo Aidan, devolviéndole la sonrisa.

Una vez que el último cliente se hubo marchado a su casa y los vasos se hubieron lavado, el suelo fregado y las puertas cerrado, Aidan se notó demasiado inquieto como para dormir, leer o beberse una copa de whisky al lado del fuego.

No le importaba pasar esa última hora del día solo en sus

habitaciones, situadas encima del pub. A menudo lo apreciaba. Pero también apreciaba los largos paseos que solía darse por las noches, en las que el cielo estaba cubierto de estrellas y la luna planeaba blanca sobre el mar.

Esa noche paseó hasta los acantilados, que era lo que tenía en mente. Era totalmente cierto lo que su hermano había dicho. Aidan había visto a Lady Gwen y, en más de una ocasión, por encima del mar, con el viento agitándole el cabello como la crin de un caballo salvaje, y la capa ondeando tan blanca como la luna que brillaba en lo alto.

La primera vez que la vio era un niño, y al principio le había embargado un terror estremecedor. Después le había conmovido el alma al escuchar el desdichado sonido de su llanto, y ver la desesperación de su rostro.

Nunca le había hablado, pero le había mirado, le había visto. Eso lo juraba por todas las Biblias que se pudieran apilar bajo su mano. Esta noche no iba buscando fantasmas, ni el espíritu de la mujer que había perdido lo que más quería antes de darse cuenta.

Sólo quería pasear en medio del aire fresco de la noche y el mar, en una tierra a la que había regresado porque no se había sentido en ningún otro lugar como en su casa.

Cuando subía por el camino que conocía tan bien, como el de su propia cama al cuarto de baño, sólo notaba la noche, el aire y el mar.

El agua libraba más abajo su guerra interminable sobre la roca. La luz de la medialuna se derramaba en una delicada línea sobre el agua negra, que nunca llegaba a permanecer en calma. Aquí podía respirar y meditar largo y tendido, algo que apenas tenía tiempo para hacer durante su trabajo.

Ahora el pub era suyo. Y aunque nunca había esperado llevar toda la carga... estaba totalmente asentada en sus hombros. La decisión de sus padres de quedarse en Boston, en vez de permanecer sólo el tiempo suficiente para ayudara su tío a abrir su propio pub y que funcionara durante los primeros seis meses de negocio, no había sido ninguna sorpresa.

Su padre había echado mucho de menos a su hermano, y a su madre siempre le había gustado mudarse a un sitio nuevo. Regresarían, quizás no para vivir, pero sí volverían para ver a los amigos y abrazar a sus hijos. No obstante, el Gallagher's había pasado una vez más de padre a hijo.

Ya que era su legado, pensaba hacerlo bien. Darcy no atendería las mesas y prepararía emparedados para siempre. Él aceptaba eso también.

Ahorrraba su dinero como una ardilla con sus nueces. Cuando reuniera lo suficiente, se iría.

De momento Shawn era lo bastante feliz como para llevar la cocina, fantasear con sus sueños y tener a todas las mujeres del pueblo suspirando por él. Algún día se toparía con el sueño apropiado y la mujer apropiada... y punto.

Si Aidan pretendía que el pub continuase, y así lo deseaba,

tendría que pensar en buscarse a una mujer y dedicarse a tener un hijo, o una hija, si viniera al caso, ya que no estaba tan arraigado en la tradición como para no dejar su herencia a una niña.

Pero había tiempo para eso, gracias a Dios. Al fin y al cabo, sólo tenía treinta y un años y no pretendía casarse únicamente por responsabilidad. Tendría que haber amor, pasión y comunión de las mentes antes de los votos de matrimonio.

Una de las cosas que había aprendido de sus viajes era con lo que un hombre podía conformarse y con lo que no. Te podías conformar con una cama llena de bultos si la alternativa era el suelo, y estar agradecido. Sin embargo, no te podías conformar con una mujer que te aburría o no te alteraba la sangre, por muy bonito que fuera su rostro.

Al pensar en eso, se giró y recorrió la vista por la tierra ondulante hasta la suave inclinación, donde la casa blanca se asentaba bajo el cielo y las estrellas. Una fina nube de humo salía de la chimenea, una única luz iluminaba la ventana.

Jude Frances Murray, meditó, y su rostro se le vino a la cabeza. ¿Qué estás haciendo en tu casita en la colina de las hadas? Quizá leyendo un buen libro, uno de mucho peso y con mensajes profundos. ¿O acaso te lees a escondidas un cuento lleno de diversión y tonterías cuando nadie te está mirando?

Es la imagen lo que te preocupa, reflexionó. Eso es lo que había percibido durante la hora o más que había pasado en uno de sus taburetes. ¿En qué está pensando la gente? ¿Qué ven cuando te miran?

Y mientras ella cavilaba, meditó Aidan, absorbía todo lo que veía u oía a su alrededor. Dudaba que ella se hubiera dado cuenta, pero él lo había visto en sus ojos.

Decidió que le dedicaría algún tiempo a averiguar lo que pensaba de ella, lo que veía en ella y lo que era auténtico.

Ya le había alterado la sangre con esos grandes ojos de diosa del mar y ese pelo recogido con aire de austeridad. Le gustaba su voz, la precisión de ésta que frente a su timidez resultaba intrigante.

¿Qué haría la linda Jude, se preguntó, si se acercara ahora y llamara a su puerta? Pero decidió que no tenía sentido darle un susto de muerte sólo porque se sintiera inquieto y algo de ella le hubiera provocado—ese deseo.

—Que duermas bien. —murmuró, deslizándose las manos en los bolsillos, mientras el viento giraba a su alrededor—. Una noche cuando salga a pasear, no iré a los acantilados sino a tu puerta. Entonces veremos lo que pasa.

Una sombra cruzó la ventana y la cortina se abrió. Allí estaba, casi como si lo hubiera oído. Estaba demasiado lejos y sólo podía ver su figura perfilada contra la luz.

Pensó que quizás ella podía verle también, sólo una sombra en los acantilados. Después la cortina se volvió a cerrar y, tras unos instantes, la luz se apagó.

CAPÍTULO 4

«La formalidad», se dijo Jude, «comenzaba por la responsabilidad. Y ambas se basaban en la disciplina». Con este pequeño sermón en su cabeza, se levantó a la mañana siguiente, se preparó un sencillo desayuno y se subió una tetera a su oficina para ponerse a trabajar.

No saldría fuera a caminar por las colinas, aunque hacía un día precioso. No saldría a pasear para soñar con las flores, por muy bonitas que se viesan desde la ventana. Y, por supuesto, no conduciría al pueblo para pasar una hora o dos recorriendo la playa, por muy tentadora que fuese la idea.

Si bien su proyecto de explorar las leyendas transmitidas, en Irlanda, de generación en generación, le podría parecer a la mayoría una idea superficial como mucho, desde luego era un trabajo viable si se enfocaba correctamente y con una línea clara a seguir. Al fin y al cabo, el arte oral de contar cuentos, así como la palabra escrita, constituía una de las piedras angulares de los cimientos de la cultura.

No podía reconocer ante sí misma que su deseo más oculto y secreto era el de escribir. Escribir cuentos, libros, para simplemente abrir esa cámara cuidadosamente cerrada bajo llave en su corazón, y dar rienda suelta a las palabras y las imágenes.

Y cuando ese candado sonaba, se decía a sí misma que era una aspiración poco práctica, romántica e incluso insensata. A las personas corrientes con aptitudes normales les iba mejor si se conformaban con lo sensato.

Investigar, buscar detalles, analizar, eran cosas sensatas que le habían enseñado a hacer. Cosas, pensó con una pizca de resentimiento, que esperaban que hiciera. El tema del trabajo que había elegido ya era bastante osado. Así que investigaría las causas psicológicas de la creación y perpetuación de los mitos generacionales, característicos del país de sus antecesores.

Irlanda estaba repleta.

Fantasmas, [banshess](#), [pookas](#) y hadas. ¡Qué maravilla tan rica e imaginativa era la mente celta! Se decía que la casa se asentaba en una colina de hadas, uno de los lugares mágicos que ocultaba un resplandeciente castillo debajo.

Si la memoria no le fallaba, creía que la leyenda contaba que un mortal podía ser cautivado o incluso raptado hasta el mundo de las hadas, debajo de la colina, y permanecer allí durante Cien años.

¿Y acaso no era eso fascinante?

Personas aparentemente racionales y corrientes en pleno siglo veintiuno podían, aunque pareciera mentira, hacer una declaración así ingenuamente.

Eso, pensó, era el poder del mito sobre el intelecto y la psique.

Y era tan fuerte, tan poderoso, que por un instante, cuando se quedó a solas por la noche, casi se lo creyó. La música de los carillones y el viento habían contribuido a ello.

Melodías, reflexionó, tocadas por el aire, hechas para incitar a la mente a soñar.

Y luego esa figura en las colinas. La sombra de un hombre recortada contra el cielo y el mar le habían llamado la atención y le habían provocado fuertes latidos en el corazón. Podía haber sido un hombre esperando a su amante o un hombre llorando por la pérdida de alguien. Un príncipe de hadas entretejiendo magia en el mar.

Muy romántico, muy poderoso.

Y por supuesto, evidentemente, quienquiera que fuese, quien se pusiera a pasear por las colinas azotadas por el viento después de la medianoche, era un lunático. Pero no se le había ocurrido hasta la mañana siguiente, ya que la fuerza de la imagen la había hecho suspirar y estremecerse toda la noche.

Sin embargo, la locura, a falta de una palabra mejor, formaba parte del encanto de las personas y sus historias. Así que la utilizaría. Investigaría sobre ello. Se sumergiría en ello.

Acelerada, se volvió hacia el ordenador, dejando por el momento las cintas y las cartas, y comenzó su proyecto.

Se dice que la casa está situada en una colina de hadas, una de las muchas lomas que hay en Irlanda, bajo las cuales viven las hadas en sus palacios y castillos. Se cuenta que si te acercas a una colina de hadas, quizás oigas la música que se toca en la gran sala del castillo, bajo la hierba verde y espesa. Y si caminas por encima de una de ellas, corres el riesgo de que las mismas hadas te rapten y te obliguen a hacer lo que se les antoje.

Se detuvo, sonrió. Claro, esto era demasiado lírico y, bueno, un comienzo demasiado irlandés para un artículo académico serio. En su primer año de universidad, a menudo había obtenido una baja puntuación en sus trabajos, precisamente por este tipo de cosas. «Se va por las ramas, no se atiene al tema, no cumple con sus propias pautas.»

Sabiendo lo importante que eran las notas para sus padres, había aprendido a reprimir esos viajes imaginarios llenos de colorido.

De todas formas, esto no era para obtener una nota y sólo era un esbozo. Después lo arreglaría. Por ahora, decidió simplemente anotar sus pensamientos y establecer los cimientos para el análisis.

Sabía lo suficiente, por los cuentos de su abuela, como para hacer un resumen de los personajes míticos más comunes. Su tarea consistiría en buscar las historias adecuadas y la estructura que giraba en torno a cada personaje legendario, y explicar el lugar que ocupaba en la psique de las personas que lo alimentaban.

Trabajó a lo largo de la mañana en las definiciones básicas, a menudo añadiendo un sub—texto que remitía la figura a su equivalente en otras culturas.

Absorta en su trabajo, apenas escuchó que llamaban a la puerta delantera, y cuando se dio cuenta se levantó perpleja, dejando a un lado la explicación de la *Pisoga*, la irlandesa sabía que se hallaba en la mayoría de los pueblos de antaño. Enganchando las gafas en el escote de su jersey, bajó corriendo. Cuando abrió la puerta, Brenna O'Toole ya estaba volviendo a su coche.

—Siento molestarte. —empezó a decir Brenna.

—No, no me molestas —¿cómo podía intimidarla una mujer que llevaba botas de trabajo embadurnadas de barro?, se preguntó Jude—. Estaba en el pequeño cuarto de arriba. Me alegro de que te hayas pasado. El otro día no te di las gracias como es debido.

—Oh, no pasa nada. Si te caías de sueño. —Brenna se apartó de la verja, volvió hacia el soportal—. ¿Te estás instalando? ¿Tienes todo lo que necesitas?

—Sí, gracias —Jude se dio cuenta de que la gorra desteñida que Brenna se ajustaba llevaba una pequeña figura alada justo encima de la visera. Más hadas, pensó, y creyó que era fascinante que una mujer tan eficiente llevase una como amuleto.

—Ah, ¿te gustaría pasar, tomar un té?

—Me encantaría, gracias, pero tengo trabajo. —aun así, Brenna parecía contenta de quedarse un rato más en el pequeño sendero del jardín—. Sólo quería pasarme para ver si te las apañas o si hay algo que necesites. Yo voy de aquí para allá y paso por la carretera una o dos veces al día.

—No se me ocurre nada. Bueno, en realidad, me pregunto si me podrías decir con quién debo contactar para que instalen una conexión telefónica en la segunda habitación. La estoy; utilizando como oficina y la necesitare para mi módem.

—Un módem, ¿en serio? ¿Tu ordenador? —ahora sus ojos le brillaban con interés—. Mi hermana, Mary Kate, tiene un ordenador porque estudia programación en la escuela. Cualquiera Creería que, con ese cacharro, ha descubierto la cura contra la estupidez, y no deja que me acerque.

—¿Te interesan los ordenadores?

—Me gusta saber cómo funcionan las cosas, y ella teme que lo desmonte; por supuesto, yo lo haría, porque si no, ¿de qué otra manera vas a enterarte de cómo funciona algo? Ella también tiene un módem y manda mensajes a unos primos nuestros en Nueva York y a amigos en Galway. Es una maravilla.

—Supongo que lo es. Y solemos darlo por hecho, hasta que nos llega a faltar.

—Puedo darle tu recado a las personas apropiadas. —prosiguió Brenna—. Te conectarán tarde o temprano. —volvió a sonreír—. Así es como funcionan por aquí las cosas, pero no llevará más de una semana o así. Si tardase más, te puedo apañar algo que te servirá.

—Está bien. Te lo agradezco. Oh, y fui al pueblo ayer, pero las tiendas ya habían cerrado cuando llegué. Esperaba encontrar una librería para comprar algunos

libros sobre jardinería.

—Libros sobre jardinería. —apretó los labios Brenna. Imagínate, pensó, tener que leer sobre el cuidado de las plantas—. Bueno; no sé dónde podrías encontrar una cosa así en Ardmore, pero probablemente encuentres lo que buscas en Dungarvan o en Waterford City, seguro. De todas formas, si quieres saber algo sobre tus flores, sólo tienes que preguntarle a mi madre. A mamá le encanta la jardinería, vaya que sí. —Brenna miró por encima del hombro cuando oyó un coche—. Bueno, aquí están la señora Duffy y Betsy Clooney que han venido para darte la bienvenida. Sacaré mi camión para que puedan entrar. La señora Duffy habrá traído bizcochos. —añadió Brenna, saludando con entusiasmo a las dos mujeres del coche—. Sus bizcochos son famosos. Sólo tienes que pegar un grito colina abajo si necesitas algo.

—Sí, yo... —¡Dios mío!, fue lo único en que pudo pensar Jude, no me dejes sola con desconocidos. Pero Brenna ya estaba montándose en el camión.

Salió a toda mecha, Jude consideró que de manera temeraria y repentina, sin tener en cuenta la estrecha zanja de setos, ni la posibilidad, por muy remota que fuese, de que viniera un coche en dirección contraria. Después se acercó al coche, rozando su guardabarros contra el otro, para charlar un momento con las nuevas visitantes.

Jude se retorció las manos mentalmente, mientras el camión traqueteaba por la carretera y el coche se detenía.

—¡Buenos días, señorita Murray! —la mujer al volante tenía los ojos tan brillantes como los de un petirrojo, y su pelo castaño claro había sido apaleado hasta lograr domarlo. Lo llevaba como si fuese un casco de ondas bajo una brutal capa de laca, que le relucía bajo el sol.

La mujer, de grandes pechos y caderas, con unas piernas cortas y unos pies diminutos, salió disparada del coche.

Jude se esforzó en sonreír y se arrastró hacia el jardín como una mujer dirigiéndose hacia el corredor de la muerte. Mientras se devanaba los sesos buscando el saludo adecuado, la mujer abrió de un tirón la puerta trasera del coche, parlotando, y la segunda mujer se bajó del asiento del pasajero.

—Soy Kathy Duffy de la parte baja del pueblo y ésta es Betsy Clooney, mi sobrina por parte de mi hermana. Patty Mary, mi hermana, trabaja en la tienda de comestibles hoy, si no hubiera venido a saludarla también. Pero yo le he dicho a Betsy que, si le pedía a su vecina que cuidara del bebé mientras los dos mayores están en la escuela, podíamos subir hasta la casa de Faerie Hill y saludar a la prima de la vieja Maude de Estados Unidos.

Mientras decía todo esto, se introducía en la parte trasera del coche, bamboleando y mostrando un culo bastante imponente, cubierto por un vestido que parecía un jardín de amapolas rojas y que Jude miró con los ojos como platos. Volvió a salir del coche, la cara ligeramente colorada, con un bizcocho cubierto y una sonrisa radiante.

—Se parece un poco a su abuela, —prosiguió Kathy—, según lo que yo recuerdo de niña. Espero que se encuentre

bien.

—Sí, muy bien: Gracias. Qué amables han sido al venir — abrió la verja—. Por favor, pasen.

—Espero que le hayamos dado el tiempo suficiente para instalarse. —Betsy rodeó el coche y Jude recordó haberla visto en el pub la noche anterior. Era la mujer que estaba con su familia en una de las mesas bajas. De algún modo, incluso esa vaga relación la ayudaba.

—Le dije a la tía Kathy que la había visto en el pub anoche, en Gallagher's, ¿no es así? Y pensamos que quizás estaría preparada para una bienvenida.

—Estaba con su familia. Sus hijos se portaban tan bien.

—Oh, bueno. —dijo, abriendo aún más sus ojos de color verde cristal como la hierba—. No hay ninguna necesidad de desengañarla tan pronto. ¿No tiene hijos?

—No, no estoy casada. Les prepararé té si lo desean. — empezó a decir, mientras entraban por la puerta delantera.

—Me encantaría. —Kathy comenzó a avanzar por el pasillo, sintiéndose realmente cómoda en la casa—. Vamos a hacer una visita a la cocina.

Ante el asombro de Jude, lo hicieron. Pasó una hora agradable con dos mujeres cariñosas y de risa espontánea. Era fácil deducir que Kathy Duffy era una cotorra y algo intolerante, pero lo hacía todo con mucho humor.

Antes de que se pasara la hora, en la cabeza de Jude no paraban de dar vueltas los nombres y relaciones de la gente de Ardmore, las enemistades y las familias, las bodas y los velatorios. Si hubiese algo que no conociera Katherine Anne Duffy sobre cualquier alma que viviese en la zona desde el último siglo, entonces era que no merecía la pena contarlo.

—Es una pena que nunca conociera a la vieja Maude. — comentó Kathy—. Porque era una buena mujer.

—Mi abuela le tenía mucho cariño.

—Parecían más hermanas que primas, a pesar de la diferencia de edad. —asintió Kathy con la cabeza—. Su abuela vivió aquí de niña, después de perder a sus padres. Mi propia madre era amiga de las dos, y tanto ella como Maude echaron de menos a su abuela cuando se casó y se fue a Estados Unidos.

—Y Maude se quedó aquí —dijo Jude, recorriendo la cocina con la mirada—. Sola.

—Tenía que ser así. Tenía un amor y se pensaban casar.

—¡Oh! ¿Y qué pasó?

—Se llamaba John Magee. Mi madre dice que era un muchacho guapo que amaba el mar. Se fue de soldado a la Gran Guerra y perdió su vida en los campos de Francia.

—Es triste, —intervino Betsy—, pero a la vez romántico. Maude nunca quiso a ningún otro y, a menudo, hablaba de él cuando veníamos a visitarla, aunque llevaba muerto tres cuartos de siglo.

—Para algunos —dijo Kathy suspirando— sólo hay una

persona. No hay nadie antes ni después. Pero la vieja Maude vivía feliz aquí, con sus memorias y sus flores.

—Es una casa dichosa,—dijo Jude, e inmediatamente se sintió tonta. Pero Kathy Duffy sólo sonrió y volvió a asentir con la cabeza.

—Sí, lo es. Y los que la conocíamos nos alegramos de que uno de los suyos viva aquí ahora. Está bien que haya ido por el pueblo, conocido a la gente y a algunos de sus familiares.

—¿Familiares?

—Es pariente de los Fitzgerald, y hay muchos en Old Parish y los alrededores. Mi amiga Deidre, que ahora está en Boston, era una Fitzgerald antes de que se casara con Patrick Gallagher. Estuvo anoche en su pub.

—Ah, sí. —inmediatamente la imagen de Aidan le vino a la cabeza. La lenta sonrisa, los salvajes ojos azules—. Somos primos lejanos.

—Me parece que su abuela era prima hermana de la tía abuela de Deidre, Sandra. O quizás fuese la bisabuela y fuesen primas segundas. Bueno, apenas tiene importancia. Ahora que, al mayor de los Gallagher. —Kathy hizo Una pausa lo suficientemente larga como para mordisquear uno de sus pasteles—le tenías echado el ojo durante un tiempo, ¿verdad, Betsy?

—Puede que le echara una mirada una o dos veces, cuando yo era una chavala de dieciséis abriles. —los ojos de Betsy sonreían por encima de su taza—. Y puede que él también me devolviera la mirada. Pero después se fue de viaje y apareció Tom. Cuando Aidan Gallagher regresó..., bueno, puede que le volviera a mirar, pero sólo como muestra de agradecimiento a la creación del Señor.

—Era un salvaje de mozo, y hay una mirada en él que dice que podría volver a serio. —suspiró Kathy—. Siempre he tenido debilidad por un corazón salvaje en un hombre. ¿Y no tiene un amor en Estados Unidos, Jude?

—No. —pensó por un momento en William. ¿Había considerado a su marido alguna vez como su amor?—. Nadie especial.

—Si no son especiales, ¿qué sentido tiene?

Ningún sentido en absoluto, pensó Jude al acompañar a sus invitadas a la puerta. No podía decir que hubiera sido su gran amor, como John Magee lo fue para Maude. No habían sido especiales el uno para el otro, ella y William.

Deberían haberlo sido. Y durante un tiempo, él fue el centro de su vida, lo amó, o había creído amarle. Maldita sea, ella había deseado amarle y le había entregado lo mejor.

Sin embargo, no fue suficiente. Resultaba humillante saber eso: con qué facilidad, con qué desconsideración había incumplido los votos de matrimonio aún recientes y la había echado de su vida.

No obstante, reconocía, tampoco habría llorado su muerte durante setenta años, si, hubiese muerto de a la manera heroica o trágica. La verdad es que si William se hubiera

matado en algún accidente fortuito, ella podría haber sido la viuda fiel en vez de la esposa abandonada.

Y qué horrible era darse cuenta de que lo hubiera preferido así.

¿Qué le había dolido más?, se preguntaba ahora. ¿Perderle a él o a su orgullo? Fuera lo que fuera, no permitiría que una cosa así volviese a suceder. No iba a conformarse con un simple matrimonio para luego volver a dejarlo, porque se esperase eso de ella.

Esta vez, se iba a centrar en sí misma y en estar sola.

No es que tenga algo en contra del matrimonio, pensó, mientras daba una vuelta por fuera de la casa. Sus padres formaban un matrimonio sólido, entregados el uno al otro. Quizás no fuese esa relación de cine, con una pasión salvaje, que algunos deseaban para sí, pero su relación era un buen testimonio de una asociación que funcionaba.

Quizás había pretendido tener algo parecido con William, un matrimonio tranquilo y digno, pero no había dado en el clavo. Y era por su culpa.

No había nada especial en ella. Estaba algo más que avergonzada de reconocer simplemente, que se había convertido en un hábito para él, parte de su rutina.

Cita con William para cenar el miércoles a las siete en uno de sus tres restaurantes favoritos. El sábado, cita para ver una obra de teatro o una película, seguida de una cena tardía, seguida de sexo con decoro. Si ambas partes están de acuerdo, se prolonga la noche a un sueño saludable de ocho horas, seguido de un [brunch](#) y una conversación sobre el periódico dominical.

Ése había sido el modelo de su noviazgo, y su matrimonio simplemente se había ceñido a la dinámica de ese esquema.

Y en realidad había sido tan fácil acabar con ese modelo definitivamente.

Pero, Dios, Dios mío, cómo habría deseado ser ella quien le pusiera fin. Haber tenido las agallas o la facilidad para hacerlo. Vivir una aventura apasionada en algún motel barato. Trabajar además de *stripper*. Y fugarse para unirse a una banda de motoristas.

Al imaginarse embutida en cuero y montándose en una moto detrás de un corpulento motorista tatuado llamado Cero, soltó una carcajada.

—Vaya, esto sí que es un regalo para la vista de un hombre en una tarde de abril. —dijo Aidan, situado en el rellano de los setos, con las manos cómodamente metidas en los bolsillos, sonriéndole—. Una mujer que se ríe con flores a sus pies. Uno bien podría pensar, por el sitio donde nos hallamos, que se ha topado con un hada aparecida para encantar a las flores para que broten.

Se acercó a la verja con aire despreocupado mientras hablaba y se detuvo. Ella estaba convencida de que jamás había visto una imagen más romántica que la de Aidan Gallagher, con su abundante pelo alborotado por la brisa, los ojos de un color azul claro y salvaje, junto a la verja con los lejanos acantilados a sus espaldas.

—Pero no es ningún hada, ¿verdad, Jude Frances?

—No, claro que no. —sin pensarlo, levantó la mano para comprobar que aún mantenía el peinado—. Me acaban... ah, de visitar Kathy Duffy y Betsy Clooney.

—Me las encontré por el camino cuando venía hacia aquí paseando. Me dijeron que habíais pasado una hora agradable charlando y tomando té y pasteles.

—¿Has venido caminando? ¿Desde el pueblo?

—No esta lejos, si te gusta caminar, y a mí me gusta. —de nuevo parecía algo angustiada, reflexionó Aidan. Como si no supiera muy bien lo que hacer con él. Pero él quería hacerla sonreír de nuevo, ver sus labios curvarse lenta y tímidamente y sus hoyuelos volver a la vida—. ¿Me vas a invitar a que pase a tu jardín o prefieres que siga paseando?

—No, lo siento. —corrió hacia la verja y alargó la mano hacia el pestillo al mismo tiempo que Aidan. La mano de él se posó sobre la suya, caliente y firme, levantando ambos el pestillo a la vez.

—¿En que estabas pensando que te hacía reír?

—Oh, bueno... —como aún sujetaba su mano, retrocedió—. Era sólo una tontería. La señora Duffy ha dejado unos pasteles y todavía queda té.

No recordaba haber visto jamás a una mujer tan asustada sólo por hablarle. Aunque no podía decir que su reacción fuera del todo desagradable. Poniéndola a prueba, seguía sujetando su mano y avanzó hacia delante mientras ella daba un paso hacia atrás.

—Y supongo que te habrás hartado de ambas cosas por ahora. La verdad es que de vez en cuando necesito tomar aire, así que me dejo llevar por lo que la gente llama «los viajes de Aidan». A menos que tengas prisa en volver a tu casa, podríamos sentarnos aquí, en el soportal, un rato —tendió la otra mano, le sujetó la cadera y detuvo sus pasos—. Estás a punto de pisar tus flores. —murmuró—. Sería una pena aplastadas bajo tus pies.

—Oh. —Jude se apartó poco a poco con precaución—. Soy torpe.

—Yo no diría eso. Sólo un poco nerviosa. —a pesar del extraño placer que le producía veda nerviosa, tenía ganas de apaciguar esos nervios y tranquilizada.

Con sus dedos tocando los de ella, cambió de posición y la giró con una gracia tan resuelta que, en sólo un parpadeo, le dio la vuelta.

—Me pregunto —prosiguió Aidan, conduciéndola hacia el soportal— si estás interesada en escuchar las historias que conozco. Para tu trabajo.

—Sí, mucho. —resopló aliviada y se agachó para sentarse en el soportal—. Lo empecé esta mañana, el artículo, intentando familiarizarme, formular un esquema, la estructura básica.

Ella abrazó sus rodillas, tensando los brazos al mirar y darse cuenta de que la estaba observando.

—¿Qué ocurre?

Él arqueó una ceja.

—Nada. Estoy escuchando. Me gusta escucharte. Tu voz es tan precisa y tan americana.

—Oh. —carraspeó, volvió a mirar de frente como si tuviera que vigilar las flores para que no escaparan—. ¿Qué es lo que estaba diciendo?... La estructura. Los diferentes campos que quiero abarcar. Los elementos de fantasía, por supuesto, pero también los aspectos sociales, culturales y sexuales de los mitos tradicionales. Su utilización en la tradición como entretenimiento, como parábola, como advertencia en el romance.

—¿Advertencia?

—Sí, las madres contándoles a sus hijos historias sobre las hadas de las ciénagas para que no se acerquen a zonas peligrosas, o relatándoles cuentos sobre espíritus malignos y demás, para influenciarles a que se comporten correctamente. Existen tantas, en realidad más, leyendas grotescas como benévolas.

—¿Cuáles prefieres?

—Oh, bueno. —tartamudeó un poco—. Ambas supongo, dependiendo del estado de ánimo.

—¿Tienes muchos?

—¿Muchos qué?

—Estados de ánimo. Creo que sí. Tienes unos ojos temperamentales. —«Bien», pensó, «he conseguido que vuelvas a mirarme otra vez».

Sintió de nuevo esos tirones largos y líquidos en el estómago, así que volvió a mirar rápidamente en la otra dirección.

—No, la verdad es que no soy especialmente temperamental. De todos modos, hmmm. Tenéis a bebés que son raptados de sus cunas y sustituidos por otros, niños devorados por ogros. En el último siglo, hemos cambiado los pasajes y los finales de los cuentos de hadas por finales donde los protagonistas fueron felices y comieron perdices, cuando en realidad las versiones originales contenían sangre, muerte y seres devorados. Psicológicamente, refleja los cambios en nuestras culturas y lo que los padres quieren que sus hijos oigan y crean.

—¿Y en qué crees tú?

—Que un cuento es un cuento, pero que es menos probable que un niño tenga pesadillas con los finales felices.

—¿Y tu madre te contó historias de niños que eran sustituidos por otros?

—No —la idea hizo reír a Jude—. Pero mi abuela sí. De una forma muy entretenida. Me imagino que tú también puedes contar historias entretenidas.

—Te puedo contar una ahora, si quieres pasear hasta el pueblo conmigo.

—¿Pasear? —negó con la cabeza—. Está muy lejos.

—No está a más de dos millas. —de repente deseaba pasear con ella—. Así quemarás los pasteles de la señora Duffy, y luego te daré de cenar. Tenemos estofado de mendigo en el menú esta noche y sienta muy bien. Me encargaré de que alguien te traiga a casa después.

Ella le miró con disimulo para luego apartar la mirada. La idea le parecía maravillosamente espontánea, simplemente levantarse e irse, ningún plan; ninguna estructura. Que, por supuesto, era la razón por la que no colaría.

—Es tentador, pero en realidad debería trabajar un poco más.

—Entonces, ven mañana. —volvió a agarrarle la mano para ayudarla a incorporarse, a la vez que él se levantaba—. Tenemos música en Gallagher's el sábado por la noche.

—Había música anoche también.

—Más. —le dijo—. Y algo más... estructurada como tú dirías, supongo. Unos músicos de Waterford City, tipo tradicional. Te gustará, y no se puede escribir sobre las leyendas de Irlanda sin su música, ¿verdad? Así que ven al pub mañana por la noche y yo vendré a verte el domingo.

—¿Venir a verme?

Aidan volvió a esbozar una sonrisa lenta, parsimoniosa, maravillosa.

—Para contarte una historia, para tu artículo. ¿Te viene bien el domingo por la tarde?

—Oh, sí, está bien. Perfecto.

—Buenos días, pues, Jude Frances. —se dirigió con tranquilidad hasta la verja, a continuación se dio la vuelta. Sus ojos eran más azules, más intensos cuando se encontraron con los de ella y mantuvieron la mirada—. Ven el sábado. Me gusta mirarte.

No movió ni un músculo, ni cuando se giró para abrir la verja, ni cuando cruzó y bajó por la carretera. Ni siquiera cuando ya había pasado el seto alto y se había alejado.

¿Mirarla? ¿A qué se refería con eso exactamente?

¿Acaso se trataba de un tipo de coqueteo superficial? Sus ojos no parecían superficiales, pensó, mientras andaba de arriba abajo por el sendero. Claro, ¿cómo lo iba a saber cuando, en realidad, sólo era la segunda vez que lo había visto?

Probablemente se trataba de eso. Simplemente un coqueteo a la ligera, instintivo, de un hombre acostumbrado a ligar con mujeres. Si se analizaba la situación, era más un comentario simpático que otra cosa.

«Me gustaría verte en el pub el sábado, pásate», murmuró. «Eso es lo único que pretendía decir. Y maldita sea, ¿por qué tengo que analizarlo y desmenuzarlo todo?»

Enfadada consigo misma, regresó a la casa dando grandes zancadas, cerró la puerta con firmeza. Cualquier mujer sensata le hubiera sonreído al escucharlo, hubiera coqueteado un poco también. Era una respuesta inofensiva, incluso condicionada. A menos que fuese una

neurótica reprimida.

«Que es exactamente lo que tú eres, Jude F. Murray. Una neurótica reprimida. ¿Es que no podías haber abierto la boca, idiota, y haber dicho algo como: "Veré lo que puedo hacer. Me gusta mirarte a mí también?". Oh, no, simplemente te quedas ahí como si te hubiera disparado entre los ojos.»

Jude se detuvo, levantando las manos, cerrando los ojos. Ahora no sólo estaba hablando consigo misma, sino que estaba reprendiéndose como si fuera dos personas diferentes.

Respirando hondo, se calmó y decidió que realmente quería otro de esos pasteles glaseados, sólo para tranquilizarse.

Entró en la cocina, haciendo caso omiso de la remilgada vocécita en su cabeza, que le decía que estaba compensando su reacción con un placer culinario. Bueno, ¿y qué?—Cuando un hombre guapísima, que apenas conocía, había provocado una erupción de sus hormonas, por supuesto que pensaba reconfortarse con azúcar.

Agarró un pastel glaseado de color rosa pálido, y se giró al oír un ruido sordo en la puerta trasera. Al ver el rostro peludo y los largos dientes, soltó un alarido y el pastel salió volando por los aires, se estampó contra el techo y aterrizó con un *plof*, con la capa de glaseado bocabajo, a sus pies.

Durante el instante en que el pastel estaba volando por los aires fue cuando se dio cuenta de que no había un monstruo en la puerta, sino una perra.

«¡Dios santo! Dios santo, ¿qué pasa con este país? Cada dos minutos algo llega a la puerta.» Se pasó los dedos por el pelo, dejando escapar los rizos, y después ella y la perra se observaron a través del cristal.

Tenía grandes ojos marrones y Jude decidió que parecían dóciles y no agresivos. Sí, mostraba los dientes, pero le colgaba la lengua, así que, ¿qué otra opción le quedaba? Las enormes patas ya le habían embadurnado el cristal de barro, pero cuando soltó un ladrido simpático, Jude cedió.

Al dirigirse hacia la puerta la perra desapareció. Pero allí estaba de nuevo cuando Jude la abrió, sentada educadamente en la entrada trasera, golpeando el rabo y mirándola fijamente.

—Eres la perra de los O'Toole, ¿verdad? Parecía que se lo había tomado como una invitación y se abrió paso dando zancadas por la cocina, extendiendo el barro. Luego le hizo el favor a Jude de limpiar el pastel que se le había caído antes de dirigirse a la chimenea y se volvió a sentar sobre sus cuatro patas.

—Hoy no tenía ganas de encender la chimenea... —se acercó, tendiendo la mano para ver lo que la perra hacía. La olisqueó mansamente y luego la empujó con la nariz para colocársela en la cabeza, Jude se rió—. Qué lista eres, ¿verdad? —le rascó entre las orejas cariñosamente. Nunca había tenido un perro, aunque su madre tenía dos malhumorados gatos siameses mimados como reyes.

Se imaginaba que la perra habría visitado a la vieja Maude a menudo, se habría hecho un ovillo junto al fuego de la cocina y habría acompañado a la anciana de vez en cuando. ¿Sentían los perros una profunda pena ante la pérdida de un amigo?, se preguntó, y luego se acordó de que aún tenía que cumplir la promesa de llevar flores a la tumba de Maude.

La noche anterior había preguntado en el pueblo dónde estaba. Maude estaba enterrada al este del pueblo, por encima del mar, más allá del camino que pasaba cerca del hotel y a espaldas de las ruinas, el oratorio y el pozo de San Declan.

Un largo y pintoresco paseo, pensó.

En un impulso, Jude sacó las flores de la botella que había colocado en la encimera de la cocina, ladeando la cabeza hacia la perra.

—¿Quieres visitar a la vieja Maude?

La perra pegó otro ladrido, se incorporó y, al salir por la puerta trasera, Jude se preguntó quién llevaba a quién.

Percibía un ambiente muy rústico. Jude se imaginó que escalar por las colinas con la perra de color canela y las flores en la mano para la tumba de un antecesor era parte de su rutina semanal. La campesina irlandesa con su leal perro de caza, presentándole sus respetos a una prima lejana.

Lo convertiría en hábito, bueno, si realmente tuviera un perro y viviera allí.

Era relajante estar al aire libre y sentir la brisa, viendo a la perra salir corriendo para olisquear Dios sabe qué cosa, percibiendo todas esas gloriosas señales de la primavera en los setas que florecían, el rápido movimiento y gorjeo de un pájaro.

El mar retumbaba contra los acantilados.

Mientras se acercaba al empinado oratorio con techo a dos aguas, la luz del sol atravesaba las nubes e inundaba la hierba y la roca. Las tres cruces de piedra se erigían proyectando sus sombras, con el pozo debajo recogiendo el agua bendita.

Los peregrinos se habían lavado allí, según recordaba por la guía. ¿Y cuántos, se preguntó, habrían derramado en secreto un poco de agua a los dioses para curarse en salud?

¿Por qué correr riesgos?, pensó, asintiendo con la cabeza. Ella misma hubiera hecho ambas cosas.

Era un lugar tranquilo y conmovedor, que parecía saber de la vida y la muerte, y de lo que las vinculaba.

El aire era más cálido, casi veraniego, a pesar del viento, con la fragancia de las flores que se esparcían por la hierba y yacían sobre los difuntos, de repente salvajes y dulces. Oyó el zumbido de las abejas y el canto de los pájaros, el sonido líquido, musical y maduro.

La hierba crecía alta y verde y un poco salvaje sobre el

terreno desigual. Jude observó que un puñado de toscos guijarros, que marcaba las tumbas antiguas, se asentaba entre la hierba. Y junto a ellas, las nuevas tumbas individuales. La vieja Maude había elegido ser enterrada aquí, casi sola, en una colina que daba al pueblo, que parecía un damero, a la costa azul del mar ya la ondulada extensión verde que conducía a la montaña.

En una repisa de piedra entre las ruinas, había una larga maceta de plástico repleta de flores de color rojo intenso. Su presencia conmovió el corazón de Jude.

La gente olvida con tanta frecuencia, pensó. Pero aquí no. Aquí la gente se acordaba y honraba esas memorias con flores para los difuntos.

«*Maude Alice Fitzgerald*», rezaba en el sencillo epitafio. «*La Mujer Sabia*» había sido grabado debajo de su nombre, y más abajo las fechas de su larga, larga vida.

Resultaba un epitafio un tanto extraño, reflexionó Jude al arrodillarse junto a la suave pendiente. Ya había flores allí, un diminuto puñado de las primeras violetas que empezaban a marchitarse. Jude colocó su ramo al lado de ellas y se sentó sobre los talones.

—Soy Jude. —comenzó a decir—. La nieta de tu prima Agnes. La de Estados Unidos. Me estoy hospedando en tu casa durante un tiempo. Es realmente preciosa. Lamento no haberte conocido, pero la abuela me hablaba de los momentos que pasasteis juntas en la casa. Lo contenta que estabas por ella, cuando se casó y se fue a Estados Unidos. Pero tú te quedaste aquí, en casa.

—Era una buena mujer.

Con el corazón en la garganta, Jude alzó la cabeza bruscamente y se encontró con unos profundos ojos azules. Era un rostro bello, joven y suave. El hombre llevaba una melena negra casi hasta los hombros. Las comisuras de sus labios se curvaban ligeramente de un modo agradable, al acercarse hacia Jude al otro lado de la tumba.

—No le he oído. No sabía que estaba aquí.

—Uno camina silenciosamente en lugar santo. No pretendo asustada.

—No. —casi me muero, pensó Jude—. Simplemente me ha dado un sobresalto. —se apartó los mechones que el viento había dejado sueltos alrededor de su cara—.

¿Conocía a Maude?

—Claro que conocía a la vieja Maude, una buena mujer tal como le dije, que vivió una vida rica y generosa. Está bien que le traiga flores porque a ella le encantaban.

—Son tuyas, de su jardín.

—Sí. —su sonrisa se engrandeció—. Mejor aún. —posó la mano encima de la cabeza de la perra, que estaba sentada plácidamente a su lado. Jude vio un anillo brillar en su dedo, una piedra azul profundo, que relucía sobre una pesada montura de plata—. Ha esperado mucho tiempo hasta que ha vuelto a sus orígenes.

Jude frunció el ceño, deslumbrada por el sol, que ahora parecía más intenso, tan intenso que la vista le fallaba.

—Oh, se refiere a venir a Irlanda. Supongo que sí.

—Es un lugar donde uno puede mirar en su corazón y ver lo que más le importa —ahora sus ojos cobraban un color cobalto. Intensos, hipnóticos—. Elige bien, Jude Frances, porque no serás la única a la que le afectará.

La fragancia de las flores, la hierba y la tierra giraban en su cabeza hasta sentirse embriagada. El sol la cegaba lanzando rayos intensos, abrasadores y cegadores. Se levantó el viento, una repentina y deslumbrante explosión de energía.

Hubiera jurado que había oído sonar unas gaitas, unas notas altas que flotaban en el viento veloz.

—No sé a lo que se refiere. —aturdida, alzó una mano hacia su cabeza y cerró los ojos.

—Lo sabrá.

—Le vi bajo la lluvia. —mareada, estaba tan mareada—. Sobre la colina con la torre circular.

—Por supuesto que me vio. La estábamos esperando.

—¿Esperando? ¿Quién?

El viento cesó tan rápidamente como se había levantado y la música se desvaneció en el silencio. Ella sacudió la cabeza para despejarse.

—Disculpe. ¿Qué ha dicho?

Pero cuando volvió a abrir los ojos, estaba sola con el silencio de los difuntos y la gran perra de color canela.

CAPÍTULO 5

No es que Aidan se opusiera al papeleo. Es que lo odiaba.

Sin embargo, tres veces a la semana, lloviera o hiciera sol, pasaba una hora o más en el escritorio del piso de arriba enfrascado en pedidos, gastos generales, nóminas y ganancias.

Le reconfortaba que hubiese siempre ganancias. Nunca se había preocupado demasiado del dinero antes de que Gallagher's pasara a sus manos. Y a menudo se preguntaba si eso era parte de la razón por la que sus padres le habían empujado a ello. Se lo había pasado bien, viviendo al día, cuando había viajado. Arreglándose o simplemente sobreviviendo. No había ahorrado ni un penique, ni siquiera había sentido la necesidad de hacerlo.

La responsabilidad no había sido precisamente su fuerte.

Después de todo, se había criado desahogadamente y, por supuesto, había trabajado lo suyo durante la infancia y adolescencia. No obstante, fregar, servir pintas y cantar una melodía no tenía nada que ver con calcular cuánta cerveza había que pedir, qué porcentaje de vajilla rota — muchas gracias, hermana Darcy— podía soportar el negocio, hacer malabarismos con los números para que cuadrasen en los libros de, contabilidad y el calcular de los impuestos.

Todo esto le producía dolor de cabeza y no le resultaba más agradable pasar el rato en casa, con los libros de contabilidad, que sacarse una muela, pero tuvo que aprender.

Y aprendiendo, comprendió que el pub significaba más para él precisamente por eso. Sí, los padres eran seres muy inteligentes, concluyó. Y los de Aidan conocían a su hijo.

Pasó algún tiempo con los distribuidores regateando el mejor precio. Eso no le importaba tanto porque era casi como comerciar con los caballos y descubrió que tenía habilidad para ello.

Le satisfacía que músicos de Dublín, de Waterford, de lugares tan lejanos como Clare y Galway, no sólo estuvieran dispuestos, sino contentos de tocar en Gallagher's. Se enorgullecía de saber que en los cuatro años que llevaba regentando el pub, había contribuido a afianzar su reputación como un lugar para la música.

Y esperaba que, en la temporada de verano, cuando los turistas entraran a tropel fuese el mejor pub que hubiesen visto.

Sin embargo, eso no quitaba que la tarea de sumar y restar resultara menos engorrosa.

Había pensado en un ordenador, pero entonces tendría que aprender a manejar el maldito cacharro. Era capaz de reconocer, sin vergüenza alguna, que sólo la idea le producía pánico. Cuando le mencionó el tema a Darcy, sugiriéndole que quizás podría aprender los entresijos del ordenador, se rió de él hasta que las lágrimas le corrieron por sus bonitas mejillas.

A Shawn ni se le ocurría pedirselo, no cambiaba una bombilla ni aunque estuviese leyendo a oscuras.

No iba a contratar a alguien para esa labor, no cuando en Gallagher's se las habían arreglado solos desde que abrieron sus puertas. Así que, o bien continuaba el trabajo con lápiz y calculadora, o reunía el coraje para enfrentarse a la tecnología.

Suponía que Jude tenía conocimientos de informática. No le importaría que ella le enseñara una o dos cosas. Desde luego que le gustaría, pensó esbozando una sonrisa, devolver el favor en otro campo completamente diferente.

Quería tocar todo su cuerpo. Ya se había preguntado cuál sería el sabor y la textura de su boca grande y preciosa. Hacía tiempo que una mujer 110 le había hecho sentir la sangre bullir y disfrutaba anticipándose y cavilando.

Le recordaba a una joven potra algo insegura de sus patas. Una que rehuía a cualquier hombre que se le acercara, aunque desease una caricia suave y agradable. Esa actitud de inseguridad, mezclada con la mente inteligente y la voz educada, resultaba ser una combinación atractiva.

Esperaba que ella viniera esa tarde tal como le había pedido.

Esperaba que se pusiera uno de sus trajes elegantes, y llevase el pelo recogido para que se pudiera imaginar el placer de despeinada.

Si Jude hubiera tenido la menor idea de por dónde discurrían los pensamientos de Aidan, nunca habría tenido el valor de salir de la casa. Incluso sin esa complicación añadida, ya había cambiado de idea media docena de veces.

Sería de mala educación no acudir después de habérselo pedido él.

Parecería como si ella buscara que le dedicara su tiempo y atención.

En realidad era una buena manera de pasar una tarde agradable.

No era el tipo de mujer que pasaba las tardes en un bar.

Su propia indecisión la irritaba tanto que decidió en principio ir a pasar una hora.

Se puso unos pantalones y una chaqueta de color gris piedra, junto con un chaleco de finas rayas de color burdeos para darle un toque alegre. Al fin y al cabo, era sábado por la noche, pensó, y se puso además unos pendientes de plata que le colgaban con cierto aire festivo. Habría música, recordó, al contemplar la posibilidad de dejarse llevar y añadir un par de finas esclavas de plata.

Mantenía una secreta pasión amorosa por las joyas. Deslizando las pulseras por su muñeca, pensó en el anillo que llevaba el hombre del cementerio. Ese resplandor del

zafiro sobre el montaje de plata grabada, tan fuera de lugar en el apacible campo.

Se trataba de un hombre muy extraño, pensó ahora, igual que vino se fue, tan sigilosamente que parecía como si lo hubiera soñado. No obstante, recordó su rostro y su voz con toda claridad, con tanta claridad como ese repentino estallido de fragancia, el veloz movimiento del viento y el mareo que había sufrido.

Sólo se trataba de un exceso de azúcar, concluyó. Todos esos pasteles que se había comido se habían introducido en su organismo, con mucha rapidez, para luego desaparecer, dejándola mareada durante unos instantes.

Se sobrepuso, inclinándose hacia el espejo para asegurarse de que no se le había corrido el rimel. Lo más seguro es que lo volvería a ver en el pub esa noche o la próxima vez que le llevara flores a Maude.

Con las pulseras sonando alegremente y dotándola de confianza, bajó las escaleras. Esta vez se acordó de las llaves antes de llegar al coche, lo que consideró un progreso. Al igual que era una buena señal el que no le sudaran las palmas de las manos al enfrentarse a la difícil tarea de conducir por la carretera, y más siendo de noche.

Satisfecha consigo misma, anticipando una tarde tranquila y agradable, aparcó en el bordillo de la acera justo más abajo de Gallagher's. Alisándose el pelo en el camino, avanzó hacia la puerta, tomó aire y la abrió.

Y el encontronazo con la música casi la echa para atrás.

Gaitas, violines, voces y luego el salvaje rugido de la muchedumbre cuando cantaba el estribillo de *Whisky in the jar*. El ritmo era tan rápido, tan frenético que no se podían distinguir los acordes, y ese sonido la atrapó, tirando de ella hacia dentro para después envolverla.

Éste no era el pub oscuro y tranquilo al que había entrado antes. Estaba abarrotado de gente, ocupando las mesas bajas, apretujados en la barra, dando vueltas con los vasos llenos y vacíos.

Los músicos —¿cómo podían sólo tres personas hacer semejante sonido?— estaban encajonados en la parte delantera, vestidos con su ropa y botas de trabajo, tocando como ángeles demoníacos. La habitación olía a tabaco, levadura y jabón de sábado noche.

Por unos instantes, se preguntó si se había equivocado de sitio, pero luego localizó a Darcy, la gloriosa nube de pelo oscuro recogido con un llamativo lazo rojo. Llevaba una bandeja cargada de vasos vacíos, botellas, ceniceros rebosantes de colillas, mientras coqueteaba hábilmente con un joven, cuya cara estaba tan colorada como su lazo, sintiendo un placer que lo ruborizaba y reflejando en sus ojos una admiración desmesurada.

Viendo la mirada de Jude, Darcy le hizo un guiño, le dio al joven prendado de ella un golpecito en la mejilla y se abrió paso entre el gentío.

—El pub está animado hoy. Aidan me dijo que vendrías y que estuviera pendiente de ti. —manifestó Darcy.

—Oh... qué amable de su parte, y de la tuya. No

esperaba... tanto.

—Los músicos son populares por aquí y atraen una buena multitud.

—Son maravillosos.

—Sí, tocan bien. —Darcy estaba más interesada en los pendientes de Jude y se preguntaba dónde se los habría comprado y cuánto podrían haber costado—. Mira, sígueme y te llevaré a la barra sana y salva.

Hizo justamente eso, serpenteando y zigzagueando, dando empujones de vez en cuando, dirigiendo una risa y un comentario a éste o llamando a aquél por su nombre. Se encaminó al extremo opuesto de la barra donde deslizó su bandeja entre el bullicio hasta el lugar donde se hacían los pedidos.

—Buenas tardes, señor Riley. —saludó Darcy al anciano sentado en el último taburete.

—Buenas tardes igualmente, joven Darcy. —contestó el anciano con una voz de pito, sonriéndole con unos ojos que parecían medio ciegos, a la vez que daba sorbos a su Guinness, espesa y oscura—. Si te casas conmigo, querida, te haré reina.

—Entonces casémonos el próximo sábado, pues una reina merezco ser. —Darcy le plantó un beso en la mejilla con textura de papel—. Will Riley, déjale tu asiento a la yanqui junto a tu abuelo.

—Es un placer. —el delgado hombre saltó del taburete y le sonrió a Jude—. Así que es la yanqui. Siéntese aquí aliado de mi abuelo y la invitaremos a una pinta.

—La señorita prefiere vino. —apareció Aidan en su campo de visión, con la copa ya en la mano, ofreciéndosela.

—Sí, gracias.

—Bueno, pues, apúntalo a la cuenta de Will Riley, Aidan, y beberemos a la salud de todos nuestros primos entre la espuma de la cerveza.

—Eso está hecho, Will. —le mostró a Jude su sonrisa pausada y añadió—: ¿Te quedarás un rato, ¿no? —y siguió trabajando.

Se quedó un rato. Por cortesía brindó a la salud de personas que nunca había conocido. Como no suponía mucho esfuerzo de su parte, mantuvo una conversación con los dos Rileys sobre sus familiares en Estados Unidos y las visitas que habían hecho, aunque sabía que les había decepcionado cuando reconoció que nunca había ido a Wyoming y había visto a un auténtico *cowboy*.

Escuchó la música porque era maravillosa. Las melodías, tanto familiares como extrañas, tanto enfervorizadas como desgarradoras, fluían a través y por encima del público. Se permitió tatarrear cuando reconocía una canción y sonreía cuando el viejo señor Riley entonaba palabras con su fina voz.

—Estaba enamorado de tu prima Maude le comentó el señor Riley a Jude—. Pero ella sólo vivía para John Magee, que en paz descansa. —suspiró hondo y bebió su

Guinness del mismo modo—. Y un día, cuando de nuevo fui a su puerta con mi sombrero entre las manos, me dijo que me casaría con una moza de pelo rubio y ojos grises antes de que acabara el año.

El hombre hizo una pausa, sonriendo para sí, como si mirara hacia el pasado, pensó Jude. Se inclinó hacia él para oírle por encima del estruendo de la música.

—Y antes de que pasara un mes, conocí a mi Lizzy, con el pelo rubio y ojos grises. Nos casamos en junio y casi pasamos juntos cincuenta años si no se hubiera muerto.

—Qué bonito.

—Maude sabía cosas. —sus apagados ojos miraron los de Jude—. Los Buenos Espíritus a menudo le susurraban al oído.

—¿De verdad? —replicó Jude, divertida. —Oh, vaya, y al ser tú de su sangre, pueden venir a tu oído a susurrarte. Tienes que estar atenta. —Lo haré.

Durante un rato bebieron en compañía y escucharon la música. A continuación se le empañaron los ojos a Jude cuando Darcy colocó su brazo por encima de los hombros huesudos del anciano y unió su gloriosa voz a la del viejo en una canción de amor y pérdida infinita.

Cuando vio a Brenna vertiendo whisky y abriendo los grifos detrás de la barra, Jude sonrió. Por una vez, no llevaba la gorra y la mata de rizos rojos caía a su antojo.

—No sabía que trabajabas aquí.

—Oh, de vez en cuando, cuando lo necesitan. ¿Qué estás tomando, Jude?

—Oh, es Chardonnay, pero en realidad no debería...

Sin embargo, estaba hablando con la espalda de Brenna porque, para cuando quiso darse cuenta, ella ya se había dado la vuelta y colmado su copa.

—Los fines de semana puede haber mucho trabajo en Gallagher's. —prosiguió Brenna—. Y también echo una mano en verano. La música es buena esta noche, ¿verdad?

—Es maravillosa.

—¿Y cómo va todo, señor Riley, cariño?

—Va bien, bella Brenna O'Toole. ¿Y cuándo te vas a casar conmigo y vas a dejar de hacer sufrir a mi corazón?

—En el feliz mes de mayo. —con soltura cambió su pinta vacía por una llena—. Ten cuidado con este granuja, Jude, que si no se pondrá a jugar con tus sentimientos.

—Encárgate del otro extremo, Brenna, ¿vale? —Aidan se colocó detrás de ella y le tiró del llamativo pelo—. Quiero trabajar por aquí para ligar con Jude.

—Ah, aquí tienes a otro granuja. El sitio está lleno.

—Es guapa. —intervino el señor Riley, y Aidan le guiñó un ojo a Jude.

—¿Cuál de ellas, señor Riley?

—Todas. —el señor Riley soltó una carcajada, resollando, y golpeó la barra con su delgada mano—. Claro, y nunca

he visto un rostro de mujer que no fuera lo bastante guapo como para no pellizcado. Esta yanqui tiene unos ojos de bruja. Ándate con cuidado, Aidan, chico, o te hechizará.

—Igual ya lo ha hecho. —recogió unos vasos, los colocó en el fregadero debajo de la barra y sacó otros limpios para rellenados—. ¿Has estado a medianoche recogiendo damas de noche y susurrando mi nombre?

—Puede, —se oyó decir a sí misma—, si supiera lo que son las damas de noche.

Esto le provocó tal ataque de risa al señor Riley que temió que se cayera de su taburete. Aidan simplemente sonrió, sirvió las pintas y cogió la moneda. Después se acercó a ella, observó cómo se le abrieron los ojos de par en par y separó los labios, temblorosos, por la sorpresa.

—Te mostraré cuáles son la próxima vez que te haga una visita.

—Bueno, ejem. —vaya intercambio de réplicas más tajantes, concluyó Jude, y bebió algo de vino.

El vino o la íntima mirada que le lanzó Aidan se le subió a la cabeza. Decidió que tendría que tomarse ambas cosas con algo más de precaución y respeto. Esta vez, cuando Aidan alzó la botella, se negó y puso la mano encima de la copa.

—No, gracias. Por ahora sólo tomaré agua. —¿Quieres agua con gas?

—¿Con gas? Oh, sí, eso estaría bien.

Se la trajo en un vaso corto sin nada de hielo.

Le dio unos sorbos, observando cómo colocaba dos vasos más debajo de los grifos, y empezó el metódico proceso de reposar las Guinness.

—Lleva muchísimo tiempo. —lo dijo más para sí misma que para él, pero Aidan la miró, con una mano aún manejando los grifos.

—Sólo lo necesario para que salga bien. Algún día, cuando te apetezca, te prepararé un vaso y verás lo que te pierdes al beberte esa cosa francesa. Darcy volvió a la barra, dejó la bandeja. —Una pinta y media de Smithwick, una pinta de Guinness y dos vasos de Jameson's y cuando acabes con eso, Aidan, ojo con Jack Brennan, que está muy pasado.

—Me encargaré. ¿Qué hora es, Jude Frances?

—¿Hora? —dejó de observar sus manos, tan rápidas y hábiles, y bajó la mirada a su reloj—. Dios mío, son más de las once. No tenía ni idea —la hora se había alargado a casi tres—. Tengo que volver.

Aidan asintió con la cabeza distraídamente, ella había esperado mucho más de su parte, y completó el pedido de su hermana, mientras Jude buscaba el dinero para pagar las bebidas.

—Invita mi nieto. —afirmó el señor Riley colocando una frágil mano encima de su hombro—. Es un buen muchacho. Guarda el dinero, cariño.

—Gracias. —le ofreció su mano para estrechársela y le

encantó cuando el anciano se la acercó a sus labios—. Es un placer haberle conocido. —prosiguió ella, bajándose del taburete, sonriéndole al Riley más joven—. A los dos.

Sin la ayuda de Darcy para abrir el camino, alcanzar la puerta resultó un poco más problemático de lo que había sido llegar hasta la barra. Cuando lo logró, tenía la cara colorada del calor de los cuerpos, y la sangre le bailaba al ritmo caliente del violín.

La consideró una de las noches más entretenidas de su vida.

Entonces salió fuera al aire fresco de la noche y vio a Aidan justo cuando esquivaba el violento vaivén de un brazo tan ancho como un tronco de árbol.

—Venga, Jack. —replicó en un tono razonable, mientras un hombre gigante, con el pelo increíblemente pelirrojo, volvía a colocar sus puños en posición de ataque—. Sabes que no quieres pegarme.

—¡Lo haré! Esta vez te romperé esa nariz entrometida, lo juro por Dios, Aidan Gallagher. ¿Quién eres tú para decirme que no puedo tomar un jodido trago en este jodido pub, cuando es lo que pienso hacer, cojones?

—Estás borracho como una cuba, Jack, y tienes que irte a casa ahora a dormir la borrachera.

—A ver si puedes dormir ésta.

Iba a arremeter contra él, Aidan se preparó para pivotar y esquivar la embestida de toro con facilidad. Jude soltó un gritito de alarma. Sólo bastó eso para que Aidan se distrajera lo suficiente como para recibir el salvaje puñetazo de Jack.

—Bueno, demonios. —Aidan movió la mandíbula de un lado a otro, resopló mientras la pesada embestida de Jack hizo que cayera bocabajo, despatarrado, sobre la acera.

—¿Estás bien? —aterrorizada, Jude se acercó corriendo, rodeando la figura despatarrada que tenía el tamaño aproximado de un tras atlántico volcado—. Te sangra la boca. ¿Te duele? Es horrible. —hurgó en el bolso buscando un pañuelo, tartamudeando.

Aidan estaba lo bastante irritado como para decirle que la sangre era tanto culpa suya por gritar como de Jack por haberle arreado el puñetazo. Pero estaba tan guapa y angustiada, y ya había empezado a darle unos ligeros toques con el pañuelo en el labio partido.

Empezó a sonreír, y como eso le dolió horriblemente, se le crispó el rostro.

—Oh, ¡qué bruto! Tenemos que llamar a la policía.

—¿Para qué?

—Para que lo detengan. Te atacó.

Realmente impresionado, Aidan la miró boquiabierto.

—¿Y por qué iba a querer que arrestaran a uno de mis mejores amigos sólo porque me ha hecho sangre en el labio?

—¿Amigo?

—Claro. Sólo se está curando su corazón partido con whisky, es bastante estúpido por su parte, pero también es normal. La muchacha a la que creía amar se largó con uno de Dublín hace dos semanas, el pasado miércoles, así que, en los últimos días se ha dado a la bebida para ahogar sus penas, montando la de Dios. No lo hace con mala intención.

—Te ha pegado en la cara. —quizás si se lo dijera despacio, con claridad, lo entendería—. Dijo que te iba a romper la nariz.

—Eso es sólo porque lo ha intentado otras veces y nunca lo ha logrado. Se arrepentirá mañana por la mañana, al igual que se arrepentirá del dolor de cabeza, no se le irá así como así, ni le dejará en paz.

Ahora Aidan sí que sonríe, aunque con cautela.

—¿Estabas preocupada por mí, cariño?

—Al parecer, no debería haberlo estado. —contestó remilgadamente y engurruñó el pañuelo ensangrentado—. Parece ser que te gusta pelearte en la calle con tus amigos.

—Hubo un tiempo en el que me gustaba pelearme en la calle con desconocidos, pero con la madurez prefiero a mis amigos. —tendió la mano tal corno lo había deseado y se entretuvo con las puntas de su pelo recogido—. Y te agradezco que te hayas preocupado por mí.

Él dio unos pasos al frente. Ella retrocedió. Él suspiró.

—Algún día no tendrás tanto espacio para retroceder. Y yo no tendré al pobre borracho de Jack a mis pies para encargarme de él.

Tomándose con filosofía se agachó y, para asombro de Jude, recogió al hombre semiinconsciente y se lo echó por encima del hombro con facilidad.

—¿Eres tú, Aidan?

—Sí, Jack.

—¿Te he roto la nariz?

—No, pero me has hecho un poco de sangre en el labio.

—Vaya puta suerte, Gallagher.

—Que hay una mujer presente, idiota. —Oh, lo siento.

—Sois los dos ridículos. —concluyó Jude, y se dio la vuelta para dirigirse hacia su coche.

—¿Jude, cariño? —sonrió Aidan, siseando al abrírsele el labio de nuevo—. Te veré mañana, digamos a la una y media. —sólo se rió un poco cuando ella siguió caminando, los tacones repiqueteando rápidamente, y se giró para fulminarle con la mirada al subirse al coche.

—¿Se ha ido ya? —quería saber Jack.

—Se va. Pero no muy lejos. —murmuró Aidan, al mismo tiempo que ella conducía calle abajo con decoro—. No, no irá muy lejos.

Los hombres eran unos payasos. Jude meneaba la cabeza y daba unos golpecitos en el volante con desaprobación, de regreso a casa. Las broncas de borrachos en la calle no eran un pasatiempo divertido, y cualquiera que lo creyese necesitaba una terapia con urgencia.

Dios, la había hecho sentirse como una idiota. Ahí de pie, sonriendo mientras ella le limpiaba la sangre de la boca y parlotaba. «Una sonrisa indulgente», pensó, «del hombre grande y fuerte a la mujer tonta y nerviosa».

Peor aún, había sido tonta y había estado nerviosa. Cuando Aidan se había echado al hombro ese enorme hombre, como si fuera un saco de plumas, no había la menor duda de que había sentido mariposas revolotear en su estómago. Si no se hubiese controlado ni se hubiese marchado ofendida en ese mismo instante, podría haber soltado perfectamente una exclamación de admiración.

Bochornoso.

¿Y acaso había sentido él la más mínima vergüenza al recibir un puñetazo en la cara delante de ella? Por supuesto que no. ¿Acaso se había sonrojado al presentarle al borracho idiota a sus pies como un cercano y viejo amigo? No, no lo había hecho.

Lo más seguro es que en este mismo instante estuviera detrás de la barra, entreteniendo a sus clientes con la historia, haciéndolos reír, recordando el grito de alarma que pegó y sus manos temblorosas.

Cabrón.

Resopló una vez y se sintió mejor.

Para cuando había llegado a la entrada, estaba convencida de que ella se había comportado de una manera impecablemente digna y razonable. Era Aidan Gallagher quien se había comportado como un idiota.

Sí, hombre, damas de noche. Cerró la puerta del coche con un portazo lo bastante fuerte como para que el eco resonara por todo el valle.

Tras resoplar otra vez y alisarse el pelo, se dirigió a la verja. Y cuando levantó la mirada, vio a la mujer en la ventana.

—¡Oh, Dios mío! —se quedó lívida, sintiendo cómo le bajaba la sangre de la cabeza, gota a gota. La luz de la luna brillaba con suavidad sobre el pálido pelo de la mujer, sobre sus mejillas blancas, contrastando con los profundos ojos verdes.

Estaba sonriendo, una preciosa sonrisa que desgarraba el corazón, atrapando el alma de Jude, casi arrancándosela.

Haciendo acopio de coraje, empujó hacia atrás la verja y corrió hacia la puerta. Cuando la abrió, de un tirón, se dio cuenta de que se había olvidado de cerrarla. Alguien había entrado cuando estaba en el pub. Eso era todo.

Le temblaron las rodillas al subir corriendo por las escaleras.

El dormitorio estaba vacío, al igual que las demás habitaciones cuando recorrió rápidamente la casa. Todo lo que —quedaba era la fragancia del leve suspiro de la mujer.

Inquieta, cerró las puertas. Y cuando estaba de nuevo en su dormitorio, cerró esa también desde dentro.

Tras desnudarse y acurrucarse en la cama, dejó la luz encendida. Pasó mucho tiempo hasta que pudo dormirse. Y soñó con joyas que salían despedidas del sol y caían por el cielo, para luego ser recogidas en una bolsa de plata por un hombre, a lomos de un caballo alado blanco como la nieve.

Descendieron del cielo, volando por encima de los campos y las montañas, los lagos y los ríos, las ciénagas y las llanuras anegadizas que formaban parte de Irlanda. Por encima de las almenas de los castillos y de los modestos tejados de paja de las casas de campo, mientras las alas blancas del caballo cantaban contra el viento.

Se detuvieron de repente, los cascos del caballo golpeando el suelo en la parte delantera de la casa de la colina, con sus paredes blancas, sus contraventanas de color verde profundo y las flores que inundaban la puerta.

Ella salió a buscarle, con el cabello color dorado pálido sobre los hombros, los ojos verdes como el campo. Y el hombre con el pelo tan oscuro como claro el de ella, llevando un anillo de plata con una piedra en el centro, no menos brillante que sus ojos, saltó del caballo.

Se dirigió hacia ella y le derramó el torrente de joyas a sus pies. Los diamantes resplandecían en la hierba.

—Representan mi pasión por ti. —le dijo—. Tómalos y tómate a mí, porque yo te daría todo lo que tengo y más.

—La pasión no es suficiente, ni tampoco tus diamantes. —su voz era sosegada, contenida, tenía las manos apoyadas en la cintura—. Estoy prometida con otro.

—Te lo ofreceré todo. Te lo ofreceré siempre. Ven conmigo Gwen y te ofreceré mil vidas.

—No son bonitas joyas ni mil vidas lo que deseo. —una única lágrima corrió por su mejilla, tan brillante como los diamantes en la hierba—. No puedo dejar mi casa. —No cambiaré mi mundo por el tuyo. No por todos tus diamantes, no por todas las mil vidas que me ofreces.

Sin mediar palabra, el hombre se dio la vuelta y montó su caballo. Y mientras ascendían al cielo, ella se alejó y entró en la casa, dejando los diamantes en el suelo como si no fueran más que flores.

Y se convirtieron en flores, cubriendo el suelo con una modesta y dulce fragancia.

CAPÍTULO 6

Jude se despertó con el suave y continuo golpeteo de la lluvia y el vago recuerdo de sueños, llenos de color y de movimiento. Estuvo a punto de acurrucarse bajo las mantas y dejarse envolver por la somnolencia, para encontrar esos sueños de nuevo. No obstante, le —pareció mal. Se sintió demasiado indulgente.

Era más productivo, pensó, crear y mantener una rutina. Una lluviosa mañana de domingo se podría aprovechar para las faenas básicas de la casa. Al fin Y al cabo, no tenía una asistente, aquí en Ardmore, como en Chicago.

En el fondo, le entusiasmaba la idea de quitar el polvo y fregar, pequeñas tareas que de alguna manera contribuirían a que la casa fuera más suya.

Sabía que no era muy sensato por su parte, pero realmente disfrutó hurgando entre los utensilios de limpieza, seleccionando los paños y trapos.

Pasó una agradable parte de la mañana quitando el polvo y volviendo a colocar los adornos que la vieja Maude había esparcido por toda la casa.

Bonitas hadas pintadas, brujos elegantes, trozos intrigantes de cristal, ocupaban su espacio en cada mesa o estantería. La mayoría de los libros versaban sobre la historia y folclore irlandeses, pero entre ellos había unos cuantos libros desgastados de edición de bolsillo.

Jude descubrió que a la vieja Maude le había gustado leer novelas románticas y la idea le pareció increíblemente dulce.

En vez de una aspiradora, Jude encontró una antigua escoba, y tataba al mismo tiempo que se afanaba en la tarea de dejar las alfombras y la madera impecables.

Limpio a fondo la cocina y se sorprendió, sintiendo una grata satisfacción, al contemplar cómo relucían el cromado y la porcelana. Adquiriendo confianza conforme avanzaba en la limpieza, cogió el paño para sacarle brillo a la oficina contigua.

Se prometió que colocaría pronto las cajas en el diminuto armario. Quizás esa misma tarde. Y le mandaría a su abuela cualquier cosa que le pareciese lo bastante útil o sentimental como para guardar.

Deshizo la cama de su dormitorio y recogió el resto de la ropa sucia. Le dio un poco de vergüenza no haber hecho la colada en su vida. Pero, sin duda, no debía de ser una tarea tan compleja de aprender. Se le ocurrió que debería haber empezado con la colada antes de limpiar, pero la próxima vez se acordaría.

En la habitación atestada que daba a la cocina, encontró el cesto que, según descubrió, debería haberse llevado arriba, en primer lugar, para meter la ropa sucia.

También se dio cuenta de que no había secadora. Si estaba en lo cierto, eso significaba que tendría que colgar la ropa fuera en la cuerda de tender. Y aunque le había resultado agradable ver a Mollie O'Toole tender la ropa como lo

había hecho, el hacerla ella misma iba a ser más problemático.

Sencillamente tendría que aprender. Aprendería, se convenció. Carraspeando, estudió la lavadora con detenimiento.

No era precisamente nueva, unas cuantas manchas oxidadas cubrían la superficie blanca. Los mandos eran sencillos. Tenía agua fría y caliente, y suponía que si querías la ropa limpia, había que utilizar agua caliente y mucha. Leyó las instrucciones en la caja del detergente y las siguió al pie de la letra. Al oír el agua entrar en el tambor, sonrió por su logro.

Para celebrarlo, puso agua a hervir para el té y se dio el gusto de comer un puñado de galletas de la lata—.

La casa estaba ordenada. «Mi casa está ordenada», se corrigió. Todo estaba en su sitio, la colada estaba en marcha... Ahora no había ninguna excusa para no pensar en lo que había visto la noche anterior.

La mujer tras la ventana. Lady Gwen.

Su fantasma.

No había ninguna razón para negar que había visto la figura dos veces. Había sido demasiado claro. Tan claro que sabía que, a pesar de sus escasas habilidades, podría dibujar el rostro que la había observado desde la ventana.

Fantasmas. No era algo para lo que la habían educado, aunque a una parte de ella siempre le había atraído la fantasía de los cuentos de su abuela. Pero a no ser que de pronto hubiera tenido alucinaciones, ya había Visto un fantasma dos veces.'

¿Podría ser que hubiera ido más allá del límite de su crisis, que tanto le había preocupado en Chicago?

Sin embargo, ahora no se sentía tan inestable.

No había tenido dolor de cabeza, ni el estómago revuelto, ni el peso abrumador de una posible depresión de varios días.

No desde que había traspasado el umbral de la casa de campo de Faerie Hill, por primera vez.

Se sentía... bien, concluyó, tras someterse a una rápida revisión mental. Despierta, tranquila, saludable. Incluso feliz.

Así que, reflexionó, o bien había visto un fantasma y por lo tanto sí que existían, lo que implicaría tener que modificar sus creencias hasta cierto punto... .

O había sufrido una crisis y el resultado de ello era la sensación de satisfacción.

Mordisqueó otra galleta absorta en sus pensamientos, y decidió que podría vivir con cualquiera de las dos situaciones.

Cuando llamaron a la puerta delantera, se sacudió las

migas del jersey deprisa y miró el reloj de la pared. No tenía ni idea de cómo se le había pasado la mañana. De forma consciente, había apartado de mente la promesa de Aidan de visitada.

Al parecer ya estaba aquí. Bien. Trabajarían en la cocina, decidió, sujetándose el pelo con las horquillas mientras recorría el pasillo hasta la puerta. A pesar de su reacción inicial, bueno, de la química hacia él, su interés era puramente profesional. Un hombre que se peleaba con borrachos en la calle, y coqueteaba con tanto descaro con mujeres que apenas conocía, no tenía ni el más mínimo interés para ella.

Era una mujer civilizada que creía en el uso de la razón, la diplomacia y el acuerdo mutuo para resolver las disputas. Sólo podía sentir compasión por quien prefería emplear la fuerza y los puños.

Aunque, sin lugar a dudas, tuviera un hermoso rostro y unos músculos que se tensaban cuando los ponía en uso.

Era demasiado sensata como para dejarse cegar por el físico.

Grabaría sus historias, le agradecería su cooperación. Y punto final.

Entonces abrió la puerta y ahí estaba bajo la lluvia, con el pelo reluciendo, la sonrisa tan cálida como el verano e igual de lánguida. Y se sintió tan sensata como una adolescente.

—Buenos días, Jude.

—Hola. —la prueba de que le había afectado su presencia fue que le llevó diez segundos en total percatarse de la presencia del gigantesco hombre a su lado, con unas flores en su enorme mano. Tenía un aspecto lamentable, observó, con las gotas que le caían de la visera de la gorra empapada, la cara ancha y pálida como la luz de la luna, los hombros caídos de camionero.

Se limitó a suspirar cuando Aidan clavó con fuerza el codo en las costillas del hombre.

—Ah, buenos días, señorita Murray. Soy Jack Brennan. Aidan me ha dicho que ayer me comporté mal en su presencia. Lo siento y espero que me disculpe.

De inmediato le ofreció las flores, con una mirada afligida en sus ojos inyectados en sangre.

—Bebí demasiado. —prosiguió—. Eso no es ninguna excusa para utilizar un lenguaje tan brusco delante de una dama, pero no sabía que estaba ahí, ¿verdad? —manifestó, desviando la mirada hacia Aidan, con un gesto contrariado.

—No. —contestó Jude, manteniendo un tono de voz seco, aunque las flores mojadas eran tan patéticas que le derretían el corazón—. Estaba demasiado ocupado en intentar pegar a su amigo.

—Oh, bueno, claro, pero Aidan es demasiado rápido para que yo le arree una buena cuando estoy bajo los efectos del alcohol, por así decirlo. —sus labios se curvaron durante unos instantes, esbozando una sonrisa

sorprendentemente dulce, y entonces volvió a agachar su enorme cabeza—. A pesar de las circunstancias, no es excusa alguna para comportarse de semejante manera delante de una señorita. Así que vengo a pedirle disculpas y espero que no me tenga en tan baja estima.

—Ya está. —Aidan le dio una fuerte palmada en la espalda—. Bien hecho, Jack. La señorita

Murray tiene demasiado buen corazón como para guardarte rencor tras una disculpa tan bonita —volvió a mirarla como si estuvieran compartiendo una pequeña broma—. ¿Verdad, Jude Frances?

En realidad era verdad, sin embargo le irritaba que lo hubiese adivinado con tanto acierto. Ignorando a Aidan, asintió con la cabeza hacia Jack.

—No le tengo en baja estima, señor Brennan. Ha sido muy atento de su parte por pasarse y traerme flores. ¿Le gustaría entrar y tomar un té?

Su cara se iluminó.

—Es muy amable de su parte. No me importaría.

—Tienes cosas que hacer, Jack.

—No, especialmente. —Jack frunció el entrecejo.

—Claro que sí. Aquellas cosas. Coge mi coche y arrégla las. No sé si te acordarás de que te dije que yo y la señorita Murray tenemos unos asuntos de que ocuparnos.

—De acuerdo, venga. —refunfuñó—. Pero no veo que una puñetera taza de té sea para tanto. Buenos días, señorita Murray —con los hombros encorvados, la gorra goteando, se dirigió pesadamente hacia el coche.

—Le podías haber dejado que entrara para resguardarse de la lluvia. —comentó Jude.

—No parece que tengas mucha prisa en dejarme entrar a mí para resguardarme. —Aidanladeó la cabeza, escudriñando su rostro—. Quizás, después de todo, sigas guardándome rencor.

—No me has traído flores. —se apartó para dejarle entrar y que escurriera el agua.

—La próxima vez lo tendré en cuenta. Has estado limpiando. La casa huele a aceite de limón, una agradable fragancia hogareña. Si me traes un trapo, limpiaré este charco que estoy dejando en tu casa tan bonita y limpia.

—Ya me encargaré yo. Tengo que subir a por mi grabadora y más cosas. Trabajaremos en la cocina. Puedes ir para allá.

—Vale. —la mano de Aidan se cerró sobre la de ella y Jude frunció el ceño. Entonces cogió las flores de su mano—. Te las meteré en agua para que no parezcan tan lamentables.

—Gracias. —su tono de voz, cortés y frío, era la única defensa que se le ocurría ante el metro ochenta de altura de un encantador varón, empapado en su pasillo—. Solo tardaré un minuto.

Apenas tardó más de un minuto, pero cuando entró en la

cocina Aidan ya había colocado las flores en una de las botellas de la vieja Maude y estaba preparando un té con desenvoltura.

—He preparado el fuego en la chimenea para quitar el frío. ¿Está bien?

—Claro. —intentó no sentirse enojada, porque cada una de las tareas que él había hecho le llevaban a ella el triple de tiempo—. Siéntate. Yo serviré el té.

—Ah, todavía tiene que reposar un poco. —Ya lo sé —masculló, abriendo el armario para coger las tazas y los platillos—. También hacemos té en Estados Unidos. —se dio la vuelta, colocó las tazas en la mesa y dijo entre dientes—: Deja de mirarme.

—Lo siento, pero estás muy guapa con el pelo suelto y cuando te pones nerviosa.

Con una mirada de reproche, volvió a colocarse las horquillas con tanta fuerza como si quisiera taladrarse el cuero cabelludo.

—Quizás me deba expresar con claridad. Esto es una cita intelectual.

—Intelectual. —con prudencia, Aidan contuvo la sonrisa y mantuvo la cara seria—. Claro, está muy bien interesarse por las ideas de cada uno. Por lo que veo, tú sabes muy bien lo que quieres. Decirte que estás guapa no cambia nada, ¿verdad?

—No soy guapa y no necesito oído. Así que, ¿por qué no empezamos?

Aidan se sentó, porque ella también lo hizo, y luego volvió a inclinar la cabeza.

—Lo crees, ¿verdad? Bueno, pues es interesante, a nivel intelectual.

—No estamos aquí para hablar de mí. Tenía la impresión de que tienes cierta habilidad como narrador y que conoces algunos de los mitos y leyendas característicos de este lugar.

—Conozco algunos cuentos. —cuando la voz de ella se tomaba así de remilgada, le entraban ganas de besada, en cualquier sitio de su cuerpo. Así que, se recostó en la silla. Si quería algo intelectual, de acuerdo, podrían empezar con eso... más tarde ya vendrían otras cosas—. Quizás ya conozcas algunos, en una versión o en otra. La historia oral de un sitio puede que cambie de aquí a allá, de un narrador a otro, pero la esencia permanece fija. Los nativos americanos cuentan la historia del [shapeshifter](#) de una manera, los habitantes de Rumania la cuentan de otra y los irlandeses de otra diferente. No obstante, son los mismos hilos que se entretejen.

Mientras ella seguía con el entrecejo fruncido, él levantó la tetera para servir el té.

—Vosotros tenéis a Santa Claus, Papa Noel y [Kris Kringle](#) uno baja por la chimenea, otro llena los calcetines de caramelos, pero los fundamentos de la leyenda tienen sus raíces en el mismo lugar. Porque es así, generación tras generación, un país tras otro, el intelecto llega a la

conclusión de que el mito se basa en la realidad.

—Crees en Santa Claus. —añadió Jude.

La mirada de Aidan se encontró con la de Jude al volver a dejar la tetera.

—Creo en la magia, y que la mejor parte, la más auténtica, está en el corazón. Ya llevas aquí unos días, Jude Frances. ¿Es que no has sentido ninguna magia?

—El ambiente. —empezó a decir, y encendió su grabadora—. El ambiente en este país favorece la creación de mitos y su perpetuación, desde el paganismo con sus pequeños santuarios y sacrificios para los dioses, hasta el folclore celta con sus advertencias y recompensas, además de la cultura sembrada a través de las invasiones de los vikingos, los normandos, etcétera.

—Es el lugar. —discrepó Aidan—. No la gente que intentó conquistarlo. Es la tierra, las colinas y la roca. Es el aire. Y la sangre que se infiltró en todo ello durante la lucha por conservarlo. Son los irlandeses, que absorbieron a los vikingos y a los normandos, y no al revés.

Se notaba el orgullo, que ella entendió y respetó.

—El hecho es que esa gente vino a esta isla, copularon con las mujeres de aquí, transmitieron su semilla y trajeron consigo sus propias supersticiones y creencias. Irlanda también las absorbió.

—¿Qué llegó primero, el cuento o el cuenta cuentos? ¿Eso forma parte de tu investigación, eh?

Era listo, pensó. Una mente astuta y una gran elocuencia verbal.

—No puedes analizar un aspecto sin estudiar el otro. Quién cuenta y por qué, así como lo que se cuenta.

—De acuerdo. Te contaré una historia que me contó mi abuelo, que le contó su padre y que a su vez le contó el padre de éste y ahí hasta Dios sabe cuánto tiempo atrás, porque ha habido Gallaghers en esta costa y en estas colinas desde tiempos inmemoriales.

—¿La historia fue transmitida por vía paterna? —interrumpió Jude, y se encontró con la extrañeza de Aidan—. Muy a menudo las historias son transmitidas de generación en generación a través de las madres.

—Cierto, pero los bardos y los arpistas irlandeses eran tradicionalmente hombres, y se dice que un Gallagher llegó a este lugar, cantando sus cuentos a cambio de dinero y cerveza, y que vio con sus propios ojos algunas cosas de las que te contaré, escuchó el resto de los labios de Carrick, príncipe de las hadas, y desde ese momento contó la historia él mismo a cualquiera que quisiera escucharle. —hizo una pausa, observando el animado interés de los ojos de Jude. Después comenzó—: Érase una vez una doncella llamada Gwen. Era de humilde cuna, pero doncella en su corazón y en su comportamiento. Tenía el cabello tan pálido como la luz del sol en invierno, y los ojos tan verdes como el musgo. Su belleza era conocida por la región y si bien tenía un porte orgulloso, por su figura esbelta y agradable, era una modesta doncella que, al haber fallecido su madre, en paz

descanse, al dar a luz, cuidaba de la casa para su anciano padre. Hacía lo que se le pedía y lo que se esperaba de ella, y nunca se la oyó pronunciar queja alguna. Sin embargo, se la veía, de vez en cuando, pasear por los acantilados por la tarde, y otear el mar como si deseara tener alas y volar.

Mientras hablaba, un silencioso rayo de sol brillaba entre la lluvia, a través de la ventana, para reposar tranquilamente en la mesa situada entre los dos.

—No puedo decirte lo que había en su corazón continuó Aidan. Quizás era algo que ni ella misma sabía. No obstante, mantenía la casa, cuidaba de su padre y paseaba sola por los acantilados. Un día, cuando llevaba flores para la tumba de su madre, enterrada cerca del pozo de San Declan, conoció a un hombre, o lo que pensaba que era un hombre. Era alto y erguido, con el pelo oscuro y ondulado que le caía hasta los hombros, y ojos tan azules como los jacintos que ella llevaba en sus brazos. La llamó por su nombre, y la voz fue como música en su cabeza e hizo que su corazón bailara. Y en un abrir y cerrar de ojos, se enamoraron en la tumba de su querida madre, con la brisa suspirando entre la alta hierba como si fueran hadas susurrando.

—Amor a primera vista. —comentó Jude—. Es una técnica a menudo utilizada en las fábulas.

—¿Es que no crees que dos corazones se puedan reconocer mutuamente?

Una manera un tanto extraña y poética de expresarlo; meditó Jude, y se alegró de que la pregunta quedase grabada.

—Creo en la atracción a primera vista. El amor es algo más.

—No te queda ni pizca de sangre irlandesa. —aseveró Aidan, negando con la cabeza.

—No tanto como para no apreciar el romance de una buena historia. —le dirigió una sonrisa que dejaba entrever sus hoyuelos—. ¿Qué sucedió luego?

—Bueno, por mucho que un corazón reconociera al otro, no se trataba de una simple cuestión entre una doncella y un hombre, que se toman de la mano y unen sus vidas, pues él era Carrick, el príncipe de las hadas que vivía en el castillo de plata bajo la colina, donde se asentaba su casa de campo. Ella temía un hechizo y dudaba tanto del corazón de Carrick como del suyo propio. Y cuanto más anhelo sentía en su corazón, más dudaba, ya que le habían enseñado a desconfiar de las hadas y de los palacios donde se reunían.

Su voz, que ascendía y descendía como música en las palabras, llevó a Jude a apoyar los codos en la mesa, descansando el mentón sobre los puños.

—Aun así, una noche, cuando la luna estaba llena, Carrick atrajo a Gwen desde su casa hasta su caballo alado, para volar por encima de la tierra y el mar, y mostrarle las maravillas que le daría si se comprometía con él. Su corazón le pertenecía a ella y todo lo que poseía se lo entregaría.

»Y sucedió que su padre, desvelado por los dolores que padecía en los huesos, vio a su hija salir volando del cielo a lomos del caballo blanco y alado, con el príncipe de las hadas detrás de ella. Guiado por el miedo y su falta de comprensión, sólo pensaba en salvarla del hechizo, donde sin la menor duda había caído. Así que le prohibió el trato con Carrick y la prometió en matrimonio a un joven formal que se ganaba la vida en el mar. Y Lady Gwen, una doncella que sentía gran respeto por su padre, guardó su corazón obedientemente, dejó de pasear y se preparó para el casamiento tal como se esperaba de ella.

Ahora, el pequeño rayo de sol, que bailaba sobre la mesa entre ellos, se desvaneció y la cocina se sumió en la penumbra, iluminada sólo por el fuego mermado.

Aidan siguió mirando los ojos de Jude, fascinado por lo que veía en ellos. Sueños, tristeza y deseos.

—Nada más enterarse, Carrick montó en cólera y ordenó a los relámpagos, los truenos y el viento que azotaran y se estrellaran sobre las colinas y hasta el mar. Y los lugareños, los granjeros y los pescadores se echaron a temblar, mas Lady Gwen seguía sentada en silencio en su casa, ocupada en zurcir.

—Se la podía haber llevado a su castillo —intervino Jude— y haberla tenido allí cien años.

—Ajá, así que sabes un poco cómo se hace. —los ojos azules de Aidan se llenaron de aprobación—. Ciertamente podía haberla raptado, pero en su orgullo quería que acudiera a él por su propia voluntad. En este sentido, la nobleza no es tan diferente de la gente corriente. —ladeó la cabeza, escudriñando su rostro—. ¿Preferirías que te raptaran y te llevaran lejos sin alternativa alguna, o que te enamoraran y te cortejaran?

—Ya que dudo de que uno de los Buenos Espíritus vaya a venir y hacerme cualquiera de las dos cosas, no tengo que decidir. Preferiría saber lo que hizo Carrick.

—Bien, pues yo te lo diré. Al amanecer, Carrick montó en su caballo alado y voló hasta el sol. Recogió fuego del sol, formó unos diamantes deslumbrantes y los depositó en una bolsa de plata. Y estas joyas candentes y mágicas son las que le llevó a su casa. Cuando ella salió a su encuentro, las derramó a sus pies y le dijo: «Te he traído joyas del sol. Representan mi pasión por ti. Acepta estas joyas y acéptame a mí, porque te ofreceré todo lo que poseo y más». No obstante, ella se negó, diciendo que estaba prometida a otro. El deber la contuvo y a él, el orgullo, cuando se separaron, dejando los diamantes esparcidos entre las flores. —y se convirtieron en flores.

Jude se puso a temblar y Aidan alargó la mano para asirle la suya.

—¿Tienes frío?

—No. —esbozó una sonrisa forzada, soltó la mano a propósito y cogió su taza de té, dando sorbos despacio para aliviar el revoloteo que sentía en su garganta.

Ella conocía la historia. Podía verlo, el magnífico caballo, la preciosa mujer, el hombre que no era hombre y el candente resplandor de los diamantes en el suelo.

Lo había visto, todo, en sus sueños.

—No, estoy bien. Creo que mi abuela me ha debido de contar alguna versión de esta historia. —No se ha acabado todavía.

—¡Oh! —volvió a beber, hizo un esfuerzo por relajarse—. ¿Qué ocurrió después?

—El día que se casó con el pescador, su padre murió. Era como si se hubiera aferrado a la vida, con todo su dolor, hasta asegurarse de que su Gwen estaba a salvo y protegida. Así que su marido se trasladó a la casa. La dejaba antes de que el sol saliera cada día para echar sus redes y pescar. Y sus vidas se acostumbraron a la dicha y al orden.

Cuando se detuvo, Jude frunció el ceño. —Pero eso no puede ser todo.

Aidan sonrió, saboreó su té. Como todo buen narrador de cuentos, sabía cómo cambiar el ritmo para mantener el interés.

—¿Acaso he dicho que lo era? Por supuesto que no, en absoluto. Porque Carrick no podía olvidarla. Ella estaba en su corazón. Mientras Gwen vivía su vida tal como se esperaba de ella, Carrick perdió su entusiasmo por la música y la risa. Una noche, con gran desesperación, montó su caballo de nuevo y voló hasta la luna, recogiendo su luz, que se convirtió en perlas en su bolsa de plata. Una vez más, volvió a ella, y pese a que llevaba su primer hijo en su seno, salió del lecho de su marido para ir a su encuentro. «Éstas son las lágrimas de la luna», le indicó. «Representan mi añoranza por ti. Acepta estas joyas y acéptame a mí, porque te ofreceré todo lo que poseo y más.» De nuevo, pese a que sus propias lágrimas le corrían por las mejillas, le rechazó. Porque ella pertenecía a otro, llevaba su hijo en su seno y no traicionaría su juramento. Una vez más se separaron, el deber, el orgullo y las perlas que yacían en el suelo se convirtieron en damas de la noche. Así que transcurrieron los años, con Carrick muy apenado y Lady Gwen haciendo lo que se esperaba de ella. Crió a sus hijos y disfrutó con ellos. Se ocupó de las flores y se acordó del amor. Porque si bien su marido era un buen hombre, nunca había tocado los lugares más recónditos de su corazón. Y envejeció, su rostro y su cuerpo se arrugaron, permaneciendo su corazón joven con los deseos nostálgicos de una doncella.

—Es triste.

—Sí, lo es. Pero todavía no ha terminado. Como el tiempo es diferente para las hadas que para los mortales, un día Carrick montó su caballo alado y voló por encima del mar, zambulléndose profundamente en él para encontrar su corazón. Allí, el pulso del mar fluyó en su bolsa plateada y se convirtió en zafiros. Se los llevó a Lady Gwen, cuyos hijos tenían hijos ahora, su pelo se había encanecido y sus ojos se habían apagado. Sin embargo, lo único que vio el príncipe de las hadas fue la doncella que amaba y anhelaba. Derramó los zafiros a sus pies. «Éstos son el corazón del mar. Representan mi constancia. Acepta estas joyas y acéptame a mí, porque te ofreceré todo lo que

poseo y más.» y en esta ocasión, con la sabiduría de la edad, ella vio lo que había hecho al rechazar el amor por el deber. Por nunca haber confiado en su corazón. Y lo que él había hecho por ofrecerle joyas, pero sin entregarle lo único que podría haberla convencido —sin darse cuenta, Aidan posó sus dedos sobre los de Jude en la mesa. Al unirse sus manos, el pequeño rayo de sol volvió a danzar—. Eran palabras de amor, en vez de pasión, en vez de añoranza, incluso en vez de constancia, lo que ella había necesitado. No obstante, ahora era vieja y estaba encorvada, y sabía, al contrario que el príncipe de las hadas, que no era mortal, que era demasiado tarde. Lloró las amargas lágrimas de una anciana y le contó que su vida había finalizado. Y le dijo que si él le hubiera traído amor en vez de joyas, si le hubiera hablado de amor en vez de pasión, añoranza y constancia, su corazón quizás hubiera vencido al deber. Él había sido demasiado orgulloso y ella demasiado ciega como para ver el deseo de su corazón. Sus palabras le enfurecieron, ya que él le había traído amor una y otra vez, de la única forma en que sabía hacerla. Y en esta ocasión, antes de partir de su lado, conjuró un hechizo. Ella deambularía y esperaría, al igual que había hecho él, año tras año, sola y aislada, hasta que unos corazones verdaderos se encontraran y aceptaran los obsequios que él le había ofrecido. Tres encuentros a celebrar, las tres veces tenían que ser aceptados para que el hechizo se rompiera. Se montó en el caballo y voló en la noche, una vez más las joyas a sus pies se convirtieron en flores. Ella murió esa misma noche y en su tumba las flores brotaron, una estación tras otra, mientras el espíritu de Lady

Gwen, adorable como la joven doncella, aguarda y llora por el amor perdido.

Jude también se sentía con ganas de llorar y curiosamente inquieta.

—¿Por qué no se la llevó y le dijo que no importaba?

—Así no es como pasó. ¿Y no dirías, Jude Frances, que la moraleja es confiar en tu corazón y nunca rechazar el amor?

Se contuvo y, dándose cuenta de que había estado demasiado absorta en la historia, a pesar de que su mano se encontrara en la de él, se apartó.

—Puede ser que cumplir con el deber te proporcione una vida acomodada, aunque no sea de ostentación. Las joyas no eran la respuesta, por muy impresionantes que fueran. Él debería haber mirado hacia atrás para verlas convertirse en flores, las flores que ella guardó.

—Como te he dicho, sabes lo que quieres. Sí, ella guardó sus flores —Aidan pasó un dedo por los pétalos de la botella—. Era una mujer sencilla con costumbres sencillas. Sin embargo, la historia tiene un trasfondo más importante.

—¿Y cuál sería?

—El amor. —por encima de las flores, la mirada de Aidan se encontró con la de Jude—. El amor, cualquiera que sea la época, cualesquiera que sean los obstáculos, perdura. Ahora, sólo están esperando a que el hechizo se rompa,

entonces ella se reunirá con él en su palacio de plata bajo la colina de las hadas.

«Tengo que distanciarme de la historia y adentrarme en el razonamiento», se recordó Jude. El análisis.

—Las leyendas a menudo tienen algunos elementos adjuntos. Búsquedas, cometidos, disposiciones. Incluso en el folclore, la recompensa casi nunca es gratuita. El simbolismo en esta historia es tradicional. La doncella huérfana de madre cuidando a su anciano padre, el joven príncipe a lomos de un caballo blanco. La utilización de los elementos: sol, luna, mar. Apenas se dice algo sobre el hombre con el que se casó, ya que sólo es un vehículo utilizado para mantener a los amantes separados —tomando notas afanosamente, alzó la mirada y vio que Aidan la estudiaba con detenimiento.

—¿Qué?

—La forma en que te mueves hacia atrás y hacia delante me gusta.

—No sé a qué te refieres.

—Cuando te cuento la historia, tienes una mirada ensoñadora y te vuelves sensible, y ahora aquí estás, sentada toda recta y formal, toda profesional, colocando en pequeños compartimentos las piezas el cuento que te había encantado.

—Esa es precisamente la cuestión. Y no tenía la mirada ensoñadora.

—Lo sabré yo mejor, ¿no?, que era el que te estaba viendo —su voz se volvió afectuosa, fluía sobre ella—. Tienes los ojos de una diosa del mar,

Jude Frances. Grandes y de un color verde brumoso. Los he estado viendo en mi mente incluso cuando no estabas. ¿Qué te parece?

—Me parece que tienes mucha labia —se levantó sin tener la menor idea de lo que iba a hacer. A falta de una excusa, se llevó la tetera a la hornilla—. Que es la razón por la que cuentas historias tan entretenidas. Me gustaría escuchar más, coordinadas con las de mi abuela y otras —se dio la vuelta y se sobresaltó al ver que él estaba justo detrás de ella.

—¿Qué estás haciendo?

—De momento nada —*«Ajá, te tengo arrinconada, ¿eh?»*, pensó, pero mantuvo la voz tranquila—. Me conformo con relatarte historias. —con suavidad, apoyó las manos encima de la cocina a ambos lados de ella—. Y si quieres, puedes venir al pub en una noche tranquila y encontrarte con otros que también harán lo mismo.

—Sí. —el pánico le había encogido el estómago—. Eso es una buena idea. Debería...

—¿Lo pasaste bien anoche? ¿Y la música? —Mmmm —olía a lluvia y a hombre. No sabía lo que hacer con las manos—. Sí, la música era magnífica.

—¿Acaso es que no te sabes las melodías? —Aidan estaba cerca ahora, muy cerca, y podía ver el anillo circular de color ámbar entre el negro sedoso de sus pupilas y el

verde brillante de su iris.

—Conozco algunas. ¿Quieres más té?

—Sí, no me importaría. ¿Entonces por qué no cantabas?

—¿Cantar? —su garganta estaba completamente seca, era un manojo de nervios.

—Te tenía vigilada, la mayor parte del tiempo. Nunca cantaste con los demás, ni estribillo ni nada.

—Oh, bueno. No... —tenía que alejarse. Le estaba quitando todo el aire—. No canto excepto cuando estoy nerviosa.

—¿Y eso es verdad? —observando su rostro, se acercó, deslizado su cuerpo contra el de ella en una postura que se acomodaba perfectamente.

Por fin, Jude supo lo que hacer con sus manos. De repente las alzó para colocarlas contra el pecho de Aidan:

—¿Qué haces?

—Quiero oírte cantar; así que te estoy poniendo nerviosa.

Soltó una risa entrecortada, pero cuando intentó moverse sólo logró estrecharse más contra él.

—Aidan...

—Sólo un poco nerviosa—murmuró y bajó la boca para darle un pellizco suave en la mandíbula—. Estás temblando. —le dio otro pellizco, provocador y ligero—. Tranquila, sólo quiero provocarte un poco, no quiero darte un susto de muerte.

Estaba haciendo ambas cosas. Su corazón latía contra sus costillas, le resonaba en sus oídos. Mientras le daba mordiscos con lentitud, subiendo por su mandíbula, sus manos estaban atrapadas contra el sólido muro de su pecho. Y se sentía maravillosamente débil y femenina.

—Aidan, estás... Esto es... No creo que...

—Está bien, es una buena idea. Vamos a dejar de pensar por un momento. —le pellizcó el labio inferior, esa maravilla carnosa y suave, con los dientes. Jude gimió, tranquilidad; se le nublaron los ojos, oscuridad. Una explosión de puro y frenético deseo le atravesó las entrañas.

—¡Dios mío, qué dulce eres! —Aidan levantó la mano de la cocina, sus dedos apenas rozando la clavícula de ella. Sujetándola donde quería tenerla, tomó su boca. Probándola, luego sintiéndola, para después deleitarse en el sabor de ella.

Aunque se rindió, utilizó sus dientes para hacerla jadear. Y la mordió más profundamente de lo que había pretendido.

Aun así, ella se puso a temblar, recordándole a un volcán a punto de entrar en erupción, una tormenta a punto de estallar. Sus manos seguían atrapadas, pero sus dedos se aferrarán con fuerza a su camisa.

Le oyó murmurar algo, un susurro contra el muro de sonido que era su sangre bullendo. Su boca, tan ardiente, tan habilidosa; su cuerpo, tan duro, tan fuerte. Y sus

manos tan suaves como las de un bebé sobre su rostro. No podía hacer otra cosa que no fuese entregar y entregar, aunque una parte de ella, sorprendente y desconocida, la impulsaba a tomarle también.

Y cuando él se apartó fue como si su mundo se hubiese volcado y desbordado.

Él seguía sujetando su rostro entre las manos, esperando a que abriera los ojos y los enfocara. Sólo había pretendido saborear, disfrutar del momento. Para comprobar. Sin embargo, se le había ido de las manos, estaba fuera de su control.

—¿Me dejas que te posea?

Sus ojos eran grandes, brillantes por la confusión y el placer. Y casi hizo que él se arrodillara. A Aidan no le importaba nada esa sensación.

—Yo... ¿qué?

—Sube y acuéstate conmigo.

Jude se quedó atónita durante unos breves instantes, antes de asentir con la cabeza.

—No puedo. No. Esto es totalmente irresponsable.

—¿Hay alguien en Estados Unidos que te tiene echado el guante?

—¿El guante? —¿por qué no le funcionaba el cerebro?—. Oh, no. No estoy comprometida con nadie —el repentino brillo en los ojos de Aidan la hizo retroceder—. Eso no significa que vaya a... No me acuesto con hombres que apenas conozco. —Por el momento, tengo la sensación de que nos conocemos bastante bien.

—Eso es una reacción física.

—Llevas toda la razón. —la volvió a besar con fuerza y ardor.

—No puedo respirar.

—Eso mismo me está pasando a mí. —iba en contra de sus instintos naturales, pero se apartó—. Bueno, ¿entonces qué hacemos con esto, Jude Frances? ¿Analizarlo a nivel intelectual?

Su voz podría tener el tono musical de Irlanda, pero también podía resultar cortante. Estremeciéndose, enderezó los hombros.

—No voy a disculparme sólo por no meterme en la cama contigo. Y si quiero funcionar a un nivel intelectual, eso sólo me concierne a mí.

Él cerró la boca antes de que se le pudiera escapar un gruñido, metió las manos en los bolsillos y caminó de arriba abajo por la pequeña habitación.

—¿Es que siempre tienes que ser razonable?

—Sí.

Se detuvo, la vigiló de cerca y, ante su total confusión, echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Maldita sea, Jude, si gritaras o tiraras algo, podríamos tener una buena pelea y acabar forcejeando en el suelo de la cocina. Y hablando por mí mismo, me sentiría mucho más satisfecho, demonios.

Ella respiró pausadamente.

—No grito ni tiro cosas ni forcejeo.

—¿Nunca? —preguntó él, arqueando una ceja. —Nunca.

Esa vez, esbozó una sonrisa rápida, un atisbo de humor y desafío.

—Apuesto a que puedo cambiar eso. —se dirigió hacia Jude, meneando la cabeza cuando ella retrocedió. Le agarró un mechón suelto del pelo y tiró de él—. ¿Te apuestas algo?

—No —intentó mostrar una sonrisa vacilante—. Tampoco hago apuestas.

—Llevas un apellido como Murray y me dices que no haces apuestas. Eres una deshonra para los de tu sangre.

—Es el legado de mi educación.

—Siempre estaré dispuesto a apostar por la sangre. —se balanceó sobre sus talones, escudriñándola—. Bueno, mejor será que regrese. Un paseo bajo la lluvia me despejará.

Ella recobró el equilibrio mientras él cogía su chaqueta del perchero.

—¿No estás enfadado?

—¿Por qué iba a estado? —de inmediato le dirigió una mirada, brillante e intensa—. Tienes derecho a negarte, ¿no?

—Sí, claro —carraspeó—. Pero me imagino que algunos hombres se enfadarían. .

—Pero yo no soy «algunos hombres», ¿verdad? Y, además, pretendo conseguirte, y lo haré. No tiene por qué ser hoy.

Le volvió a sonreír cuando ella se quedó boquiabierta, después se dirigió hacia la puerta.

—Piensa en eso y en mí, Jude Frances, hasta que vuelvas a caer en mis manos.

Cuando la puerta se cerró tras él, Jude se quedó clavada donde estaba. Y aunque sí que pensó en eso, en él y en todas las respuestas concisas, desafiantes y brillantes que debería haber dado, pensó sobre todo en lo que había sentido al estrecharse contra él.

CAPÍTULO 7

Estoy recopilando cuentos, escribió Jude en su diario, y el proyecto me parece más interesante de lo que esperaba. Las cintas que mi abuela me mandó hacen que su imagen esté presente. Al escucharlas es casi como si estuviera sentada delante de mí. O incluso más tierno, como si volviera a ser una niña y hubiese venido a contarme un cuento para dormir.

Empezó con su relato de Lady Gwen, afirmando que nunca me había contado esta historia. Debe de estar equivocada, ya que algunas secciones me resultaban familiares cuando Aidan me la estaba contando.

Lógicamente soñé con la historia porque el recuerdo del cuento estaba en mi subconsciente, y el estar en la casa le dio rienda suelta.

Jude dejó de teclear, se recostó, tamborileó con los dedos. Sí, claro, eso había sido. Se sentía mejor ahora que lo había escrito. Era precisamente el ejercicio que le asignaba a sus alumnos del primer año. Escribe tus pensamientos sobre un determinado problema o indecisión., en un estilo coloquial, sin filtros. Después ponte cómodo, lee y explora las respuestas que has encontrado.

¿Entonces por qué no había dejado constancia de su encuentro con Aidan en su diario? No había escrito nada sobre la forma en la que la había arrinconado entre la cocina y su cuerpo, la manera en que la había mordisqueado como si fuera algo sabroso. Nada sobre cómo se sentía o lo que pensaba.

Oh, Dios mío. Sólo con el recuerdo se ponía nerviosa.

Después de todo, formaba parte de sus experiencias y su diario estaba diseñado para incluir sus experiencias, sus pensamientos y sus sentimientos sobre éstas.

No quería saber nada sobre sus pensamientos y sentimientos, se recordó a sí misma. Cada vez que intentaba pensar en ello de una forma razonable, esos sentimientos se apoderaban de ella y le hacían papilla el cerebro.

—Además no es relevante. —manifestó en voz alta.

Resopló, estiró los hombros y volvió a colocar los dedos en las teclas.

Fue interesante comprobar que la versión de la abuela sobre el cuento de Lady Gwen era casi idéntica a la de Aidan. La narración de cada historia estaba determinada por el narrador, pero los personajes, los detalles y el tono eran paralelos.

Se trata de un ejemplo claro de la tradición oral; que constituye una costumbre bien arraigada y una habilidad, mostrando un pueblo que respeta el arte lo suficiente como para mantener lo tan puro como sea posible.

También me indica, en el ámbito de la psicología, cómo una historia se convierte en leyenda y la leyenda se llega a aceptar como una verdad. La mente oye, una y otra vez, el mismo cuento con el mismo ritmo, el mismo tono y comienza a aceptarlo como verdadero.

Yo sueño con ellos.

Jude se detuvo de nuevo, miró la pantalla fijamente. No había pretendido escribir eso. El pensamiento se había colado en su cabeza, llegando hasta sus dedos. Sin embargo, era verdad, ¿no? Soñaba con ellos, ahora casi cada noche: el príncipe montado en su blanco caballo alado, que se parecía increíblemente al hombre que había conocido en la tumba de Maude. La mujer de mirada solemne cuyo rostro era el reflejo de la que creía haber visto —había visto, se corrigió Jude—, tras la ventana de la casa.

Su subconsciente le había llegado a crear esos rostros, claro. Era completamente normal. Se decía que los acontecimientos habían tenido lugar en la casa donde vivía, así que, lógicamente, las semillas habían sido plantadas y florecían en sus sueños.

No era nada por lo que debiera sorprenderse ni preocuparse.

De todas formas, decidió que no estaba de humor para escribir anotaciones en el diario, ni ejercicios, y apagó el ordenador. Desde el domingo no se había alejado de la casa. Para trabajar, se convenció. No era porque huyera de alguien. Y aunque el trabajo la satisfacía, aunque la alimentaba en cierto modo, era hora de salir.

Podría conducir hasta Waterford para comprar algunas provisiones y esos libros de jardinería. Podría explorar algo más el paisaje, en vez de deambular por las colinas y los campos cerca de la casa. Desde luego, cuanto más condujera, más cómoda se sentiría haciéndolo.

La soledad era reconfortante. No obstante, también podía ser agobiante. Y te podía volver despistada, concluyó. ¿Acaso no había tenido que consultar el calendario esa misma mañana, sólo para ver si era miércoles o jueves?

A la calle, pensó, buscando el bolso y las llaves. Explorar, ir de compras, ver a gente. Hacer fotos, añadió, metiendo la cámara en el bolso, para enviárselas a su abuela en la próxima carta que escribiera a casa.

Quizás se entretendría un rato y se concedería el placer de una agradable cena en la ciudad.

Sin embargo, en el momento en que salió fuera, se dio cuenta de que era allí donde quería pasar el rato, allí mismo, en el agradable jardín con vistas a los campos verdes, las sombrías montañas y los salvajes acantilados.

¿Qué tenía de malo pasar sólo media hora escardando el jardín antes de irse? Vale, no llevaba la ropa adecuada para hacerlo, pero ¿y qué? ¿Acaso no sabía ya hacer su propia colada?

A excepción del jersey que había encogido, quedándose del tamaño de una muñeca, ese pequeño experimento había salido muy bien.

Vale, no sabía distinguir una mala hierba de una margarita. No obstante, tenía que aprender, ¿no? No arrancaría nada que le pareciese bonito.

El aire era tan suave, la luz tan preciosa, las nubes espesas y blancas.

Cuando la perra color canela llegó brincando a su verja, cedió. Sólo media hora, se prometió al acercarse 'para dejarla entrar.

Jude complació a la perra con caricias y carantoñas, hasta que a ésta sólo le faltó derretirse en un charco de devoción a sus pies.

—César y Cleo nunca me dejan que los acaricie. —murmuró, pensando en los gatos cursis de su madre—. Tienen demasiada dignidad. —después se rió al ver a la perra despatarrarse y tumbarse para dejar al descubierto su panza—. No tienes dignidad alguna. Eso es lo que me gusta de ti.

Tomó nota mentalmente de incluir caprichos para la perra en su lista de la compra, cuando apareció el camión de Brenna dando botes en la carretera y se metió deprisa en la entrada.

—Bueno, ¿entonces has conocido a Betty?

—¿Así se llama? —Jude esperaba que su sonrisa no fuera tan ridícula como creía, al mismo tiempo que la perra tocaba su mano con el hocico—. Es muy simpática.

—Oh, le tiene cariño a las mujeres en particular. —colocando los brazos cruzados sobre la ventana abierta, Brenna apoyó la barbilla allí. Se preguntaba por qué Jude parecía avergonzarse de que la hubiesen pillado acariciando a un perro—. Así que te gustan los perros, ¿verdad?

—Parece ser que sí.

—Cuando abuse de tu hospitalidad, sólo tienes que darle un empujón por la verja y se irá para casa. Nuestra Betty reconoce a los buenazos y no le importa aprovecharse de ellos.

—Hace muy buena compañía. Pero supongo que a tu madre la estoy privando de ella.

—Ahora está pensando más en sus cosas que en la presencia de Betty. La nevera se ha vuelto a estropear. Voy para allá a arreglársela. No te he visto en el pub esta semana.

—Oh, no. He estado trabajando. En realidad no he salido.

—Pero hoy vas para allá —indicó con la cabeza hacia el bolso de Jude.

—He pensado en ir a Waterford, a buscar esos libros de jardinería.

—Oh, venga, no hay necesidad de ir hasta allí, a menos que estés empeñada en ello. Ven para mi casa y habla con mi madre mientras yo le estoy pegando porrazos a la

nevera. Le gustará y así no me dará la lata haciéndome preguntas.

—¿No espera visita? No quisiera...

—La puerta siempre está abierta.

Era una mujer tan interesante, pensó Brenna.

Y apenas lograba decir una corta retahíla de palabras a la vez, a menos que la provocaran. Si había alguien que pudiera sonsacarle algo, según Brenna, ésa era Mollie O'Toole.

—Venga, móntate. —añadió, después le silbó a la perra.

Betty, feliz, ladró una vez, se dirigió al camión pegando brincos y de un salto se acomodó en la parte trasera.

Jude intentó buscar alguna excusa amable, si bien todo lo que se le ocurría parecía forzado y de mala educación. Sonriendo con timidez, levantó el pestillo de la verja para abrirla y rodeó el camión para llegar al asiento del pasajero.

—Estás segura de que no estorbaré, ¿verdad?

—En absoluto. —contenta, Brenna le lanzó una sonrisa, esperó hasta que se hubiera montado y luego retrocedió por la entrada haciendo un ruido infernal.

—¡Dios mío!

—¿Qué? —Brenna dio un frenazo, obligando a Jude a colocar con brusquedad las manos sobre el salpicadero, antes de que se estrellara contra él. No le había dado tiempo a abrocharse el cinturón de seguridad.

—Es que... ¿no te...? —controlando su respiración, Jude se colocó el cinturón de inmediato—. ¿No te preocupa que pueda venir un coche?

Brenna soltó una carcajada, un sonido alegre, luego le dio a Jude una palmadita en el hombro amablemente.

—Pero no venía ninguno, ¿a qué no? Tranquilízate, llegarás de una pieza. Llevas unos zapatos preciosos. —añadió, aunque no entendía cómo podían ser más cómodos que un par de botas fuertes—. Darcy apuesta a que llevas zapatos fabricados en Italia. ¿Es verdad?

—Hum... —con el ceño ligeramente fruncido, Jude bajó la mirada a los pantalones negros y elegantes—. La verdad es que sí.

—Darcy tiene ojo para la moda, vaya que sí. Le encanta hojear las revistas y esas cosas. Soñaba con ellas incluso de pequeña.

—Es guapa.

—Oh, sí que lo es. Los Gallagher son una familia de guapos.

—Es extraño que una gente tan atractiva no esté con nadie en particular. —incluso cuando lo decía, procurando mostrar indiferencia, se maldijo por entrometerse.

—Darcy no tiene ningún interés, nunca lo ha tenido, en los mozos locales. Más allá del coqueteo me refiero. Aidan... —Brenna movió el hombro— parece que se ha

casado con el pub desde que regresó, por lo demás el hombre es muy discreto. Shawn... —arrugó el entrecejo y entró a toda mecha por el soportal de su casa—. No se fija lo suficiente en lo que tiene delante de él, si quieres mi opinión.

La perra saltó del camión y se puso a correr alrededor de la parte trasera de la casa.

La expresión enojada desapareció del rostro de Brenna al saltar del camión.

—Si quieres ir de compras a Waterford City o Dublín, Darcy es tu chica. Lo que más le gusta es deambular por las tiendas y probarse ropa y zapatos y toquetear las pinturas y los polvos. Pero si la cocina te da problemas o te encuentras una gotera en el techo... —le hizo un guiño, llevándola a la puerta delantera—, me das un toque.

Había flores ahí, amontonadas en diferentes colores y formas, como un precioso manto en la puerta, trepando y enredándose por un emparrado, pendiendo con alegría de las sencillas macetas de arcilla roja.

Parecían crecer a su antojo, sin embargo la entrada de la casa guardaba un orden, una pulcritud casi inflexible, pensó Jude. El porche estaba tan impecablemente limpio que parecía una mesa de cirugía lista para realizar una operación. Y Jude se estremeció cuando Brenna, en un descuido, dejó el barro de sus botas sobre la superficie.

—Mamá. —la voz de Brenna resonó por el coqueto pasillo y por las escaleras con forma de ángulo, mientras un rechoncho gato gris salía de la entrada para enroscarse en sus botas—. He traído visita.

Lo primero que se cruzó por la cabeza de Jude fue que la casa desprendía un olor a mujer. No se trataba sólo de las flores o del abrillantador, sino de la fragancia latente de las mujeres: perfume, barra de labios, champú, el tipo de fragancia acaramelada que las jóvenes y las chicas a menudo llevaban.

Le recordaba a la universidad y se preguntaba si ése era el motivo por el que se le encogió el estómago. Se había sentido tan desdichadamente incómoda y fuera de lugar entre todas esas mujeres tan horriblemente seguras de sí mismas;

—Mary Brenna O'Toole, te lo haré saber cuando me quede sorda y entonces podrás gritarme. —Mollie venía por el pasillo, tirándose del corto mandil rosa.

Era una mujer de constitución robusta, no más alta que su hija, aunque sin duda más ancha. Su pelo era sólo un poco menos brillante que el de Brenna, pero sí algo más arreglado. Tenía una linda cara rolliza con una sonrisa fácil y unos simpáticos ojos verdes, que daban la bienvenida incluso antes de que extendiera la mano.

—Así que te has traído a la señorita Murria para que venga a verme. Se parece a su abuela, una mujer adorable. Encantada de conocerla.

—Gracias. —la mano que agarraba la de Jude era fuerte y robusta, resultado de toda una Vida llevando una casa—. Espero que no la haya pillado en un mal momento.

—En absoluto. Si no es por una cosa es por otra en casa de los O'Toole. ¿Por qué no entra y se sienta en el salón? Prepararé un poco de té para nosotras.

—No quiero molestada.

—Por supuesto que no es ninguna molestia. —Mollie la reconfortó con un apretón en el hombro, corno hubiera hecho con cualquiera de sus hijas si se sintiesen fuera de lugar.

—Me hará compañía mientras la moza está en la cocina dando golpes y maldiciendo. Brenna, te vaya decir una cosa, igual que se lo pienso decir a tu padre cuando le pille. Ya va siendo hora de sacar esa nevera de mi casa y traer otra nueva.

—La puedo arreglar.

—Eso es lo que decís los dos, una y otra vez. —agitó la cabeza, acompañando alude al salón, situado en la parte delantera de la casa, con sus sillas para las visitas y flores frescas—. Es una cruz, señorita Murray, tener a unos manitas en tu vida, porque nada se tira jamás. Siempre dicen: «Yo puedo arreglado» o «Me puede servir para algo». Brenna, haz que la señorita Murray se sienta corno en casa mientras yo me encargo del té. Luego podrás ponerte manos a la obra.

—Bueno, yo puedo arreglado. —farfulló Brenna, cuando su madre estaba lo bastante lejos corno para no oírla—. Y si no puedo, sirve para piezas, ¿no?

—¿Piezas para qué?

Brenna miró hacia atrás, volvió a fijar su mirada en Jude y sonrió.

—Oh, para esto, para aquello, o si no para otra cosa diferente. Bueno, me he enterado de que Jack Brennan vino a disculparse con un ramillete de flores el pasado domingo.

—Sí, así fue. —Jude se sentó en la silla y observó, con cierta envidia, la forma en que Brenna se repantigaba cómodamente en la suya—. Fue muy dulce y estaba avergonzado. Aidan no tenía que haberle obligado a hacerla.

—Fue una manera de vengarse por el labio hinchado que le dejó Jack. —con los ojos brillantes ahora, ose movió en su silla, enganchando un tobillo sobre el otro—. ¿Y cómo se las arregló? Es muy extraño qué un puño entorpecido por el whisky alcance a Aidan Gallagher.

—Supongo que fue mi culpa. Alcé la voz... —«grité», pensó Jude, sintiendo indignación ante sí misma—. Debí de haberle distraído y de pronto le alcanzó el puño, echó la cabeza bruscamente hada atrás, con la boca sangrando. Nunca había visto nada igual.

—¿No? —fascinada, Brenna apretó los labios. Incluso en una casa llena de mujeres, se había criado con algún puño volando por los aires. A menudo era el suyo—. ¿Es que no tenéis de vez en cuando broncas en Chicago?

Era una palabra que hizo sonreír a Jude y pensar por alguna razón en el béisbol.

—No en mi vecindario. —murmuró—. ¿Es que Aidan a menudo se lífa a puñetazos con sus clientes?

—Por supuesto que no, aunque tuvo su época de trifulcas. Ahora, si alguien ha llegado al límite y se siente un poco peleón, Aidan le convence hablando. De todas formas, la mayoría no quiere tentarle. A los Gallaghers se les conoce por el mal humor y el mal genio.

—A diferencia de los O'Toole. —dijo Mollie en tono cortante, acarreando la bandeja del té—, que tienen un carácter alegre día y noche.

—Ésa es la verdad. —Brenna pegó un salto y plantó un beso sonoro en la mejilla de su madre—. Me encargaré de tu nevera, mamá, y te la tendré en marcha como nueva.

—No ha marchado como nueva desde que nació Alice Mae y cumple quince este verano. Venga, vete antes de que la leche se agrie. Es una buena chica, mi Brenna. —prosiguió Mollie cuando Brenna salió sin prisa—. Todas mis chicas lo son. ¿Quiere tomar unas galletas con el té, señorita Murray? Las hice ayer.

—Gracias. Por favor, llámeme Jude.

—Lo haré, y tú llámame Mollie. Es agradable volver a tener una vecina en la casa de Faerie Hill. La vieja Maude se hubiera alegrado por tu llegada, ya que no hubiese querido que la casa se quedara sola. No, nada para ti, pedazo de bola. —Mollie se dirigió al gato que había saltado al brazo de su silla. Le pegó otro empujón, pero no sin antes haberle acariciado detrás de las orejas.

—Tienes una casa maravillosa. Me gusta mirada cuando estoy paseando.

—Es un batiburrillo, pero nos basta. —Mollie sirvió el té en sus buenas tazas de porcelana, sonriendo al volver a colocar la tetera en la mesa—. Mi Mick siempre estaba dispuesto a añadir una habitación por aquí y otra por allá, y cuando Brenna ya tenía edad para manejar un martillo, pues los dos se aliaron contra mí e hicieron lo que les dio la gana con la casa.

—Con tantos hijos, necesitarías espacio. —Jude aceptó el té Y dos galletas doradas con azúcar—. Brenna me ha dicho que tienes cinco hijas.

—Cinco que a veces parece que fueran veinte cuando andan todas sueltas. Brenna es la mayor y la niña de los ojos de su padre. Mi Maureen se casa el próximo otoño y nos está volviendo locos con eso, y sus riñas con su mozo. Y Patty se acaba de comprometer con Kevin Riley y seguro que no tardará mucho en hacernos pasar por los mismos suplicios que Maureen. Luego Mary Kate está en la universidad de Dublín, estudiando ordenadores de todo tipo. Y la pequeña Alice Mae, la niña, pasa todo el tiempo con los animales, e intentando convencerme de recoger a cualquier pájaro del condado de Waterford con el ala rota. —Mollie hizo una pausa—. Y cuando no están aquí, bajo el techo, las echo de menos muchísimo. Seguro que igual que tu madre te está echando de menos al estar tan lejos de casa.

Jude emitió un sonido, intentando disimular. Estaba segura de que su madre pensaba en ella, ¿pero lo que se

dice echada de menos...? No se lo podía imaginar, no con el horario que tenía su madre.

—Eh... —se detuvo Jude, con los ojos desorbitados, al oír unas duras y violentas palabrotas que procedían de la parte trasera de la casa.

—Maldita sea, vete al infierno, puñetera. Te vaya tirar por el acantilado, pedazo de inútil.

—Brenna ha salido a su padre en otros aspectos también. —siguió Mollie, terminando de verter el té con una elegancia serena, mientras las palabrotas y amenazas de su hija se entremezclaban con golpes y porrazos—. Es una chica buena e inteligente, pero con un poco de genio. Me ha dicho que te gustan las flores.

—Ah. —carraspeó Jude mientras las palabrotas continuaban—. Sí. Quiero decir, no sé mucho de jardinería, pero quiero cuidar de las flores en la casa. Iba a comprar unos libros.

—Eso está bien. Puedes aprender mucho de los libros, aunque Brenna prefiere que la aten bocabajo en un hormiguero antes de tener que leer sobre el funcionamiento de algo. Prefiere desmontado ella misma. De todas formas, se me da bien la jardinería. Quizás te gustaría dar un paseo conmigo y ver lo que yo he hecho. Luego me puedes decir lo que te gustaría saber.

Jude dejó su taza de té.

—Me encantaría.

—Bien. Vamos a dejar a Brenna sola para que pueda levantar el tejado, sin que tengamos que preocuparnos de que se nos caiga encima. —se puso de pie y vaciló—. ¿Podría ver tus manos?

—¿Mis manos? —desconcertada, Jude se las tendió y Mollie las agarró con firmeza.

—La vieja Maude tenía manos como las tuyas. Claro que eran viejas y aquejadas por la artritis, pero eran estrechas y finas, y me imagino que tendría los dedos largos, rectos y delgados como los tuyos cuando era joven. Te servirán, Jude. —Mollie sujetó sus manos un rato más y se encontró con su mirada—. Tienes buenas manos para la jardinería.

—Quiero que se me dé bien. —manifestó Jude sorprendiéndose.

Y los ojos de Mollie se enternecieron. —Entonces se te dará bien.

La siguiente hora disfrutó de lo lindo. La timidez y la reserva de Jude se desvanecieron, al caer bajo el hechizo de las flores y de la paciencia innata de Mollie.

Esas hojas ligeras como plumas eran espuelas de caballero que, según Mollie, florecerían en colores suaves y llamativos, y las encantadoras campanas bicolor eran aguileñas. Danzando a su antojo, había flores con extraños y encantadores nombres como fuio, claveles, pies de león y bergamotas.

Sabía que se le olvidarían los nombres o los confundiría, pero era una maravilla que le enseñara cuáles florecerían en primavera, cuáles echarían flores en verano. Lo que era

más duradero y lo que era delicado. Lo que atraía a las abejas y a las mariposas.

No se sentía ridícula al hacer preguntas que estaba segura eran casi básicas e infantiles. Mollie sólo sonreía o asentía con la cabeza y se lo explicaba.

—La vieja Maude y yo siempre intercambiábamos cosas: un macizo de flores, un esqueje o algunas semillas. Así que la mayor parte de lo que tengo aquí lo tienes tú en tu casa. A ella le gustaban las flores románticas y a mí las alegres. Por lo que entre ambas acabamos teniendo de los dos tipos. Algún día subiré hasta tu casa, si no te importa, y echaré un vistazo por si hay algo que debieras hacer y no estás haciendo.

—Te quedaría muy agradecida, sabiendo lo ocupada que estás.

Mollie ladeó la cabeza, su cara estaba iluminada, tan alegre como sus jardines.

—Eres una chica agradable, Jude, y me gustaría pasar algún tiempo contigo de vez en cuando para hablar de jardines. Y tienes también cierto toque de refinamiento. No me importaría que se le pegara algo a mi Brenna. Tiene un corazón grande y una mente astuta, pero es un poco tosca.

Mollie desvió la mirada por encima del hombro de Jude y suspiró.

—Por cierto, ¿has matado a la bestia por fin, Mary Brenna?

—Ha sido una lucha, una batalla de sudor y lágrimas, pero he ganado. —Brenna se pavoneó por el lateral de la casa. Tenía una mancha de grasa en la mejilla, y una costra de sangre seca en los nudillos de la mano izquierda—. Ahora te funcionará, mamá.

—Maldita sea, niña, ya sabes que mi mayor ilusión es una nueva.

—Ah, a ésa le quedan años. —feliz, le dio un beso a su madre en la mejilla—. Me tengo que ir ahora. He prometido que me iba a pasar y encargarme de arreglar las ventanas a Betsy Clooney. ¿Te gustaría volver conmigo, Jude, o preferirías quedarte un rato?

—Debería regresar. Me lo he pasado muy bien, Mollie. Gracias.

—Vuelve cuando quieras un poco de compañía.

—Lo haré. Oh, me he dejado el bolso dentro. Entraré y lo cogeré, si me lo permitís.

—Adelante. —Mollie se esperó hasta que la puerta se cerró—. Tiene sed —murmuró.

—¿Sed, mamá?

—Por ser. Por hacer. Sin embargo, tiene miedo de beber demasiado deprisa. Es sabio tomarse las cosas en pequeños sorbos, pero de vez en cuando...

—Darcy piensa que Aidan le ha echado el ojo.

—Oh, ¿no me digas? —divertida, Mollie se giró para

hacerle un gesto con las cejas—. Eso sí que sería beber deprisa, ¿verdad?

—Darcy me dijo que una vez espió a su hermano mientras cortejaba a la chica Duffy y que cuando acabó de besarla, se tambaleó como una borracha.

—Darcy no tiene por qué andar entrometiéndose y espiando a sus hermanos. —indicó Mollie con remilgo, volviendo a mirar a Brenna—. ¿Qué chica Duffy? Ya me lo contarás después. —añadió al instante cuando Jude volvió a salir.

—Así que te ha gustado la visita. —empezó a decir Brenna cuando se volvieron a montar en el camión.

—Tu madre es maravillosa. —sin pensarlo, Jude se giró para despedirse mientras Brenna salía de la entrada con su habitual velocidad y entusiasmo—. Jamás recordaré ni la mitad de lo que me ha dicho sobre la jardinería, pero es un buen comienzo.

—Le gustará tenerte a su lado para charlar. Patty tiene buena mano con las flores, aunque tiene la cabeza en las nubes estos días, pensando en Kevin Riley, y pasa la mayor parte del tiempo suspirando y pensando en las musarañas.

—Está muy, muy orgullosa de ti y de tus hermanas.

—Eso es parte de la labor de una madre.

—Sí, pero no siempre lo demuestran. —manifestó Jude—. Lo más probable es que estés acostumbrada, así que en realidad no te das cuenta, aunque es muy bonito verlo.

—Siendo lo que eres — reflexionó Brenna— le prestas más atención a tales cosas. ¿Lo aprendes o es que lo llevas en ti?

—Supongo que son las dos cosas, como cuando me di cuenta de que tu madre estaba orgullosa de ti cuando habías arreglado la nevera, aunque deseaba que no lo hicieras.

Brenna giró la cabeza para reírse, mirando a Jude a los ojos.

—Casino lo consigo esta vez, el puñetero y caprichoso cacharro. Lo que pasa es que mi padre se está agenciando una a estrenar, ¡oh, y menuda belleza! Sin embargo, no hemos podido cerrar el trato y no nos la entregarán hasta dentro de una semana o dos. Y, si queremos guardar la sorpresa, esa ruidosa hija de puta tendrá que durar un poco más.

—¡Qué bonito! —Jude asimiló la idea e intentó imaginarse la reacción de su madre, si ella y su padre la sorprendieran con un frigorífico nuevo.

Perplejidad, se imaginó Jude, y menudo insulto. Haciéndole gracia la idea, se rió.

—Si yo le regalara a mi madre un electrodoméstico, pensaría que se me ha ido la cabeza.

—Pero tu madre es una mujer profesional, si mal no recuerdo.

—Sí, y es estupenda en su trabajo. Pero tu madre es una mujer profesional también, una madre profesional.

Perpleja, Brenna pestañeó, brillándole los ojos divertida y satisfecha por la respuesta.

—Oh, eso le va a gustar. Me lo reservaré para la próxima vez que quiera darme la lata. Bueno, mira lo que tenemos paseando por aquí, tan guapo como dos demonios e igual de peligroso.

Pese a que la maravillosa serenidad que sentía Jude se tornó en un pegajoso manojo de nervios, Brenna ya estaba frenando en la estrecha entrada de la casa y asomándose para llamar a Aidan.

—He ahí un salvaje trotamundos.

—Nunca más. —soltó Aidan con un guiño, y a continuación le agarró la mano que había apoyado en la ventana, para examinar los nudillos despellejados—. ¿Qué te has hecho?

—La puñetera maldita nevera me dio un bocado.

Chasqueó la lengua, acercó la rozadura hacia sus labios. Sin embargo, desvió la mirada hacia Jude.

—¿Y adónde se dirigen estas dos preciosas mujeres?

—Traigo a Jude de la casa de mi madre, ha ido a hacerle una visita, y me voy a casa de Betsy Clooney para aporrear sus ventanas.

—Si tú o tu padre tenéis tiempo mañana, la cocina en el pub está dando guerra y Shawn está en enfurruñado.

—Uno de nosotros se pasará.

—Gracias. Ahora voy a quitarte a tu acompañante de las manos.

—Cuídala. —dijo Brenna al rodear Aidan el coche—. Me cae bien.

—A mí también. —abrió la puerta y tendió su mano—. Pero la pongo nerviosa. ¿No es así, Jude Frances?

—Por supuesto que no. —la elegancia serena que Jude había esperado mostrar se vino abajo, al echarse

bruscamente hacia atrás, ya que se le había olvidado desabrocharse el cinturón de seguridad.

Antes de que se lo pudiera soltar, Aidan se lo desabrochó, después simplemente la cogió por la cintura y la bajó. Como eso le trabó la lengua, no pudo volver a darle las gracias a Brenna antes de que la joven, con un saludo de la mano y una sonrisa, se fuera disparada como un bólido por la carretera.

—Conduce como un demonio esa chica. —sacudiendo la cabeza, Aidan soltó alude, para cogerle las manos—. No has bajado al pub en toda la semana.

—He estado ocupada.

—No tan ocupada ahora.

—Sí, la verdad es que debería...

—Invitarme y prepararme un emparedado. —ella se quedó boquiabierta y se rió—. O si no, pasear conmigo. Hace un buen día para pasear. No te besaré a menos que quieras, si es eso lo que te preocupa.

—No estoy preocupada.

—Bueno, pues entonces... —bajó la cabeza, se acercó a una distancia suficiente como para conseguir lo que quería, cuando ella dio un traspié.

—No me refería a eso.

—Eso me temía. —pero él se alejó tranquilamente—. Entonces sólo damos un paseo. ¿Has subido a Tower Hill para ver la catedral?

—No, aún no.

—¿Y con esa mente curiosa que tienes? Pues caminaremos en esa dirección y te contaré una historia para tu trabajo.

—No tengo mi grabadora.

Despacio, alzó una de las manos de Jude que aún sujetaba y acarició los nudillos con sus labios.

—Entonces la abreviaré para que te acuerdes.

CAPÍTULO 8

Llevaba razón con respecto al día. Era perfecto para pasear. La luz brillaba como el interior de una perla. Luminosa como un leve brillo de humedad. Podía divisar, por encima de las colinas y de los campos ondulantes que se perdían en las montañas, una delgada y plateada cortina que, sin duda, era una línea de lluvia.

La luz del sol manaba a través de la cortina en rayos y ondas, líquido dorado a través del líquido plateado.

Era el típico día en el que sólo faltaba un arco—iris.

La brisa era sencillamente un coqueta resplandor sobre el aire, agitando las hojas que crecerían hasta alcanzar la madurez del verano, y embriagándola con la fragancia del verdor.

Aidan le tomó la mano de una manera natural, rozándole los dedos con un toque despreocupado y familiar que le hizo sentirse una mujer sencilla.

Relajada, tranquila y sencilla.

Las palabras fluían de su boca para cautivarla:

—Érase una vez una joven doncella. Su rostro era tan bello como un sueño, con la tez blanca y clara como la leche y el pelo negro como la medianoche, los ojos azules como un lago. Más que por su belleza, destacaba por el encanto de su forma de ser, pues era una doncella amable. Y más que por su forma de ser, destacaba por la magnitud de su voz. Cuando cantaba, los pájaros cesaban su trino para escucharla y los ángeles sonreían.

Al subir por la colina, el mar comenzó a cantar como telón de fondo, o así lo parecía, para su cuento.

—Más de una mañana su canto se expandía por encima de las colinas y su alegría no tenía nada que envidiar a la del sol. —prosiguió Aidan, y la llevó por el camino. Mientras seguían paseando, la brisa se convirtió en viento y bailaba con júbilo por encima del mar y de las rocas.

—Ahora bien, el sonido, la pura alegría de su canto, alcanzó los oídos de una bruja y provocó su envidia.

—Siempre hay una contrariedad. —comentó Jude, haciéndole reír.

—Claro, y hay una contrariedad si la historia es buena. Bien, esta bruja tenía el corazón negro y abusaba de los poderes que poseía. Agriaba la leche de la mañana y provocaba que los pescadores subieran sus redes vacías. Aunque utilizaba sus poderes para embellecer su horrible rostro, cuando abría la boca para cantar, más musical resultaba el croar de una rana que su voz. Odiaba a la doncella por su don de canto, así que lanzó un hechizo sobre ella y la dejó muda.

—Pero había una cura que tenía que ver con un bello príncipe.

—Oh; sí, había una cura, puesto que el mal siempre debe ser derrotado por el bien.

Jude sonrió porque creía en ello. A pesar de la lógica, creía en los finales felices. Y tales cosas parecían ser más que posibles en ese mundo de acantilados y hierba salvaje, de mar con barcas pesqueras salpicando el profundo azul, de manos cálidas posadas sobre las de ella.

Parecían inevitables.

—La doncella fue condenada al silencio, incapaz de compartir la alegría de su corazón a través de sus canciones, ya que la bruja atrapó su voz en una caja de plata y la cerró con llave, también de plata. En el interior de la caja, la voz sollozaba mientras cantaba.

—¿Por qué los cuentos irlandeses son siempre tan tristes?

—¿De verdad? —parecía realmente sorprendido—. Más que triste es... conmovedor. La poesía no siempre emana de la alegría, ¿verdad?, sino de las penas.

—Supongo que llevas razón. —Jude se apartó distraídamente el pelo, soltándole el viento algunos mechones—. ¿Y qué sucedió después?

—Bueno, te lo diré. Durante cinco años, la doncella caminó por estas colinas y campos, y por los acantilados, como ahora hacemos nosotros. Escuchó el gorjeo de los pájaros, la música del viento en la hierba, el son del mar. Y estos sonidos los conservó en su interior, mientras que la bruja acaparaba la alegría, la pasión y pureza de su voz dentro de la caja de plata, para que sólo ella pudiera escucharla.

Al alcanzar la cumbre de la colina bajo la sombra de la antigua catedral y la robusta aguja de la torre circular, Aidan se giró hacia Jude y le apartó el pelo de la cara con rapidez.

—¿Qué pasó luego? —le preguntó.

—¿Qué?

—Dime lo que pasó.

—Pero si es tu cuento.

Extendió la mano a un lugar donde unas florecillas blancas pugnaban por florecer entre las grietas de las piedras caídas. Cogiendo una, se la colocó entre el pelo.

—Dime, Jude Frances, lo que te gustaría que pasara después.

Jude hizo el ademán de alcanzar la flor, pero él agarró su mano y arqueó la ceja. Tras quedarse pensando unos instantes, ella encogió los hombros:

—Bueno, un día un joven apuesto cabalgaba por las colinas. Su gran caballo blanco estaba agotado y su armadura sin brillo y abollada. Estaba perdido, herido de la batalla y lejos de su hogar.

Ella podía verlo, cerrando los ojos. El bosque y las sombras, el guerrero herido extrañando su hogar.

—Al adentrarse en el bosque, la neblina irrumpió,

formando unos remolinos, así que no podía oír nada más que la respiración fatigosa de su propio corazón. Al contar cada latido sabía que se aproximaba al último. Después vio a la doncella, acercándose a él a través de la neblina como una mujer vadeando por un río de plata. Puesto que estaba enfermo y necesitado, la doncella le llevó dentro y le curó las heridas en silencio, le cuidó durante sus fiebres. Aunque no podía hablar para consolarle, su ternura era suficiente. De este modo, se enamoraron sin palabras, y el corazón de la doncella estaba a punto de explotar por la necesidad de hablarle, de cantarle su alegría y su devoción y sin dudarle, sin ningún arrepentimiento, aceptó irse con él a su hogar lejano y dejar atrás a los suyos, sus amigos y su familia y esa parte de su interior encerrada en la caja de plata.

Como podía ver, incluso palpar la historia mientras la contaba, Jude agitó la cabeza, y caminó entre las lápidas inclinadas para apoyarse en la torre circular. La bahía se extendía debajo: un azul espectacular donde las barcas rojas flotaban, pero ella estaba absorta en la historia.

—¿Qué sucede a continuación? —le preguntó a Aidan.

—Se montó en el caballo con él. —prosiguió él recogiendo los hilos que ella le había dejado como si hubieran sido los suyos y... llevándose consigo sólo su fe y su amor y no pidiendo nada más que su amor a cambio. Y en ese momento, la caja de plata, aún aferrada por las manos avariciosas de la bruja, se abrió de golpe. La voz atrapada en su interior salió volando, un arroyo dorado se abrió paso, volando por encima de las colinas hacia el corazón de la doncella. Y al cabalgar con su amor, su voz, más bonita que nunca, cantó. Y los pájaros cesaron su trino para escuchar, y los ángeles volvieron a sonreír.

Jude suspiró.

—Sí, ha sido perfecto.

—Tienes un don para contar historias.

Las palabras la emocionaron, la estremecieron, la llenaron de timidez otra vez.

—No, en realidad no. Era fácil porque tú la habías empezado.

—Tú completaste la parte de en medio de una forma tan linda que me hace pensar que, al fin y al cabo, aún te queda algo de sangre irlandesa. Mira. —murmuró satisfecho—. Tienes los ojos risueños y una flor en el pelo. ¿Me dejas que te bese ahora, Jude Frances?

Se movió con celeridad. Para ser precavida, se dijo a sí misma, a veces hay que ser rápida. Agachándose por debajo de su brazo, corrió alrededor de él.

—Harás que me olvide de para qué hemos venido hasta aquí. He leído sobre las torres circulares, aunque nunca he visto una de cerca.

Paciencia, pensó Gallagher, y metió los pulgares en los bolsillos.

—Siempre había alguien que intentaba invadimos y conquistar la joya de Irlanda. Pero todavía estamos aquí, ¿no?

—Sí, todavía estáis aquí. —caminó despacio en un círculo, escudriñando la colina, el acantilado y el mar—. Es un lugar maravilloso. Se siente la antigüedad del lugar. —se detuvo, agitó la cabeza—. Eso suena ridículo.

—Para nada. Sí que se siente la antigüedad del lugar y lo sagrado. Si prestas atención, puedes oír a las piedras cantar sobre batallas y glorias.

—Creo que no tengo oído para piedras que cantan. —ella deambuló, rodeando los epitafios esculpidos, las tumbas cargadas de flores, y caminó con mucho cuidado sobre el suelo accidentado—. Mi abuela me contó que solía subir hasta aquí y sentarse. Apuesto a que ella las escuchaba.

—¿Por qué no vino contigo?

—Me hubiera gustado. —se apartó el pelo al volverse hacia él.

Aidan encajaba aquí, reflexionó, con lo antiguo y lo sagrado, con las canciones de batallas y glorias.

¿Dónde, se preguntó, encajaba ella?

Entró en la vieja ruina, donde el cielo planeaba en lo alto, buscando un techo.

—Creo que me está enseñando una lección; cómo ser Jude en seis meses o menos.

—¿Y estás aprendiendo?

—Quizás. —pasó los dedos por la inscripción tallada de *ogham* y, sólo por un instante, la sintió vibrar de calor.

—¿Qué quiere ser Jude?

—Eso es una pregunta demasiado general con demasiadas respuestas sencillas, como feliz, saludable y con éxito.

—¿No eres feliz?

—Yo... —sus dedos bailaron sobre la piedra de nuevo y dejó caer la mano—. Al final, de cualquier forma, no era feliz enseñando. No se me daba bien. Es desalentador que no se te dé bien lo que has escogido como el trabajo de tu vida.

—Tienes todavía mucha vida por delante, así que tienes más que tiempo suficiente para volver a escoger. Y apuesto a que se te daba mejor de lo que te has empeñado en creer.

Ella le miró y empezó a alejarse.

—¿Por qué crees eso?

—Porque durante el tiempo que he estado contigo, te he escuchado y he aprendido.

—¿Por qué estás pasando tu tiempo conmigo, Aidan?

—Me gustas.

Volvió a sacudir la cabeza.

—No me conoces. Si ni siquiera me conozco a mí misma, tú no puedes conocerme.

—Me gusta lo que veo.

—Entonces es como una atracción física.

De repente, él volvió a enarcar la ceja.

—¿Y acaso eso es un problema para ti?

—La verdad es que sí. —logró volverse hacia él—. Es un problema en el que estoy pensando.

—Bueno, espero que pienses rápido porque quiero participar de tu placer.

A Jude se le cortó la respiración y tuvo que soltar el aire lenta y deliberadamente.

—No sé qué decir ante eso. Nunca he tenido una conversación así en mi vida, entonces obviamente es evidente que no sé qué decirte, excepto algo que lo más seguro es que suene increíblemente estúpido.

Él frunció el entrecejo al avanzar hacia ella.

—¿Por qué iba a sonar estúpido si es lo que piensas?

—Porque tengo la costumbre de decir cosas estúpidas cuando me pongo nerviosa.

Él le introdujo el tallo de la flor en el pelo que el viento se empeñaba en soltar.

—Creía que cantabas cuando te ponías nerviosa.

—Una cosa o la otra. —murmuró, retrocediendo para mantener una distancia que le parecía prudente.

—¿Estás nerviosa ahora?

—Sí. ¡Por Dios! —sabiendo que estaba a punto de tartamudear, alzó las manos para mantenerle alejado—. Para ya. Nunca me ha atado nada como esto. Atracción instantánea. Dije que creía en ello y creo, pero nunca lo he sentido antes. Tengo que pensarlo.

—¿Por qué? —resultaba fácil asirla de las muñecas y atraerla hacia él—. ¿Por qué no te dejas llevar cuando sabes que te va a gustar? Tu pulso está acelerado. —le acarició la muñeca con los pulgares—. Me gusta sentirlo así de acelerado, ver cómo tus ojos se vuelven empañados y oscuros. ¿Por qué no me besas esta vez y vemos lo que pasa después?

—No se me da tan bien como a ti.

Ahora él se rió.

—Jesús, mujer, eres increíble. Deja que yo decida por mí mismo si se te da bien o no. Venga, bésame, Jude. Lo que pase luego depende de ti.

Quería hacerlo. Quería volver a sentir su boca contra la de ella, su forma, textura y sabor. Justo en ese momento, él tenía los labios curvados y en sus ojos aparecía una pícaro chispa. Divertido, caviló. ¿Por qué no podía ser sólo algo divertido?

Con los dedos de él todavía rodeando ligeramente sus muñecas, Jude se inclinó hacia Aidan. Y éste la observó. Ella se puso de puntillas, mientras él seguía con la mirada clavada en la suya. Inclinando levemente la cabeza, se relajó para rozar sus labios contra los suyos.

—¿Por qué no lo haces otra vez?

Así que volvió a hacerlo, encandilada por los ojos de

Aidan que permanecían abiertos, obligándola a hacer lo mismo. En esta ocasión se entretuvo más tiempo, rozándole los labios hacia la izquierda y luego hacia la derecha. Fascinante. Experimentando, rozó los dientes sobre su labio inferior y escuchó su propio sonido suave de placer como si viniera de lejos.

Los ojos de él eran tan azules, tan intensos como el agua que se extendía hacia el horizonte. Parecía como si su mundo se hubiera tomado en ese único y maravilloso color. El corazón le empezó a latir, se le nubló la vista como la primera vez en la tumba de Maude.

Ella pronunció su nombre, apenas un suspiro y le rodeó con los brazos.

La sacudida le hizo a Aidan estremecerse hasta las suelas de los zapatos; el repentino calor, la explosión abrupta de potencia que surgió de Jude, que se enroscaba alrededor de él como una cuerda.

De repente, Aidan extendió las manos por sus caderas, su espalda, su pelo, agarrándolo con fuerza. El beso se tomó, de un tímido roce y mordisco, en una salvaje guerra de lenguas, dientes y labios en la que se estrechaban, cuerpo contra cuerpo, y retumbaba pulso contra pulso.

Ella se perdió en esa cálida cascada de sensaciones. O quizás se encontró con la Jude, que había quedado atrapada en su interior, como una voz encerrada en una caja de plata.

Después juraría que había oído a las piedras cantar.

Enterró el rostro en la curva del cuello de Aidan y sorbió su fragancia como si de agua se tratara.

—Esto va demasiado rápido. —incluso cuando lo decía, ella le rodeó con los brazos—. No puedo respirar. No puedo pensar. No me puedo creer lo que está pasando dentro de mi cuerpo.

Él soltó una débil carcajada y le acarició el pelo con la nariz.

—Si en algo se parece a lo que está pasando dentro del mío, lo más seguro es que explotemos de un momento a otro. Cariño, podríamos volver a la casa en unos minutos y te tendría en la cama en un abrir y cerrar de ojos. Te prometo que los dos nos sentiríamos mucho mejor.

—Seguro que llevas razón, pero yo...

—No puedes ir tan rápido porque si no no serías Jude.

Aunque le costó, la apartó de él para analizar su cara. Más que guapa, reflexionó en ese momento, pero también firme. ¿Cómo era posible, se preguntó, que no pareciera darse cuenta de lo guapa y firme que era? .

Puesto que ella no lo sabía, se necesitaba más tiempo y más cuidado.

—Y me gustas Jude, como te dije antes. Necesitas un poco de cortejo.

No sabía decir si se sentía aturdida, si le hacía gracia o se sentía insultada.

—Por supuesto que no lo necesito.

—Claro que sí. Quieres flores, palabras, besos robados y paseos cuando haga buen tiempo. Es romanticismo lo que quiere Jude Frances y yo te lo vaya dar. Pero bueno, mira esa cara. —la tomó de la barbilla como un adulto haría con un niño enfurruñado, y ella decidió que había vencido el insulto—. Si estás poniendo morritos.

—Por supuesto que no. —hubiera apartado la cara, sin embargo él la sujetó con más fuerza, se inclinó y la besó con ímpetu en la boca.

—Yo soy el que te está mirando, tesoro, y si eso no son morritos, yo soy escocés. Es que crees que me estoy riendo de ti, pero no es así o al menos no mucho. ¿Qué tiene de malo el romanticismo, entonces? A mí también me gusta.

Su voz se volvió cálida e intensa como el whisky junto al fuego.

—¿Me lanzarás largas miradas y cálidas sonrisas desde el otro lado de la habitación y rozarás con tu mano mi brazo? ¿Un beso rápido y ardiente bajo las sombras? ¿Una caricia... —él rozó la curva de su pecho con la yema de los dedos y casi le da de todo menos un ataque al corazón—... furtiva?

—No he venido aquí para buscar romanticismo.

¿No?, pensó Aidan. Con sus mitos, leyendas y cuentos.

—Hayas venido o no para eso, lo tendrás. —se había fijado esa meta—. Y cuando haga el amor contigo la primera vez, será largo, lento y dulce. Te lo prometo. Acompáñame antes de que esa mirada tuya me haga romper la promesa nada más haberla hecho.

—Sólo quieres estar al mando. Controlando la situación.

Volvió a tomarle la mano de la más fraternal e irritante de las maneras.

—Supongo que estoy acostumbrado a hacerlo. Aunque si tú quieres encargarte y seducirme, querida Jude, te prometo que seré débil y estaré dispuesto.

Ella se rió, maldita sea, antes de que pudiera contenerse.

—Estoy segura de que ambos tenemos trabajo que hacer.

—Pero vendrás a verme. —continuó mientras caminaban—. Te sentarás y tomarás una copa de vino en mi pub para que yo pueda mirarte y sufrir.

—¡Dios mío! Qué irlandés eres. —susurró.

—Hasta la médula. —acercó la mano y le mordisqueó un nudillo—. Y Jude, por cierto, se te da muy bien besar.

—Humm —fue la respuesta más segura que se le ocurrió.

Sin embargo, iba al pub, se sentaba y escuchaba las historias. En los siguientes días, al asentarse de lleno la primavera en Ardmore, a menudo se veía a Jude en el pub durante una o dos horas por la noche o por la tarde. Escuchaba, grababa, tomaba notas. Y al propagarse la noticia, otros venían a contarle historias o a entretenerse con ellas.

Terminaba las cintas, escribía páginas y páginas, las transcribía y analizaba con diligencia en su ordenador mientras le daba sorbos al té, que ya se estaba convirtiendo en un hábito.

Y si alguna vez se dejaba llevar por las historias románticas y mágicas, pensaba que no le hacían daño. Incluso era útil, si se ponía a pensar en ello. Al fin y al cabo, podía entender mejor los significados y los motivos, si las historias y las acciones que había las personalizaba.

No es que fuera a perder el tiempo en escribir de esa manera. No había lugar para la imaginación y la fantasía en un artículo académico. Sólo estaba explorando hasta que encontrara la base de su tesis, después puliría el lenguaje y eliminaría la paja.

¿Qué demonios vas a hacer con ello, Jude?, se preguntó. ¿Qué crees en realidad que vas a hacer, aunque lo pulas, lo perfecciones y lo tritures hasta que esté seco como el polvo? ¿Intentar publicado en alguna revista profesional que ni un alma lee por placer? ¿Utilizarlo para intentar conseguir un ciclo de conferencias?

Oh, la idea de que eso ocurriera, por muy remota que fuera, le hacía sentir como si una tropa entera de *boy-scouts* hiciera nudos en su estómago.

Por un momento, casi ocultó la cabeza entre las manos y cedió ante la desesperación. Nada iba a salir jamás de ese artículo, de este proyecto. Era contraproducente creer lo contrario. Nadie iba a asistir a un acto en la facultad y hablar sobre la visión e intereses del proyecto de Jude F. Murray. Y lo que era aún peor, no quería que lo hicieran.

No era más que un tipo de terapia, una forma de sacada del borde de una crisis que no podía ni identificar.

¿De qué servían todos esos años de estudios y trabajo si ni siquiera podía encontrar los términos adecuados para sus propias crisis?

Baja autoestima, ego herido, falta de creencia en su propia feminidad, insatisfacción profesional

¿Pero qué había debajo de todo eso? ¿En el fondo—fondo? ¿Identidad confusa? Quizás fuera eso. Se había perdido a sí misma en algún momento de su vida, hasta que, aquello que había quedado de ella, lo que había sido capaz de reconocer, era tan aburrido, tan poco atractivo, que había salido huyendo.

¿Hacia dónde?

Hacia aquí, pensó, y más que sorprendida al darse cuenta de que sus dedos tecleaban ágiles, sus pensamientos fluían rápidos de su cabeza a la página.

Vine corriendo aquí y aquí me siento de alguna forma más auténtica, sin duda, más como en casa de lo que jamás llegué a sentirme en la que William y yo compramos, o en el apartamento al que me mudé después de que se hubiera cansado de mí. Desde luego, me siento más en casa que como me sentía en el aula.

Oh, Dios mío, Dios mío, odiaba la clase. ¿Por qué no podía admitirlo, simplemente decirlo en voz alta?

No quiero hacer esto, no quiero ser esto. Quiero otra cosa. Casi cualquier cosa serviría.

¿Cómo llegué a convertirme en semejante cobarde, y lo que es aún peor, tan lamentablemente aburrida? ¿Por qué, incluso ahora que no tengo que rendirle cuentas a nadie más que a mí misma, pongo en duda este proyecto que tanto me satisface? Cuando me proporciona tanta satisfacción. ¿Es que no puedo, aunque sea en este breve momento, permitirme algo sin un propósito o meta sólida, garantizada y práctica?

Si es una terapia, ya va siendo hora de que la deje funcionar. No me hace ningún daño. De hecho, creo, espero, me está haciendo algo de bien. Me siento atraída hacia la escritura. Es un término extraño para emplear, pero encaja. Escribir me atrae, su misterio, la forma en que las palabras encajan juntas en una página para formar una imagen o una observación, o sólo para que estén ahí sonando.

Ver mis propias palabras en la página es emocionante. Se produce una especie de vanidad maravillosa al leerlas, sabiendo que son mías. Parte de eso me aterroriza por ser tan increíblemente emocionante. Durante mucho tiempo en mi vida, me he alejado, me he echado hacia atrás, me he ocultado de todo lo que me asustaba. Incluso cuando era intrigante.

Quiero volver a sentirme auténtica. Anhele la confianza en mí misma. Y en el fondo de todo, siento un profundo y casi extinguido deleite en lo fantástico. Cómo y por quién fue casi extinguido no es en realidad relevante ahora. No ahora, que veo que aún existe la chispa en mi interior. La suficiente chispa como para hacerme escribir, al menos en secreto, como para querer creer en las leyendas, los mitos, las hadas y los fantasmas. ¿Qué hay de malo en ello? No puede hacerme daño.

«No», reflexionó, volviéndose a recostar, descansando las manos en su regazo. «Claro que no puede hacerme daño. Es inofensivo y me hace reflexionar. Hace demasiado tiempo que no me permito reflexionar.»

Soltando un largo suspiro, cerró los ojos y no sintió nada más que la dulzura del alivio.

—Estoy tan contenta de haber venido. —dijo en voz alta.

Se levantó para asomarse por la ventana, satisfecha de haber empleado la escritura para combatir la amenaza de la desesperación. Los días, las noches que había pasado aquí, estaban aplacando alguna tormenta amenazante en su interior. Estos pequeños momentos de alegría eran valiosísimos.

Se apartó de la ventana, deseando tomar aire y salir fuera. Ahí reflexionaría sobre el otro aspecto de su nueva vida.

Aidan Gallagher, pensó. Guapísimo, de alguna manera exótico e inexplicablemente interesado en la firme y sensata Jude F. Murray. Y luego hablaba de fantasía.

Quizás el tiempo que pasaba con Aidan no era precisamente tranquilizador, admitió, aunque era lo

bastante precavida como para arreglárselas para que nunca estuvieran a solas. En cualquier caso, la falta de privacidad no le impedía coquetear con ella, permitirse echarle esas miradas largas de las que había hablado, esas sonrisas lentas y furtivas, el roce casual de la mano de él sobre su brazo, su pelo, su mejilla.

¿Y qué había de malo en ello?, se preguntó al llevar un ramo de flores frescas a la tumba de Maude por la colina. Toda mujer tenía derecho al coqueteo. Quizás, a diferencia de las flores que llevaba en la mano, era un brote que tardaba en florecer, pero más valía tarde que nunca.

Deseaba con todas sus fuerzas florecer. La idea era tan intrigante como aterradora, tan emocionante como escribir.

¿No era maravilloso descubrir que le gustaba que coquetearan con ella, que la miraran como si fuera guapa y deseable? Dios santo, si se quedaba en Irlanda los seis meses completos, cumpliría treinta antes de volver a ver Chicago, así que ya iba siendo hora de que se sintiera guapa, ¿no?

Su propio marido nunca había coqueteado con ella. Y si la memoria no le fallaba, el mayor halago que había dicho sobre su apariencia fue que estaba bastante bien.

—Una mujer no quiere que le digan que está bien. —dijo entre dientes Jude al sentarse al lado de la tumba de Maude—. Quiere que le digan que es bella, sexy. Que está de escándalo. No importa si no es verdad. —suspiró y colocó las flores contra la lápida—. Porque en el momento, cuando se dicen las palabras y se escuchan, es totalmente verdad.

—Entonces permíteme que te diga que eres tan linda como las flores que llevas en este día tan bonito, Jude Frances.

Levantó la mirada al instante y se encontró con los audaces ojos azules del hombre que había conocido una vez en ese mismo lugar. Unos ojos que tan a menudo había visto en sus sueños.

—Caminas en silencio.

—Es un lugar donde hay que caminar en silencio. —se puso en cuclillas sobre la suave hierba y las llamativas flores que adornaban la tumba de Maude, situada entre ambos.

El agua del antiguo pozo murmuraba una especie de canto pagano.

—¿Y cómo te va en la casa de campo de Faerie Hill?

—Muy bien. ¿Tienes familia aquí?

Sus ojos brillantes se nublaron tras echar una por encima de las piedras y la hierba alta.

—Tengo a los que recuerdo y los que me recuerdan. Una vez amé a una doncella y le hubiese ofrecido todo lo que tenía. No obstante, se me olvidó ofrecerle mi corazón por encima de todo. Me olvidé de entregarle mis palabras. —cuando levantó la mirada, su expresión era más socarrona

que sería—. Las palabras son importantes para las mujeres, ¿verdad?

—Las palabras son importantes para todos. Cuando no se dicen dejan agujeros.

Agujeros grandes y profundos, reflexionó Jude, que engendran dudas y fracasos. Las palabras no pronunciadas son tan dolorosas como las bofetadas.

—Ah, pero si el hombre con el que te casaste te las hubiera dicho, ahora no estarías aquí, ¿verdad? —cuando ella pestañeó, perpleja, él sólo esbozó una sonrisa petulante—. No las hubiera dicho en serio, así que hubieran sido mentiras convenientes. Tú ya sabes que no era el hombre para ti.

Sintió un pequeño estremecimiento de terror recorrerle la columna. No, no era terror, se dio cuenta, sin aliento. Era intriga.

—¿Cómo sabes lo de William?

—Sé esto, sé lo otro. —volvió a sonreír con soltura—. Me pregunto por qué te culpas de algo que no se debía a ti. Aunque también es verdad que las mujeres siempre me han resultado un enigma encantador.

Suponía que su abuela habría hablado con Maude, y Maude con este hombre. Sin embargo, no le importaba que su vida personal y los momentos embarazosos hubieran sido motivo de conversación entre desconocidos a la hora del té.

—No me puedo imaginar que mi matrimonio y su fracaso sean de especial interés para ti.

Si la frialdad con que le había hablado le afectó, desde luego no lo mostraba al encogerse de hombros, como si tal cosa.

—Bueno, siempre he sido un tipo egoísta, y en el orden del universo, lo que tú hayas hecho y haces puede tener alguna relación con lo que yo más deseo. Pero te pido disculpas si te he ofendido. Como te dije, las mujeres son un enigma para mí. —Supongo que no tiene importancia.

—Sí que la tiene si dejas que la tenga. ¿Me pregunto si podrías contestarme a una pregunta?

—Depende de la pregunta.

—A mí me parece sencilla, pero de nuevo lo que busco es la perspectiva de una mujer. ¿Me podrías decir, Jude, si preferirías un puñado de joyas como éste? —Mostró su elegante mano y en ella apareció el resplandor cegador de una pila de diamantes y zafiros, el destello hiriente de unas perlas color crema.

—Santo cielo, ¿cómo?

—¿Las aceptarías si te las ofreciese el hombre que sabe que tiene tu corazón o preferirías las palabras?

Deslumbrada, alzó la cabeza. El fuego y las chispas aún cegaban su visión, pero vio la mirada de él, extremadamente penetrante y oscura mientras la observaba. Dijo lo primero que se le vino a la cabeza, fue lo único que se le ocurrió:

—¿Cuáles son las palabras?

Y él dio un suspiro largo y profundo, sus orgullosos hombros encorvados, sus ojos tornándose, tiernos y tristes.

—De modo que es verdad, importan tanto. Y éstas... —extendió los dedos y dejó que el destello, el fuego, el resplandor de las piedras se colaran entre ellos y se esparcieran encima de la tumba—. ...no representan nada más que orgullo.

Ella se quedó observando, con la respiración entrecortada, sintiéndose mareada, mientras las joyas se derretían en charcos de colores, y a su vez esos charcos florecían en sencillas flores jóvenes.

—Estoy soñando. —dijo con suavidad al dar vueltas su cabeza—. Me he dormido.

—Estás despierta, si sólo te dejaras llevar —ahora habló con dureza, con una impaciencia a punto de estallar—. Mira más allá de tus narices, mujer, y escucha. Es magia. Sin embargo, su poder no es nada al lado del amor. Es una dura lección que he aprendido, y me ha llevado mucho tiempo aprenderla. No cometes el mismo error. No es sólo tu corazón lo que ahora está en juego.

Se puso de pie mientras ella permanecía paralizada. La piedra que llevaba en la mano desprendía chispas y parecía que su piel empezaba a resplandecer.

—Sálvame, Finn. Tengo que depender de un mortal para iniciado todo, y encima yanqui. Es magia. —volvió a decir—. Así que, mírala y acéptala.

Impaciente, la fulminó con una última mirada, alzó las dos manos hacia el cielo en un dramático gesto. Y se esfumó en el aire.

Estoy soñando, pensó Jude mareada, al ponerse de pie, tambaleándose. Alucinando. Se debía a todo el tiempo que pasaba escuchando cuentos de hadas, todo el tiempo que pasaba sola en la casa revisándolos. Se había dicho a sí misma que eran inofensivos, pero era obvio que la habían empujado al límite.

Miró la tumba fijamente, las nuevas flores en su balanceo lleno de color encima del montículo, cuando un destello le llamó la atención, se agachó, extendió la mano con cuidado entre los lindos pétalos y sacó un diamante tan grande como una moneda.

Era real, meditó, luchando por calmar su respiración. Podía verlo, sentir la forma y el calor gélido que contenía en su interior.

O bien estaba loca o acababa de mantener su segunda conversación con Carrick, el príncipe de las hadas.

Temblando, se frotó el rostro con la mano que tenía libre. Vale, de todos modos, estaba loca.

Entonces, maldita sea, ¿por qué se sentía tan bien?

Caminó despacio, jugueteando con la joya de valor incalculable al igual que un niño podría hacer con una piedra bonita.

Tenía que escribirlo todo, decidió. Con detenimiento, con

concisión. Exactamente el aspecto que tenía, lo que había dicho, lo que había ocurrido.

Y después de todo eso, intentaría obtener alguna perspectiva sobre ello. Era una mujer culta.. Seguro que encontraría la manera de sacarle sentido a todo.

Cuando bajaba por la cuesta hacia su casa, vio el pequeño coche azul en la entrada y Darcy Gallagher saliendo de él.

Darcy llevaba vaqueros y un llamativo jersey rojo. El cabello le bajaba por la espalda como seda negra salvaje. Una mirada, y Jude ya suspiraba de envidia, incluso a pesar de introducir con cautela el diamante en el bolsillo de los pantalones.

Lo que yo daría, se dijo, por poseer esa belleza natural y esa confianza en mí misma sólo por una vez. Tocó la joya abstraída, y pensó que valdría lo que un diamante.

Darcy la divisó y se colocó una mano a modo de visera mientras la saludaba con la otra.

—Ahí estás. Has salido a dar un paseo, ¿verdad? Hace buen día para eso, aunque dicen que va a llover esta noche.

—He ido a visitar a Maude.

«Y he hablado con un príncipe de las hadas, que me ha dado un diamante con el que probablemente podría comprarme un pequeño país en el Tercer Mundo, antes de que se esfumara.» Esbozando una débil sonrisa, Jude decidió que esa información se la reservaría.

—He tenido dos asaltos con Shawn y me he dado una vuelta para tranquilizarme —Darcy echó una ojeada a los zapatos de Jude, para intentar calcular si tenía el mismo número que ella, esperando haberlo hecho con disimulo. La mujer, se dijo Darcy, tenía un gusto exquisito para los zapatos—. Pareces un poco pálida —manifestó cuando Jude se acercó—. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. —Jude se apartó el pelo con timidez. La brisa había soltado algunos mechones de entre la cinta que sujetaba su pelo, lo cual, pensó, le daría un aspecto despeinado en vez del aspecto maravillosamente alborotado de Darcy—. ¿Por qué no entramos y tomamos un té?

—Oh, eso estaría bien, pero tengo que volver. Aidan ya

estará maldiciéndome. —entonces le dirigió una sonrisa radiante y encantadora—. Quizás te gustaría volver conmigo y así estaría distraído contigo, y se le olvidaría arrancarme la piel del trasero a tiras por haberme ido.

—Bueno, yo... —no, meditó, no se creía capaz vérselas con Aidan Gallagher estando ya un poco mareada—. En realidad debería trabajar. Tengo que revisar algunas notas.

Darcy apretó los labios.

—Realmente te gusta, ¿verdad? Trabajar.

—Sí. —sorpresa, sorpresa, pensó Jude—. Me gusta mucho el trabajo que estoy haciendo ahora.

—Si fuera yo, buscaría cualquier excusa para no trabajar. —Darcy paseó su brillante mirada por la casa, los jardines, la larga extensión ondulante de la colina—. Y me moriría de soledad aquí solita.

—Oh no, es maravilloso. El silencio, la vista. Todo.

Darcy se encogió de hombros, un rápido gesto de descontento.

—Sin embargo, luego puedes volver a Chicago. La sonrisa de Jude se desvaneció.

—Sí. Puedo volver a Chicago.

—Voy a ir un día a visitado. —Darcy se reclinó sobre el coche—. Todas las grandes ciudades de Estados Unidos. Todas las grandes ciudades de todas partes. Y cuando lo haga, será en primera clase, que no te quepa la menor duda. —después se rió y sacudió la cabeza—. Pero, por ahora, será mejor que regrese antes de que Aidan maquine algún horripilante castigo.

—Espero que vuelvas cuando tengas más tiempo.

Darcy volvió a dirigirle esa mirada deslumbrante al montarse en el coche:

—Tengo la noche libre, gracias a Dios. Luego me pasaré con Brenna y veremos en qué clase de lío te podemos meter. Me temo que te vendría bien un poco de lío.

Jude abrió la boca, sin tener ni la menor idea de qué contestar, pero pudo evitado cuando Darcy pisó a fondo el acelerador y salió a toda mecha por la carretera, casi con el mismo cuidado que habría tenido Brenna.

CAPÍTULO 9

Hay tres doncellas, escribió Jude mordisqueando una galleta dulce de mantequilla, y cada una representa una faceta particular de la perspectiva tradicional de la condición de la mujer. En algunos cuentos, dos son malvadas y una es buena, como en el mito de Cenicienta. En otros, las tres son hermanas de sangre, o íntimas amigas, pobres o huérfanas o al cuidado de un familiar enfermo.

En algunas de las versiones hay uno o dos personajes femeninos que poseen poderes místicos. En casi todas, las doncellas son de una belleza incomparable. La virtud, es decir, la virginidad, es esencial, denotando que la inocencia de la sexualidad física constituye un ingrediente indispensable para la creación de la leyenda.

La inocencia, la búsqueda, la pobreza económica, la belleza física. Estos elementos se repiten en una serie de historias perpetuadas que se convierten, a través de las generaciones, en leyendas. La intervención, para bien o para mal, de seres del otro mundo, por así decirlo, constituye otro elemento común. El mortal o los mortales de la historia tienen que aprender una moraleja o recibir una recompensa por su comportamiento desinteresado.

Como casi siempre, la simple belleza y la inocencia se recompensan igualmente.

Jude se recostó y cerró los ojos. Fracasaba en ese sentido, ¿no? Puesto que no era guapa ni inocente, no tenía ningún poder o habilidad en concreto, no parecía que se la iban a llevar a un cuento de hadas con un final feliz.

No es que lo deseara. Sencillamente la idea de encontrarse cara a cara con los habitantes de una colina de hadas o un castillo en el cielo, o una bruja malvada o lo que fuese, la ponía nerviosa.

Tan nerviosa, reconoció, como para imaginarse joyas convirtiéndose en flores. Con recelo, introdujo la mano en el bolsillo y sacó la piedra brillante para volver a examinada una vez más.

Sólo cristal, se convenció, sin duda, bellamente tallado, brillando como la luz del sol. Pero al fin y al cabo cristal.

Una cosa era aceptar que estaba compartiendo la casa con un fantasma de trescientos años. Eso ya había sido bastante difícil de asimilar. No obstante, podía razonado ya que se habían realizado estudios, existía documentación sobre ese fenómeno en particular. La parapsicología no_ estaba aceptada universalmente, sin embargo algunos científicos y figuras reputadas creían en las formas de energía que la gente corriente denominaba fantasmas.

Eso lo podía aceptar. Podía racionalizar lo que había visto con sus propios ojos.

Aunque duendes y hadas y... lo que fuese. No. Decir que querías creer y afirmar que *sí creías* eran dos cuestiones completamente diferentes. Eso ocurría cuando la

indulgencia de todo ello dejaba de ser inofensiva y se convertía en una psicosis.

No había príncipes de las hadas bellos deambulando por las colinas, visitando los cementerios para mantener conversaciones filosóficas y enojándose con las personas que pasaban por allí.

Yesos príncipes inexistentes no iban por ahí arrojando joyas inestimables a extrañas mujeres americanas.

Como parecía que no se podía aplicar la lógica a la situación, tenía que aceptar que su imaginación, que siempre le había provocado algunos problemas, se había desbordado.

Lo único que tenía que hacer era volver a su cauce normal, hacer su trabajo. Era muy probable que hubiese sufrido algún tipo de episodio. Un estado de fuga en el que había introducido varios elementos de su investigación. El hecho de que se sintiera ridículamente saludable no encajaba. Podía ser que el estrés de los últimos años estuviera haciendo mella en ella y que, mientras su cuerpo estaba bien, su mente estuviera sufriendo.

Debería ir a un buen neurólogo a que le hiciera una revisión completa para descartar un problema físico.

E ir a un joyero de confianza para que examinara el diamante. El cristal, se corrigió.

La primera idea la asustaba, la segunda la deprimía, así que desafió la lógica y dejó las dos en espera.

Sólo por unos días, se prometió. Actuaría con responsabilidad, pero todavía no.

Lo único que quería hacer era trabajar, dejarse llevar por las historias. Y se resistiría ante el impulso de bajar al pub, y pasar allí la tarde fingiendo que no veía a Aidan Gallagher.

Se quedaría en casa con sus papeles y sus notas, en unos días se iría a Dublín para buscar un joyero y un médico.

Iría de compras, compraría algunos libros, visitaría los lugares de interés.

Una tarde completa de trabajo, se dijo a sí misma. Luego, se tomaría algunos días para explorar el campo y las ciudades, los pueblos y las colinas. Tomaría distancia de los cuentos que estaba recopilando y estudiando; yeso la ayudaría a obtener su propia perspectiva antes de ir a Dublín.

Al oír que llamaban a la puerta, sus dedos se movieron con torpeza por el teclado del ordenador. El corazón le dio un brinco. «Aidan», fue lo primero que se le ocurrió, y eso en sí la irritó. Claro que no era Aidan, se dijo, incluso cuando corrió hacia el espejo para ver cómo tenía el pelo. Ya hacía tiempo que habían pasado las ocho de la tarde y estaría ocupado en el pub.

Aun así, cuando bajó corriendo por las escaleras, el

corazón le latía algo acelerado. Abrió la puerta y apenas le dio tiempo a pestañear.

—Hemos traído comida. —Brenna entró sin prisas, con una bolsa marrón de la compra colocada en la cadera—. Galletas, patatas y chocolate.

—Y lo mejor de todo: vino —Darcy entrechocó las botellas, cerrando con naturalidad la puerta con la bota.

—Oh. Bueno... —Jude no se había tomado en serio a Darcy, no se le había ocurrido una razón por la que ella o Brenna quisieran venir. Pero ya se dirigían a la cocina entre chácharas y jaleo.

—Aidan quería que hiciera otro turno esta noche por haberme ido hoy. Le he mandado a tomar por saco. —dijo Darcy con alegría, depositando el vino en la encimera—. Ese hombre me tendría amarrada a los grifos si yo no fuera lo bastante hábil. Necesitaremos un sacacorchos.

—Hay uno en...

—Lo tengo. —interrumpió Brenna, y le lanzó una sonrisa rápida a Jude al sacarlo del cajón—. Deberías haber visto la mirada fulminante que nos echó Aidan cuando nos fuimos del pub. «¿Por qué no os la traéis y bebéis aquí?», quería saber, gruñendo y farfullando todo el rato.

—Y luego ve que me traigo tres botellas. —prosiguió Darcy, buscando unas copas a la vez que Brenna abría la botella de vino—. Y después sigue diciendo chorradas como que Jude Frances no puede beber mucho alcohol, y que no debemos emborracharte. Como si fueras un cachorro al que le fbanos a dar las sobras de la mesa a escondidas. Los hombres tienen cabezas de chorlito.

—Vaya, eso sí que es una buena excusa para empezar a beber. —con un gesto elegante, Brenna sirvió las tres copas—. Por los pequeños cerebros de los varones de todas las especies. —afirmó, ofreciéndole una copa a Jude y alzando la suya.

—Que Dios los bendiga a todos. —añadió Darcy y bebió. Sus ojos le brillaron, dirigiéndole una mirada alude, que apenas había hecho otra cosa más que mirar fijamente—. Bebe, cariño, luego nos sentaremos y charlaremos sobre los altibajos de nuestras vidas sexuales para conocemos mejor.

Jude le dio un trago largo a su copa y resopló.

—No podré aportar mucho en ese tema de conversación.

Darcy soltó una carcajada pícar, emitiendo un sonido gutural.

—Aidan está empeñado en cambiar eso, ¿verdad?

Jude abrió la boca, la volvió a cerrar; después decidió que, al fin y al cabo, lo mejor era beber.

—No te metas con ella tanto, Darcy. —Brenna abrió de un tirón la bolsa de patatas y metió la mano. Y guiñó el ojo—. La emborracharemos primero y más tarde le sonsacaremos todo.

—Cuando esté borracha la voy a convencer para que me deje probarme toda su ropa.

Hablaban tan rápido que Jude no podía seguir la conversación.

—¿Mi ropa?

—Tienes una ropa maravillosa. —Darcy se dejó caer en una silla—. Nos parecemos en el color de la tez y la talla, así que estoy pensando que alguna me vendrá bien, seguro. ¿Qué número de zapato usas?

—¿Zapatos? —Jude lanzó una mirada a los botines que llevaba, sin comprender nada—. Hum, siete y medio.

—Eso es una talla americana, déjame que piense... —Darcy se encogió de hombros y le dio unos sorbos a su copa—. Bueno, parecido, quitáelos y déjame que vea qué tal me quedan.

—¿Que me quite los zapatos?

—Tus zapatos, Jude. —los ojos de Darcy centelleaban al descalzarse—. Un par de copas más y nos probaremos los pantalones.

—Más vale que lo hagas —k aconsejó Brenna, mientras se comía otro puñado de patatas—. Darcy se vuelve loca con la ropa y no te dejará en paz.

Sintiéndose igual de desconcertada que cuando había estado en la tumba de Maude esa tarde, Jude se sentó y se quitó los zapatos.

—Oh —Darcy acarició la bota como una madre indulgente haría con la mejilla de su hijo—. Tan suave como un bebé, ¿verdad? —levantó la mirada, su rostro deslumbrante y lleno de un pleno goce femenino—. Esto va a ser divertido.

—Así que cree que sólo porque le he dejado que me lleve a cenar una o dos veces y porque me mete la lengua en la boca, que no fue tan excitante como él cree, yo estaré más que dispuesta a desnudarme y dejarle retozar encima de mí. El sexo es un buen pasatiempo. —prosiguió Darcy tras lamerse el chocolate de los dedos—. Pero la mitad de las veces o más estás mejor simplemente pintándote las uñas y viendo la tele.

—Quizá sea por los hombres a los que dejas que te persigan. —Brenna hizo un gesto con su copa de vino—. Están tan encandilados que acaban por volverse torpes. Lo que necesitas, Darcy, cariño, es un hombre que sea cínico hasta la médula como tú, engreído y vanidoso como tú eres.

Jude se atragantó con el vino, segura de que el insulto provocaría una discusión, pero Darcy sonrió con picardía.

—Y cuando lo encuentre, ya condición de que sea tan rico como Midas, lo llevaré así de derecho. —alzó el dedo índice de la mano derecha—. Y le permitiré que me trate como a una reina.

Brenna bufó y extendió la mano para coger más patatas.

—Y en el momento en que lo haga, te aburrirá muchísimo. Darcy es una criatura perversa. —le dijo a Jude—. Eso es lo que nos encanta de ella. Ahora bien, yo

soy sencilla y directa. Yo busco a un hombre que me mire directamente a los ojos, vea lo que soy y quién soy... —bebió y se rió con tono burlón—. Y luego se arrodilló y me promete todo.

—Nunca ven lo que eres. —sorprendida, Jude miró a su alrededor para ver quién había hablado, descubriendo después que había sido ella.

—¿No? —quiso, saber Brenna, arqueando la ceja y volviendo a rellenar la copa de Jude.

—Ven un reflejo de su propia idea. Puta o ángel, madre o niña. Dependiendo de su visión, se ven obligados a proteger, conquistar o explotar. O eres algo que les resulta conveniente. —murmuró—. Fácil de desechar.

—Y tú dices que yo soy la cínica. —dijo Darcy, dirigiendo a Brenna una sonrisa de complicidad—. ¿Te han rechazado entonces, Jude?

Sintió un agradable zumbido en la sangre, unas vueltas en la cabeza. Su lado lógico le decía que era el vino. No obstante, su corazón, su corazón necesitado, le decía que era la compañía. Las chicas. Nunca en su vida había pasado una noche loca con chicas. .

Cogió una patata, la examinó, la mordisqueó, suspiró.

—El próximo junio llevaría casada tres años.

—¿Casada? —tanto Brenna como Darcy se acercaron.

—Siete meses después de la boda, llegó a casa y me dijo sin inmutarse que lo sentía, pero que estaba enamorado de otra. Pensó que sería conveniente para todas las partes involucradas que se trasladara esa misma noche y que pidiéramos el divorcio de inmediato.

—¡Menudo canalla! —en un gesto solidario, Brenna sirvió vino a todas—. ¡El cabrón!

—En realidad no. Fue honesto.

—¡A la mierda la honestidad! Espero que le arrancara la piel a tiras. —los ojos de Darcy brillaban con malicia—. ¿Apenas llevabais casados más de seis meses y va y se enamora de otra? La serpiente casi no esperó lo suficiente como para mudar las sábanas de la cama de matrimonio. ¿Qué hiciste?

—¿Qué hice? —Jude juntó las cejas—. Pedí el divorcio al día siguiente.

—¿Y le sacaste todo lo que tenía?

—No, claro que no —verdaderamente escandalizada por la idea, miró a Darcy boquiabierta—. Cada uno se quedó con lo suyo. Fue muy civilizado.

Puesto que Darcy parecía haberse quedado muda, Brenna tomó el relevo.

—Si quieres mi opinión, los divorcios civilizados son el motivo por el que hay tantos malditos matrimonios que acaban en eso. Yo prefiero una buena pelea, con gritos y la vajilla rota, los puños volando por el aire. Si yo quiero a un hombre lo suficiente como para jurar formar parte de él durante toda la vida, se lo haría pagar en carne y hueso si me abandonara, vaya.

—No lo quería. —en el momento en que pronunció las palabras, Jude se quedó boquiabierta—. Quiero decir, no sé si lo quería. ¡Dios mío, es terrible, horrible! Me acabo de dar cuenta. No tengo ni idea de si quería a William.

—Bueno, yo digo que era un cabrón y deberías haberte dado una patada en el culo y haberlo echado a los perros, con amor o sin amor. —Darcy escogió uno de los bizcochos de chocolate y nueces que había hecho Mollie O'Toole y le pegó un mordisco con entusiasmo—. Te lo prometo, de hecho, juro aquí y en este momento que con quienquiera que esté, en el momento que sea, seré yo la que acabe con la relación. Y si él intentara terminada antes de que esté preparada, lo pagará para el resto de sus días.

—Los hombres no dejan a las mujeres como tú. —intervino Jude—. Tú eres el tipo de mujer por la que me dejarían a mí. —se le cortó la respiración—. No quería decir... sólo quería decir...

—No te preocupes. Creo que era un halago. —y sintiéndose más satisfecha que ofendida, Darcy le dio a Jude una palmadita en el brazo—. También estoy pensando que si tu lengua está así de suelta es que has tomado bastante vino como para dejarme que juegue con tu ropa. Vamos a llevar todo esto arriba.

Jude no sabía qué pensar. Quizás fuera porque nunca había tenido hermanas para que asaltaran su armario. Ninguna de sus amigas había mostrado especial interés en su guardarropa, excepto el comentario habitual sobre una nueva chaqueta o traje.

Nunca se había considerado una chica que siguiese la moda, y se inclinaba por una línea clásica y un buen tejido.

Pero por los sonidos ahogados que provenían de donde Darcy había enterrado la cabeza, el armario de Jude había tomado la magnitud del tesoro de Aladino.

—¡Oh, pero mira este jersey! Si es cachemira. —Darcy sacó un suéter de cuello vuelto de color verde caqui y se deleitó, restregándose por la mejilla.

—Es una prenda que combina bien con todo. —empezó a decir Jude y luego se quedó mirando boquiabierta, mientras. Darcy se quitaba su propio Jersey.

—Más vale que te pongas cómoda. —Brenna se estiró en la cama, se cruzó los tobillos y le dio sorbos al vino—. Tardará un rato.

—Tan suave como el culo de un bebé. —a Darcy le faltó poco para que la boca se le hiciera agua al posar delante del espejo—. Precioso, no obstante el color es un poco intenso para mí. Creo que te iría mejor a ti, Brenna. —con brío, se lo quitó y lo arrojó encima de la cama—. Échale un vistazo.

Abstraída, Brenna tocó la manga del jersey.

—Es agradable al tacto.

Inclinándose hacia la cama, Jude observó cómo Darcy se probaba una blusa de seda de color crema.

—Ah, hay más en la otra habitación.

Darcy levantó la cabeza como un lobo que olfatea unas ovejas.

—¿Más?

—Sí, ropa más ligera y un par de prendas de cóctel que me traje en una maleta...

—Ahora vuelvo.

—Ahora sí queja has armado. —dijo Brenna en un tono grave al salir Darcy disparada de la habitación—. Ahora nunca te librarás de ella. —colocando la copa a un lado, se abrió los botones de la camisa, cuando se escuchó un grito de placer procedente de la otra habitación, Brenna puso los ojos en blanco y se colocó el jersey por encima de la cabeza, tirando de él.

—Oh, es precioso. —sorprendida por el placer que la suave lana le producía en la piel, Brenna se incorporó para verse en el espejo—. ¡Cómo sienta! Casi parece que tengo tetas.

—Tienes un tipo maravilloso.

A pesar de que nunca la habían tachado de vanidosa, Brenna se contoneaba delante del espejo.

—Aunque estaría bien tener pecho. Creo que mi hermana Maureen tiene mi parte. Me tenían que haber tocado a mí, por derecho, al ser la mayor.

. —Necesitas un sujetador como Dios manda. —afirmó Darcy al volver vestida con un traje negro de cóctel y acarreado un montón de ropa—. Aprovecha lo que Dios te ha dado en vez de dejarlo ahí colgando. Jude, este vestido es increíble, pero de verdad que tendrías que subirle el dobladillo de dos a cinco centímetros.

—Soy más alta que tú.

—Apenas. Toma, pónelo y vamos a vedo.

—Bueno, yo... —pero Darcy ya se lo estaba quitando. Con una mujer delante, entregándole un modelito negro, vestida en sujetador y bragas.

Jude no tuvo más remedio que coger el vestido. Se le hizo un nudo en la garganta, se tragó su modestia y se desnudó.

—Sabía que tenías unas buenas piernas. —dijo Darcy, asintiendo con la cabeza en un gesto de aprobación—. ¿Por qué te empeñas en esconderlas en un vestido como éste? Necesita que le suban unos cuantos centímetros, ¿no crees, Brenna? —aún medio desnuda, Darcy se arrodilló y le metió el dobladillo, apretando los labios y observando el resultado—. Unos dos o tres centímetros, y lo llevas con esos zapatos negros de punta y abiertos por delante. Estarás de muerte. —aprobó con la cabeza y se levantó para probarse unos pantalones grises de pitino—. Pon el vestido allí y yo le meteré el dobladillo.

—Oh, ¿de verdad?, no tienes por qué...

—Como deuda, —dijo Darcy con una chispa traviesa en los ojos—, por prestarme tu ropa.

—Darcy tiene buena mano para la costura. —le aseguró Brenna—. No tienes que preocuparte. —dejándose llevar, encontró una americana color gris marengo y se la colocó

encima del jersey.

—Pruébate este chaleco para darle más colorido. —sugirió Jude, y sacó uno con cuadros pequeños en color verde y burdeos.

—Tienes buen ojo. —Darcy esbozó una sonrisa de aprobación y además rodeó a Jude de repente con un brazo—. Ahora, Brenna, te pones eso con una falda muy cortita, por llamado falda, y los hombres se te tirarán.

—No quiero que se me tiren. Si no, tienes que volver a darles una patada para apartados de tu camino.

—Cuando caigan muchos, simplemente camina por encima de sus cuerpos tumbados bocabajo y pasa al siguiente. —Darcy se encontró un traje azul pizarra y se puso la falda—. Le vas a dar un revolcón a Aidan, ¿verdad, Jude?

—¿Un revolcón?

—Hay que meterle a esta falda también. Un revolcón. —prosiguió—. No te has acostado con él todavía, ¿verdad?

—Yo... —retrocedió para volver a coger su vino—. No, no lo he hecho.

—Eso pensaba. —Darcy se giró para comprobar la línea de la chaqueta por detrás—. Me suponía que tendrías un brillo en los ojos si te hubieras revolcado con él. —probando, se recogió el pelo, moviéndose de aquí para allá, y se imaginó pidiéndole prestado a Jude esos bonitos aros de plata que le había visto llevar en las orejas—. Te vas a acostar con él, ¿verdad?

—Darcy, tonta, la estás haciendo pasar vergüenza.

—¿Por qué? —Darcy se dejó caer el pelo para poder elegir entre dos pares de tacones de color hueso—. Todas somos mujeres y ninguna somos virgen. No hay nada de malo en el sexo, ¿verdad, Jude?

«No te sonrojes», se ordenó Jude. «No te sonrojarás.»

—No, claro que no.

—Además a Aidan se le tiene que dar muy bien. —soltó una carcajada mientras Jude se bebió más vino de un trago—. Así que, cuando lo hagas con él, Brenna y yo agradeceríamos algunos detalles, ya que por el momento ninguna de las dos tenemos a un hombre con el que revolcarnos.

—Hablar de sexo es la segunda mejor cosa después de practicado. —Brenna divisó una camisa a rayas en el guardarropa y la sacó—. Delas tres parece que lo más probable es que seas tú la que lo tengas en un futuro inmediato. Lo más parecido que he tenido fue hace casi un año cuando tuve que pegarle un puñetazo a Jack Brennan por meterme mano la pasada Nochevieja, y aún no estoy segura de si intentaba alcanzar una pinta tal como decía.

Arrojando la camisa, se sentó vestida en ropa interior y se sirvió más vino.

—Yo sé muy bien cuando un hombre me busca a mí o a su cerveza. —Darcy ladeó la cabeza delante del espejo. Estaba bastante elegante, pensó. Como una dama que

acudía a sitios distinguidos y tenía cosas maravillosas que hacer—. ¿Para qué te pones un traje así, Jude?

—Oh, para reuniones, conferencias, almuerzos.

—Almuerzos. —Darcy suspiró y se giró despacio—. En algún restaurante o sala de baile elegante y con camareros vestidos con chaquetas blancas.

—Y la patética sorpresa de pollo de esta semana. —contestó Jude con una sonrisa—. Junto con el orador más pesado que el comité pudo encontrar.

—Eso es porque estás acostumbrada.

—Tan acostumbrada que viviría feliz si nunca más tuviera que asistir a uno. Era una mala profesora de universidad.

—¿No me digas? —Brenna le rellenó la copa a Jude antes de reclamar su propio jersey.

—Terrible. Odiaba planificar los cursos, tener que saber las respuestas y puntuar los trabajos. Para colmo, la política y el protocolo.

—Entonces, ¿por qué lo hacías?

Distraída, Jude miró a Darcy. Aquella mujer estaba tan segura de sí misma, tan increíblemente cómoda consigo misma, incluso llevando un sujetador de algodón y la falda de otra mujer. ¿Cómo podía alguien tan segura de quién era y de lo que era comprender lo que era el no saber? Simplemente no saber.

—Era lo que se esperaba de mí. —dijo Jude por fin.

—¿Y siempre has hecho lo que se esperaba de ti?

Jude suspiró lentamente y volvió a coger su vino.

—Me temo que sí.

—Bueno, ya está. —dejándose llevar por el cariño, Darcy agarró la cara de Jude y le dio un beso—. Eso lo arreglaremos.

Para cuando la segunda botella de vino se hubo vaciado, el dormitorio era ya un desastre. Brenna tuvo el acierto de encender el fuego y de buscar queso y galletas. Se sentó en el suelo, algo decepcionada porque los zapatos de Jude eran demasiado grandes para ella. No es que fuese a ir a algún lugar para ponérselos, pero eran tan elegantes...

Jude estaba tumbada en la cama, despatarrada, con la cabeza apoyada en los puños, observando a Darcy probarse miles de combinaciones de trajes. La expresión bobalicona de su propio rostro le hacía preguntarse si es que estaba borracha o estaba mal de la cabeza.

De vez en cuando soltaba un hipo en silencio.

—La primera vez —decía Darcy— fue con Declan O'Malley y nos juramos amor eterno. Teníamos dieciséis años y pelábamos la pava. Lo hicimos encima de una manta en la playa, una noche cuando los dos salimos a escondidas de nuestras casas y dejadme que os diga, no tiene nada de romántico rodar por la arena, incluso cuando tienes dieciséis años y la edad del pavo.

—Yo creo que es dulce. —dijo Jude en un tono soñador, imaginándose la luz de la luna, el romper de las olas y dos cuerpos jóvenes resplandeciendo de amor y descubrimiento—. ¿Y qué pasó con Declan O'Malley?

—Bueno, el amor eterno nos duró alrededor de tres meses y seguimos con otras historias. Hace dos años metió a Jenny Duffy en un buen lío, así que se casaron y tuvieron una segunda hija para hacerle compañía a la primera. Y parecen bastante felices.

—Me gustaría tener niños. —Jude rodó por la cama para buscar el vino. Había empezado a saber a ambrosia—. Cuando William y yo lo hablamos...

—¿Conque lo hablasteis? —intervino Brenna y, como guardián de la botella, alcanzó el vaso de Jude para volver a servirle.

—Oh, sí, de una forma muy lógica, práctica y civilizada. William siempre era civilizado.

—Yo creo que William necesitaba una patada en el culo. —Brenna le entregó la copa a Jude, esquivando el vino que Jude derramó al echarse a reír, y que hubiera caído en su pelo.

—Sus alumnos le llaman Powers el Hueso. Así se llama, William Powers. Claro, siendo una mujer profesional, mantuve mi apellido de soltera para evitar el jaleo con el divorcio. De todas formas, ¿qué estaba diciendo?

—Lo civilizado que es Powers el Hueso.

—Oh, sí. William decidió que esperaríamos de cinco a siete años. Después, si las circunstancias eran favorables, volveríamos a hablar de tener un niño. Si decidíamos seguir adelante, nos documentaríamos y elegiríamos la guardería infantil, el centro preescolar adecuado, y una vez que supiéramos el sexo del bebé, determinaríamos el programa educativo a seguir hasta la universidad.

—¿Universidad?—se volvió Darcy—. ¿Antes de que naciera el bebé?

—William era muy previsor.

—Para un hombre con la cabeza en el culo.

—Probablemente no sea tan malo como lo pinto. —Jude miró su vino con el ceño fruncido—. Lo más seguro es que es más feliz con Allyson. —ante su asombro, se le llenaron los ojos de lágrimas—. No era feliz casado conmigo.

—Menudo canalla. —embargada por la compasión, Darcy abandonó el armario y se sentó en la cama para abrazar a Jude. —No te merecía.

—Ni por un minuto, puñetas. —coincidió Brenna, dándole a Jude una palmadita en la rodilla—. Estirado, nariz chata, mujeriego, cabrón. Tú eres mil veces mejor que cualquier Allyson.

—Ella es rubia. —dijo Jude sorbiéndose la nariz—. Y tiene unas piernas que le llegan hasta las orejas.

—Me apuesto a que es rubia de bote. —dijo Darcy incondicionalmente—. Y tú tienes unas piernas

maravillosas. Unas piernas preciosas. No puedo dejar de quitarte ojo.

—¿De verdad? —Jude se pasó una mano por debajo de la nariz.

—Son fabulosas. —Brenna le acarició la pantorrilla a Jude para animada—. Lo más seguro es que se vaya a la cama cada noche terriblemente arrepentido por haberte perdido.

—¡Demonios! —explotó Jude—. Si era un desabrido hijo de puta. Que se lo quede Allyson.

—Lo más probable es que no pueda ni excitarla. —dijo Darcy, y Jude soltó una risotada.

—Bueno, desde luego, con él nunca he escuchado a los ángeles cantar. Esto es fantástico. —se frotó la base de las manos por la cara para secarse las lágrimas—. Nunca he tenido a amigas que hayan venido a casa a emborracharse y a tirar mi ropa.

—Puedes contar con nosotras. —Darcy le dio un fuerte apretón.

En algún momento cuándo iban ya por la tercera botella, Jude les contó lo que había visto, lo que creía haber visto, en el viejo cementerio.

—Eso se hereda. —dijo Darcy asintiendo con la cabeza, dándole a entender que lo sabía—. La vieja Maude tenía visiones y a menudo hablaba: con los Buenos Espíritus.

—Oh, venga.

Darcy sólo enarcó con elegancia una ceja, ante el comentario de Jude.

—Y esto lo dice la mujer que acaba de describir dos encuentros con un príncipe de las hadas.

—Nunca dije eso. Dije que me encontré con ese extraño hombre dos veces. O eso creí. Me temo que tengo un tumor cerebral.

Brenna hizo una mueca nada más pensado.

—Tonterías. Estás tan sana como un caballo.

—Si no es eso, si no hay una causa física, entonces es que estoy loca. Soy psicóloga. —les recordó—. Bueno, lo era, una psicóloga mediocre, pero aún tengo la formación suficiente como para reconocer los síntomas de un serio trastorno mental.

—¿Y por qué iba a ser eso?, —inquirió Brenna—, en mi opinión, eres la mujer más sensata. Mi madre cree que por eso y por tus elegantes modales me harás bien. —con entusiasmo, Brenna le dio a Jude un pequeño puñetazo en el hombro—. Ya pesar de eso me gustas, de todos modos.

—Sí, ¿en serio?

—Claro que sí, y también a Darcy, y no sólo por tu ropa elegante.

—Por supuesto que no sólo me cae bien nuestra Jude por su ropa. —la voz de Darcy denotaba un tono sarcástico casi ofensivo al pensarlo—. Me gusta también por su

bisutería. —dicho eso, se desternilló de risa—. Estoy bromeando. Claro que nos gustas, Jude. Es divertido estar contigo, y escucharte durante un rato es maravillosamente desconcertante.

—Qué bien. —sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas—. Es tan bonito tener amigas; sobre todo cuando te estás muriendo de un cáncer en el cerebro o actuando como una lunática rabiosa.

—Ninguna de las dos cosas. Viste a Carrick de las hadas, —anunció Brenna—, vagando por las colinas encima de su castillo, hasta que Lady Gwen se reúna con él.

—¿De verdad crees eso? —ahora parecía posible, cuando no lo parecía unas horas antes—. ¿Crees en castillos de hadas, fantasmas y hechizos que duran siglos? ¿No estarás diciendo eso sólo para que me sienta mejor?

—No. —arropada en la gruesa bata de Jude, Brenna tomó lo que quedaba del chocolate—. Creo en muchas cosas hasta que se demuestre lo contrario. Por lo que tengo entendido, nadie jamás ha demostrado que no existan, en absoluto, castillos de hadas bajo estas colinas, y se dice que hay más de lo que creemos.

—Sí. —incluso aunque estaba obnubilada por el vino, el entusiasmo de Jude había crecido y le dio una palmada a Brenna en el hombro—. Justo lo que yo digo. Las leyendas se perpetúan y a menudo toman el cariz de la verdad por la repetición. El Arturo histórico se convierte en el Arturo de la leyenda, añadiendo espadas mágicas y a Merlín. Vlad el Empalador se convierte en vampiro. Las sabias mujeres, las curanderas de los pueblos, se convierten en brujas; etcétera. La tendencia humana a exponer, extrapolar, a ornamentar con fantasía para que un cuento sea más entretenido a la vez, convierte a éste en una leyenda que determinados grupos después adoptan en su cultura como un hecho.

—Pero, escúchala. Mira que habla bien y elegante. —Darcy, encantada de llevar uno de los jerséis de cachemira, apretó los labios, absorta en sus pensamientos—. Y estoy segura, Jude, querida, de que hay algo profundo y milagroso en lo que acabas de decir, incluso para alguien que asegura ser una psicóloga mediocre. Pero en este momento me suena a sandeces. ¿Has visto o no has visto a Carrick, príncipe de las hadas, hoy?

—Vi a alguien. No me dijo su nombre.

—¿Ese alguien no se esfumó delante de tus propias narices?

Jude frunció el semblante.

—Eso pareció, pero...

—No, no hay peros que valgan, sólo los hechos. Así es como se hace, ¿no?, hablando con lógica. Si te habló, es que quiere algo de ti, aunque nunca en mi vida he oído que haya, hablado con nadie excepto con la vieja Maude. ¿Y tú, Brenna?

—No, no puedo decir que haya oído eso. ¿Te dio miedo, Jude?

—No, por supuesto que no.

—Entonces eso está bien. Creo que lo sabrías si pretendiese hacerte daño o alguna diablura. Creo que simplemente está solo y desea que su doncella esté a su lado. Trescientos años. —dijo con nostalgia—. Es reconfortante saber que el amor puede perdurar.

—Eres tan romántica, Brenna. —Darcy bostezó y se acurrucó en una silla—. El amor perdura con facilidad si hay deseo. Júntalos a los dos y en seis meses estarán criticándose y gruñéndose.

—Es que nunca has tenido un hombre con el suficiente

coraje para dominar tu corazón.

Darcy se encogió de hombros y se volvió a acurrucar.

—Y no tengo la intención de darle la oportunidad a ninguno. Si dominas su corazón, lo controlas todo. Déjales que se apoderen del tuyo, y estás perdida.

—Creo que me gustaría estar enamorada. —los ojos de Jude se cerraron—. Incluso aunque doliera. Note sentirías corriente si estuvieras enamorada, ¿verdad?

—No, pero, sin duda alguna, te puedes sentir idiota. —masculló Brenna, y Jude esbozó una leve sonrisa mientras caía dormida.

CAPÍTULO 10

Unos diminutos bailarines, calzados con zuecos macizos, bailaban [steptoe](#) enérgicamente en la cabeza de Jude al despertar. Podía contar los compases, cada arrastre, golpe y patada contra las sienes. Era más desconcertante que desagradable y le parpadearon los ojos cuando los abrió con cuidado.

La luz la deslumbró, cerró los ojos y volvió a entornados con cautela.

Había ropa por todas partes. Al principio, pensó que había caído algún tipo de tormenta violenta, una especie de Dorothy sacada del tomado de El Mago de Oz, que había irrumpido y arrojado, su ropa en todas las direcciones por la habitación.

Eso hubiera explicado por qué estaba desnuda en diagonal, medio desnuda y bocabajo en la cama.

Al oír un sonido, como si alguien se sorbiera la nariz debajo de la cama, contuvo la respiración y después cayó en la cuenta. Poniéndose en lo mejor, se imaginó unos roedores; poniéndose en lo peor, estaba segura de que era uno de esos pequeños muñecos diabólicos que cobran vida, llevan cuchillos y les gusta cortar las manos y los pies a la gente, si es lo bastante incauta como para dejar que les cuelguen por la cama durante la noche.

Había tenido pesadillas con esos horribles muñecos desde la infancia y jamás había dejado que le colgara de la cama ninguna parte de su cuerpo. Por si acaso.

Hubiera lo que hubiera debajo de la cama, estaba sola con ello y tenía que defenderse. Afortunadamente dio la casualidad de que había un zapato de salón, azul marino de ante, encima de su almohada. Sin preguntarse por el motivo de todo esto, Jude agarró el zapato como si fuese un arma y recuperó el equilibrio.

Con los dientes apretados, se arrastró más cerca hacia el borde de la cama, se asomó y se preparó para hacer lo que fuese necesario.

Brenna estaba en el suelo, envuelta como una momia en la gruesa bata de Jude, con la cabeza apoyada encima de una pila de jerséis, a modo de almohada, y una botella vacía de vino a sus pies.

Jude miró fijamente, cerró los ojos con fuerza y los abrió otra vez para volver a mirar.

La evidencia estaba allí, meditó. Era irrefutable. Las botellas de vino, las copas, los cuencos vacíos, la ropa desperdigada.

No había sido invadida por roedores ni por muñecos diabólicos. Había sido la anfitriona de una borrachera. Le sobrevino inesperadamente la risa y tuvo que enterrar la cara entre las sábanas revueltas, por miedo a despertar a Brenna y luego tener que explicarle por qué estaba inclinada al borde de la cama y riéndose corno una tonta.

Oh, ¿no se escandalizarían sus amigos, familiares y colegas si pudiesen ver ahora mismo la mañana de resaca?

Agarrándose el estómago que le dolía, se dio la vuelta y miró al techo, feliz. Las fiestas que había preparado en Chicago siempre implicaban cenas o reuniones de amigos, concienzudamente planificadas con la música de fondo, cuidadosamente seleccionada, al igual que el vino.

Y si alguien había bebido más de la cuenta, se trataba el asunto con discreción. La anfitriona nunca se desmayaba en la cama, por supuesto que no, sino que, con elegancia, acompañaba a cada uno de sus invitados a la puerta y luego limpiaba con disciplina el desorden.

Nunca se habían acurrucado para dormir en el suelo de su casa y jamás se había despertado a la mañana siguiente con lo que era, sin lugar a dudas, una resaca.

Le gustaba.

Le gustaba tanto que quería escribirlo de inmediato en su diario. Salió de la cama, con un gesto de dolor, y al sonreír le martilleaba la cabeza. Su primera resaca. ¡Era maravilloso!

Caminó de puntillas, entusiasmada ante la idea de anotado todo en su diario. Después se ducharía y haría café. Prepararía un enorme desayuno para sus invitadas.

Invitadas, se acordó de repente. ¿Dónde demonios estaba Darcy?

Jude se encontró con la respuesta en el momento en que entró en su pequeña oficina. Seguro que el bulto que había debajo de las mantas en la pequeña cama era Darcy, lo que significaba que su diario tendría que esperar.

No importaba, pensó Jude, divertida y encantada de que sus nuevas amigas se hubieran sentido corno en casa, al haberse quedado a pasar la noche. A pesar del dolor de cabeza, le faltó poco para meterse bailando bajo la ducha.

Había sido la mejor noche de su vida. No le importaba lo patético que pudiera sonar, reflexionó, agachando la cabeza bajo el chorro de agua caliente. Había sido maravilloso: la charla y la risa, las tonterías. Estas dos interesantes mujeres habían venido a ella, la habían entretenido, la habían hecho sentir parte de lo que había entre ellas.

Una amistad. Tan sencillo como eso. Y nada de eso lo había sentido en la escuela, ni en el trabajo, ni donde se había criado. Porque tenía que ver con quién era, lo que tenía que decir, cómo se sentía.

Y su armario había tenido que ver con ello, continuó con una risita. No obstante, su ropa era el reflejo de quién era, ¿no? Al menos un reflejo de cómo se veía. ¿Y por qué no debía sentirse halagada de que una mujer guapa corno Darcy Gallagher admirase su ropa?

Todavía sonriendo, salió de la ducha para secarse y tomó un par de aspirinas del botiquín. Se cubrió con la toalla, pensando que podría encontrar algo que ponerse con echar un vistazo por el suelo de su dormitorio. Y, con los rizos de la melena chorreando, salió al pasillo.

Su primer grito podía haber roto un cristal. Desde luego, le irritó la garganta e hizo que su maltrecha cabeza le diera vueltas. El segundo grito que soltó fue más bien como un pequeño ladrido, al aferrarse firmemente a la toalla, y se quedó boquiabierta mirando a Aidan.

—Siento que te haya asustado, cariño, pero he llamado a la puerta delantera y trasera antes de pasar.

—Estaba... estaba en la ducha.

—Ya veo. —y vaya regalo para la vista, decidió, toda rosada y mojada, con el pelo chorreándole en mechones mojados, por encima de los hombros. Su pelo era marrón intenso y brillante en contraste con su piel rosada y blanca.

Tuvo que reprimir toda su hombría para no acercarse y darle un bocado en alguna parte.

—No... no puedes entrar así como así.

—Bueno, la puerta trasera estaba abierta, como suele ser la costumbre aquí —siguió sonriendo, mirándola directamente a los ojos. Aunque era tentador, más que tentador, dejar que su mirada se extraviara—. Y vi el coche de Brenna aparcado en tu calle, así que me imaginé que ella y Darcy todavía estaban aquí. Siguen aquí, ¿verdad?

—Sí, pero...

—Tengo que recoger a Darcy. Hoy tiene el turno del mediodía y tiende a olvidarse de estos asuntos.

—No estamos vestidas.

—Ya he tenido ocasión de comprobarlo por mí mismo, querida, y he intentado no hacerlo notar demasiado. Me gustaría decirte que estás preciosa esta mañana. Fresca como una rosa y... —se acercó un poco más y la olfateó—. Y el doble de perfumada.

—¿Cómo puede una dormir con todo ese jaleo! —Jude se sobresaltó al estallar la voz de Brenna del dormitorio—. Bésala, por todos los santos, Aidan, y deja de halagarle el oído.

—Bueno, estaba en ello.

—¡No! —el grito era tan ridículo que Jude deseó que la enterraran viva. Lo mejor que podía hacer era salir corriendo al dormitorio y coger un jersey. Antes de que hubiera podido abrirse camino entre los montones de pantalones, Aidan estaba tras ella.

—Madre de Dios, ¿qué rituales secretos entre mujeres provocan esto?

—Dios mío, Aidan, ¿me pones un corcho en la cabeza? Se me cae la cabeza de los hombros.

Se agachó al lado de la maraña de pelo rojo.

—Sabes que el vino da dolor de cabeza, moza, si te excedes.

—No había cerveza. —masculló Brenna.

—Entonces, ¿qué podemos hacer para arreglarlo? He traído el brebaje Gallagher.

—¿Sí? —se dio la vuelta, mostrándole su cara pálida y soñolienta, agarrándole la mano—. ¿De verdad? Dios te bendiga, Aidan. Este hombre es un santo, Jude. Un santo, te lo digo. Deberían hacerle un monumento en la plaza de Ardmore.

—Cuando te pongas en pie, arrástrate hasta la cocina. He traído una jarra por si acaso —le dio a Brenna un pequeño beso en: la frente—. Bien, ¿dónde está mi hermana?

—Está en mi oficina, el segundo dormitorio —le contestó Jude, con lo que esperaba que fuese una actitud digna y serena, mientras sujetaba con firmeza la toalla contra el pecho.

—¿Hay muchas cosas rompibles allí?

—¿Cómo dices?

Aidan se enderezó.

—No hagas caso de los gritos y porrazos. Haré todo lo que pueda para que los daños a la propiedad sean mínimos.

—¿Qué quiere decir con eso? —le susurró Jude a Brenna en el instante en que él salió de la habitación, incluso cuando fue corriendo para ponerse los pantalones.

—¡Oh! —bostezó Brenna exageradamente—. Es que Darcy no tiene un despertar alegre.

Al oír el primer grito, Brenna se sujetó la cabeza y protestó.

Horrorizada, Jude se colocó con rapidez el jersey por la cabeza, y corrió hacia el estruendo de golpes y palabrotas.

—Quítame las manos de encima, primate malvado. Te daré una patada en el culo que te vaca mandar de aquí a la luna.

—Es tu trasero el que va a recibir una patada si no sales de la cama y vas a trabajar, nena.

Si le habían asustado las palabrotas y el tono de voz violento en que las pronunciaban, no fue nada en comparación con el impacto visual. Jude entró en el momento en que Aidan, con una expresión adusta y forzada, arrastraba a Darcy, que no llevaba nada más que sujetador y bragas, desde la cama hasta el suelo.

—¡Bruto! Para ahora mismo. —impelida a proteger a su nueva amiga, Jude saltó hacia delante. La orden y el movimiento lograron distraer la atención de Aidan justo lo suficiente como para que Darcy preparara el puño, enseñara los dientes y lanzara un puñetazo directo a su entrepierna.

Jude no estaba segura de que el sonido que emitió Aidan fuera humano. Mientras se debatía entre otra tanda de impacto y una oleada de sumo placer femenino, de la que no se enorgullecía para nada, observó cómo Aidan se doblegaba de dolor y Darcy se abalanzaba sobre él como una loba.

—¡Ay! ¡Dios santo! ¡Maldita sea! —hizo lo que pudo para defenderse a la vez que su hermana le golpeaba, tiraba de él y le mordía tal como él le había enseñado. Todavía

resollando por el primer golpe, al fin logró inmovilizada—. Uno de estos días, Darcy Alice Mary Gallagher, se me va a olvidar que eres mujer y te daré un puñetazo.

—Adelante, bravucón.—sacó la barbilla y resoplando se apartó el pelo de los ojos—. Dame un puñetazo ahora mismo.

—Lo más seguro es que se me rompiera la mano, en esa cara que tienes. Por muy bonita que sea, debajo hay un cráneo tan duro como una piedra.

A continuación se sonreían el uno al otro y Aidan le frotaba la cara con lo que sin duda era tanto una muestra de afecto como de exasperación. Jude seguía mirándolos mientras se incorporaban.

—Vístete, fresca descarada, y ven a trabajar. Darcy se apartó el pelo sin ni siquiera haberse inmutado por el reciente forcejeo y dijo:

—Jude, ¿me puedes dejar tu jersey azul de cachemira?

—Hum, sí claro.

—Oh, eres un encanto. —bailó, dándole un beso alude en la mejilla—. No te preocupes, recogeré lo que pueda antes de irme.

—Oh, bueno, no importa. Prepararé café.

—Estupendo. Aunque preferiría té si tienes.

—¿Café? —inquirió Aidan cuando Darcy salió con paso lento pero decidido por la puerta—. Creo que me debes una taza por lo menos.

—¿Que te debo...?

—Es la segunda vez que me has distraído en plena batalla y que me dan un puñetazo, que hubiese esquivado si no hubiera sido por eso. Oh, y vale, te podrás reprimir la sonrisa, pero veo claramente que tus ojos se están riendo.

—Estoy segura de que te equivocas. —Jude apartó la vista a propósito—. Pero haré el café.

—¿Y qué tal va tu cabeza esta mañana? —le preguntó, siguiéndola por la puerta y las escaleras.

—Está bien.

Él arqueó una ceja.

—¿Ningunos efectos desagradables por darle demasiado a la botella?

—Quizás me duela un poco la cabeza. —se sentía demasiado orgullosa de ello como para avergonzarse—. Me tomé aspirinas.

—Tengo algo para ti mejor que eso. —le acarició con toda tranquilidad la nuca, acertando milagrosamente en el lugar que la hacía querer ronronear, y se dirigió a la encimera cuando entraron en la cocina. El tarro que cogió estaba lleno de una especie de líquido rojo oscuro, con una pinta peligrosa.

—Brebaje Gallagher. Te dejará como nueva.

—Parece horrible.

—En general no está tan malo, aunque algunos dicen que hay que aprender a apreciarlo —cogió un vaso del armario—. Cuando un hombre se dedica a servir bebidas está obligado por honor a tener una cura para la mañana siguiente.

—Sólo me duele la cabeza un poco. —ella escudriñó con recelo el vaso que le servía.

—Entonces bebe sólo un poco y te prepararé el desayuno.

—¿Sí?

—Un poco de esto, un poco de lo otro y una pequeña siesta. —él le ofreció el vaso. Ella estaba un poco pálida y tenía ojeras. Él deseaba abrazada con cariño hasta que volviera a sentirse ella misma—. Te despertarás habiendo olvidado que ayer tuviste una orgía hedonística.

—No fue una orgía. No había hombres.

Inmediatamente, Aidan esbozó una sonrisa resplandeciente.

—La próxima vez invítame. Toma, bebe un poco y empieza con el café, y un poco de té también. Me encargaré del resto.

Le parecía una buena prolongación de la noche anterior que un hombre guapo preparara el desayuno en su cocina. Eso era otra cosa que nunca le había ocurrido antes.

Era increíble cómo la vida podía cambiar tan rápida y drásticamente. Jude bebió el brebaje con cuidado y le pareció más tolerable de lo que esperaba. Acabándolo, puso el agua a hervir.

—Jude, no tienes salchichas. No tienes beicon.

El discreto estupor que percibió en su voz la divertía.

—No, es que en realidad no suelo comer eso.

—¿Que no lo comes? Entonces, ¿cómo preparas el desayuno?

Puesto que ahora el estupor no era tan discreto, no podía resistir coquetear con él. Imagínate, pensó, flirtear antes del desayuno.

—Colocando una rebanada de pan integral en la tostadora y bajando la pequeña palanca.

—¿Sólo una tostada?

—Y la mitad de un pomelo o una taza de zumo de cualquier fruta fresca que tenga a mano. Aunque, de vez en cuando, lo confieso, me vuelvo loca, y me tomo una rosquilla con queso cremoso bajo en calorías.

—¿Yeso es lo que una persona sensata llama desayuno?

—Sí, un desayuno sano.

—Yanquis. —Aidan sacudió la cabeza mientras sacaba los huevos—. ¿Por qué creéis que vais a vivir para siempre y por qué queréis hacerlo, me gustaría saberlo cuando os negáis muchos de los placeres básicos de la vida?

—De algún modo logro pasar un día tras otro sin devorar carne de cerdo grasienta.

—Tienes un poco de mal genio por la mañana, ¿eh? Pues no lo tendrías si tomaras un desayuno como Dios manda. Pero haremos lo que podamos por ti.

Ella se dio la vuelta, preparada para gruñirle, pero con la mano que no sujetaba los huevos él le cogió la nuca y la atrajo hacia sí, mordisqueándole el labio inferior. Antes de que pudiera recuperarse, el pequeño mordisco se convirtió en un beso largo y suave, absorbiéndole los pocos pensamientos que le quedaban en la cabeza.

—¿Es que tienes que hacer eso antes del desayuno? —se quejó Brenna.

—Sí. —la maravillosa mano de Aidan recorrió la columna de Jude, primero hacia abajo y hacia arriba de nuevo—. Y también después, si me salgo con la mía.

—Bastante tenemos con que entres, dando pisotones y despertando al personal. —con cara de pocos amigos, vistiendo la bata con que se había arropado la noche anterior, Brenna se dirigió directamente a la jarra y se sirvió el brebaje Gallagher en un vaso. Bebiéndoselo de un trago, miró a Aidan de cerca—: ¿Entonces, estás preparando el desayuno?

—Estoy a punto. Pareces un poco paliducha esta mañana, Mary Brenna. ¿Quieres un beso también?

Se sorbió la nariz, después le sonrió.

—No me importaría.

La complació, colocando los huevos a un lado y acercándose para levantada del suelo por los codos. Cuando chilló, le plantó un beso sonoro en los labios.

—Toma, y unos coloretes también en tus mejillas.

—Eso es de los dos vasos del ponche de Gallagher. —le dijo, haciéndolo reír.

—Nuestro objetivo es el de complacer. ¿Sigue mi hermana en pie?

—Está en la ducha y todavía te está maldiciendo. Como yo lo haría, si no fueras tan generoso con tus besos.

—Si Dios no hubiese querido que los labios de una mujer fueran besados, no los hubiera puesto tan fáciles de alcanzar. ¿Hay patatas en la alacena, Jude?

—Creo que... sí.

¿Generoso con sus besos? El juego espontáneo y cariñoso la había entretenido, inspirándole ternura, pero ahora le preocupaba lo que significaba exactamente «generoso con sus besos», mientras Aidan pelaba algunas patatas y las echaba a una olla para hervidas. ¿Significaba eso que iba por ahí levantando a las mujeres en sus brazos? Desde luego, tenía encanto para ello.

La habilidad para ello.

El aspecto físico.

¿Qué importaba? No mantenían lo que cualquiera calificaría como una relación. Ella no quería una relación. En realidad, no.

Únicamente quería saber si era una del montón o si, por

una vez, era algo más especial. Sólo por una vez, especial para alguien.

—¿Se te ha ido el santo al cielo? —le preguntó Aidan.

Jude se sobresaltó y se ordenó no sonrojarse.

—No se me ha ido a ningún sitio. —se ocupó del café y procuró no sentirse extraña cuando Brenna hurgaba en los armarios buscando platos y cubertería.

Nunca había tenido gente que se sintiera tan cómoda en su casa. Le sorprendía comprobar que le gustaba. Le hacía sentirse como parte de algo amistoso y sencillo.

No importaba si Brenna era tan eficiente como para intimidar a un robot bien programado. No importaba si Darcy era tan guapa que cualquier otra mujer a su lado pasaría inadvertida.

Ni siquiera importaba si Aidan besaba a cien mujeres antes del desayuno todos los días de la semana.

De algún modo, en pocas semanas, eran sus amigos. Y no parecía que esperasen nada más que lo que ella era.

Era un pequeño pero precioso milagro.

—¿Por qué no huelo a beicon haciéndose? —exigió Darcy al entrar en la cocina sin prisa.

—Jude no tenía. —le contestó Aidan.

Jude sonrió al servir a Darcy el café.

—Compraré. Para la próxima vez.

Aquella sensación le duró todo el día, la calidez y la sosegada alegría de ese sentimiento. En el desayuno hizo planes para ir de compras a Dublín con

Darcy, cenar el domingo en la casa de los O'Toole y programó otra sesión de cuentos con Aidan.

No le dijeron que fuera al pub esa tarde. Se sobreentendía que lo haría. Y eso era mucho mejor. Cuando formabas parte de algo, reflexionó, no necesitabas que te invitaran.

La cocina despedía un olor a patatas fritas y café. El carillón de fuera cantaba con la brisa. Al levantarse para coger más café, vio a Betty corriendo como loca detrás de un conejo trincando por las colinas salpicadas de flores salvajes.

Jude lo grabó todo en su mente, prometiéndose que volvería a recordar el momento cuando se sintiera deprimida o sola.

Después, cuando se quedó sola y se disponía a trabajar, le pareció que la casa aún conservaba toda la calidez y la energía. Así que escribió en el diario:

Es extraño que nunca me hubiese dado cuenta de que esto es lo que tanto deseo. Un hogar. Un lugar donde la gente con la que disfruto y que disfruta conmigo venga cuando le plazca.. Se sienta cómoda y tranquila. Después de todo, quizás no era la soledad lo que yo buscaba cuando tomé un vuelo tan precipitadamente a Irlanda. Era lo que he

tenido en estas últimas horas. Compañía, risas, tonterías y, bueno, romance.

Supongo que no me di cuenta porque nunca me he permitido realmente desearlo. Ahora, aunque no lo haya deseado, aquí está.

Es una especie de magia, ¿verdad? Tanto como las hadas, los hechizos y los caballos alados. Aquí me aceptan, no por lo que hago, de dónde vengo o a qué escuela fui. Me aceptan por cómo soy. Por quién soy, lo que es más importante; por fin me estoy realizando.

Cuando vaya a cenar con los O'Toole no seré tímida ni me sentiré extraña. Me lo pasaré bien. Cuando vaya de compras con Darcy, me propongo comprar algo extravagante e inútil. Porque será divertido.

Y la próxima vez que venga Aidan por mi jardín, puede que le acepte como amante. Porque le deseo. Porque me hace sentir algo que nunca he sentido. Escandalosa y plenamente femenina.

Y porque, maldita sea, será divertido.

Con satisfacción, asintiendo con la cabeza, cambió de documento y se puso cómoda para revisar algo de su trabajo. Recorriendo con la vista la pantalla, escogiendo entre las notas escritas, se metió en la rutina de investigación y análisis. Estaba absorta en el estudio de un cuento de un ogro, que había raptado y reemplazado al bebé de un campesino, cuando sonó el teléfono.

Con la mente dándole vueltas al dilema del campesino, cogió el teléfono.

—¿Sí? Hola.

—Jude, espero que no interrumpa tu trabajo.

Jude parpadeó frente a la pantalla y desvió su atención hacia la voz de su madre.

—No, nada importante. Hola, mamá. ¿Cómo estás?

—Estoy muy bien. —la voz de Linda Murray era culta, suave y algo serena—. Tu padre y yo vamos a aprovechar el fin de semestre. Nos vamos a Nueva York unos días para asistir a una exhibición en el Whitney y ver una obra de teatro.

—Qué bien. —pensar en que sus padres disfrutaban mutuamente de su compañía la hacía sonreír. Una perfecta sintonía de mentes—. Os gustará.

—Mucho. Estás invitada a venir y reunirse con nosotros si te apetece, si te has hartado de la vida en el campo.

Una perfecta sintonía de mentes, reflexionó Jude de nuevo. Nunca había podido encajar muy bien en esa formidable unión.

—Agradezco la invitación, pero estoy bien. De veras, me encanta esto.

—¿De verdad? —su tono de voz denotaba una leve sorpresa—. Siempre te has parecido a tu abuela, que te manda recuerdos, por cierto.

—Dale recuerdos de mi parte también. —¿No te parece la casa demasiado rústica? Jude pensó en su reacción inicial, sin microondas, sin abrelatas eléctrico, y sonrió.

—Tengo todo lo que necesito. Las flores florecen en las ventanas. Y estoy empezando a identificar a algunos pájaros.

—Eso está bien. Sí que parece que estás relajada. Espero que tengas pensado pasar algún tiempo en Dublín ahora que estás ahí. Por lo visto hay galerías maravillosas. Y por supuesto querrás ir al [Trinity College](#).

—De hecho, la semana que viene me voy a Dublín a pasar el día.

—Bien. Bien. Un pequeño respiro en el campo está muy bien, pero no dejes que se te estanque el cerebro.

Jude abrió la boca, la volvió a cerrar y respiró hondo.

—De hecho ahora estoy trabajando en mi artículo. El material aquí es inagotable. Y estoy aprendiendo jardinería.

—¿De verdad? Eso es una afición preciosa. Parece que eres feliz, Jude. Me alegra tanto saberlo. Hace ya tanto tiempo que no habías sido feliz.

Jude cerró los ojos y sintió cómo el creciente resentimiento se desvanecía.

—Sé que habéis estado preocupados por mí y lo siento. Me siento feliz. Supongo que sólo necesitaba irme una temporada.

—Tengo que admitir que tanto tu padre como yo estábamos preocupados. Parecías tan apática e insatisfecha.

—Supongo que sí lo estaba.

—El divorcio fue duro para ti. Lo comprendí, mejor de lo que tú te creías. Fue tan repentino y definitivo, y nos pilló a todos de sorpresa.

—Desde luego a mí me pilló de sorpresa. —soltó Jude secamente—. No debería haber sido así. No, si hubiera prestado atención.

—Quizá no. —dijo Linda, y Jude hizo una mueca al observar que su madre le había dado la razón con tanta facilidad—. Sin embargo, eso no cambia el hecho de que William no era el hombre que pensábamos. Y ése es uno de los motivos por los que te llamo, Jude. Pensé que era mejor que te enteraras por mí, en vez de por las habladorías o alguna carta de un conocido.

—¿Qué es? —sintió que algo le oprimía en el estómago—. ¿Es algo sobre William? ¿Está enfermo?

—No, todo lo contrario. Parece que está prosperando.

Jude se quedó boquiabierto al oír el repentino y manifiesto resentimiento de la voz de su madre.

—Bueno, eso está bien.

—Tienes uña naturaleza más indulgente que yo. —saltó Linda—. Preferiría que contrajera alguna rara enfermedad debilitante o al menos que se quedara calvo, y le diera un

tic facial.

Asombrada tanto por la violencia inusual en la voz de su madre así como por el sentimentalismo, Jude se desternilló.

—¡Eso es terrible! ¡Me encanta! Pero no tenía ni—idea de que sentías eso por él.

—Tu padre y yo hicimos lo que pudimos para mantener la compostura, para facilitarte las cosas. No tuvo que ser muy agradable para ti enfrentarte con vuestros amigos y colegas comunes. Permaneciste digna. Estábamos orgullosos de ti.

Dignidad, meditó Jude. Sí, su dignidad siempre les había enorgullecido. Así que, ¿cómo los iba a decepcionar con un ataque o montando numeritos en público?

—Os lo agradezco.

—Creo que demostraste una gran entereza, la actitud con que mantenías la cabeza alta. Y me cuesta trabajo imaginar lo difícil que te resultaría hacerlo. Supongo que dejar tu puesto de la universidad e irte de esta manera era necesario. Para reponerte.

—Creía que no lo entendías.

—Claro que sí, Jude. Te hizo daño.

Así de sencillo, se dio cuenta Jude y sintió que los ojos le escocían. ¿Por qué no había confiado en su familia para que la apoyara?

—Creía que me culpabais a mí.

—¿Por qué te íbamos a culpar a ti, por Dios? En serio, tu padre llegó a amenazar con que le iba a dar una paliza a William. Es tan raro que esa sangre irlandesa aflore a la superficie, y costó lo suyo volver a calmarle.

Jude intentó imaginar a su respetable padre arremetiéndolo contra el digno de William. Pero no se hacía a la idea.

—No te puedes imaginar lo bien que me siento al oír eso.

—Nunca te dije nada porque parecías tan empeñada en llevarlo todo de forma tan civilizada. Y espero que esto no te disguste, pero no quiero que te enteres por otra fuente.

A Jude se le volvió a encoger el estómago.

—¿Qué es?

—William y su nueva, esposa también se van a aprovechar del fin de semestre. Se van a las Antillas durante un par de semanas. No podía haber sido otro sitio. William va contando tan feliz, a cualquiera que esté dispuesto a escucharle, que quieren pasar unas vacaciones exóticas antes de que se acomoden. Jude, esperan un bebé para octubre.

El alma se le cayó al suelo.

—No me digas.

—Está haciendo el ridículo con este asunto. Hasta tiene una copia de la ecografía y la va enseñando por ahí, como si fuera el álbum familiar. Le compró a su esposa un llamativo anillo de esmeraldas para celebrado. Está

comportándose como si fuera la primera mujer que va a dar a luz.

—Estoy segura de que realmente es muy feliz.

—Me alegra que te lo puedas tomar tan bien. Por mi parte, estoy furiosa. Tenemos a varios amigos en común, y esto, bueno, para su regocijo, resulta muy incómodo en las reuniones sociales. Uno pensaría que debería mostrar más tacto.

Linda hizo una pausa, obviamente para no perder los estribos. Cuando volvió a hablar, lo hizo con suavidad.

—No merecía ni un momento de tu tiempo, Jude. Siento no haberme dado cuenta de ello antes de que te casaras con él.

—Yo también. —murmuró Jude—. Por favor, no te preocupes por eso, mamá. Ya es historia. Lo único que siento es que resulte tan embarazoso para ti.

—Oh, me las puedo arreglar. Como te dije, no quería que te enteraras por otra persona. Ahora veo que no era necesario que me preocupara por que te disgustaras o te sintieras dolida. Sinceramente, no estaba segura de que te hubieras recuperado por completo. Me tranquiliza que seas tan sensata. Como siempre.

—Sí, la sensata de Jude. —dijo, incluso al sentir algo caliente en la garganta—. Claro que sí. De hecho, asegúrate de darle recuerdos míos la próxima vez que lo veas.

—Lo haré. Me alegra mucho que estés bien, Jude. Tu padre o yo nos pondremos en contacto contigo cuando regresemos de Nueva York.

—Bien. Que os lo paséis muy bien. Dale recuerdos a papá de mi parte.

—Lo haré.

Cuando colgó el teléfono, Jude se sintió paralizada. Helada. Sentía escalofríos en la piel, la sangre se le heló. Toda la calidez y el placer, el sencillo deleite que había sentido desde por la mañana, se enfrió convirtiéndose en lo que suponía que era la desesperación.

William volando a alguna isla encantadora en las Antillas con su nueva y linda esposa. Zambulléndose en la cristalina agua azul, paseando por la arena blanca como el azúcar bajo una luna llena, cogidos de la mano, mirándose con ensoñación.

William, atolondrado por la perspectiva de la paternidad, alardeando de su bonita mujer embarazada, enfrascado con Allyson en libros sobre bebés, compilando listas de nombres. Mimando a la futura madre con anillos de esmeraldas, flores y zumo de naranja recién exprimido, y *croissants* en la cama las mañanas de los domingos perezosos.

Lo podía visualizar con toda claridad, su imaginación desbordante era su cruz. El siempre retraído William, acariciando mimosamente a—la preciosa Madona, mientras holgazaneaban en la playa. El siempre reservado William, contándole a un perfecto desconocido el próximo

acontecimiento feliz.

El notoriamente moderado William, soltando la pasta para un anillo de esmeraldas. Uno llamativo.

El cabrón.

Partió por la mitad el lápiz que sujetaba y arrojó los dos trozos contra la pared. No fue hasta que saltó de la silla, cayéndose al suelo con un estruendo resonante, cuando advirtió que lo que sentía no era desesperación. Era furia. Una furia abrasadora y candente.

Trató de recobrar el aliento, tenía los puños apretados. No había nada para aporrear, nada para golpear hasta la saciedad. La cólera que sentía era tan negra, tan violenta, que miró a su alrededor con los ojos desorbitados, en busca de algo para descargarla antes de que le reventara el

pecho.

Tenía que salir, moverse, respirar, antes de que la fuerza de la ira se transformara en un grito que hiciera añicos todas las ventanas de la casa. A ciegas, se dio la vuelta con celeridad hacia la puerta, bajó las escaleras y salió de la casa.

Corrió por las colinas hasta quedarse sin aliento, hasta que los costados le dolieron y las piernas le temblaron. Una fina lluvia empezó a caer a través de la luz del sol, esparciendo gotas en el aire y rocío en la hierba. El viento soplaba con fuerza y sonaba como una mujer sollozando. A través de él, como un susurro, se oía la música de las gaitas.

Encontrándose en el camino hacia Ardmore, Jude siguió caminando.

CAPÍTULO 11

Las tardes lluviosas, a la gente le gustaba ir al pub, acurrucarse en sus sillas, fantasear y charlar. El joven Connor Demsey tocaba canciones nostálgicas en la concertina, a la vez que su padre bebía su cerveza Smithwick, y hablaba del estado del mundo con su buen amigo Jack Brennan.

Ya que Jack se estaba reponiendo de su mal de amores, ahora al menos prestaba la, misma atención a la conversación que a su cerveza.

No obstante, Aidan le vigilaba desde detrás de la barra. Jack y Connor Demsey padre a menudo no coincidían sobre el estado del mundo, y de vez en, cuando sentían la necesidad de utilizar sus puños para hacer que las cosas volvieran a su cauce.

Aidan entendía esta necesidad bastante bien, pero no estaba dispuesto a que el encarnizado debate estallara en su local.

De vez en cuando miraba cómo iba— el partido de fútbol en el televisor del bar. El equipo de Clare les sacaba ventaja al de Mayo, y les vitoreó mentalmente; mientras hacía una pequeña apuesta sobre el resultado.

Preveía que iba a ser una noche tranquila y se preguntaba si podría contar con Brenna para que le sustituyera. Tenía ganas de ver si alude le apetecería comer otra vez con él. Esta vez en un restaurante, con flores y velas en la mesa y un buen vino de color amarillento, en unas bonitas copas.

Sería el tipo de cosas a las que estaba acostumbrada, más que a los huevos revueltos con patatas fritas, que le había ofrecido en su propia cocina.

Podría ser tímida y dulce, pero era una mujer sofisticada. Criada en la ciudad y de clase alta. Los hombres a los que estaba acostumbrada la llevarían al teatro y a restaurantes elegantes. Vestirían corbatas y trajes entallados, y hablarían de literatura y cine en tono serio.

Bueno, no es que él fuese precisamente un ignorante, ¿verdad? Leía libros y disfrutaba de las películas. Había viajado más que la mayoría de la gente. Y había visto arte y arquitectura monumental de primera mano. Podría defenderse contra cualquier dandi de Chicago.

Cuando se vio frunciendo el ceño, sacudió la cabeza. ¿Qué estaba haciendo, por Dios, compitiendo con algún hombre imaginario? Resultaba patético ver que al parecer no podía mantener tres pensamientos en su cabeza, al menos que uno de ellos se centrara en Jude Murray.

Lo más probable es que se trate de frustración sexual, concluyó. No había deslizado sus manos por el cuerpo de una mujer desde hacía ya bastante tiempo. Cada vez que se lo imaginaba, era el cuerpo de Jude bajo sus manos. Y gracias a esa mañana, ahora tenía una idea bastante clara de lo que ese cuerpo podía ofrecerle.

Toda esa suave piel blanca que tendía a mostrar un rubor rosáceo con tanta facilidad. Piernas largas y esbeltas y un diminuto lunar sexy justo en la elevación de su pecho

izquierdo. Tenía unos hombros tan bonitos, hombros que parecían pedir a gritos la caricia de los labios de un hombre.

La forma en que le rehuía y después se derretía cuando la tocaba. ¿Era de extrañar que estuviera obsesionado con ella? Un hombre tendría que llevar una década muerto para no inmutarse.

Una parte de él, de la que no se enorgullecía en particular, deseaba seducirla hasta la cama y quitarse la obsesión. Liberación y alivio y un placer para ambos. Otra parte de él admitía, sólo con un poco de inquietud, que estaba tan fascinado por su mente y su manera de ser como por el envoltorio.

Callada y tímida, organizada y cortés. Hacía que un hombre quisiera despojar el brillo de su compostura hasta encontrarse con todo lo que ocultaba debajo.

La puerta se abrió. Aidan miró con indiferencia; luego volvió a dirigir la mirada hacia la puerta, abriendo los ojos con una expresión parecida al asombro.

Jude entró. Más bien entró con aire indignado. Estaba empapada hasta los huesos, el pelo revuelto y chorreando por los hombros. Sus ojos eran oscuros y aunque, se dijo, era un truco de la luz, parecían peligrosos. Hubiera jurado que emitían chispas al acercarse a la barra, dando grandes zancadas.

—Quisiera un trago.

—Estás empapada.

—Está lloviendo y he caminado bajo la lluvia. —había un trasfondo de ira en su voz. Se apartó el pelo mojado y pesado. Había perdido la cinta el pelo en algún momento durante la carrera—. Ese suele ser el resultado. ¿Me puedes dar un trago o qué?

—Claro. Tengo el vino que te gusta. ¿Por qué no te lo tomas allí al lado de la chimenea y entras en calor un poco? Yo te traeré una toalla para el pelo.

—No quiero chimenea. No quiero una toalla. Quiero whisky. —lo soltó en un tono desafiante y aporreó la barra con el puño—. Aquí.

Sus ojos aún le hacían pensar que eran los de una diosa del mar, sin embargo ahora mostraban deseo de venganza;

—Como quieras. —dijo Aidan, asintiendo despacio con la cabeza.

Sacó un vaso corto y le sirvió dos dedos de Jameson's. Jude lo agarró y se lo tomó como agua.. Se le cortó la respiración por el fuego repentino que sintió justo en el centro del pecho. Se le saltaron las lágrimas, pero sus ojos seguían candentes.

Actuando con sabiduría, Aidan, prudentemente, mantuvo una expresión de indiferencia.

—Puedes subir a mi habitación si quieres coger una

camisa seca.

—Estoy bien —sentía la garganta como si se la hubieran raspado con agujas calientes, pero ahora un agradable calorcito le hervía en la tripa. Volvió a colocar el vaso en la barra y asintió con la cabeza—. Otra.

La experiencia le hacía a Aidan apoyarse con naturalidad en la barra. Con algunos podías vaciar la botella y no se emborrachaban. Con otros, les empujabas hacia la puerta antes de que hincaran el codo demasiado. Y había algunos que más que un vaso de whisky, necesitaban desahogar sus problemas.

Reconoció la situación de la que se trataba. Si a eso le añadías que una copa y media de vino la ponían a tono, dos tragos de whisky la anestesiarían.

—¿Por qué no me dices lo que te pasa, cariño?

—Yo note he dicho que me pase algo. Te he dicho que quiero otro vaso de whisky.

—Bueno, aquí no lo tendrás. Pero te haré un té y te llevaré al lado de la chimenea.

—Vale. Olvídate del whisky. —Jude inspiró y luego echó el aire, encogiendo los hombros.

—Buena chica. —Aidan le dio una palmadita en el puño apretado que seguía encima de la barra—. Bien, ahora siéntate y te traeré el té. Después me puedes decir lo que te pasa.

—No necesito sentarme. —se apartó el pelo mojado del rostro y se inclinó, apoyándose como él—. Acércate. —le ordenó. Cuando él la complació y sus caras sólo estaban a unos centímetros, le agarró la camisa. Habló con claridad, precisión, pero aún tuvo el tino de mantener la voz baja—. ¿Todavía quieres hacerme el amor?

—¿Perdón?

—Ya me has oído. —le regocijaba tener que repetirlo—. ¿Quieres hacer el amor o qué?

Incluso con los nervios de punta, Aidan se excitó. Ajeno a su voluntad, no podía controlar ninguna de las dos reacciones.

—¿Ahora mismo?

—¿Y qué problema hay con el ahora? —preguntó en tono exigente—. ¿Es que todo tiene que estar planeado, diseñado y atado con un maldito lazo?

En esta ocasión se le olvidó mantener el tono de voz bajo, algunas cabezas giraron y algunas cejas se arquearon. Aidan posó su mano sobre la de ella, que aún le agarraba la camisa. Y le dio una suave palmadita.

—Jude, ¿por qué no vienes a la trastienda?

—¿A la qué?..

—Ven, aquí detrás. —le volvió a dar otra palmadita y le soltó los dedos de la mano uno a uno. Con un gesto, señaló una puerta al final de la barra—. Shawn, ¿podrías salir y ocuparte de la barra? —levantó la tabla del extremo de ésta para que Jude pudiera pasar, empujándola a

continuación.

La trastienda era una pequeña habitación sin ventanas, amueblada con dos sillas de mimbre que habían sido de su abuela y una mesa que su padre había hecho y que cojeaba lo suficiente como para que resultara entrañable. Había una vieja lámpara con pantalla que Aidan encendió y una licorera de whisky que ignoró.

La trastienda era un lugar diseñado para las conversaciones y los negocios privados. No se le ocurría nada más privado que tratar con la mujer con la que había estado fantaseando, preguntándole si quería hacerle el amor.

—¿Por qué no...? —siéntate, era lo que intentaba decir, pero su boca estaba demasiado ocupada siendo devorada por la de ella. Le tenía arrinconado contra la puerta, sus manos agarrándole el pelo y sus labios pegados ardiente y ávidamente contra los de él.

Él logró emitir un gemido ahogado y se perdió en el placer de ser atacado por una mujer mojada y perseverante. Ella se estrechaba contra él. Dios santo, se apretujaba contra él y su cuerpo era como un horno. Se preguntaba cómo su ropa no se le evaporaba.

El corazón de ella latía a toda velocidad, o quizá era el de él. Sentía las pulsaciones frenéticas y nerviosas latir y palpar entre ellos. Olía a lluvia y a whisky y la deseaba con un fervor enfermizo. El ardor le recorría el cuerpo, le arañaba, le daba vueltas en su cabeza, le quemaba la garganta.

Vagamente, oyó la voz de su hermano, una risa que le contestaba, la melodía apenas perceptible que tocaba un chico. Y recordó, vagamente, dónde estaban. Quiénes eran.

—Jude, espera. —la sangre le bullía en la cabeza al intentar tranquilizarla—. Éste no es el lugar apropiado.

—¿Por qué? —ella estaba desesperada. Necesitaba algo. Le necesitaba a él. Cualquier cosa—. Tú me deseas. Yo te deseo.

Lo bastante, pensó Aidan, como para imaginarse fácilmente cambiando de posición y montándola donde se encontraban, como un semental cubriendo a una yegua dispuesta. Con fuego en la sangre y sin sentimientos.

—Para ya. Vamos a recobrar el aliento —pasó una mano por el pelo de Jude, con el pulso inestable—. Dime lo que te pasa.

—No me pasa nada. —se le quebró la voz y fue evidente que estaba mintiendo—. ¿Por qué me tiene que pasar algo? Sólo hazme el amor. —sus manos le temblaban mientras se afanaba con los botones de su camisa—. Simplemente tócame.

Ahora Aidan sí cambió de posición, la sujetó contra la puerta y le cogió el rostro con firmeza entre sus manos para alzado. Fuese lo que fuese lo que su cuerpo le decía, su corazón y su cabeza le daban órdenes diferentes. Era un hombre que prefería seguir el dictado de su corazón.

—Puedo acariciarte, pero nunca te alcanzaré si no me

dices lo que te preocupa.

—No me preocupa nada. —dijo entre dientes.

Después se le saltaron las lágrimas.

—Oh, venga, ya está, cariño —resultaba menos preocupante consolar a una mujer que oponer resistencia. Con suavidad, la abrazó y la sostuvo contra su pecho, acunándola—. ¿Quién te ha hecho daño, [ghra](#)?

—No es nada. Es una tontería. Lo siento. —Claro que es algo y no es ninguna tontería.

Dime lo que te ha entristecido, [mavourneen](#).

Se le entrecortó la respiración y, desconsolada, apretó el rostro contra su hombro. Era sólido como una roca, tan reconfortante como una almohada.

—Mi marido y su mujer se van a las Antillas y van a tener un bebé.

—¿Qué? —soltó la palabra como una bala al apartada con un sobresalto—. ¿Tienes marido?

—Tenía. —se sorbió los mocos y deseó que su cabeza siguiera reposando en su hombro—. No quiso quedarse conmigo.

Aidan respiró hondo dos veces, aunque su cabeza aún le daba vueltas como si se hubiera tragado una botella de Jameson's o le hubieran atizado con una.

—¿Estabas casada?

—Técnicamente. —hizo un ademán con la mano—. ¿Tienes un pañuelo?

Estupefacto, Aidan metió la mano en el bolsillo y se lo entregó.

—Creo que lo mejor será comenzar por el principio, pero te traeré ropa seca y té caliente antes de que cojas frío.

—No, estoy bien. Debería...

—Calla. Iremos arriba.

—Estoy hecha una pena. —se sonó la nariz con fuerza—. No quiero que me vea la gente.

—Ahí fuera no hay nadie que no haya derramado unas cuantas lágrimas y algunas aquí mismo, en este pub. Saldremos, atravesaremos la cocina y subiremos.

Antes de que pudiera decir nada, él le cogió el brazo y tiró de ella, dirigiéndose hacia la puerta. Después, incluso cuando la primera oleada de vergüenza la golpeó, la hizo entrar en la cocina donde Darcy, sorprendida, la miró.

—Pero, Jude, ¿qué diablos te pasa?—empezó a decir, cerrando la boca al hacerle Aidan un gesto rápido con la cabeza. Aidan la llevó por las estrechas escaleras.

Abrió una puerta situada al principio de la escalera y entró en su pequeño salón abarrotado.

—El dormitorio está por allí. Coge lo que mejor te venga y yo prepararé el té.

Empezó a darle las gracias, a pedirle disculpas, pero él ya estaba atravesando un umbral con el techo bajo. Había la

suficiente tensión en los andares de Aidan como para hacer que el ánimo de Jude decayera aún más.

Jude pasó al dormitorio. A diferencia del salón, estaba tan pulcro como el jaspe y con escasos muebles. Ojalá tuviera el tiempo y el derecho para fisgonear un poco. Sin embargo, se dirigió al instante hacia el armario pequeño, sólo permitiéndose algo de tiempo para examinar la cama individual, con la manta de color azul marino, la cómoda alta que parecía antigua y con las bisagras desgastadas, la alfombra desvaída y el suelo de madera vetusta.

Encontró una camisa tan gris como su estado de ánimo. Mientras se cambiaba, escudriñó las paredes. Ahí había dejado entrever su lado romántico, pensó. Pósteres y litografías de lugares lejanos.

Escenas de las calles de París, Londres, Nueva York y Florencia, tormentosas marinas y exuberantes islas. Imponentes montañas, silenciosos valles, misteriosos desiertos. Y por supuesto los dramáticos acantilados y las suaves colinas de su propio país. Estaban clavados unos juntos a otros con chinchetas, como un fabuloso y excéntrico papel pintado.

¿A cuántos de esos sitios había ido?, se preguntó. ¿Había ido a todos los lugares o aún le quedaban algunos por visitar?

Jude soltó un enorme suspiro, no importándole que el sonido estuviera lleno de autocompasión, y volvió al salón, llevando su jersey mojado en la mano.

Él caminaba de un lado para otro y se detuvo cuando entró. Había menguado con su camisa, parecía pequeña y triste, y que no iba a estar muy preparada para enfrentarse a las emociones que revoloteaban en su interior. Así que él no dijo nada, todavía no, sólo cogió su jersey y se lo llevó al cuarto de baño para colgado en la barra de la ducha y dejado escurrir.

—Siéntate, Jude.

—Tienes todo el derecho a estar enfadado conmigo, tal y como he venido, como me he comportado. No sé cómo empezar a...

—Ojalá te callaras un momento. —Aidan le habló con brusquedad, diciéndose a sí mismo que no era de piedra, al hacer ella un gesto de dolor. Luego se fue sin decir palabra a la cocina para encargar del té.

Había estado casada, era lo único en que podía pensar. Eso era un importante detalle que había omitido mencionar.

Él se había creído que ella tenía poca experiencia con los hombres y aquí estaba, casada y divorciada y todavía sufriendo por el cabrón.

Sufriendo por un elegante hombre de Chicago que no había sido lo bastante honesto como para cumplir con sus votos, mientras Aidan Gallagher había estado suspirando por ella todo el tiempo.

Si eso no era suficiente como para darte una patada en el culo, ¿qué lo era?

Sirvió el té fuerte y negro—y añadió una gota de whisky al suyo.

Ella permanecía de pie cuando volvió, retorciéndose los dedos de las manos. Tenía el pelo—húmedo, rizado, enmarañado y los ojos llorosos.

—Bajaré y pediré disculpas a tus clientes.

—¿Para qué?

—Por haber montado el numerito.

Dejó las tazas y frunció el ceño para examinarla, con perplejidad e irritación.

—¿Ya mí qué me importa eso? Si no hay un numerito en Gallagher's una vez a la semana, nos extraña. ¿Por qué no te sientas, maldita sea, y dejás de mirarme como si fuera a pegarte con la correa? —Aidan se sentó una vez que ella tomó asiento. Jude cogió su té, bebió, se quemó la lengua y volvió a dejar la taza precipitadamente—. ¿Por qué no me habías dicho que habías estado casada?

—No se me ocurrió.

—¿Que no se te ocurrió? —espetó, soltando la taza bruscamente con gran estrépito—. ¿Tan poco significaba para ti?

—Significaba mucho para mí. —respondió con una discreta dignidad, entornando los ojos—. Significaba mucho menos para el hombre con quien me casé. He intentado aprender a vivir con eso.

Al no decir nada Aidan, ella volvió a coger la taza de té para tener sus manos ocupadas.

—Nos conocíamos de hace varios años. Él es profesor en la universidad donde yo daba clases. A primera vista, teníamos muchas cosas en común. A mis padres les gustaba mucho. Me pidió que me casara con él. Yo acepté.

—¿Estabas enamorada de él?

—Creía que sí, que viene a ser lo mismo.

No, reflexionó Aidan, no venía a ser lo mismo en absoluto. No obstante, lo dejó pasar.

—¿Y qué pasó?

—Nosotros, aunque debería decir él, lo planificamos todo. A William le gusta planificar todo con detenimiento, teniendo en cuenta los detalles y los posibles problemas y sus soluciones. Compramos una casa, ya que es más idóneo para recibir a los invitados, y aspiraba a ascender en su departamento. Celebramos una boda muy discreta, exclusiva y digna con todas las personas adecuadas. Es decir, restauradores, floristas, fotógrafos, invitados. —Jude respiró hondo y, como ya tenía la lengua escaldada, volvió a darle un sorbo al té—. Siete meses más tarde, se dirigió a mí y me dijo que no estaba satisfecho. Ésa es la palabra que empleó. «Jude, no estoy satisfecho con nuestro matrimonio.» Creo que le dije: «Oh, lo siento».

Ella cerró los ojos, dejó que la humillación reposara junto al whisky en su estómago.

—Me irrita saber que mi primera reacción fue

disculparme. Lo aceptó de modo cortés, como si lo esperara. No. —se corrigió, volviendo a mirar a Aidan—. Porque lo esperaba.

Ahora Aidan sentía el dolor de ella, como olas que vibraban en el aire.

—Eso te debería demostrar que te disculpas demasiado.

—Quizás. De todos modos, me explicó que como me respetaba y quería ser totalmente sincero, pensaba que debería decirme que se había enamorado de otra.

Alguien más joven, pensó ahora Jude. Más guapa y más animada.

—No quería meterla en un lío sórdido y adúltero, así que me pidió que presentara una demanda de divorcio de inmediato. Venderíamos la casa, dividiríamos todo por la mitad. Puesto que era el instigador, estaría dispuesto a que yo eligiera primero en el caso de que tuviera preferencia por alguna posesión material en particular.

Aidan seguía manteniendo la mirada fija en su rostro. Había vuelto a recobrar la compostura, los ojos serenos, las manos quietas. A su parecer, demasiada compostura. Decidió que la prefería cuando era apasionada y auténtica.

—¿Y qué hiciste al respecto?

—Nada. No hice nada. Consiguí el divorcio, se casó y todos seguimos con nuestras vidas.

—Te hizo daño.

—Es lo que William llamaría un desafortunado pero necesario efecto colateral de la situación.

—Entonces William es un tonto del culo.

Ella esbozó una breve sonrisa.

—Quizás. Sin embargo, lo que hizo tiene más sentido que luchar por un matrimonio que no te hace feliz.

—¿Eras infeliz en tu matrimonio?

—No, pero supongo que tampoco era feliz. —ahora la cabeza le dolía y estaba cansada. Deseaba hacerse un ovillo y dormir—. No creo que sea propensa a las grandes emociones.

Él también estaba exhausto. Ésta era la misma mujer que se había arrojado con lujuria a sus brazos y a continuación había llorado amargamente en ellos hacía un momento.

—No. Vamos, que eres una persona totalmente serena, ¿a que sí, Jude Frances?

—Sí. —susurró—. La sensata de Jude.

—Entonces, siendo así, ¿qué fue lo que hoy te hizo estallar?

—Es una tontería.

—¿Por qué iba a ser una tontería si significaba algo para ti?

—Porque no debería haber sido así. No debería haber significado nada. —volvió a alzar la cabeza con brusquedad y el brillo que apareció en su mirada no le

desagradó en absoluto—. Estamos divorciados, ¿no? Llevamos divorciados dos años. ¿Por qué me debería importar que se vaya a las Antillas?

—Bueno, ¿y por qué te importa?

—¡Porque yo quería ir allí! —explotó—. Yo quería ir a un sitio exótico y maravilloso, al extranjero, para nuestra luna de miel. Cogí folletos. París, Florencia, las islas de Bimini. Todo tipo de sitios. Podíamos haber ido a cualquiera de esos lugares y yo hubiera estado encantada. Sin embargo, lo único de lo que hablaba era... era... —se retorció las manos al fallarle momentáneamente las palabras— de las dificultades del idioma, las diferencias culturales, los distintos gémenes, ¡por Dios santo! —de nuevo, toda furiosa, saltó de la silla—. Así que nos fuimos a Washington y pasamos horas, días, siglos, visitando el [Smithsoniano](#) y asistiendo a conferencias.

Antes Aidan se había sentido bastante sorprendido, pero esto fue ya el remate.

—¿Que fuisteis a “conferencias” en vuestra luna de miel?

—Vinculación cultural. —espetó—. Así es como lo llamaba. —alzó las manos y comenzó a dar zancadas por la habitación—. La mayoría de las parejas tienen expectativas demasiado altas para su luna de miel, según William.

—¿Y por qué no iban a tenerlas? —murmuró Aidan.

—¡Eso digo yo! —se dio media vuelta de inmediato, roja de ira y con razón—. ¿Acaso es mejor que las mentes se encuentren en terreno común? ¿Es mejor ir a un entorno reconocible? Al infierno con eso. Deberíamos haber estado haciendo el amor como locos en alguna playa caliente.

En parte, Aidan se sentía encantado de que eso no hubiera sucedido.

—A mí me suena eso a que ya es historia pasada, cariño.

—Ésa no es la cuestión. —quería arrancarse el pelo, casi lo hizo. Ahora la naturaleza irlandesa de Jude había aflorado, le salía por los poros a borbotones, le hervía de una forma que hubiera enorgullecido a su abuela—. La cuestión es que me dejó, y su abandono me destrozó. Quizá no mi corazón, aunque sí mi orgullo y mi ego, ¿y acaso importa? Todo forma parte de mí.

—No importa en absoluto. —dijo Aidan en voz baja—. Tienes razón. En absoluto.

El hecho de que él le diera la razón, sin dudarle ni un segundo, sólo sirvió para avivar su genio.

—Y ahora el cabrón se va a donde yo quería ir y van a tener un bebé y él está emocionado. Cuando yo le hablaba de tener niños, sacaba el tema de nuestra carrera y estilo de vida, la población, los gastos del colegio, ¡Dios santo! Y hasta hizo un gráfico.

—¿Un qué?

—Un gráfico. Un maldito gráfico por ordenador, proyectando nuestras finanzas y salud, nuestra trayectoria profesional y gestión de tiempo en los próximos cinco a

siete años. Después de eso, me dijo, si alcanzábamos nuestros objetivos, podríamos planteamos, sólo planteamos, concebir un hijo único. Pero en los próximos años, él tenía que concentrarse en su carrera, sus progresos planificados y su estúpida cartera de acciones. —ahora la ira se había personalizado, arañando su pecho con ferocidad—. Él decidió cuándo y si íbamos a tener un hijo. Él decidió que en caso de que se produjera tal eventualidad, sólo tendríamos uno. Y si hubiera podido, hubiera decidido el sexo del bebé previsto. Yo quería una familia y él me daba gráficos circulares.

La respiración se le entrecortó y los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas. No obstante, cuando Aidan se levantó para acercarse a ella, Jude agitó la cabeza frenéticamente.

—Creía que no quería viajes al extranjero ni bebés. Pensé que, bueno, era de ideas fijas, y es tan práctico, moderado y ambicioso. Pero no era eso. No era eso para nada. No quería ir a las Antillas conmigo. No quería crear una familia conmigo. ¿Qué pasa conmigo?

—No te pasa nada. Nada en absoluto.

—Claro que sí. —sacó el pañuelo de Aidan mientras su voz subía, bajaba y temblaba—. Si no me pasara nada, nunca le hubiera dejado salirse con la suya. Soy sosa. Le aburría casi desde el momento en que nos casamos. La gente se aburre conmigo. Mis alumnos, mis compañeros de trabajo. Mis propios padres se aburren conmigo.

—Vaya tontería que estás diciendo. —ahora, él se acercó, cogiéndole los brazos para zarandearla un poco—. Tú no eres nada aburrida.

—Es que todavía no me conoces lo suficiente. Soy aburrida, por supuesto —se sorbió los mocos y asintió con la cabeza para enfatizar—. Nunca hago nada emocionante, nunca digo nada genial. Todo sobre mí es bastante mediocre. Hasta me aburro a mí misma.

—¿Quién te ha metido esas ideas en la cabeza? —la hubiera zarandeado otra vez, pero le daba mucha lástima—. ¿Nunca se te ha ocurrido que este William con sus malditos gráficos y cosas culturales, o lo que se llame, era el aburrido? ¿Que si tus alumnos no se entusiasman era porque la enseñanza no era lo tuyo?

Ella se encogió de hombros.

—Yo soy el denominador común.

—Jude Frances, ¿quién es la que ha venido sola para vivir en un lugar en el que nunca ha estado, con gente que nunca ha conocido y trabajar en algo que nunca ha hecho?

—Eso es diferente.

—¿Por qué?

—Porque es que estoy huyendo. Sentía impaciencia y compasión por ella.

—Aburrida no serás, pero testaruda sí. Le podrías dar lecciones a una mula. ¿Qué hay de malo en pirarse cuando donde estabas no te convenía? ¿Acaso no implica que te piras *hacia* otra cosa? ¿Hacia algo que sí te conviene?

—No lo sé. —contestó Jude, demasiado cansada y

dolorida para analizarlo.

—Yo también me he pirado. De aquí para allá. Al final aterricé donde tenía que estar. —se inclinó para besada en la frente—. Y tú también lo harás. —la apartó y con su pulgar le limpió una lágrima de la mejilla—. Ahora siéntate aquí, mientras yo soluciono algunas cosas en el pub. Luego te acompañaré a casa.

—No, está bien. Puedo irme yo sola.

—No vas a caminar bajo la lluvia en la oscuridad y toda triste. Siéntate y bébete el té. No tardaré.

La dejó sola antes de que pudiera decir nada y se quedó en las escaleras unos instantes para poner su mente en orden.

Intentaba no enfadarse con ella por no haberle contado lo de su matrimonio. Era un hombre que se tomaba tales compromisos muy en serio por sus creencias y su propia sensibilidad. El matrimonio no era una cosa de la que entrabas y salías como te placía, sino algo que te ataba.

Su matrimonio se había desmoronado, aunque no por su culpa. Sin embargo, se lo debería haber dicho. Era una cuestión de principios.

Y tendría que pasado por alto, se advirtió Aidan. También tendría que andar con cuidado con las zonas sensibles de ella, que las circunstancias le habían friccionado hasta dejar en carne viva. No quería ser el responsable de pinchada donde ya le dolía.

Dios mío, pensó, frotándose la nuca y dirigiéndose al pub. La chica daba mucho trabajo.

—¿Qué le pasa alude? —le preguntó Darcy en el momento en que entró en la cocina.

—Está bien. Ha recibido unas noticias de casa que la han disgustado. Eso es todo. —cogió el teléfono colgado en la pared para llamar a Brenna.

—Oh, no será su abuela. —Darcy dejó el pedido que acababa de coger y su mirada reflejaba preocupación.

—No, nada de eso. Voy a llamar a Brenna a ver si me puede sustituir un par de horas. Quiero llevar a Jude a casa en el coche.

—Bueno, si no puede, Shawn y yo nos podemos arreglar.

Aidan se detuvo con el teléfono en la mano y sonrió.

—Eres un cielo cuando quieres, Darcy.

Me cae bien y creo que necesita un poco de diversión en su vida. Parece ser que hasta ahora le ha faltado. Y que el marido la dejara por otra mujer antes de que se marchitara el ramo nupcial...

—Espera... un momento. ¿Tú sabías que había estado casada?

—Claro. —contestó Darcy, alzando la ceja, y levantó la bandeja con esfuerzo y se la llevó con paso lento pero firme—. No es un secreto.

—No es un secreto. —refunfuñó, ya continuación, apretando los dientes, marcó el número de Brenna—. Lo más seguro es que lo sabía todo el pueblo menos yo.

CAPÍTULO 12

Cuando Aidan regresó y ambos bajaron al coche, a Jude ya le había dado tiempo a tranquilizarse y analizar la situación.

La vergüenza ni siquiera le servía para empezar a tapar lo ocurrido. Había irrumpido en él pub, después había agredido sexualmente a un hombre en su local. Quizás con el tiempo, en veinte o treinta años calculó, encontraría ese recuerdo en particular fascinante y hasta divertido. Pero por ahora era sólo humillante.

Y luego lo empeoró todo, montando en cólera, llorando, gimoteando y maldiciendo. En general, no se le ocurría qué más podría haber hecho para que el escándalo fuese aún mayor, a no ser que se hubiera desnudado y hubiera bailado una jiga en su bar.

Su madre le había felicitado por mantener la dignidad bajo una terrible presión. «Bueno, mamá», pensó, «no mires ahora».

Y después de todo eso, Aidan la llevaba a su casa porque era de noche y llovía, y porque era amable.

Suponía que estaba deseando deshacerse de ella.

Al subir por el camino a casa, dando botes el coche, intentó una docena de formas para mitigar la vergüenza, y todas sonaban forzadas y tontas. Aun así, tenía que decir algo. Sería cobarde y grosero no hacerlo.

Por lo tanto, respiró hondo y a continuación soltó de un tirón:

—¿La ves?

—¿A quién?

—En la ventana. —Jude alargó la mano para agarrarle el brazo, sin apartar la mirada de la figura tras la ventana de su casa.

Levantó la mirada, sonrió un poco.

—Sí. Está esperando. Me pregunto si el tiempo discurre para ella o si un año es sólo un día.

Apagó el motor y permanecieron sentados, con la lluvia repiqueteando hasta que la figura se desvaneció.

—Sí que la has visto. No lo estás diciendo por decir.

—Claro que la he visto, al igual que la he visto en otras ocasiones y lo volveré a hacer —giró la cabeza, escudriñó el perfil de Jude—. No estás nerviosa con ella aquí, ¿verdad?

—No —puesto que soltó la respuesta con tanta facilidad, se rió—. Para nada. Supongo que debería estado, pero no me siento en lo más mínimo nerviosa aquí, o con ella. A veces...

—¿A veces qué?

Volvió a vacilar, diciéndose a sí misma que no debería entretenerle. Sin embargo, se estaba tan a gusto ahí en el calorito del coche con la lluvia gol peteando y la niebla

arremolinándose—. Bueno, a veces la siento. Algo en el aire. Un... no sé cómo explicarlo... una ondulación en el aire. Y me entristece porque ella está triste. Y también le he visto a él.

—A él.

—Al príncipe de las hadas. Me he encontrado con él dos veces cuando iba a llevar flores a la tumba de Maude. Sé que puede parecer una locura, sé que debería ir a ver a un médico para que me examinara, pero...

—¿Te he dicho yo que parezca una locura?

—No. —soltó otro suspiro contenido—. Supongo que por eso te lo he dicho, porque no lo dirías. No lo pensarías. —y tampoco lo pensaba ella, ya no—. Me lo encontré, Aidan —cambió de posición en el asiento, con los ojos brillándole de la emoción, al girar la cabeza para mirarle—. Le hablé. La primera vez pensé que sólo era alguien que vivía por aquí. Pero la segunda vez, fue como un sueño o un trance o... Tengo algo —Soltó, guiándose por el impulso— que me gustaría enseñarte. Sé que probablemente querrás volver, pero si tienes un minuto...

—¿Me estás invitando a tu casa?

—Sí, yo...

—Entonces tengo tiempo de sobra. Salieron del coche y caminaron bajo la lluvia.

Un poco nerviosa, se apartó el pelo húmedo al entrar ambos en la casa.

—Está arriba. Lo bajaré. ¿Quieres té?

—No, estoy bien.

—Bueno, espérame. —dijo, y subió corriendo a su dormitorio donde había enterrado la piedra entre sus calcetines.

Cuando bajó, sujetándola detrás de la espalda, Aidan ya estaba encendiendo el fuego. El resplandor titilaba sobre su figura mientras se agachaba al lado de la chimenea, y el corazón de Jude dio un agradable y doloroso vuelco.

Era tan guapo como el príncipe de las hadas, pensó. El fuego sacaba a relucir los profundos matices rojos en su cabello, cambiaba y jugaba con los ángulos de su rostro, lanzaba oro en sus maravillosos ojos azules.

¿Cómo no iba a estar enamorada de él?

¡Oh, Dios mío, estaba enamorada de él! Esa realidad la golpeó en el estómago, casi la hizo quejarse de dolor. ¿Cuántos estúpidos errores más iba a cometer en un mismo día?

No se podía permitir enamorarse de un guapísimo irlandés que le rompiera el corazón poniéndola de nuevo en ridículo. Él buscaba algo completamente diferente y no lo disimulaba. Él quería sexo y placer, diversión y emoción. Compañía también, se imaginaba. Pero no quería a una mujer embobada, enamorada de él, sobre todo una que ya

había fracasado en la única relación seria que se había permitido.

Él quería una aventura, que estaba a años luz del amor. Y si deseaba conseguido, darse el placer de una relación con él, tendría que aprender a separar ambas cosas.

No iba a complicado. No iba a analizado una y otra vez. No iba a estropeado.

Así que, cuando él se levantó y se dio la vuelta, ella le sonrió.

—Qué gusto tener lumbre en un día lluvioso. Gracias.

—Entonces acércate. —le tendió una mano.

Metería la mano en el fuego si fuera preciso, reflexionó Jude. Y no le importaría un carajo quemarse. Se acercó a él, mantuvo la mirada en la suya. Lentamente, sacó la mano de detrás de la espalda y extendió los dedos. El diamante descansaba en el centro de su palma, lanzando luz y gloria.

—Sagrado corazón de Jesús. —Aidan lo miró fijamente, pestañeó—. ¿Es eso lo que creo que es?

—Los vertía como caramelos de su bolsa. Joyas tan brillantes que me cegaban los ojos. Y yo me quedé observando mientras se convertían en flores sobre la tumba de Maude. Excepto esta que se quedó tal cual. No me lo debería creer. —murmuró, pensando tanto en el amor como en la piedra que sostenía en la mano—. Pero aquí está.

La tomó de la mano para sostenerla a la luz del fuego. Parecía latir, después permanecía quieta.

—Contiene todos los colores del arco iris. Aquí hay magia, Jude Frances. —alzó la mirada hacia la suya—. ¿Qué vas a hacer con ella?

—No lo sé. Se la iba a llevar a un joyero para que la examinara, al igual que iba a ir yo para que me examinaran también. Pero he cambiado de idea. No quiero que la analicen, ni que la examinen, ni que la clasifiquen, ni que la tasen. Es suficiente con tenerla, ¿no crees? Sencillamente saber que existe. Nunca he tenido bastante fe en mi vida. Quiero cambiar eso.

—Eso es prudente. Y valiente de tu parte. Y quizás sea la razón por la que se te entregó, para dejada a tu cuidado. —manifestó, cogiéndole la mano y colocando la palma hacia arriba. Tras colocar la piedra en ella, cerró su mano—. Es tuya, junto con toda la magia que contenga. Me alegra que me la hayas enseñado.

—Necesitaba compartida. —sujetó la piedra con firmeza y, aunque parecía absurdo, pensó que le transmitía valor—. Has sido tan comprensivo y paciente conmigo. Mi comportamiento escandaloso, después la forma en que descargué todas mis neurosis en ti. No sé cómo resarcirte.

—No lo tengo en cuenta.

—Lo sé. No lo harías. Eres el hombre más amable que conozco.

Él procuró no hacer una mueca.

—Conque amable, ¿eh?

—Sí, muy amable.

—Y comprensivo y paciente también.

Los labios de Jude se curvaron.

—Sí.

—Como un hermano.

Ella logró mantener la sonrisa.

—Bueno, yo... humm.

—¿Y tienes la costumbre de arrojarte en los brazos de los hombres que consideras como hermanos?

—Tengo que pedirte disculpas por eso, por ponerte en una situación embarazosa.

—¿No te he dicho que te disculpas con demasiada frecuencia? Simplemente contesta la pregunta.

—Bueno... La verdad es que nunca me he arrojado en los brazos de nadie nada más que en, los tuyos.

—¿Es ésa la verdad? Bueno, me siento halagado, aunque estabas muy afligida en ese momento.

—Sí. Sí que lo estaba. —ahora sentía que la piedra le pesaba como plomo en la mano. Se giró, contenta de darle la espalda durante un instante, y la colocó en la repisa de la chimenea.

—¿Te sientes afligida ahora mismo?

—No, gracias. Estoy bien.

—Entonces vamos a probado otra vez. —le dio la vuelta con rapidez, y al separar Jude los, labios, sorprendida, él se los capturó. El cuerpo de ella se sobresaltó, ese instante de sorpresa que siempre le excitaba tanto a Aidan—. ¿Piensas ahora que soy amable y paciente? —dijo entre dientes, y le mordió con suavidad en la curva del cuello.

—No puedo pensar en nada.

—Bien. —si había algo más poderoso que una mujer perdiendo el control ante su propia pasión, aún le quedaba por verlo—. Me gustas más así.

—Creía que estarías enfadado o...

—Estás pensando otra vez—le fue dando pequeños mordiscos hasta la sien—. Te voy a tener que pedir que dejes de hacerlo.

—Vale. De acuerdo.

La manera en que le daba la razón con la respiración entrecortada le hacía desearla.

—*Mavourneen*. Déjame que te posea esta noche. —la boca de Aidan volvió a posarse sobre la de Jude e hizo que sus pensamientos dispersos empezaran a dar vueltas—. Deja que sea esta noche. No puedo seguir así soñando contigo.

—¿Aún me deseas? —la satisfacción y sorpresa que denotaba su voz casi le hizo caer de bruces. Su absoluta falta de vanidad le daba una lección de humildad.

—Deseo todo lo que forma parte de ti. No me pidas que me vaya esta noche.

Ella había seguido el dictado de su corazón hasta este lugar y lo había encontrado. Ahora volvería a seguir a su corazón.

—No. —entrelazó los dedos en su cabello, buscó sus labios con todo el amor y la pasión que acababa de descubrir en ella misma—. No, no te vayas.

Podía haberla tendido en el suelo, haberla poseído y haber hecho que ambos disfrutaran delante del fuego. Ninguno de los dos eran críos y ambos estaban ansiosos. Sin embargo, se acordó de la promesa que había hecho y la levantó en brazos. Cuando vio la expresión de sorpresa y aturdimiento en su rostro, comprendió que había actuado correctamente.

—Te había dicho que la primera vez sería lento y dulce. Soy un hombre que cumple con su palabra.

Jamás la habían cogido antes en brazos. Todo era increíblemente romántico, una fantasía erótica de bordes dorados. Sentía el latido de su corazón resonando en sus oídos como un trueno al llevarla por las escaleras, por el pequeño pasillo hasta su dormitorio.

Agradecía la oscuridad. Sería más fácil no sentirse tímida en la oscuridad. Cuando la sentó en el filo de la cama, ella cerró los ojos. Y los abrió de golpe otra vez, cuando él encendió la lámpara de la mesita de noche.

—Hermosa Jude. —murmuró, y bajó la mirada sonriéndole—. Siéntate un momento que voy a encender el fuego.

Fuego, pensó. Claro, un fuego estaría bien. Entrelazó los dedos de las manos y procuró apaciguar los nervios, aplacar sus necesidades. Añadiría ambiente así como calidez. Él querría ambiente. ¡Oh, Dios mío!, ¿por qué no se le ocurría algo que decir? ¿Por qué no tenía algún maravilloso salto de cama o lencería que se pudiera poner y deslumbrarle?

Enmudecida, observó cómo se incorporaba de la chimenea una vez que las llamas empezaron a arder, y cómo encendía las velas esparcidas por la habitación.

—Te iba a llamar esta noche para invitarte a cenar.

La idea fue tan sorprendente, tan intrigante, que se quedó mirándole fijamente.

—¿De verdad?

—Eso tendrá que esperar para otro momento. —le mantuvo la mirada, viendo lo nerviosa que estaba, regocijándose un poco, mientras apagaba la lámpara de nuevo. Y el dormitorio se quedó bañado en sombras y en una luz cambiante.

—No tengo mucha hambre.

Aidan se rió.

—Estoy dispuesto a cambiar eso ahora mismo —para su gran sorpresa, él se agachó y comenzó a desatarle los zapatos—. Te he deseado desde la primera vez que

entraste en el pub.

Ella tragó saliva. Era lo único que podía hacer. A continuación él acarició con suavidad el arco de su pie desnudo, y ella sintió que le faltaba el aire.

—Tienes unos pies bonitos. —dijo con tranquilidad, con los ojos risueños, al coger su pie y mordisquearle los dedos. La respiración contenida de Jude volvió a estallar de su garganta e hincó las uñas como clavos en el colchón—. Pero debo reconocer que prefiero tus hombros después de haberlos visto esta mañana tan húmedos y rosados.

—Mis... oh... —su otro pie acaparó la atención de Aidan y la dejó trastocada por completo—. ¿Qué?

—Tus hombros. Me gustan. —puesto que era totalmente cierto, se incorporó y levantó a Jude sobre sus pies que ahora le cosquilleaban—. Son grácil es, pero fuertes. —al hablar, le desabrochó la camisa que le había cogido. Para darles a ambos un poco más de tormento no se la quitó, sino que se la deslizó por los hombros para hacerle lo que se había imaginado: pasar su lengua por la curva.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Jude. La sensación se infiltró en su organismo como oro en polvo hasta que todo en su interior relucía. Cuando se aferró a las caderas de Aidan para recuperar el equilibrio, él fue recorriendo con la lengua el lateral de su cuello hasta su mandíbula, como un hombre que va degustando despacio una variedad de platos en un banquete.

La boca de Aidan rozó la de ella, un excitante sabor que removía los jugos de su propio apetito. Él lo percibió en su quejido ahogado y volvió a saboreado de nuevo, una segunda vez, más detenidamente.

Las manos de Jude se deslizaron hacia arriba por su espalda y movió el cuerpo contra el de Aidan en un ritmo ensoñador, mientras echaba la cabeza hacia atrás, abandonándose.

Lento y dulce, había dicho. Era precisamente así. Con la luz de las velas bailando, el golpeteo de la lluvia y sus propios suspiros colmando su mente, los suaves besos se hicieron más largos y profundos. Parecía como si su cuerpo cobrara vida ahora, con su sabor intenso, varonil y perfecto.

Cuando él se quitó la camisa, ella emitió un leve sonido de placer y deslizó las manos por su espalda, masajeando sus músculos.

El corazón de Aidan latía contra el de ella. Esas caricias lentas y vacilantes de sus manos le volvían loco. Maravilloso. Su boca era tan suave, tan entregada. Y la forma en que Jude se estremecía, de nervios y expectativas, cuando desabrochó los pantalones de ella y los dejó caer al suelo, hizo que el calor le inundara de golpe por toda su sangre. Tiernas palabras en gaélico le ardían en la mente y se las susurraba mientras su boca le recorría el rostro, la garganta, de nuevo los divinos hombros hasta que sus temblores se tornaron en sacudidas y sus suspiros en jadeos.

Tranquilo, tranquilo, se ordenó a sí mismo. ¿Pero cómo

iba a imaginarse que la necesidad que sentía por ella se alzaría e irrumpiría en su alma con dientes puntiagudos? Temiendo asustarla, apretó sus labios contra la curva de la garganta y simplemente la sujetó hasta que su furia se calmó de nuevo.

Jude estaba flotando, demasiado enredada en las sensaciones como para notar los cambios del ritmo. Con ojos ensoñadores, giró la cabeza, la boca de Aidan se volvió a encontrar con la suya y ambos se fundieron en un beso. Era como si sus huesos se disolviesen, y la presión en su vientre era celestial. Cualquier parte que él tocara provocaba que una zona de ella se encendiera.

Eso era hacer el amor, era lo único en que ella podía pensar. Por fin esto. ¿Cómo había podido confundido con otra cosa?

Él necesitaba más. Le quitó la camisa, la dejó a un lado y se quedó maravillado por el sencillo sujetador blanco. Para complacerse, deslizó un dedo por el borde superior, rodeando el diminuto lunar. Las piernas de Jude flaquearon.

—Cuando vi este pequeño lunar esta mañana. —murmuró, observando su rostro—, quería comerte—, ella le miró perpleja, él sonrió y le desabrochó el corchete del sujetador—. Pensé qué otros secretitos sexys ocultas bajo esas elegantes prendas que llevas.

—No tengo secretos sexys.

El sujetador cayó al suelo. Aidan bajó la mirada, observó cómo un rubor le aparecía por el rostro y lo encontró pecaminosamente erótico.

—Te equivocas. —habló en voz baja, después sostuvo sus pechos entre sus manos.

Otra vez, ese repentino sobresalto de sorpresa y el brillo de asombro en sus ojos. Experimentando, rozó los pulgares por sus pezones y observó cómo esos ojos color verde mar se volvían borrosos.

—No, no los cierres. —dijo al recostada en la cama—. Aún no. Quiero ver lo que te hacen mis caricias.

Así que contempló su cara mientras gozaba de ella, mientras aprendía los secretos que había asegurado no tener. Piel sedosa y cabello revuelto, todo con aroma a lluvia. Suaves curvas, sutiles hondonadas. Ante el roce más leve de sus manos de obrero, ella se estremecía y cada secreto que él desvelaba era un placer para ambos.

Cuando la saboreaba, Jude sentía que el mundo se desvanecía hasta que no quedaba nada más que la furia de su propio pulso y el frenesí celestial de la boca de él sobre su piel.

Dispuesta a dejarse llevar, arqueó la espalda al sentir el tacto de su mano. Se pegó a él a la vez que el dolor se dulcificaba y esa dulzura se volvía casi irresistible. La boca de Aidan se posó sobre la suya, capturando su grito de placer. Él le entregó más, hasta que su respiración se convirtió en gemido y su cuerpo se fundió.

Los ojos que tanto le fascinaban estaban cegados ahora, y su piel encendida y húmeda. No sólo se había desvanecido

el mundo para ella, sino para él también. Ella era lo único que le quedaba en el mundo.

Pronunció su nombre una vez y la penetró. Pasión penetrando la pasión, necesidad penetrando la necesidad, intensa y profundamente. Conteniéndose en ese momento, conteniéndose hasta que ella lo envolvió.

Unidos ahora, acompasaron sus movimientos prolongados y lentos que alimentaban el alma. Deslumbrada, ella sonrió. La luz titilaba como el brillo de un diamante a la vez que los labios de Aidan se curvaban en respuesta, y se encontraban con los de ella.

Esto, meditó Jude, era la magia auténtica. La más poderosa. Y aferrándose a ella, se precipitó desde el borde del mundo junto a él.

La luz de las velas bailaba, el fuego crepitaba y la lluvia repicaba contra la ventana. Un hombre apuesto, excitante, fascinante y maravillosamente desnudo yacía en su cama.

Jude se sentía como un gato al que le acabaran de entregar las llaves de la lechería.

—Me alegra tanto que William esté esperando un bebé.

Aidan giró la cabeza, se encontró enterrado en su cabello y volvió a retirada.

—¿Qué demonios tiene William que ver en esto?

—Oh, no me he dado cuenta de que lo he dicho en voz alta.

—Es igual de malo que pensar en otro hombre, cuando aún no me ha dado tiempo a recobrar el aliento tras haber hecho el amor contigo.

—No pensaba en él de ese modo. —horrorizada, se incorporó, demasiado abochornada como para acordarse de que estaba desnuda—. Sólo pensaba que si no hubiera estado esperando un bebé, mi madre no me lo hubiera dicho y yo no me hubiera disgustado y bajado al pub y... y todo nos ha llevado a esto. —terminó diciendo en un tono débil.

A Aidan aún le quedaba energía para la arrogancia. Enarcando una ceja, puntualizó:

—Al final yo te hubiera traído hasta aquí.

—Me alegro de que haya sido esta noche. Ahora. Porque ha sido tan perfecto. Lo siento. He dicho algo estúpido.

—Vas a tener que dejar de pensar que cada pensamiento perdido que sueltas es estúpido. Y puesto que la idea que has mencionado tiene una lógica que lo respalda, yo propondría un brindis por la buena sincronización de la virilidad de William.

Aliviada, le sonrió.

—Supongo que sí, aunque no es ni la mitad de bueno que tú en la cama. —inmediatamente su sonrisa alegre se convirtió en una expresión de horror—. ¡Oh, qué cosa acabo de decir!

—Si piensas que me siento ofendido, estás equivocada. —riéndose, Aidan se incorporó también y le dio un sonoro

beso—. Yo diría que se merece otro brindis. Por la estupidez de William, por no reconocer la joya que tenía para que pudiese caer en mis manos.

Jude le rodeó con los brazos, le abrazó con fuerza.

—Nadie jamás me ha tocado como tú lo has hecho. Creía que nadie querría hacerlo jamás.

—Lo estoy deseando otra vez. —se acurrucó contra la curva de su cuello—. ¿Por qué no bajamos y tomamos ese vino y un poco de sopa o lo que sea, y luego volvemos y empezamos de nuevo?

—Creo, que es una idea maravillosa. —Jude se obligó a no sentirse incómoda al salir de la cama para vestirse. Él ya había visto todo lo que tenía que ver, por lo tanto era una tontería sentirse tímida ahora.

De cualquier modo, se sintió aliviada al cubrirse con la camisa prestada y sus pantalones. Pero cuando alargó la mano para coger una cinta del pelo, Aidan le puso la mano sobre el hombro, sobresaltándola.

—¿Por qué te lo recoges hacia atrás?

—Porque es horrible.

—Me gusta salvaje, —deslizó los dedos por su cabello juguetonamente—, alborotado con ese precioso color intenso.

—Es castaño y siempre lo había considerado tan original como la corteza de un árbol.

—Y también como el visón, cariño. —le besó la punta de la nariz—. ¿Qué vamos a hacer contigo, Jude Frances, si alguna vez te quitas la venda y te mirás al espejo de verdad? Creo que vas a ser imparable. Venga, déjalo. —añadió, y tiró de ella hacia la puerta—. Al fin y al cabo, yo soy el que lo está viendo.

Estaba demasiado satisfecha como para discutir, pero intervino una vez que estaban en la cocina.

—Tú preparaste el desayuno, así que yo haré la cena. —indicó, y sacó el vino—. No se me da muy bien la cocina, por lo tanto tendrás que conformarte con mi comida improvisada.

—¿Y qué va a ser?

—Sopa de lata y emparedados de queso al *grill*.

—Parece muy acertado para una noche lluviosa. —cogió el vino y colocó una silla al lado de la mesa de cocina—. Además tengo el placer de observarte mientras los preparas.

—La primera vez que vi esta cocina, pensé que era encantadora. —avanzó hacia la chimenea y encendió el fuego con una desenvoltura que sorprendió a Aidan un poco—. Luego me di cuenta de que no había lavadora ni microondas, ni siquiera un abrelatas eléctrico, ni una cafetera. —echándose a reír, agarró una lata de sopa de la despensa y se dispuso a abrirla con el pequeño abrelatas manual—. Debo reconocer que estaba un poco horrorizada. Y he preparado y disfrutado en esta cocina más que cualquier otra cosa que yo haya improvisado en

mi apartamento. Y esa cocina es de lo más novedoso. Línea *Jenn—Air*, nevera con congelador incorporado. —mientras hablaba, empezó a preparar la sopa, se inclinó hacia la nevera para sacar queso y mantequilla—. Claro que no me he enfrentado a nada complicado. Estoy reuniendo el valor para intentar hacer pan. Parece algo bastante sencillo y si no hago mucho estropicio, podría llegar a preparar una tarta.

—¿Y tienes muchas ganas de hacer pasteles?

—Creo que sí. —sonrió por encima del hombro al extender la mantequilla en el pan—. Pero es una tarea bastante atrevida si nunca lo has hecho antes.

—No sabrás si te gusta amenos que lo intentes.

—Lo sé. Odio fracasar en las cosas. —agitó la cabeza al calentar la sandwichera—. Sé que es un problema. Es la razón por la que no he probado hacer muchas cosas que me gustaría intentar. Siempre me convengo de que, de cualquier modo, voy a meter la pata, por lo tanto no lo intento. Esto me viene de ser una niña difícil con padres muy dignos. —colocó los emparedados en la sandwichera, satisfecha cuando comenzaron a chisporreitar alegremente—. Pero mis emparedados son bastante buenos, así que no te morirás de hambre. —se dio la vuelta y chocó con fuerza contra su pecho.

La boca de Aidan se volvió a posar sobre la de ella. Ardiente, un poco brusco y muy excitante. Cuando dejó que ella recobrara la respiración, él asintió con la cabeza.

—No hay nada difícil en ti, por lo que he podido comprobar.

Satisfecho, regresó a la mesa y a su copa de vino.

Jude se recuperó a tiempo de evitar que la sopa se derramara.

Aidan se quedó la noche entera para que ella pudiera acurrucarse pegada a él. Al amanecer, cuando la luz se deslizó por la ventana, tenuemente, él volvió a buscada, haciéndole el amor, perezosamente, dejándola sumida en el más profundo de sus sueños.

La siguiente vez que ella se despertó, él estaba sentado en la cama a su lado, sujetando una taza de café y acariciando su pelo.

—Oh, ¿qué hora es?

—Las diez y pico, y he arruinado tu reputación.

—¿Las diez? —se incorporó al instante, atónita y agradecida cuando le ofreció el café—. ¿Mi reputación?

—Ahora no tiene arreglo. Quería irme al amanecer para que mi coche no estuviera en tu calle. Pero me distraje.

Ella suspiró profundamente.

—Lo recuerdo.

—Ahora habrá chismorreos sobre ese mozo Gallagher tratando de seducir a la yanqui.

Los ojos de Jude le relucían.

—¿De verdad? Qué maravilloso.

Él se rió, le tiró del pelo.

—Pensé que de algún modo eso te podría gustar.

—Lo preferiría si arruinara tu reputación. Nunca he arruinado la reputación de nadie. —le acarició el rostro, encantada de poder hacerlo, y deslizó el dedo por la estrecha hendidura de su mentón—. Yo podría ser esa americana fácil que se ha llevado al dueño del pub de los Gallagher, ante las mismísimas narices de todas las mujeres del pueblo.

—Bueno, si has decidido ser una mujer fácil, entonces volveré esta noche después de cerrar y te podrás aprovechar de mí injustamente.

—Por mí encantada.

—Deja una luz encendida para cuando Vuelva, cariño. — se inclinó hacia delante para besarla y lo prolongó lo bastante como para sentirse incómodo con la postura—. Maldito papeleo. —masculló—. Tengo que solucionado. Me echarás de menos, ¿verdad, Jude?

—Por supuesto.

Se recostó sobre las almohadas cuando se fue, escuchó el sonido de la puerta trasera que se cerraba tras él, después el coche que arrancaba.

Durante una hora no hizo más que sentarse en la cama y tararear.

CAPÍTULO 13

Estoy viviendo una aventura.

Jude Frances Murray está viviendo una aventura apasionada con un irlandés guapísimo, encantador y sexy.

Me encanta escribir esto.

Apenas puedo evitar comportarme como una colegiala y escribir su nombre una y otra vez en el cuaderno.

Aidan Gallagher. Qué nombre más maravilloso.

Es tan guapo. Sé que es totalmente frívolo pensar demasiado en la apariencia física de una persona, pero... si no puedo ser superficial en las páginas de mi propio diario, ¿dónde puedo serlo?

Su cabello es de un color castaño, oscuro e intenso, en el que la luz del sol refleja los tonos rojos. Tiene unos ojos magníficos, de un color azul oscuro y brillante, y cuando fija la mirada en mí cuando me mira como a menudo hace, todo dentro de mí se vuelve ardiente y blando. Su rostro es fuerte. Buenos huesos, como diría la abuela. Su boca esboza una sonrisa lenta y fácil. Y en su mentón sólo hay una hendidura apenas perceptible.

Su cuerpo... casi no puedo creerme que lo he tenido encima del mío, debajo del mío. Es tan duro y firme, con músculos como el hierro. Supongo que la palabra es poderoso.

Mi amante es de constitución muy fuerte.

Supongo que ya está bien de nadar en la superficie.

Vale... punto final.

Sus otras cualidades son asimismo impresionantes. Es muy amable y tiene muy buen sentido del humor. Está dispuesto a escuchar. Eso es una cualidad en peligro de extinción y en Aidan está bien arraigada.

Sus lazos familiares son profundos y estrechos, su ética de trabajo es admirable. Su mente me parece fascinante y su destreza en contar cuentos, entretenida. La verdad es que le podría escuchar durante horas.

Ha viajado mucho, ha visto lugares que yo sólo he soñado con ver. Ahora que sus padres se han instalado en Boston, se ha encargado del negocio familiar y se ha metido en el papel de cabeza de familia, con una autoridad tranquila y bastante natural.

Sé que no debería estar enamorada. Lo que Aidan y yo tenemos es una relación física satisfactoria, y una bonita y afectuosa amistad. Ambas son valiosísimas y debe ser más que suficiente para cualquier persona.

No obstante, no puedo evitar sentirme enamorada de él.

He caído en la cuenta de que todo lo que se ha escrito sobre estar enamorado es totalmente cierto. El aire es más dulce, el sol es más brillante. Creo que mis pies no han tocado el suelo en varios días.

Es aterrador. Y es maravilloso.

Nada de lo que he experimentado en la vida se asemeja a esto. No tenía ni idea de que albergara tales sentimientos en mi interior. Me siento apasionada y atolondrada, con sensaciones completamente bobas. Sé que soy la misma persona. Me miro en el espejo y aún soy yo la que se refleja. Sin embargo, parece que me descubro más cosas. Es como si las piezas que estaban ocultas o sin identificar de repente hubieran encajado.

Me doy cuenta de los estímulos físicos y emocionales, la carga de endorfinas y... oh, al cuerno con eso. No tiene por qué ser analizado y anotado. Sencillamente debe ser así.

Es tan increíblemente romántico, la forma en que viene andando a mi casa por la noche. Atravesando la oscuridad o la luz de la luna para llamar a mi puerta. Me trae flores salvajes, conchas o piedras bonitas.

Me hace unas cosas en el cuerpo que sólo las conocía a través de la lectura. Oh, Dios, la lectura ha quedado definitivamente en segundo plano.

Me siento libertina. Tengo que reírme. Jude Frances Murray siente apetito sexual. Y no parece que se vaya a amainar.

Nunca me lo he pasado tan bien en toda mi vida. No tenía ni idea de que el romance podía ser tan divertido. ¿Por qué no me lo ha dicho nadie?

Cuando me miro en el espejo me siento guapa.

Increíble, sentirme guapa.

Hoy voy a recoger a Darcy y nos vamos a Dublín de compras. Voy a comprar cosas extravagantes sin ningún motivo en absoluto.

La casa de los Gallaghers era vieja y bonita y se asentaba en el extremo del pueblo, encima de una colina empinada y dando al mar. Si Jude hubiese preguntado, le hubieran dicho que el hijo de Shamus, otro Aidan, había construido la casa el mismo año en que se casó.

Los Gallaghers no se ganaban la vida en el mar, pero les gustaba la vista.

Otras generaciones habían añadido diversas partes a la casa a lo largo de los años, según lo permitiese el dinero y el tiempo. Y ahora que había muchas habitaciones, la mayoría tenían vistas al mar.

La casa en sí era de madera oscura y piedra de color arena, cuya construcción parecía improvisada sin ningún estilo en particular. Jude la encontró intrigante y singular. Tenía dos plantas, con un amplio porche delantero que necesitaba una mano de pintura, y un estrecho camino de piedra desgastado por el tránsito. Sus ventanas estaban formadas por paneles de cristal en forma de rombo y Jude supuso que tendría que ser horrible limpiadas.

Pensaba que estaba a medio camino entre grandiosa y

pintoresca, justo con ambas cualidades. Y con la leve niebla matutina envolviéndola, también tenía algo de misteriosa.

Se preguntaba cómo habría sido la infancia de Aidan ahí, en esa gran casa laberíntica, a tiro de piedra de la playa y lo bastante cerca del pueblo como para tener un montón de amigos.

Según Jude, que acababa de iniciarse en la jardinería, el jardín necesitaba un arreglo, pero tenía un toque bonito y salvaje.

Un delgado gato negro tendido en el camino le lanzó una mirada metálica con sus ojos dorados al aproximarse. Esperando que no la arañara, se agachó con cautela para acariciarle entre las orejas.

El gato agradeció la atención, entrecerrando los ojos y emitiendo un ronroneo que sonaba como un tren de carga.

—Es Bub. —dijo Shawn desde la entrada principal, esbozando una sonrisa—. Es el diminutivo de Beelzebub, puesto que es un demonio de gato por naturaleza. Entra y toma un té, Jude, porque si estás esperando a que Darcy sea puntual, es que todavía no la conoces.

—No tengo prisa.

—Eso está bien, porque se pasa una hora acicalándose sólo para ir a comprar la leche. Dios sabe cuánto tiempo tardará admirándose en el espejo para ir a Dublín.

Se apartó para dejar paso a Jude y profirió un grito por encima del hombro hacia las escaleras.

—Jude está aquí y dice que muevas ese culo vanidoso si esperas que te lleve a Dublín.

—Oh, pero si yo no he dicho eso. —espetó Jude, aturullada provocando la risa de Shawn, al tirar de ella con firmeza para introducir en la casa.

—No hará el menor caso. ¿Te traigo un poco de té?

—Estoy bien, de verdad. —miró a su alrededor, observando que el salón que daba al pequeño vestíbulo estaba abarrotado y era acogedor.

Hogar, volvió a reflexionar. Transmitía el calor del hogar y de la familia. Y hospitalidad.

—Aidan está en el pub encargándose de los pedidos. —Shawn tomó la mano de ella con delicadeza y la llevó hacia el salón. Habla estado deseando pasar algún tiempo con ella para hacer un balance de la mujer que tenía a su hermano tan embelesado—. Por lo tanto, tendrás que conformarte conmigo.

—Oh, bueno. Eso no parece ninguna condena.

Cuando él volvió a reírse, se dio cuenta de que nunca hubiera coqueteado tan fácilmente, tan inocentemente, con un hombre unos meses atrás. Desde luego, no con uno con cara de ángel travieso.

—Mi hermano no me ha dado la oportunidad de cruzar más de una palabra contigo hasta ahora. —los ojos de Shawn centellearon—. Guardándote para él como lo hace.

—Siempre estás en la cocina cuando voy al pub.

—Donde me tienen encadenado. Pero ahora podemos compensado.

Ahora él también estaba coqueteando con ella, observó, igual de inocentemente. No la ponía nerviosa. No le producía esos tirones líquidos tan extraños y deliciosos que sentía al flirtear con Aidan. Simplemente le hacía sentirse cómoda.

—Entonces te diré que tienes una casa preciosa.

—Estamos contentos con ella. —la condujo hacia una silla y, cuando ella se sentó, él se acomodó en el brazo de la silla—. Darcy y yo hacemos de las nuestras aquí.

—Está hecha para más personas. Una familia grande, con muchos niños.

—La mayoría de las veces ha habido muchos críos. En la familia de nuestro padre, diez hermanos.

—¿Diez? ¡Santo cielo!

—Tenemos tíos y primos esparcidos por todas partes, Gallaghers y Fitzgeralds. Tú eres una. —añadió con una sonrisa—. Recuerdo que cuando era pequeño un montón de niños entraban y salían de la casa de vez en cuando, así que siempre compartía mi cama con algún chaval que era mi primo de Wicklow, Boston o Devonshire.

—¿Todavía vienen?

—De vez en cuando. Tú viniste, prima Jude. —le gustó la forma en que ella sonrió, dulce y algo tímida—. Pero ahora la mayoría de las veces estamos Darcy y yo en la casa. Y así será hasta que el primero de los tres decida casarse y crear una familia. La casa será para el que lo haga.

—¿Ya los otros dos no les molestará?

—No. Es la costumbre de los Gallaghers.

—Y sabréis que siempre seréis bienvenidos aquí, que aún será vuestro hogar.

—Así es. —lo dijo en voz baja porque él captaba los tonos y los matices y percibía que ella deseaba un hogar propio—. ¿Tienes una casa en Chicago?

—No. Es un piso como un apartamento, demasiado pretencioso. —añadió, y de repente sintiéndose inquieta, se puso en pie. Insípido, pensó de nuevo, era precisamente lo que le parecía ahora—. Éste es un lugar magnífico. Puedes ver el mar.

Comenzó a avanzar hacia una ventana, parándose al lado de un viejo piano abollado. Las teclas del piano estaban amarillas y varias de ellas desportilladas. Encima de la madera marcada, había unas partituras desordenadas.

—¿Quién toca?

—Todos nosotros. —Shawn se colocó a su lado, posó sus largos dedos sobre las teclas y tocó una rápida serie de cuerdas. Más bien aporreaba el instrumento, pero las notas sonaban dulces y auténticas—. ¿Tú tocas el piano también?

—Un poco. No muy bien. —exhaló, diciéndose a sí misma que no fuera tan imbécil—. Sí.

—¿En qué quedamos?

—Sí, toco el piano.

—Pues entonces, vamos a escuchado. —le dio un empujoncito, cadera contra cadera, que la sorprendió y la hizo sentarse en el banco.

—No he tocado en meses. —empezó a decir, pero él ya estaba hojeando las partituras, colocando una delante de ella antes de sentarse a su lado.

—Prueba con esto.

Ya que sólo pretendía tocar unas notas, no se molestó en sacar sus gafas de lectura del bolso. Sin ellas, tenía que acercarse y entornar los ojos un poco. Sintió cómo los nervios le afloraban, se limpió las palmas de las manos en los muslos y se dijo a sí misma que no era uno de esos recitales de la infancia que tanto la habían asustado, provocándole una náusea angustiosa.

De todos modos, tuvo que respirar hondo dos veces, provocando un temblor en el labio de Shawn antes de comenzar a tocar.

—¡Oh! —fluyó del primer compás al segundo—. ¡Oh, esto es precioso! —se olvidó de los nervios del puro placer que sentía mientras las notas emanaban mágicamente, mientras empezaba a sentir en la garganta dolor por la emoción—. Es desgarrador.

—Sí, ésa es la intención. —él ladeó la cabeza, escuchando la música y examinándola. Comprendió con facilidad por qué su hermano se había fijado en ella. La cara bonita, el porte discreto y esos ojos sorprendentes, expresivos y cristalinos.

Sí, reflexionó Shawn, la combinación había llamado la atención de Aidan para después envolver su corazón. Y en cuanto al corazón de ella, no cabía duda de que era anhelante. Eso lo entendió a la perfección.

—Tocas muy bien, Jude Frances. ¿Por qué dijiste que no?

—Estoy acostumbrada a decir que no hago las cosas bien porque suele ser así. —contestó distraída, dejándose llevar por la música—. Cualquiera podría tocar esto bien. Es fantástico. ¿Cómo se llama?

—No le he puesto título todavía.

—¿Lo has compuesto tú? —dejó de tocar para mirarle fijamente. Los artistas de todas las clases, de cualquier clase, la dejaban asombrada—. ¿En serio? Shawn, es preciosa.

—¡Oh!, no le empieces a adular. Que ya es bastante insoportable. —Brenna entró en la habitación con toda tranquilidad y se metió las manos en los bolsillos de los anchos vaqueros.

—Esta O'Toole no aprecia la música a menos que sea una canción rebelde y esté bebiendo una pinta.

—Cuando compongas una, brindaré por ti también.

Se miraron el uno al otro con socarronería y complicidad.

—¿Qué haces aquí? Que yo sepa no hay nada roto. —dijo Shaw.

—¿Acaso ves que lleve la caja de herramientas? —¿es que nunca la iba ni a mirar?, se preguntó Brenna. Maldito imbécil que no veía ni tres en un burro—. Me voy a Dublín con Jude y Darcy. —encogió un hombro—. Me cansé de que Darcy me diera la lata, así que me he rendido. —se giró y gritó por las escaleras—. Darcy, por todos los santos, ¿por qué diablos tardas tanto? Llevo una hora esperando.

—Ahora tendrás que confesar esa mentira al Padre Clooney. —manifestó Shawn— porque acabas de entrar en la casa.

—Sólo es un pecado venial y quizás logre que baje antes de la semana que viene. —se dejó caer en una silla—. ¿Por qué no estás en el pub ayudando a Aidan? Hoy es el día de los pedidos.

—Porque, mamá, él me ha pedido que me quede y que atienda a Jude hasta que Darcy haga acto de presencia. Pero ya que estás aquí, me iré. Volverás y tocarás otra vez, Jude Frances. —sonrió al ponerse de pie—. Es un placer escuchar mis melodías tocadas por alguien que aprecia la música.

Se dispuso a salir, deteniéndose al lado de la silla de Brenna lo suficiente como para tirarle de la visera de la gorra y taponarle los ojos. Ella se la volvió a colocar mientras la puerta delantera se cerró tras él.

—Actúa corno si yo todavía tuviera diez años y él siguiera moviendo el trasero jugando al fútbol. —a continuación sonrió con picardía—. Y menudo trasero, ¿verdad?

Jude se rió y se puso de pie para ordenar las partituras.

—El resto no está mal tampoco. Y compone una música maravillosa.

—Sí, tiene un talento especial.

Jude se giró, arqueando las cejas.

—No parece que opinaras lo mismo hace un minuto.

—Bueno, si se lo dijera, se lo tendría más creído y sería más insoportable de lo que es.

—Supongo que lo conoces de siempre.

—De toda la vida y un día más, eso parece. —coincidió Brenna—. Nos llevamos cuatro años y él llegó primero.

—Y has estado en esta casa demasiadas veces corno para contarlas. Puedes entrar corno si fuese la tuya porque se trata de ese tipo de casa.

Jude se levantó para deambular y ver las fotos familiares dispersas por aquí y por allá, en marcos que desentonaban, y una vieja jarra con el pico desportillado, que contenía un brillante despliegue de flores primaverales. El papel pintado había perdido el color, la alfombra estaba desvaída.

—Supongo que he corrido por aquí a mis anchas, al igual

que Darcy y sus hermanos en la mía. —aseguró Brenna—. La señora Gallagher me daba una buena azotaina en el trasero con tanto ahínco corno a sus propios hijos.

A Jude le parecía un poco increíble. Nadie jamás le había dado una azotaina en el trasero. El sentido común siempre se empleaba en la disciplina y la culpabilidad pasiva—agresiva imperaba.

—Tuvo que ser maravilloso, ¿no crees?, crecer aquí, rodeado de música.

Dio una vuelta por la habitación, observando los cómodos cojines desteñidos y la vieja madera, la mezcolanza y los dibujos de la luz a través de las ventanas. Sin duda, no le vendría mal un arreglo, meditó. Pero todo estaba ahí. El hogar, la familia, la continuidad.

Sí, éste era el lugar para la familia, los niños; su casa de campo era un lugar para la soledad y la contemplación.

Se imaginó que las paredes en esta casa contenían los ecos de demasiadas voces alzadas con enojo, con alegría, para permanecer en silencio toda la eternidad.

El taconeó por las escaleras la hizo girarse y vio a Darcy bajar corriendo, con la melena bamboleándose.

—¿Es que vais a estar todo el día ahí paradas sin hacer nada? —exigió Darcy—. ¿O nos vamos a Dublín?

El viaje a Dublín fue bastante diferente a su viaje desde Dublín al pueblo. El parloteo inundaba el coche, apenas dándole tiempo a Jude a ponerse nerviosa. Darcy se sabía todos los cotilleos del pueblo. Al parecer, el joven Douglas O'Brian había metido a Maggie Brennan en un buen lío, e iba a celebrarse la boda en el momento en que se publicaran las amonestaciones. Y James Brennan se había indignado tanto ante la idea de que su hija hubiera salido de casa a hurtadillas, para retozar con Douglas, que pilló una señora borrachera y pasó la noche en la puerta al prohibirle su mujer la entrada.

—Me he enterado de que el señor Brennan fue en busca del joven Douglas y el mozo se escondió en el pajar de su padre, donde se asegura que se consumó la hazaña, hasta que la crisis se amainara. —Brenna se estiró como un gato perezoso en el asiento trasero, con la visera tapándole los ojos—. Cuando Maggie se vea con el barrigón y ese irresponsable de Douglas con sus botas debajo de la cama se va a arrepentir.

—No llegan ni a los veinte. —añadió Darcy, sacudiendo la cabeza—. Es una manera triste de empezar una vida.

—¿Por qué se tienen que casar? —quería saber Jude—. Son demasiado jóvenes.

Darcy se limitó a mirarla fijamente.

—Bueno, van a tener un bebé, ¿qué otra cosa se puede hacer?

Jude abrió la boca y la volvió a cerrar antes de que pudiera indicar de una forma lógica la variedad de alternativas. Esto, se dijo, era Irlanda. Sin embargo, probó otra vía.

—¿Tú harías eso? —le preguntó a Darcy—. ¿Si te quedaras embarazada?

—Primero, tendría cuidado en no tener relaciones sexuales con alguien con quien no estuviera dispuesta a vivir, si surgiera la necesidad. Y en segundo lugar, —puntualizó tras pensarlo un instante—, tengo veinticuatro años y un empleo, y no le tengo miedo al cotilleo del pueblo como para no criar al niño yo sola, si metiera la pata.

Entonces giró la cabeza, enarcando una ceja hacia Jude.

—¿No estarás embarazada, verdad?

—¡No! —Jude casi se salió de la carretera antes de que pudiera recobrarse del susto—. No, claro que no.

—¿Por qué dices «claro que no» cuando te has acostado con Aidan todas las noches durante la última semana? La protección está muy bien, pero no es infalible, ¿a qué no?

—No, pero...

—Ah, deja de asustada, Darcy. Sabes que te da envidia porque ella tiene relaciones sexuales con regularidad y tú no.

Darcy lanzó una mirada de sorna hacia el asiento trasero.

—Y tú tampoco, chica.

—Y más lo siento yo. —Brenna cambió de posición, se inclinó hacia delante para apoyar los brazos en los asientos delanteros—. Así que, cuenta a estas pobres mujeres con carencias cómo es el sexo con Aidan. Venga, enróllate.

—No. —soltó con una carcajada.

—Anda, no seas mojigata. —Brenna le dio en el hombro—. Dime, ¿se toma el tiempo necesario para los preámbulos o acaso es forofo del club de fútbol irlandés?

—¿El club de fútbol irlandés?

—¿No lo has oído? —preguntó Brenna con seriedad mientras Darcy se reía por lo bajo—. Su grito de guerra es «preparate, María».; Y después la meten y la sacan antes de que se les enfríe la cerveza.

Sorprendiéndose a sí misma, Jude casi se desternilló de la risa.

—No me llama María a menos que le llame Pepe.

—Ha hecho una broma. —Darcy hizo un gesto como si se enjugara una lágrima—. Nuestra Jude. ¡Qué momento tan histórico!

—Y muy buena. —coincidió Brenna—. Pero dinos, Jude, se toma el tiempo para jugar y pegar mordisquitos en los lugares apropiados, o es todo rápido y apasionado y se termina antes de que puedas gritar que has visto a Dios.

—No puedo hablar de cómo es el sexo con Aidan estando su hermana en el coche.

—Bueno, pues la tiramos del coche y me lo cuentas a mí.

—¿Por qué no puedes contarlo? —inquirió Darcy casi al instante, lanzando una mirada fulminante a Brenna—. Sé

que tiene relaciones sexuales. El cabrón. Pero si te preocupa, no me tomes por su hermana ahora mismo, sino como tu amiga.

Exasperada, Jude resopló.

—De acuerdo, sólo diré que es el mejor sexo que he tenido. Con William era como... una rigurosa marcha militar. —decidió, sorprendiéndose una vez más—. Y antes de él, sólo estaba Charles.

—Conque Charles, ¿eh? Brenna, nuestra Jude tiene un pasado.

—¿Y quién era Charles? —insistió Brenna.

—Estaba metido en las finanzas.

—Entonces era rico. —Darcy se precipitó con entusiasmo sobre la palabra mágica.

—Su familia. Nos conocimos en mi último año de la universidad. Supongo que la relación física con él era... bueno, digamos que cuando ya lo habíamos hecho, todas las cifras cuadraban, pero era un proceso bastante pesado. Aidan es un romántico.

Sus compañeras exclamaron un «ooh», provocándole unas risitas, sin poder contenerse.

—Oh, parad. Ya no suelto ni media.

—Qué bruja, martirizándonos así. —dijo Brenna, tirándole del pelo a Jude—. Venga, seguro que nos puedes dar un pequeño ejemplo de su lado romántico relacionado con el sexo.

—¿Uno?

—Sólo uno y nos damos por satisfechas, ¿verdad, Darcy?

—Por supuesto. No íbamos a entrometernos en su vida privada, ¿verdad?

—Vale. La primera vez, me cogió en brazos en la casa y me subió arriba. Todo el trayecto hasta llegar arriba a mi dormitorio.

—¿Cómo Rhett hizo con Escarlata? —preguntó Darcy—. ¿O sobre el hombro como si fueras un saco de patatas?

—Como Rhett y Escarlata.

—Muy bueno. —Brenna apoyó la mejilla sobre los brazos—. Se merece una puntuación alta por eso.

—Me trata como si fuera especial.

—¿Y por qué no lo iba a hacer? —inquirió Darcy.

—Nadie jamás lo ha hecho. Y, bueno, ya que estamos con el tema, y no es precisamente un secreto lo que está pasando, no tengo nada... bueno... bonito, sexy. Lencería y ese tipo de cosas. Quizás me podáis ayudar a elegir algo.

—Conozco el lugar ideal para eso. —Darcy casi llegó a frotarse las manos.

—He gastado dos mil libras en lencería.

Aturdida, Jude bajó por la bulliciosa calle de Grafton. Había una multitud de gente por todas partes. Gente de compras, turistas, pandillas de adolescentes, y a cada

palmo, músicos que tocaban por unas cuantas monedas. Era impresionante, el ruido, el colorido y las formas. No obstante, nada era más impresionante que lo que acababa de hacer.

—Dos mil. En lencería.

—Y has hecho una buena inversión. —afirmó Darcy enérgicamente—. Será tu esclavo.

Iban cargadas de bolsas, y aunque Jude había decidido despilfarrar, su idea de derrochar se ajustaba más al concepto de ahorro de Darcy. De algún modo, en dos horas, reunió lo que parecía ser un vestuario completo, con accesorios, todo inducido por la determinación implacable de Darcy.

—Ya no puedo llevar más bolsas.

—Toma. —deteniéndose, Darcy le arrebató algunas bolsas a Jude y se las entregó a Brenna. —Yo no he comprado nada.

—Entonces tienes las manos libres, ¿no? ¡Oh! Mira esos zapatos. —Darcy atravesó a toda velocidad la muchedumbre congregada alrededor de un trío de violinistas, acercándose a su objetivo—. Son monísimos.

—Quiero tomar mi té. —masculló Brenna, poniendo mala cara ante los zapatos negros de tiras y con diez centímetros de tacón, por los que a Darcy se le caía la baba—. Esas cosas te producirían ampollas y calambres en la pantorrilla antes de que pudieras caminar un kilómetro con ellas.

—No son para caminar, idiota. Me los voy a comprar —atravesó tan campante la puerta de la tienda.

—Nunca tomaré mi té. —se quejó Brenna—. Me moriré de la deshidratación y del hambre y ni os enteraréis, ya que estaré enterrada bajo una montaña de bolsas de compras, entre las cuales, tengo que decir, no hay ni una cosa mía.

—Nos tomaremos un té tan pronto como me pruebe los zapatos. Toma, Jude, éstos son para ti.

—No necesito más zapatos. —pero se sentía débil y se desplomó en una silla. Se vio estudiando unos bonitos zapatos de salón de color bronce—. Son preciosos, aunque necesitaría un bolso que les vaya.

—Un bolso. ¡Dios mío! —a Brenna se le pusieron los ojos en blanco y, exhausta, se deslizó en la silla.

Se compró los zapatos, un bolso y después una maravillosa chaqueta de la tienda que había más abajo en la misma calle. Luego vio un ridículo sombrero de paja que, sencillamente, debía tener para la jardinería. Como estaban tan cargadas, sometieron a votación, con el único vota en contra de Brenna, llevar las compras hasta el coche para meterlas en el maletero, antes de buscar un sitio donde comer.

—Se lo agradezco a la Santísima Virgen y a todos los santos. —Brenna se despatarró en un reservado de un diminuto restaurante italiano que olía deliciosamente a

ajo—. Voy a desfallecer de hambre. Tomaré una pinta de Harp. —pidió en el momento en que el camarero vino arrastrando los pies— y una pizza con todo menos vuestro fregadero.

—No. —Darcy sacudió su servilleta y lanzó una sonrisa al camarero que le hizo enamorarse al instante—. Pediremos una pizza y cada una escogerá dos ingredientes. Yo tomaré una Harp también, pero sólo una caña.

—Bueno, entonces me pido champiñones y chorizo.

—Bien. —asintió Darcy con la cabeza hacia Brenna, al otro lado de la mesa—. Y yo me pido aceitunas negras y pimienta verde. ¿Jude?

—Ah, agua mineral y... —se percató de la mirada que le lanzaba Brenna, manteniendo una expresión seria, mientras su amiga gesticulaba con desesperación, «peperoni y alcaparras». Peperoni y alcaparras —pidió obedientemente.

Suspiró, se reclinó y repasó mentalmente las compras. Le dolían muchísimo los pies, no se acordaba ni de la mitad de las cosas que acababa de comprar, tenía un leve dolor de cabeza por la falta de comida y por la presencia de la conversación incesante, pero era tremendamente feliz por todo ello.

—Es el primer día que paso en Dublín. —comenzó a decir Jude—. No he ido ni a un museo ni a una galería, ni siquiera he hecho ni una foto. No he paseado por el parque de Stephen's Green ni he ido al Trinity College para ver la biblioteca ni el Libro de [Kells](#). Es una vergüenza.

—¿Por qué? Dublín siempre está ahí. —Darcy se obligó a dejar de coquetear con el camarero—. Puedes volver y hacer todo eso cuando quieras.

—Supongo que sí. Lo que pasa es que, por costumbre, es lo que hubiera hecho. Y lo hubiera planeado todo. Me hubiera estudiado las guías con minuciosidad y hubiera organizado un itinerario y un horario, y si hubiera sacado algún tiempo para comprar recuerdos, eso hubiera quedado para el final de la lista.

—Así que simplemente has empezado la lista al revés, ¿no? —Darcy volvió a dirigirle otra sonrisa radiante al camarero al servir éste las bebidas.

—Todo se ha vuelto al revés. Esperad. —agarró la muñeca de Brenna antes de que pudiera levantar la pinta.

—Jude, mi garganta está tan seca como una vieja de ochenta años. Ten compasión.

—Sólo quiero decir que nunca he tenido amigas como vosotras.

—Seguro, y no hay nadie como nosotras. —Brenna guiñó el ojo y puso los ojos en blanco al soltarle Jude la muñeca.

—No, quiero decir... Nunca he tenido amigas íntimas de verdad con las que pudiese mantener conversaciones ridículas sobre sexo, o compartir una pizza, o que me ayudaran a escoger lencería de encaje negro.

—Oh, Dios santo, no te me vayas a echar a llorar, venga, buena chica, Jude. —un poco desesperada, Brenna giró la mano para darle una palmadita a la de Jude—. Tengo unos lacrimales sensibles y no los puedo controlar.

—Lo siento. —pero era demasiado tarde. Sus ojos ya estaban llenos de lágrimas y brillantes—. Es que me siento tan feliz.

—Venga, ya está. —dijo Darcy, gimoteando y ofreciéndole unos pañuelos de papel—. Nosotras también somos felices. Vamos a brindar por la amistad.

—Sí, por la amistad. —Jude soltó un suspiro entrecortado mientras los vasos se entrecucharon—. *Slainte*.

Llegó a ver algo de Dublín al salir de la pizzería. Al fin Jude sacó su cámara y se recreó tomando fotos de los elegantes arcos de los puentes, sobre el gran río Liffey, de las plazas sombreadas con césped y de las exuberantes cestas de flores adornando los pubs.

Vio a un artista de la calle pintando una puesta de sol sobre el mar y, sin pensarlo, se lo compró a Aidan.

Obligó a Brenna y Darcy a que posaran una docena de veces y las sobornó con unos polos de nata, de una tienda de golosinas, para quedarse más tiempo haciendo turismo.

Incluso cuando regresaron a duras penas al coche, su nivel de energía estaba alto. Pensó que podía seguir así sin parar. Cuando salieron de Dublín, el cielo del oeste estaba salpicado por los colores de la puesta de sol, que parecían durar para siempre en la larga tarde primaveral.

Y la luna se elevó al acercarse a Ardmore, para bañar los campos de luz y extender espadas blancas por encima del mar.

Incluso cuando dejó a sus amigas en casa y ayudó a Darcy a meter los paquetes, no estaba cansada. Casi entró bailando dentro de su casa y, transportando sus bolsas hasta arriba, gritó alegremente.

—Estoy de vuelta y me lo he pasado genial. No tenía pensado que se acabara. La decisión más difícil sería la de elegir lo que iba a ponerse debajo de su nueva blusa de seda.

Iba a alargar la tarde con una visita a Gallagher's antes de que cerrara. Para coquetear abierta y escandalosamente con Aidan.

CAPÍTULO 14

Estaba agobiado de tanto trabajo. Había tenido lugar una exhibición de [step—dance](#) esa tarde en el colegio y parecía que la mitad del pueblo había decidido pasarse por Gallagher's después y tomarse una pinta. Varias chicas se habían vuelto a poner las zapatillas de baile para repetir el espectáculo a sus clientes.

Contribuyó a crear un ambiente feliz y a llenar el pub.

Echaba pintas con las dos manos, mantenía tres conversaciones a la vez y se ocupaba de la caja registradora. Se quería pegar un tiro por haberle dejado el día libre a Darcy.

Shawn salía y entraba de la cocina cuando tenía un rato libre, y echaba una mano en la barra y atendía las mesas. No obstante, la mitad de las veces se distraía con el baile y se le olvidaba volver.

—No es una maldita fiesta. —le volvió a recordar Aidan cuando Shawn regresó, sin prisas, para meterse detrás de la barra.

—Pues a mí sí que me lo parece. Todo el mundo está bastante contento. —Shawn asintió con la cabeza en dirección al gentío congregado alrededor de tres bailarinas—. La chica Duffy es la mejor del grupo, a mi parece—. Tiene algo especial.

—Deja de miradas, ¿vale? Y vete al otro extremo de la barra.

El tono cortante sólo provocó la sonrisa de Shawn.

—Echas de menos a tu chica, ¿eh? Y con toda la razón. Es un cielo.

Aidan suspiró y entregó vasos, llenos hasta el borde, a las ansiosas manos.

—No tengo tiempo de echar de menos nada cuando estoy hasta el culo de servir cerveza.

—Pues qué pena, porque acaba de entrar y está tan fresca y guapa como una gota de rocío, a pesar de la hora que es. —añadió Shawn, y al instante Aidan giró la cabeza.

Había intentado no pensar en ella. De hecho, había concentrado toda su energía para ver si era capaz. Casi lo logra, aunque se había distraído pensando en ella más de una docena de veces.

Y aquí estaba, con el pelo recogido hacia atrás y dedicándole toda su sonrisa. Para cuando logró abrirse camino hasta la barra, su sonrisa se tornó en una carcajada y se le olvidó la Guinness que había dejado reposando.

—¿Qué está pasando? —tuvo que subir la voz tanto que casi pega un grito, y acercarse más, tan cerca que él percibió su fragancia, ese misterio que impregnaba su piel.

—Una buena fiesta, al parecer. Te traeré un vino cuando me quede una mano libre.

Hubiera preferido usar esa mano libre, las dos manos, para cogerla en brazos, levantada en volandas por encima de la

barra y meterla dentro.

«Estás bien enganchado, Gallagher», pensó, y decidió que prefería disfrutar de la sensación.

—¿Te lo has pasado bien en Dublín?

—Sí, me lo he pasado genial. He comprado todo lo habido y por haber. Y si empezaba a desistir, Darcy me convencía.

—Se le da bien gastar el dinero. —comenzó a decir Aidan, conteniéndose después—. ¿Darcy? Ha vuelto. Oh, gracias a Dios. Otro par de manos nos serviría esta noche para que esto no se descontrola. —Puedes contar con las mías.

—¿Hum?

—Yo puedo atender los pedidos. —la idea arraigó en su cabeza y creció—. Y servir.

—Querida, no puedo pedirte que hagas eso —se movió mientras alguien se abría camino, con los codos, hasta la barra para pedir pintas, cañas y agua mineral con gas.

—No me lo estás pidiendo. Y me apetece. Si meto la pata, todos pensarán que la yanqui es un poco lenta y entonces puedes llamar a Darcy.

—¿Has trabajado alguna vez de camarera? —le lanzó una sonrisa condescendiente que la hizo enderezarse de inmediato.

—¿Cómo de duro puede ser? —soltó con brusquedad, y para demostrarlo se dio la vuelta y se introdujo en la multitud, dirigiéndose hacia una de las pequeñas mesas para empezar.

—No se ha llevado ni un bloc de notas ni una bandeja. —Aidan miró a su cliente pidiendo compasión mientras rellenaba el pedido—. Y sise me ocurriera llamar a Darcy ahora, pediría mi cabeza para el desayuno.

—Las mujeres —dijo el cliente— son criaturas peligrosas hasta en los mejores momentos.

—Cierto, cierto, pero ésa suele ser de naturaleza tranquila. Son cinco libras y ochenta peniques. Y —prosiguió al coger el dinero y contar el cambio— precisamente las de naturaleza tranquila son las que te pueden cortar antes el cuello, si se las irrita.

—Eres un hombre sabio, Aidan.

—Sí. —Aidan respiró en un momento de descanso—. Lo bastante sabio como para no llamar a Darcy y tener a dos mujeres despotricando contra mí.

De todos modos, se figuró que Jude no tardaría más de un cuarto de hora en darse cuenta de que era muy complicado. Al fin y al cabo, era una mujer práctica. Y después, podría calmarla diciéndole que, de cualquier manera, había sido una noche extraña en el pub y qué atenta había sido al ofrecer su ayuda, y tal y cual, hasta que la desnudara y la metiera en la cama.

Satisfecho con la idea, Aidan sirvió la siguiente bebida con regocijo. Y esperaba a Jude con una sonrisa a la vez que ella se volvía a abrir camino hasta la barra.

—Te traeré ese vino ahora. —empezó a decir.

—No bebo cuando trabajo. —le replicó inteligentemente—. Necesito dos pintas de Harp y un vaso de Smithwick's, dos whiskys... hum... que sean... Paddy's, dos Coca—Colas y un Baileys. —le dirigió una sonrisa petulante—. Y no me vendría mal uno de esos delantales si tienes uno a mano.

Comenzó a preparar el pedido y carraspeó:

—Ah... no sabes los precios.

—Tienes una lista de precios, ¿no? Métela en el delantal. Sé sumar y bastante bien, por cierto. Si me das una bandeja, mientras estás preparando ese pedido, puedo recoger algunas de las copas vacías antes de que acaben rotas en el suelo.

«Un cuarto de hora», volvió a reflexionar, y Aidan sacó un menú, un mandil, los colocó en una bandeja y se los pasó.

—Eres muy amable al echar una mano, Jude Frances.

Levantó las cejas.

—Crees que no lo puedo hacer. —habiendo dicho esto, se fue indignada.

—¿Duele? —le preguntó Shawn a sus espaldas.

—¿Qué?

—Meter la pata hasta la médula de esa manera. Apuesto a que tiene que doler una barbaridad. —se rió por lo bajo cuando Aidan le dio un codazo fuerte en las costillas—. Ella también tiene un encanto especial. —añadió, observando alude despejar una de las mesas bajas y charlar con la familia que estaba sentada allí—. No me importaría quitártela de encima si... —la voz de Shawn se fue apagando, algo intimidado por la mirada fulminante que Aidan le lanzó—. Sólo es una broma. —farfulló, y volvió al otro extremo de la barra.

Jude regresó, empezó a dejar los vasos vacíos y a colocar el primer pedido.

—Una pinta y un vaso de Guinness, dos Orangeens y una taza de té con whisky.

Antes de que Aidan pudiese decir nada, alzó la bandeja, de una manera tan insegura como para contener la respiración, y se fue a atender.

Se lo estaba pasando como nunca. Estaba en medio de todo ello, formaba parte de ello. Música y movimiento, conversaciones y risas a pleno pulmón. La gente la llamaba por su nombre y le preguntaba cómo le iba todo. A nadie parecía sorprenderle, en lo más mínimo, que estuviera cogiendo los pedidos y vaciando los ceniceros.

Sabía que no tenía la grácil eficacia y estilo de Darcy, pero se las arreglaba. Y si casi había derramado una pinta de cerveza sobre el señor Duffy, la palabra clave era «casi». La había cogido él mismo con un guiño y una

sonrisa, y dijo que pronto la tendría más bien dentro que encima.

También se las apañaba con el dinero, y no creyó que hubiese cometido errores importantes. De hecho, uno de los bolsillos del mandil estaba repleto de propinas, que la llenaban de orgullo.

Cuando Shawn pasó tan campante y la hizo girar en un baile vertiginoso, estaba demasiado asombrada como para sentir vergüenza.

—No sé bailar.

—Claro que sabes. ¿Te pasarás y tocarás mi música otra vez, Jude Frances?

—Me encantaría. Pero me tienes que soltar. Me estoy quedando sin aliento y te estoy pisando los pies.

—Si me dieras un beso, Aidan estaría celoso perdido.

—No lo haría. ¿En serio? —su sonrisa era irresistible—. Sólo te besaré porque eres muy guapo.

Al quedarse boquiabierto ante su respuesta, ella le dio un beso en la mejilla.

—Ahora se supone que tengo que estar trabajando. El jefe me descontará el dinero del sueldo si sigo bailando contigo.

—Esos mozos de Galtagher son unos sinvergüenzas. —le comentó Kathy Duffy mientras Jude recogía más vasos—. Que Dios los bendiga. Un par de buenas mujeres les harían sentar la cabeza, pero no tanto como para que dejaran de ser interesantes.

—Aidan está casado con el pub. —intervino Kevin Duffy al encender un cigarro—. Y Shawn con su música. Todavía quedan unos cuantos años hasta que se casen.

—Sin embargo, no es ningún impedimento para que una moza inteligente lo intente, ¿verdad? —y Kathy le guiñó el ojo a Jude.

Jude procuró sonreír al dirigirse a otra mesa. Logró mantener la sonrisa al atender los otros pedidos. No obstante, su cabeza cavilaba.

¿Es eso lo que pensaba la gente?, se preguntó. ¿Que intentaba trincar a Aidan como marido? Pero si ni siquiera se le había pasado por la cabeza. No seriamente. Apenas.

¿Acaso pensaba él que eso era lo que ella pretendía?

Le miró de soslayo, le observó cómo echaba unas pintas con destreza al hablar con dos de las hermanas Riley. No, claro que no. Sólo estaban disfrutando. Disfrutando mutuamente. La idea del matrimonio se le había cruzado por la cabeza, era normal. Pero no le había dedicado demasiado tiempo.

El caso es que no quería. Ya había recorrido ese camino y se había estrellado contra el asfalto.

Era mejor la diversión. La ausencia de compromiso y expectativas restaba liberadora. Se tenían afecto y respeto mutuo, y si estaba enamorada de él, bueno... eso sencillamente lo hacía más romántico.

No iba a hacer nada para estropeado. De hecho, iba a hacer todo lo que pudiese para mejorarlo, para exprimir cada gota de placer del tiempo que le quedaba.

—Cuando vuelvas de allí, Jude, tornaré otra pinta antes de que cerréis.

—¿Eh? —distráida, bajó la mirada al rostro ancho y paciente de Jack Brennan—. Oh, lo siento. —cogió su vaso vacío y le frunció el ceño.

—No estoy borracho. —le aseguró—. Mi corazón está curado. La verdad es que no sé cómo me puse así por una mujer. Pero si te preocupa, le puedes preguntar a Aidan si aguanto otra cerveza.

Era tan dulce, pensó, y reprimió el impulso de darle una palmadita en la cabeza como si fuera un gran perro lanudo.

—¿Ningunas ganas de romperle la nariz? —Bueno, tengo que admitir que siempre he tenido un poco de ganas de darle un puñetazo, porque nunca se lo han podido dar. Y él me rompió la nariz hace ya un tiempo.

—¿Que Aidan te rompió la nariz? —era terrible. Era fascinante.

—No con intención. —puntualizó Jack—. Teníamos quince años y estábamos jugando al fútbol, y una cosa llevó a la otra, aunque, en realidad, Aidan nunca ha sido de los que se pelean con los colegas a menos que...

—¿Una cosa lleve a la otra?

—Eso es. —le sonrió Jack—. Y no creo que se haya metido en un buen lío en meses. Lo más seguro es que estará al caer, aunque está muy ocupado en cortejarte como para meterse en una bronca.

—No me está cortejando.

Jack frunció la boca con una expresión entre preocupada y perpleja.

—¿Te gusta entonces?

—Yo... —¿cómo le iba a contestar?—. Me cae muy bien. Mejor será que te traiga esa pinta. Casi es la hora de cerrar.

—Estarás rendida. —aseguró Aidan al cerrar la puerta tras el último rezagado—. Ahora siéntate, Jude, y te traeré una copa de vino.

—No me importaría. —tenía que reconocer que había sido duro. Agradable pero agotador. Le dolían los brazos de llevar las pesadas bandejas. No era de extrañar, concluyó, que los brazos de Darcy estuvieran tan bellamente contorneados.

Y sus pies... daba miedo sólo de pensar en el dolor punzante que sentía en los pies.

Se dejó caer en un taburete, enderezó los hombros.

En la cocina, Shawn estaba limpiando y cantaba acerca de un rebelde chico, oriundo de las colonias. El ambiente estaba cargado de humo y aún impregnado por los olores de la cerveza y el whisky.

Lo encontró todo muy hogareño.

—Si decides dejar la psicología, —dijo Aidan al colocar una copa delante de ella—, te contrato. Nada pudo agradecerle más.

—Lo he hecho bien, ¿verdad?

—Lo has hecho fenomenal. —le tomó la mano y se la besó—. Gracias.

—Me ha gustado. No he dado muchas fiestas. Me ponen tan nerviosa. La planificación me deja en un constante estado de ansiedad. Y luego hacer de anfitriona, controlando que todo marche sobre ruedas. Esto ha sido como dar una fiesta sin todos esos nervios. Y... —hizo sonar las monedas en el bolsillo del delantal—... me han pagado.

—Ahora puedes sentarte y contarme qué tal te fue el día en Dublín mientras yo limpio aquí arriba.

—Te lo contaré al mismo tiempo que te ayudo a limpiar.

Aidan decidió no poner a prueba su buen humor para no volver a discutir, pero no quería darle algo que fuese más complicado que recoger vasos vacíos y depositarlos en la barra. Sin embargo, fue más rápida de lo que pensaba y ya se había arremangado, cuando él aún estaba ocupado en su faena detrás de la barra y con la caja registradora.

Con un cubo y un trapo que le había pedido a Shawn, Jude comenzó a fregar las mesas.

Aidan escuchó la forma en que la voz le subía y le bajaba al describir lo que había visto y hecho ese día. Las palabras no eran tan importantes, caviló. Simplemente era muy reconfortante escucharla.

Parecía llevar consigo una bendita paz adondequiera que fuese.

Él empezó con el suelo, trabajando alrededor de ella y con ella. Era increíble, reflexionó, la facilidad con que se amoldaba a su ritmo. ¿O acaso era él quien se amoldaba al suyo? No sabría decirlo. Pero parecía tan natural la manera en que encajaba en su lugar, su mundo. Su vida, si viniera al caso.

Nunca se la había imaginado acarreando bandejas y dando el cambio. Por supuesto que no era un trabajo para ella, pero lo había hecho bien. Un entretenimiento, suponía. Desde luego, no había sido educada para limpiar cerveza derramada cada noche. No obstante, lo hacía con una desenvoltura tan resuelta que sentía una necesidad imperiosa de abrazarla.

Cuando se dejó llevar por el impulso, rodeándole la cintura y arimándola de espaldas contra él, ella se acopló.

—¿Qué bien! —murmuró Jude.

—Sí. Aunque te estoy entreteniendo esta noche hasta bien tarde, haciendo el trabajo sucio.

—Me gusta. Ahora que todo está en silencio y todos se han ido a sus casas a dormir, puedo pensar en lo que Kathy Duffy me dijo o en la broma que contó Douglas O'Brian, y escuchar a Shawn cantando en la cocina. En

Chicago ya estaría durmiendo, tras terminar unos artículos y leer un capítulo de un buen libro, con una brillante crítica literaria —relajada, cerró su mano sobre la de Aidan—. Esto es mucho mejor.

—Y cuando regreses... —Aidan colocó su mejilla sobre la cabeza de ella—. ¿Buscarás un pub en tu barrio y pasarás una tarde o dos allí?

La idea la hizo pensar en un oscuro y grueso muro que se cernía sobre su futuro.

—Aún me queda mucho tiempo antes de que eso se convierta en un problema. Ahora disfruto aprendiendo a vivir el día a día.

—Y noche tras noche. —le dio la vuelta y la envolvió en un vals, siguiendo la melodía que Shawn cantaba.

—Noche tras noche. Bailo muy mal.

—Claro que no. —lo que le ocurría era que titubeaba y aún no se sentía segura consigo misma—. Te vi bailando con Shawn y luego le diste un beso delante de Dios y del país entero.

—Me contó que te pondrías celoso perdido.

—Podría haber sido así, si no supiera que soy capaz de darle una paliza hasta dejarlo inconsciente, si fuese necesario.

Ella se rió, encantada, viendo cómo la habitación giraba a su alrededor mientras le daba vueltas.

—Lo besé porque es guapo y me lo pidió. Tú también eres guapo. Te podría dar un beso si me lo pidieras.

—Ya que eres tan generosa con tus besos, dame uno.

Para provocarle, y acaso no era maravilloso descubrir que podía provocar a un hombre, depositó un casto beso en su mejilla. A continuación depositó otro, igual de suave, en su otra mejilla. Cuando Aidan sonrió y dio una vuelta alrededor de Jude, ella apartó la mano del hombro y la introdujo en el cabello, y sin desviar la mirada, se puso de puntillas para pegar sus labios contra los de él afectuosamente.

En esta ocasión fue Aidan quien sintió una sacudida en su cuerpo. Cogiéndole desprevenido, ella dominó el beso, convirtiéndolo de afectuoso en apasionado, de suave en profundo. Él suspiraba de forma que su boca, su sangre, su cerebro, se colmaban del sabor de ella.

Turbado, le introdujo la mano entre la espalda y la blusa y dejó que ella despojara su mente de cualquier idea.

—Parece que ya va siendo hora de que me va ya. —dijo Shawn.

Aidan alzó la cabeza.

—Cierra cuando te vayas, Shawn. —dijo sin apartar la mirada del rostro de Jude.

—Lo haré. Buenas noches, Jude.

—Buenas noches, Shawn.

Silbando, Shawn echó los cerrojos y cerró la puerta tras él

con discreción, mientras Aidan y Jude seguían en medio del suelo recién fregado.

—Te deseo muchísimo. —Aidan atrajo hacia su boca la mano que aún sujetaba y se la besó.

—Me alegra escuchado.

—A veces me resulta difícil ser tierno.

—Entonces no lo seas. —la excitación la inundó en un torrente caliente. Emocionada por su propio atrevimiento, retrocedió y comenzó a desabrocharse la blusa—. Puedes comportarte como quieras. Tomar lo que quieras.

Nunca se había desnudado delante de un hombre, no al menos de una manera provocativa. Sin embargo, los nervios que afloraban en su estómago se mezclaban con la excitación, y fueron engullidos por un puro placer femenino al ver que sus ojos se le dilataban.

El sujetador de encaje negro tenía un escote bajo, un contraste erótico con su piel lechosa: estaba diseñado para lucido.

—¡Por Dios! —soltó Aidan, con una voz entrecortada—. Intentas matarme.

—Sólo seducirte. —se quitó los zapatos con los dedos de los pies—. Es la primera vez que hago esto. —más debido a la inexperiencia que al diseño de los pantalones, se los desabrochó despacio—. Así que espero que me perdones cualquier paso en falso.

Aidan sintió que la boca se le secaba por la anticipación de lo que iba a suceder a continuación.

—No veo que falte nada. Me parece que se te da muy bien.

Jude tenía los dedos algo entumecidos, pero los separó y dejó caer los pantalones. Más encaje negro, un pretexto para un triángulo que formaba una uve sobre su vientre y subía por encima de sus caderas.

No se había atrevido a ponerse la liga que iba a juego, ni las medias negras que Darcy le había convencido que comprara, pero al ver la expresión en la cara de Aidan, pensó que lo haría la próxima vez.

—He comprado muchas cosas hoy.

Él no estaba seguro de si podría articular palabra. Ella permanecía bajo las luces del pub, con el pelo recogido hacia atrás, los ojos ensoñadores de diosa del mar, llevando sólo encaje negro que pedía sexo a gritos.

¿Qué faceta de ella debía un hombre escuchar?

—Me da miedo tocarte.

Jude se preparó y avanzó hacia él, sacando los pies de los pantalones caídos en el suelo.

—Entonces yo te tocaré. —con el corazón latiéndole con fuerza, le rodeó el cuello con los brazos y atrajo su boca hacia la de él.

Resultaba tan provocativo pegarse contra su cuerpo cuando ella estaba casi desnuda y él completamente vestido. Era una sensación tan poderosa sentir cómo el

cuerpo de Aidan temblaba contra el suyo, como si estuviera reprimiendo un impulso violento y feroz.

Era tan liberador darse cuenta de que deseaba que él desatara su ferocidad y violencia.

—Tómame Aidan. —le mordisqueó el labio inferior y prácticamente se deslizó por todo su cuerpo—. Toma lo que quieras.

Aidan sintió que su autocontrol se quebraba como si fuera un cañón estallando en su cabeza. Sabía que era brusco y no podía hacer nada por controlarse, mientras sus manos se afanaban y su boca devoraba como si se diera un festín. Su grito ahogado de asombro fue como añadir más leña al fuego al arrastrada hacia el suelo.

Rodaron juntos, él loco por acariciada por todas partes. Frenético, deseando más, cerró los labios y los dientes sobre el encaje de su pecho.

Ella se arqueó, doblegándose de placer, estremeciéndose de dolor. La embargaba el poder, el impacto de saber que ella le había empujado más allá de lo civilizado.

Simplemente por ser ella misma. Simplemente por ofrecerse.

Tan enloquecida como él por tocar, se aferró y desgarró su camisa hasta que tuvo sus manos sobre su piel.

Después sus labios, sus dientes.

Ardientes y frenéticos, con manos codiciosas, embistiendo el uno contra el otro, satisfechos y entregados al placer. No se trataba del hombre paciente y la mujer tímida, sino de dos que se habían despojado hasta quedar reducidos a lo primitivo. Ella gozó de ello, absorbiendo cada intensa sensación y también esforzándose por dar.

El primer orgasmo la atravesó como un rayo de sol.

Él sólo podía pensar en querer más. Más y más. Quería comérsela viva, devorada para que el repentino sabor salvaje de ella permaneciera en su interior para siempre. Cada vez que su cuerpo temblaba, cada vez que gritaba, él volvía a pensar. Una y otra vez.

La necesidad de copular era como una fiebre en su sangre. La penetró y su ritmo se volvió más desenfrenado cuando ella tuvo un orgasmo y gritó su nombre. Ascendía y descendía junto con él, embistiendo al mismo ritmo que él la embestía. La vista se le nublaba de forma que el rostro, los ojos y el pelo revuelto de ella aparecían tras una suave cortina de niebla.

Luego incluso eso se desvaneció cuando el animal dentro de él saltó y los engulló a ambos.

Ella yacía tumbada encima de él, exhausta, con el cuerpo dolido, sonriendo. Él permanecía debajo, turbado y sin habla.

Sus reacciones opuestas tenían la misma raíz. La había poseído en el suelo del pub. No había podido contenerse; no había sido capaz de controlarse en absoluto. Ninguna finura, ninguna paciencia. No había sido hacer el amor,

sino copular, así de primitivo.

Su propio comportamiento le escandalizaba. Los pensamientos de Jude discurrían por el mismo camino. No obstante, le excitaba pensar en su comportamiento y en el de Aidan.

Cuando él escuchó su largo suspiro, se estremeció y decidió que tenía que hacer lo que fuera para que se sintiera cómoda.

—Te llevaré arriba.

—Mmmm. —eso esperaba, para que pudieran repetirlo todo otra vez.

—Quizás te apetezca un baño caliente y una taza de té antes de acompañarte a casa.

—Humm. —ella volvió a suspirar, apretando sus labios—. ¿Y tú? ¿Quieres un baño? —la idea resultaba intrigante.

—Pensé que quizás te haría sentir algo mejor.

—No creo que sea posible sentirse mejor, no en este nivel de existencia.

Aidan cambió de posición y ya que ella estaba tan maleable como un fideo, le resultó bastante fácil darle la vuelta, de forma que la sostuvo acunándola entre sus brazos. Cuando ella sólo sonrió y dejó caer su cabeza sobre el hombro de Aidan, él meneó la cabeza.

—¿Qué es lo que se te ha pasado por la cabeza, Jude Frances Murray? Llevando ropa interior diseñada para volverme loco, y dejando que me salga con la mía, aprovechándome de ti en el suelo.

—Tengo más.

—¿Más de qué?

—Más ropa interior. —respondió—. Compré un montón de bolsas.

Ahora le tocaba a él apoyar su cabeza débilmente sobre su hombro.

—¡Santo cielo! Estaré muerto en una semana.

—Empecé con el negro porque Darcy me contó que era infalible.

Él simplemente se atragantó cuando dijo eso. Satisfecha con su reacción, ella se arrimó a él.

—Podía hacer contigo lo que quería. Me gustó.

—Se ha vuelto desvergonzada conmigo.

—Pues sí, así que te diré que quiero que me subas en brazos. Me encanta cuando lo haces porque me hace sentir muy femenina y excitada. Y después me llevas a la cama.

—Si tengo que hacerlo, así será. —miró a su alrededor, observando la ropa esparcida. Luego volvería a por ella, se dijo a sí mismo. Más tarde.

Y cuando lo hizo, bastante más tarde, tocó entre sus dedos las prendas de encaje al llevarlas arriba. «Estás llena de sorpresas, Jude Frances», reflexionó. Incluso para ella

misma, si se ponía a juzgarla.

La tímida rosa estaba floreciendo.

Ahora estaba dormida, tan cómoda en su cama.

Encajaba, decidió al sentarse en el borde para verla dormir. Al igual que encajaba en su pub sirviendo bebidas, trabajando en su jardín o caminando por las colinas con la perra de los O'Toole a su lado.

Sin duda, se había amoldado perfectamente a su vida. ¿Y por qué no iba a formar parte de su vida?, se preguntó. ¿Por qué tenía que volverse a Chicago cuando era feliz aquí, y él era feliz con ella?

Ya era hora de tener una esposa, ¿no? Y de formar una familia. No había encontrado a nadie que le hiciera ver eso como una perspectiva feliz, hasta que conoció alude.

Había estado esperando a alguien, ¿verdad? Y he aquí que ella había entrado en su pub en una noche lluviosa. Eso era el destino.

Ella podría opinar de forma diferente, pero la convencería.

No significaba que tuviera que dejar su trabajo, aunque él tendría que buscar la forma para que ella se sintiera lo más satisfecha posible. Al fin y al cabo, era una mujer práctica

y habría que explicarle con todo detalle sus opciones.

Ella estaba por él, pensó al jugar con su pelo. Al igual que él por ella. Ella tenía raíces aquí, al igual que él. Y cualquiera con ojos en la cara podía ver que había encontrado esas raíces que florecían.

Había una lógica en todo ello y estaba seguro de que a ella le gustaría. Quizás estaba un poco nervioso, pero eso era normal cuando un hombre analizaba un cambio tan grande en su vida, junto con la responsabilidad y la estabilidad que suponía tener una esposa e hijos.

Por lo tanto, si las palmas de las manos le sudaban un poco, no era nada por lo que inquietarse. Ya lo planificaría todo para ella y luego irían a más.

Satisfecho, se deslizó por la cama junto a Jude, la atrajo hacia sí, donde más le gustaba tenerla, y dejó que su mente se dejase llevar por el sueño.

Mientras él dormía, Jude soñaba con Carrick, a lomos de su caballo blanco y alado, planeando sobre cielo, tierra y mar: Y mientras volaba, recogía joyas del sol, lágrimas de la luna y el corazón del mar.

CAPÍTULO 15

Era un paso atrevido, aunque últimamente había dado varios. No había nada malo en ello. Quizás fuese un poco tonto y poco práctico, pero no era ilegal.

Aun así, Jude echó una mirada fugaz a su alrededor con aire de culpabilidad, acarreado una mesa hacia el jardín delante de la casa. Ya había elegido el lugar, ahí mismo en la curva del camino donde la verbena y la cigüeña malva pugnaban por salir entre las piedras. La mesa cojeaba un poco sobre el terreno irregular, pero merecía la pena.

El tambaleo de la mesa no era nada comparado con las vistas, el aire y la fragancia.

Volvió a por la silla que había escogido y la dispuso justo detrás de la mesa. Al no venir nadie a decidir qué demonios pensaba que estaba haciendo, se fue corriendo a por su portátil.

Iba a trabajar fuera y la idea la tenía loca de contenta. Había dispuesto su área de trabajo en un ángulo para que pudiese ver las montañas así como los setos. Los setos florecían salvajemente con colores fucsias. El sol brillaba a través de las capas de nubes, de forma que la luz se convertía en una delicada maraña de plata y oro. La más delicada de las brisas corría para agitar sus flores y traer su fragancia hasta ella.

Preparó una pequeña tetera, utilizando una de las más bonitas de Maude. Un gran capricho junto con—las galletitas de chocolate que había colocado en un plato. Era tan perfecto que parecía mentira. Jude juró que trabajaría el doble.

No obstante, se sentó un rato, dándole sorbos a su té y soñando allá en las montañas. Su pequeña porción de paraíso, pensó. Los pájaros cantaban y alcanzó a ver la figura llamativa de un dúo de urracas, o al menos eso creyó.

Una por la añoranza, dos por la felicidad y si veía a una tercera, sería tres por... Nunca lograba acordarse, por lo tanto, tendría que conformarse con la felicidad.

Se rió. Sí, tendría que conformarse con la felicidad. Sería difícil que fuese más feliz de lo que era ahora. ¿Y qué mejor que un cuento de hadas para prolongar la felicidad?

Inspirada, se puso a trabajar.

La música de los pájaros trinaba a su alrededor.

Las mariposas revoloteaban con alas de hada por encima de las flores. Las abejas zumbaban somnolientas, mientras ella se dejaba llevar por un mundo de brujas y guerreros, de elfos y hermosas doncellas.

Le sorprendió darse cuenta del material que ya había compilado. Más de dos docenas de cuentos, fábulas e historias. Había sido tan gradual y tan fácil... Su análisis de cada uno distaba mucho de ser completo y tendría: que ponerse a trabajar en serio. El problema era que sus palabras, comparadas con la música y la magia de los cuentos, parecían insípidas y simples.

Quizás debería intentar introducir algo de esa... musicalidad, bueno, eso suponía... en su trabajo. ¿Por qué tenía que ser el análisis tan rebuscado, tan científico? No haría ningún daño darle un poco de colorido, incluir algunos de sus pensamientos y sentimientos, y hasta algunas de sus experiencias e impresiones. Describir a las personas que le habían relatado la historia, cómo la habían contado y dónde.

El pub poco iluminado, con la música de fondo, el ajetreo en la cocina de los O'Toole, las colinas por donde había paseado con Aidan. Lo haría más personal, más real.

Sería escribir.

Se apretó las manos, una palma presionando con fuerza contra la otra palma. Podría dejarse llevar por la escritura tal como siempre había deseado. Al pensar en ello, al dejarse acariciar por esa idea tan brillante, casi podía sentir el cerrojo deslizarse y abrirse en su interior.

Y si fracasaba, ¿qué importaba? Como mucho había sido una profesora mediocre, y al menos sería mediocre en algo que anhelaba con desesperación.

Con la excitación recorriéndole el cuerpo, colocó las manos sobre las teclas y rápidamente las retiró. La duda, su compañera inseparable, acercó una silla a su lado.

«Venga, Jude, no tienes ningún talento para expresarte», se dijo a sí misma. «Quédate con lo que sabes hacer. De todas formas, nadie va a publicar tu artículo. Ya te estás permitiendo demasiadas concesiones. Al menos, cíñete al plan original y acábalo.»

Por supuesto que nadie lo iba a publicar, admitió tras respirar hondo. Ya era demasiado largo como para una comunicación, un artículo o un tratado. Dos docenas de cuentos eran demasiado. Lo lógico sería escoger los seis mejores, analizarlos según lo planeado y después esperar a que alguna editorial, al margen de lo académico, estuviera interesada.

Eso sería sensato.

Una mariposa aterrizó en el borde de la mesa, extendió las alas tan azules como el cobalto. Durante unos instantes, parecía que la escudriñaba con tanta curiosidad como Jude a ella.

Y oyó una oleada de música, gaitas, flautas y la ráfaga apenada de las cuerdas de las arpas. Parecía como si inundara las colinas hasta alcanzada, obligándola a levantar la mirada hacia todo ese verdor reluciente.

¿Por qué tenía que ser la sensata de Jude en este lugar? La magia ya la había acariciado. Sólo tenía que estar dispuesta a abrirse más.

No quería escribir un maldito artículo. Deseaba, oh Dios, deseaba escribir un libro. No quería limitarse a lo que ya sabía hacer o lo que todo el mundo esperaba de ella. Quería, por fin, alcanzar lo que deseaba conocer, lo que nunca se había atrevido a esperar de sí misma. Ya

fracasara o alcanzara el éxito, al menos tendría la libertad de experimentado.

Cuando la duda empezó a mascullar a su lado, la apartó bruscamente con un codazo.

La lluvia caía y la neblina se arremolinaba tras las ventanas. Un fuego resplandecía en la pequeña chimenea de la cocina de mi casa de campo. Sobre la encimera había flores empapadas por la lluvia. Las tazas de té humeaban sobre la mesa entre nosotros, mientras Aidan me contaba este cuento.

Tiene una voz como su país, llena de música y poesía. Regenta el pub en el pueblo de Ardmore que su familia ha llevado durante generaciones y lo regenta bien, de tal modo que resulta un lugar entrañable y agradable. A menudo le he visto detrás de la barra, escuchando historias o contándolas mientras la música suena o los clientes beben sus pintas.

Posee encanto en abundancia, y un rostro que llama la atención de las mujeres y en el que los hombres confían. Su sonrisa es fácil, su mal genio escaso, pero ambos son intensos. Cuando se sentó en medio del silencio de mi cocina, esa tarde lluviosa, esto fue lo que me contó.

Jude alzó las manos, las acercó a sus labios. Los ojos le brillaban y le centelleaban por el descubrimiento. Ya está, pensó. Había— empezado. Había empezado y resultaba emocionante. Era suyo. Dios, casi se sentía embriagada por ello.

Respirando de nuevo para tranquilizarse, tecleó hasta desplazar el cuento de Lady Gwen y el príncipe Carrick bajo la introducción.

Volvió a leer la historia, en esta ocasión incluyendo la manera en que él había hablado, lo que ella había pensado, la forma en que el fuego había caldeado la cocina, el rayo de sol que había aparecido y desaparecido sobre la mesa.

Cuando terminó, regresó al principio y añadió más, modificó algunas frases. Sintióse motivada, abrió un nuevo documento. Necesitaba, un prólogo, ¿verdad? Las ideas ya le brotaban. Sin pararse a pensar, escribió lo que afloraba de su mente a sus dedos.

En su cabeza oía como una especie de canto. Y la letra era sencilla y maravillosa. Estoy escribiendo un libro.

Aidan se detuvo en la verja del jardín y se quedó mirándola. Qué cuadro más bonito formaba, pensó, sentada ahí rodeada de todas sus flores, aporreando las teclas de esa pequeña máquina inteligente como si su vida dependiera de ello.

Llevaba un ridículo sombrero de paja para protegerse los ojos y unas gafas de montura metálica negra. Una mariposa de color azul brillante revoloteaba sobre su hombro izquierdo, como si leyera las palabras que aparecían en la pantalla.

Su pie daba golpecitos, sugiriéndole que había música en su cabeza. Se preguntaba si ella era consciente de ello o si sonaba como telón de fondo de sus pensamientos.

Sus labios se curvaban en una sonrisa, así que sus pensamientos debían ser agradables. Esperaba que le dejara leerlo. ¿Acaso era el influjo del amor, se preguntó, o realmente tenía una belleza deslumbrante, que de algún modo irradiaba poder?

No tenía intención alguna de molestarla hasta que no hubiese terminado, por lo tanto, simplemente se apoyó sobre la verja, con el regalo que le había traído escondido bajo su brazo.

No obstante, ella se detuvo en seco, apartando sus manos de las teclas y colocando una sobre su corazón al girar la cabeza deprisa. Su mirada se encontró con la de Aidan e incluso en la distancia él podía ver el abanico de sensaciones que se reflejaban en sus ojos: la sorpresa, el placer de verle y la leve vergüenza que parecía empañarle los ojos con demasiada frecuencia.

—Buenos días, Jude Frances. Siento interrumpir tu trabajo.

—Oh, bueno... —había percibido su presencia, había sentido algo, meditó, por muy ridículo que sonara. Un cambio en el aire. Ahora la había pillado.— Está bien. —manejó las teclas con torpeza para guardar y cerrar el documento, y se quitó las gafas, colocándolas encima de la mesa—. No es nada importante.

Era todo, quiso gritar. Era el mundo, su propio mundo.

—Sé que resulta raro instalarme aquí fuera. —comenzó a decir al levantarse.

—¿Por qué? Hace un día precioso para estar fuera.

—Sí... sí que lo hace. —apagó la máquina para ahorrar batería—. He perdido la noción del tiempo.

Puesto que lo dijo como si estuviera confesando un pecado a un cura, Aidan se rio al recorrer el pestillo de la verja con la mano libre.

—Parecía como si estuvieras disfrutando y haciendo tus cosas. ¿Por qué preocuparse del tiempo?

—Entonces diría que es el momento perfecto para un descanso. Me imagino que el té ya estará frío, pero...

Su voz se fue apagando al darse cuenta de lo que él llevaba. Los ojos se le iluminaron de alegría y se precipitó hacia él.

—Oh, tienes un cachorro. ¡Qué dulce!

El cachorro se había arrullado y dormido durante la caminata de Aidan desde el pueblo, pero ahora, al despertarle las voces, empezó a—moverse; Primero bostezó y a continuación abrió los oscuros ojos marrones. Era una bola de pelo blanco y negro, orejas caídas, patas grandes y, entre ellas, una cola fina como rabo.

Excitado, soltó un ladrido y de repente empezó a menearse.

—Oh, pero qué adorable que eres, qué lindo y tan suave.

—murmuró, cuando Aidan le entregó el cachorro entre sus manos. Cuando ella le acarició el pelo con la nariz, el perro inmediatamente le cubrió la cara de lametones, con adoración.

—Bueno, no es necesario preguntar si os gustáis. Es amor a primera vista, aunque nuestra Jude asegura no creer en ello.

—¿Quién se puede resistir ante él? —alzó al perro en el aire, que se meneó con alegría.

—La perra de los Clooney tuvo una camada hace unas semanas y pensé que éste era el que más carácter tenía. Se acaba de destetar y está preparado para su nuevo hogar.

Jude se agachó, soltando al perro para que subiera y saltara por sus piernas, tumbándose boca arriba, pidiendo que le acariciaran la panza.

—Parece que está preparado para todo. ¿Cómo le vas a llamar?

—Eso depende de ti.

—¿De mí? —levantó la mirada y se rió al mordisqueada el cachorro los dedos, pidiendo más atención—. Acaparador, ¿eh? ¿Quieres que le ponga un nombre para ti?

—No, para ti. Te lo he traído, si lo quieres. Pensé que te podría hacer compañía en tu colina de hadas.

Las manos de Jude se quedaron quietas.

—¿Me lo has traído a mí?

—Te gusta la perra canela de los O'Toole, entonces pensé que te podría gustar tener tu propio perro, exclusivamente tuyo, por así decirlo.

Como ella sólo se quedó mirándole fijamente, Aidan dio marcha atrás.

—Si no te apetece cuidado, me lo quedaré yo mismo.

—¿Me has traído un cachorro?

Aidan movió los pies.

—Supongo que debería haberte preguntado primero si te interesaba. Mi idea era sorprenderte. Y...

Dejó la frase sin acabar cuando de repente ella se sentó en el suelo, cogió al cachorro en sus brazos y rompió a llorar.

Como norma, a Aidan no le importaban las lágrimas, sin embargo éstas le habían pillado desprevenido y no tenía ni idea del motivo. Cuanto más se retorció el cachorro en sus brazos y le lamía la cara, con más fuerza lo agarraba Jude y con más ímpetu lloraba.

—Oh, venga, cariño, no te lo tomes así. Venga *a gbra*, no hay necesidad de esto. —Aidan se puso en cuclillas, sacando su pañuelo y dándole una palmadita—. Shhh, es todo culpa mía.

—Me has traído un cachorro. —le faltó poco para que su llanto se convirtiera en grito e hizo que el perro se pusiera a aullar por empatía.

—Lo sé. Lo sé. Lo siento. Me lo tenía que haber pensado

antes. Estará bien en el pub. No es ningún problema.

—Es mío. —lo abrazó cuando Aidan fue a al canzado—. Me lo has dado, así que es mío.

—Sí. —dijo con cautela. Señor que estás en los cielos, las mujeres eran todo un enigma—. ¿Lo quieres entonces?

—Siempre he querido un perrito. —soltó entre sollozos, meciéndose.

Aidan se pasó una mano por el pelo y se rindió.

Se sentó a su lado.

—¿De verdad? Entonces, ¿por qué no tuviste uno?

Al fin, Jude levantó el rostro empapado por el llanto. Se le seguían saltando las lágrimas.

—Mi madre tiene gatos. —logró decir, y le entró hipo.

—Ya veo. —tanto como a través de una niebla espesa, se dijo a sí mismo—. Bueno, un gato está bien. Nosotros tenemos uno también.

—No, no, no. Éstos son como si fueran de la realeza. Son preciosos, distantes, remilgados y elegantes. Son siameses de pura raza y realmente bonitos, pero nunca les gusté. Yo sólo quería un perro tonto que se subiera a los muebles y me comiera los zapatos y... y que le gustara.

—Creo que podrás contar con éste para que te haga todo eso. —aliviado, Aidan acarició su mejilla, mojada por las lágrimas y los lametones del cachorro—. ¿Entonces no le maldecirás cuando te deje un charco en el suelo o se coma uno de esos bonitos zapatos italianos que tanto le gustan a Darcy?

—No. Es el regalo más maravilloso que me han hecho. —alcanzó a Aidan, apretujando al cachorro, entusiasmado, entre los dos—. Eres el hombre más maravilloso del mundo.

Al igual que el perro había hecho con ella, cubrió el rostro de Aidan con besos de adoración.

Quizás le había traído el perro para conquistada, aunque no tenía sentido sentirse culpable porque había funcionado, ¿no? ¿Cómo se iba a imaginar que iba a satisfacer un deseo de la infancia con un chuchito de orejas caídas?

Apartó el incómodo sentimiento y logró cubrirla boca ansiosa de Jude con la suya.

Quería veda feliz, se dijo Aidan. Eso era lo importante.

—Necesito un libro. —murmuró Jude.

—¿Un libro?

—No sé cómo adiestrar a un cachorro. Necesito un libro.

Puesto que era una reacción tan típica de ella, él sonrió y retrocedió.

—Primero te recomendaría muchos periódicos para recoger todos los charcos y un trozo de cuerda fuerte para salvar tus zapatos.

—¿Cuerda?

—Para que la muerda.

—Es una buena idea. —ahora esbozó una sonrisa radiante—. Oh, y necesitará comida, un collar, juguetes y fotos. Y... —volvió a levantar al perro en el aire—. A mí. Me necesitará á mí. Nunca me han necesitado antes.

«Yo sí.» Las palabras estaban en la cabeza de Aidan, luchando por aflorar en su lengua, pero ella saltó y se giró con el perro.

—Tengo que recoger mis cosas e ir corriendo al pueblo para comprarle todo lo que necesita. ¿Me puedes esperar y me acompañas en el coche?

—Sí. Yo te recogeré las cosas. Tú quédate fuera y te familiarizas con tu nuevo amigo.

Al dirigirse Aidan a su mesa, respiró entrecortadamente. Era mejor que no lo hubiera dicho, se dijo a sí mismo. Era demasiado precipitado para ambos cambiar el estado de las cosas. Quedaba mucho tiempo para sacar el tema del matrimonio.

Mucho tiempo para pensar en la mejor manera de hacerlo.

Jude compró un collarín y una correa roja, y platos de color azul intenso. Aidan encontró cuerda y formó una madeja resistente. Aun así, ella relleno una bolsa con cosas que creía necesarias para la felicidad y bienestar de su cachorro.

Lo llevó de paseo por el pueblo o más bien lo intentó. El perrito pasó la mayor parte del tiempo intentando quitarse la correa, enredándose en ella o mordiéndola. Jude decidió hacerse con un libro de adiestramiento lo antes posible.

Se encontró con Brenna mientras ésta procuraba cargar una caja de herramientas en la parte trasera de la furgoneta, en la puerta de la pensión del pueblo.

—Buenos días, Jude. ¿Qué tienes ahí? ¿No es uno de los cachorros de los Clooney?

—Sí, ¿no es maravilloso? Lo voy a llamar Finn, como el gran guerrero.

—Conque el gran guerrero, ¿eh? —Brenna se puso en cuclillas para rascar a Finn cariñosamente—. Sí. Apuesto a que eres fiero, poderoso Finn. —se rió cuando el perro saltó para lamerle la cara—. Es alegre, ¿verdad? Has elegido bien. Yo diría que te hará buena compañía, Jude.

—Eso es lo que pensaba Aidan. Me lo ha regalado.

Con los labios apretados, Brenna le echó un vistazo.

—¿No me digas?

—Sí, me lo trajo esta tarde a mi casa. Fue tan amable de su parte que pensara en mí. ¿Crees que a Betty le gustará?

—Seguro, a Betty también le gusta la compañía. —tras darle una última palmadita a Finn, Brenna se enderezó—. Le encantará jugar con el cachorro. Estaba a punto de pasarme por el pub para tomar una pinta. ¿Quieres acompañarme? Yo invito.

—Gracias, pero... No, tengo que llevara Finn a casa. Ya

debe de tener hambre.

En el instante en que se separaron, Brenna se fue derecha al pub. Llamó la atención de Darcy, le hizo una señal rápida con la cabeza y avanzó hacia una mesa en la esquina donde podrían tener privacidad.

Darcy se trajo un vaso de Harp.

—¿Qué noticia traes?

—Siéntate un momento. —mantuvo la voz baja y lanzó— la mirada por encima del hombro de Darcy hacia Aidan, cuando ésta se sentó—. Acabo de ver a Jude paseando a su nuevo perrito por la calle.

—Así que tiene un perrito, ¿eh?

—Shh. Habla bajo o si no oír lo que estamos hablando.

—¿Quién nos va a oír? —preguntó Darcy, susurrando.

—Aidan podría oírnos hablar de cómo escogió a uno de los cachorros de la perra de los Clooney, por cierto uno muy bonito, y se lo llevó alude a su casa como regalo.

—¿Que él...? —Darcy se contuvo cuando Brenna la mandó callar y se acercó con complicidad—. ¿Qué Aidan le ha regalado un cachorro? A mí no me ha dicho nada, ni a nadie que yo sepa.

Como la noticia era nueva y sorprendente, Darcy reflexionó sobre ello.

—Se sabe que le ha regalado a alguna moza alguna baratija de vez en cuando, aunque normalmente ha sido por alguna ocasión especial.

—Eso es lo que yo pienso también.

—Y flores. —prosiguió Darcy—. Siempre le ha gustado regalarle flores a la mujer que le ha llamado la atención, pero esto es completamente diferente.

—Exacto, completamente diferente. —Brenna dio un leve golpe sobre la mesa para darle énfasis—. Esto es algo vivo y permanente. Es algo romántico y no sólo un regalo como decir «qué bien me lo estoy pasando en la cama contigo» y ya está. —alzó el vaso y bebió como para recalcarlo.

—Bueno, ella le regaló ese cuadro que compró en Dublín y se lo ha tomado a la tremenda, si quieres mi opinión. Quizás quería devolverle el regalo y simplemente se le ha ocurrido darle un cachorro.

—Si se tratara de devolverle otro regalo como muestra de agradecimiento por el cuadro, y de hecho me pareció un cuadro precioso, le hubiera dado una baratija, bisutería o algo así. Un obsequio por otro obsequio. —afirmó Brenna con firmeza—. Un cachorro es mucho más que un simple obsequio.

—Llevas razón, —Darcy tamborileó los dedos, mirando de cerca a su hermano mientras trabajaba en la barra—. ¿Crees que está enamorado de ella?

—Pondría la mano en el fuego por que va encaminado en esa dirección. —Brenna cambió de posición—. Deberíamos averiguado, y si no podemos nosotras, Shawn

podría. Y se lo podríamos sonsacar con facilidad porque siempre suelta lo primero que se le pasa por la cabeza.

—No, porque es totalmente leal a Aidan. Me gustaría tener a Jude como hermana. —reflexionó Darcy—. Y me parece a mí que le viene de perlas a Aidan. Nunca le he visto mirar a una mujer como lo hace con nuestra Jude. Aun así, a los hombres del clan Gallagher se les conoce por ser lentos en decidirse por el matrimonio, una vez que su corazón está comprometido. Mi madre me contó que un poco más y tuvo que aporrearle a mi padre en la cabeza con las flores de azahar, antes de que le pidiera matrimonio.

—Jude tiene pensado quedarse tres meses más aquí.

—Tendremos que meterle más prisa a Aidan. Los dos son de los que se casan, así que no puede ser tan difícil. Ya pensaremos en algo.

Aidan llevaba razón. Finn hacía buena compañía. Paseaba por las colinas con Jude, entreteniéndose cuando ella se paraba a admirar unas flores salvajes, o a coger los ranúnculos o prímulas que florecían a finales de mayo. El verano había llegado a Irlanda en una preciosa corriente de calidez, y para Jude el aire era como poesía.

Cuando el clima era suave, con la lluvia cayendo como seda, se daba unos paseos cortos para luego cobijarse en la casa.

Y cuando no llovía, se permitía darse unas caminatas largas con Finn por la mañana para que éste pudiera correr en círculos como loco, alrededor de una Betty indulgente.

Y cuando lo hacía, lloviera o hiciera sol, pensaba en el hombre que había visto en la carretera de

Dublín, paseando con su perro. Y cómo había soñado con hacer lo mismo, cuando y donde quisiera.

Al igual que el perro que se había imaginado, Finn dormitaba al lado del fuego cuando ella intentó por primera vez hacer pan. Y él lloriqueaba la vez en que ella se despertó a solas a las tres de la mañana.

Cuando escarbó sus flores, tuvo que echarle un buen sermón, pero logró pasar dos semanas enteras sin comerle los zapatos.

A excepción de una vez en que decidieron olvidarse del asunto.

Lo dejaba pasear y correr hasta agotarse, después, cuando el tiempo lo permitía, instalaba la mesa fuera y trabajaba al aire libre por las tardes, mientras él dormía bajo su silla.

Su libro. Era tan secreto que aún tenía que plantearse seriamente hasta qué punto estaba dispuesta a venderlo, a verlo con una cubierta preciosa, una en la que aparecería su nombre, sobre la estantería de una librería.

Enterró esa esperanza casi dolorosa y se entregó al trabajo que había descubierto que adoraba.

Además, a menudo pasaba una o dos horas por las tardes haciendo bocetos de las ilustraciones que acompañarían a

los cuentos.

En su opinión, lo mejor que se podía decir sobre sus bocetos era que eran rudimentarios, y lo peor, que eran de trazo torpe. Nunca había estimado como provechosas las lecciones de arte en las que sus padres habían insistido. No obstante, el dibujo la entretenía.

Se aseguraba de esconder todos los dibujos cuando alguien venía a visitada. De vez en cuando se veía en un gran apuro.

Estaba en la cocina, repasando el último bosquejo de la casa de campo, el que consideraba como el mejor entre un grupo de dibujos mediocres, cuando oyó a alguien llamar a la puerta y el sonido de ésta al cerrarse.

Se sobresaltó, haciendo que Finn empezara a ladrar como loco, y metió apresuradamente los bosquejos en la carpeta, que utilizaba para clasificados.

Apenas le dio tiempo para cerrado y guardado en un cajón, cuando Darcy y Brenna entraron.

—Aquí está el fiero perro guerrero. —Brenna se agachó para enfrascarse en el forcejeo habitual con Finn.

—¿Tienes algo frío que ofrecer a una amiga cansada, Jude?

Darcy se sentó a la mesa.

—Tengo refrescos.

—¿Estabas trabajando? —inquirió Darcy al abrir Jude la nevera.

—No, en realidad no. He terminado la mayor parte de lo que tenía planeado hacer esta mañana.

—Bien, porque Brenna y yo tenemos planes para ti.

—¿Sí? —divertida, Jude colocó las bebidas en la mesa—. No es posible que quieras ir otra vez de compras tan pronto.

—Siempre quiero ir de compras, pero no, no se trata de eso. Llevas con nosotras ya tres meses.

—Más o menos. —coincidió Jude, e intentó no pensar en que ya se le había ido la mitad del tiempo.

—Y Brenna y yo hemos pensado que ya es hora de celebrar un *ceili*.

Interesada, Jude se sentó también. Siempre le había encantado escuchar a su abuela hablar de los *ceilis* a los que había ido cuando era niña: Comida, música y baile, todo fluyendo de la casa. La gente apiñada en la cocina, saliendo a raudales hasta el soportal.

—¿Vais a celebrar un *ceili*?

—No. —sonrió Darcy—. Tú lo vas a celebrar.

—¿Yo? —sintiendo algo similar al terror, Jude se quedó boquiabierta—. No podría. No sé cómo.

—No tiene nada de complicado. —le aseguró Brenna—. La vieja Maude solía celebrar uno cada año por estas fechas antes de que se pusiera pachucha. Los Gallaghers te darán la música y habrá muchos más que estarán más

que encantados por tocar. Todos traen comida y bebida.

—Lo único que tienes que hacer es abrir la puerta y disfrutar. —le aseguró Darcy—. Todos te ayudaremos a organizado y nos aseguraremos de que corra la voz. Hemos pensado que una semana a partir del sábado estaría bien, ya que es el solsticio. La víspera de San Juan es una buena noche para celebrar un *ceili*.

—¿Una semana? —soltó Jude con voz ronca—. Pero eso no es tiempo suficiente. No puede serio.

—Más que suficiente. —Darcy le guiñó el ojo—. Te ayudaremos con todo, así que no te preocupes en lo más mínimo. ¿Me podrías dejar tu vestido rojo? Ése con las pequeñas tiras y la chaqueta.

—Sí, claro, pero realmente no puedo...

—No debes preocuparte. —Brenna se encaramó a una silla—. Mi madre está dispuesta a echar una mano también. Lleva buscando una distracción desde que Maureen la vuelve loca con lo de la boda. Ahora, yo te aconsejaría que la música se tocara en el salón, por lo menos la mayor parte. Y los barriles y esas cosas, fuera, detrás de la puerta trasera. Eso te dará paso entre un lado y otro.

—Tendremos que mover algunos de los muebles para poder bailar. —añadió Darcy—. Y si hace buena noche, podríamos colocar algunas sillas fuera también.

—Habrá luna llena. A mi madre se le ha ocurrido poner velas en el exterior, para que parezca más festivo y evitar que la gente se tropiece con las cosas.

—Pero yo...

—¿Podrías convencer a Shawn para que preparara [colcannon](#), Darcy? —intervino Brenna antes de que a Jude le diera tiempo de protestar.

—Claro, preparará bastante, y el pub donará un barril y algunas botellas. Quizás tu madre podría preparar sus

pasteles de carne. Nadie los hace mejor que ella.

—Le encantará.

—De veras. —Jude se sentía como si se hundiese por tercera vez, y sus amigas le sonreían con indulgencia, tras lanzarle un ancla en vez de una cuerda—. No podría pedirle...

—Aidan cerrará el pub esa noche, así que yo podré venir temprano y ayudar para lo que haga falta. —resopló Darcy con satisfacción—. Ves, prácticamente está ya todo listo.

Lo único que podía hacer Jude era apoyar la cabeza sobre la mesa.

—Creo que ha funcionado. —manifestó Darcy mientras ella y Brenna se subían a la furgoneta.

—Me siento un poco culpable por pasamos con ella como lo hemos hecho.

—Lo hacemos por su bien.

—La hemos dejado balbuceando y pálida, pero ha salido bastante bien. —con una carcajada, Brenna arrancó el motor—. Me alegra recordar cómo mi padre le propuso matrimonio a mi madre en un *ceili*, aquí mismo, en esta casa. Es una buena señal.

—Los amigos cuidan de sus amigos. —algunos la podrían tachar de frívola, sin embargo una vez que era amiga, no la había más leal que Darcy Gallagher—. Ella está locamente enamorada de él y es demasiado tímida como para llevárselo a su terreno. Nos encargaremos de que tengan la noche y la música, y yo me pasaré lo bastante temprano como para cogerla y arreglada, hasta que esté tan preciosa que los ojos de Aidan se le salgan de las órbitas y se le caigan a los pies. Si eso no funciona, bueno, entonces Aidan es un caso perdido.

—Por lo que yo he podido comprobar, los hombres del clan Gallagher son todos unos casos perdidos.

CAPÍTULO 16

—¿Y cómo se supone que debo dar una fiesta, cuando ni siquiera sé cuántas personas vienen? ¿Cuándo no tengo ni menú, ni nada programado? ¿Ni plan? —preguntó Jude.

Puesto que Finn era el único que estaba lo bastante cerca como para oírlo y no parecía tener la respuesta, Jude se dejó caer en una silla de su salón, ahora impecable, y cerró los ojos. Había estado limpiando durante días. Aidan se había reído de ella y le había dicho que no se lo tomara tan a pecho. Nadie iba a inspeccionar el polvo en las esquinas y deportada por el bochorno de encontrar la casa en ese estado.

No lo entendía. Era, al fin y al cabo, sólo un hombre.

La apariencia de la casa era el único aspecto de todos que podía controlar.

—Es mi casa. —masculló—. Y la casa de una mujer refleja su personalidad. No me importa en qué milenio nos encontremos, pero es así.

Había recibido a invitados en otras ocasiones y celebrado fiestas bastante satisfactorias. Sin embargo, habían sido semanas, y hasta meses de planificación, además de listas, temas, restauradores, aperitivos cuidadosamente seleccionados y música.

Y litros de antiácidos.

Ahora se esperaba de ella que, simplemente, abriera las puertas de su casa a amigos y desconocidos por igual.

Al menos media docena de personas, que nunca había visto, la habían parado en el pueblo para hablarle del *ceili*. Esperaba que la hubieran visto contenta y que hubiera dicho las cosas apropiadas, pero le faltó poco para que los ojos le dieran vueltas en las órbitas.

Éste era su primer *ceili*. Era la primera fiesta de verdad que daba en su casa de campo. La primera vez que recibía invitados en Irlanda.

Por Dios, estaba en un continente diferente.

¿Cómo iba a saber lo que estaba haciendo?

Necesitaba una aspirina del tamaño de la bahía de Ardmore.

De nuevo, intentando tranquilizarse, ver las cosas con objetividad, reclinó la cabeza y cerró los ojos. Se suponía que era algo informal. La gente iba a traer cubos, fuentes y montañas de comida. Ella sólo era responsable del lugar donde se iba a organizar, y la casa era preciosa.

¿Y a quién intentaba engañar? Si todo iba directamente encaminado al desastre.

La casa era demasiado pequeña para una fiesta. Si llovía, no podía esperar que la gente se quedara fuera bajo los paraguas, mientras les pasaba platos de comida por la ventana. Sencillamente, no había espacio para meter a todos dentro, aunque sólo aparecieran la mitad de las personas que le habían hablado.

No había suficiente capacidad para estar de pie ni para sentarse. No había bastante aire en la casa para proporcionar oxígeno a todos, y ni que decir tiene que no había suficiente Jude F. Murray como para atender a todos como anfitriona.

Peor aún, en varias ocasiones, en los últimos días, se había abstraído en su libro de tal forma que había descuidado la lista de preparativos de la fiesta, elaborada según lo previsto por ella. Había pretendido, en serio, dejar de escribir a la una. Incluso se puso el temporizador del horno después de la primera vez que se había excedido del horario impuesto. Luego lo apagó, procurando terminar ese único párrafo. Y la siguiente vez que volvió a la realidad, ya eran más de las tres y no había fregado ninguno de los dos cuartos de baño, según lo planeado.

No debía preocuparse por nada, le habían dicho una y otra vez. Pero claro, tenía que preocuparse por todo. Era su trabajo. Tenía que pensar en la comida, ¿no? Era su casa y, maldita sea, era neurótica, así que ¿qué esperaba la gente?

Había intentado hacer tartas que le habían salido tan duras como una piedra. Ni Finn las había tocado. El segundo intento fue mejor, al menos el perro había mordisqueado la tarta antes de escupida. Sin embargo, no tuvo más remedio que reconocer que nunca ganaría un premio por preparar pasteles.

Se las había arreglado para 'cocinar un par de sencillos guisos, siguiendo una receta de uno de los libros de cocina de la vieja Maude. Tenían una pinta y despedían un aroma bastante bueno. Ahora sólo esperaba que nadie se intoxicara.

Había una pierna de cerdo en el horno. Ya había llamado a su abuela tres veces para comprobar, y volver a comprobar, el proceso de preparación. Era tan grande, ¿cómo era posible que supiera cuándo estaría hecha? Probablemente estaría cruda en el centro y acabaría intoxicando a sus invitados. Pero al menos la serviría en una casa limpia.

Menos mal que no se requería ningún talento para fregar un suelo o unas ventanas. Eso, al menos, sabía que lo había hecho bien.

Había llovido durante toda la noche y la niebla se había arrastrado desde el mar. No obstante, esa mañana el aire estaba despejado, el sol brillante y había una calidez veraniega, que atrajo a los pájaros y a las flores.

Lo único que podía hacer ahora era esperar a que el clima aguantara.

Abrió las ventanas relucientes de par en par para dejar la casa ventilada y acogedora. El aroma de las rosas y los guisantes de la vieja Maude se entremezclaba y se colaba por las persianas. La fragancia aplacó los nervios a flor de piel de Jude.

¡Flores! Salió disparada de la silla. No había cogido flores

para arregladas y colocadas en la casa. Entró precipitadamente en la cocina a por las tijeras de podar y Finn corrió tras ella. Éste perdió el equilibrio sobre el suelo recién encerado, patinó y se dio de cabeza contra los armarios.

Por supuesto, necesitaba que le hicieran mimos y le reconfortaran. Susurrándole palabras tranquilizadoras, Jude lo sacó fuera.

—Bien. Ahora nada de escarbar en los arriates, ¿vale?

El cachorro le dirigió una mirada de adoración, como si la idea no se le hubiera ocurrido jamás.

—Y nada de perseguir mariposas por los acianos —añadió, y lo— depositó en el suelo, dándole una palmadita en el trasero.

Cogió una cesta y comenzó a seleccionar las flores más adecuadas para podar.

Era una tarea que la reconfortaba, en todo momento. Las formas, las fragancias, los colores, buscar la combinación más interesante. Deambulando por el escarpado y estrecho camino de piedra, con las montañas extendiéndose hasta el infinito, y el silencio del campo tan dulce como el aire.

Si convirtiera esto en su hogar para siempre, pensó, ampliaría los jardines por detrás. Mandaría construir un pequeño muro de piedra al este y lo cubriría de rosas trepadoras o con un seto de lavanda. Delante sembraría un río entero de dalias y quizás pondría un cenador al oeste, y dejaría alguna parra de aroma dulce, trepar y trepar hasta formar un túnel.

Habría un camino en medio, para que pudiera pasear por ahí, con camomila, tomillo y aguileñas que se mecieran, esparcidas por los alrededores. Caminaría entre, debajo y alrededor del laberinto de las flores, cuando se dispusiera a pasear por las colinas y los campos.

Habría un banco de piedra para sentarse. Y por las tardes, cuando terminara de trabajar, se relajaría allí y simplemente se pararía a escuchar el mundo que había creado.

Sería la escritora americana expatriada, que residía en la casita de campo en la colina de hadas, con sus flores y su perro fiel. Y su amante.

Por supuesto, eso era fantasear, se dijo a sí misma. Ya se había pasado la mitad del tiempo de su estancia. En otoño regresaría a Chicago. Aunque reuniera el valor de seguir adelante con la idea de presentar el libro a una editorial, tendría que buscar un trabajo. Difícilmente podría vivir de sus ahorros para siempre.

Estaba... mal. ¿No?

Tendría que ser la enseñanza, suponía. La idea de una consulta privada era demasiado arriesgada, por lo tanto, la docencia era la única alternativa. Incluso cuando la depresión amenazaba con aparecer al pensar en esa idea, se la sacudió de encima. Quizás podría buscar una plaza en una pequeña escuela privada. Algún sitio donde pudiera sentir un vínculo con sus alumnos. Le daría tiempo para seguir escribiendo. Ahora que lo había

descubierto, no podía dejado.

Podría trasladarse a las afueras, comprar una pequeña casa. No había nada que la obligara a quedarse en el apartamento de Chicago. Tendría un estudio allí. Un pequeño espacio sólo para escribir, y reuniría el valor para presentar el libro. No se permitiría actuar con cobardía para algo así de importante. Nunca más.

Y podría volver a Irlanda. Un par de semanas cada verano. Podría regresar, visitar a sus amigos, rejuvenecer su espíritu.

Ver a Aidan.

No, era mejor no pensar en eso, se advirtió.

Pensar en el próximo verano o en el verano siguiente y en Aidan. Esta vez... esta ventana que había abierto era mágica y tenía que ser apreciada por lo que era. Aún más valiosa, se dijo, porque era efímera.

Ambos seguirían haciendo sus vidas. Era inevitable.

O él continuaría su vida y ella regresaría. No obstante, le alegraba saber que nada volvería a ser lo mismo que antes. Ya no era la misma persona. Ahora sabía que era capaz de construir su propia vida. Aunque no era una de sus fantasías, podría resultar satisfactoria y productiva.

Podría ser feliz, meditó.. Podría sentirse realizada. Los últimos meses le habían demostrado que tenía potencial. Era capaz de terminar y terminaría lo que había empezado.

Mentalmente, se estaba dando una palmadita en la espalda, cuando Finn ladró con júbilo y salió disparado por el jardín, justo por encima de los pensamientos.

—Buenos días, Jude. —Mollie O'Toole entró y dejó salir a Finn para que brincara sobre Betty. Los dos perros corrieron alegremente hacia las colinas—. Pensé pasarme para ver si podía hacer algo por ti.

—Como no sé lo que estoy—haciendo, vete tú a saber. —bajó la mirada a la cesta y suspiró—. Ya he cortado demasiadas flores.

—Nunca son demasiadas.

Mollie, pensó Jude con agradecimiento y admiración, siempre decía lo apropiado.

—Me alegra tanto que hayas venido.

Mollie hizo un ademán como para restarle importancia, incluso cuando las mejillas se le ruborizaron del placer.

—Qué amable que digas eso.

—Lo digo de verdad. Siempre me siento más tranquila contigo, como si nada terriblemente malo pudiese ocurrir cuando tú estás cerca.

—Bueno, me halagas. ¿Hay algo que temas que haya ido terriblemente mal?

—Solamente todo. —sin embargo, Jude sonrió al decidir—. ¿Te gustaría pasar adentro mientras yo las pongo en agua? Y así me podrás recordar la media docena de cosas que se me han olvidado hacer.

—Estoy segura de que no se te ha olvidado nada en absoluto, pero me encantaría pasar y ayudarte con las flores.

—Pensé esparcidas por la casa en diferentes botellas y cuencas. Maude no tenía jarrones adecuados.

—Le gustaba hacer lo mismo. Ponía florecillas por todas partes. Te pareces más a ella de lo que te imaginas.

—¿Sí? —resultaba extraño, reflexionó Jude, cómo la idea de parecerse a una mujer que nunca había conocido la complacía.

—Por supuesto. Mimas tus flores, das largos paseos, te acurrucas en tu casita aquí, y dejas la puerta abierta para las visitas. Tienes sus manos. —añadió—. Tal como te dije antes, y algo de su corazón también.

—Vivía sola. —Jude recorrió la mirada por la casita tan limpia—. Siempre.

—Le iba. Pero en la soledad no se sentía sola. No hubo ningún otro hombre que amara después de su Johnny, o como Maude solía decir, no hubo ningún otro hombre al que amara en esta vida una vez que se fue. ¡Ah! —Mollie olisqueó el aire al entrar ambas en la casa—. Tienes una pierna de cerdo en el horno. Huele delicioso.

—¿Sí? —Jude olfateó para comprobarlo al dirigirse ambas hacia la cocina—. Supongo que sí. ¿Podrías echarle un vistazo, Mollie? Nunca he hecho una y estoy nerviosa.

—De acuerdo, la miraré.

Abrió el horno y realizó su inspección mientras Jude depositaba la cesta y permanecía de pie, mordiéndose el labio.

—Está bien. Casi hecha, por cierto. —comentó tras un rápido examen para ver la facilidad con que se desprendía el pellejo—. Por el olor que desprende, no te quedarán sobras para tu almuerzo mañana. A mi Mick le encanta la pierna asada, y lo más seguro es que se dé un atracón, más que el que se ha dado este cerdo que tienes aquí.

—¿De verdad?

Agitando la cabeza, Mollie cerró el horno. —Jude, nunca he conocido a una mujer que siempre se sorprenda tanto ante un cumplido.

—Soy una neurótica. —pero lo dijo con una sonrisa en vez de como una disculpa.

—Bueno, tú eres la que mejor lo sabe, supongo. Le has sacado tanto brillo a la casa que la has dejado como un jaspe, ¿verdad? Y no has dejado nada para que hagan los vecinos, a no ser que sea darte un consejo.

—Acepto el cumplido.

—Cuando acabes con las flores y saques la pierna para que se enfríe, colócala en un sitio bastante alto para que tu cachorro no pueda subirse y probarla. He tenido esa experiencia y no es nada agradable.

—Buena idea.

—Después de eso, sube y te das el gusto de un buen baño

largo y caliente., Con burbujas. El solsticio es un buen momento para un *ceili*, y mejor aún para el romance.

Con un gesto maternal, Mollie le dio una palmadita a Jude en la mejilla.

—Ponte un bonito vestido para esta noche y baila con Aidan a la luz de la luna. El resto, te prometo, saldrá bien por sí solo.

—Ni siquiera sé cuántas personas van a venir.

—¿Y qué más da? ¿Diez o ciento diez?

—¿Ciento diez? —Jude se atragantó y palideció.

—Cada uno viene a divertirse —Mollie bajó una botella—. Y eso es lo que harán. Después de todo, un *ceili* es sólo hospitalidad. Los irlandeses saben cómo dar una fiesta y cómo disfrutarla.

—¿Y si no hay suficiente comida?

—Oh, eso es lo que menos debe preocuparte.

—Y si...

—Y si una rana salta por encima de la luna y aterriza sobre tu hombro. —exasperada y a la vez haciéndole gracia, Mollie alzó las manos—. Has dejado tu casa bonita y acogedora. Haz lo mismo contigo, y el resto, tal como te he dicho, saldrá solo.

Era un buen consejo, decidió Jude, aunque no creía ni una palabra. Puesto que un baño de espuma era un método infalible de relajación, se lo tomó en su antigua bañera adorable, dándose el gusto hasta que la piel se le sonrosó y relució, los ojos se le quedaron adormilados y el agua se enfrió.

A continuación abrió el bote de crema que se había comprado en Dublín y se embadurnó. Nunca fallaba. Siempre le hacía sentirse femenina.

Totalmente relajada, contempló la posibilidad de echarse una siesta antes de la fiesta. Después entró en el dormitorio y gritó.

—¡Finn! ¡Oh, Dios mío!

Estaba en medio de su cama, librando una fiera y violenta batalla con sus almohadas. Las plumas volaban por todas partes. Se dio la vuelta hacia ella, con el rabo golpeando triunfalmente al sujetar la almohada derrotada entre sus dientes.

—Eso está mal. ¡Perro malo! —apartó las plumas con la mano y se precipitó hacia la cama.

Oliéndose diversión, Finn brincó de la cama, arramblando con la almohada. Las plumas se caían, dejando una estela aterciopelada a su paso.

—¡No, no, no! Para. Espera. ¡Finn, vuelve ahora mismo!

Echó a correr tras él, con la bata agitándose al intentar recoger las plumas. Finn logró llegar hasta abajo antes de que ella lo alcanzara, y cometió el error de agarrar la almohada en vez de al perro.

Los ojos del cachorro se iluminaron ante la posibilidad de jugar al tira y afloja. Gruñendo juguetonamente, con los dientes clavados en la almohada, sacudió la cabeza, haciendo que más plumas salieran revoloteando.

—¡Suéltala! Maldita sea, mira lo que estás haciendo — intentó agarrarlo, y entre la cera y las plumas del suelo, se escurrió. Logró emitir un pequeño grito al salir volando por los aires, con la barriga por delante, en el salón.

Oyó cómo la puerta se abría tras ella, miró por encima del hombro y pensó: *«Perfecto. Absolutamente perfecto. Lo que me faltaba»*.

—¿Qué estás maquinando, Jude Frances?

—Aidan se apoyó sobre el puntal, al mismo tiempo que Shawn se asomaba por encima de su hombro.

—Oh, nada—se resopló el pelo y las plumas de los ojos—. Nada en absoluto.

—Creía que estarías matándote a trabajar, sacándole brillo al brillo y fregando lo fregado como has hecho todos los días durante una semana, y me encuentro con que estás holgazaneando y jugando con el perro.

—Ja, ja. —se deslió y se quedó sentada, masajeándose el codo que se había golpeado contra el suelo. Finn se acercó brincando y escupió la almohada, generosamente, a los pies de Aidan.

—Oh, eso es. Dáselo.

—Bueno, te lo has cargado, ¿eh, chico? Está más muerto que Moisés. —tras darle una palmadita, felicitándolo, Aidan cruzó la habitación para ayudar a Jude—. ¿Te has hecho daño, cariño?

—No. —le dirigió una mirada arisca—. No es para reírse —apartó la mano de Aidan de un manotazo, lanzándole a Shawn también una mirada iracunda al empezar éste a reírse—. Hay plumas por todas partes. Me llevará días encontradas todas.

—Podrías empezar por tu pelo. —Aidan se inclinó, la agarró por la cintura y la levantó—. Está lleno de plumas.

—Bien. Gracias por tu ayuda. Ahora tengo trabajo que hacer.

—Hemos traído unos barriles del pub. Te los colocaremos en la parte trasera. —sopló una pluma de su mejilla y se acercó para olisquear su cuello—. Hueles fenomenal. —murmuró al apartarle ella—. Vete, Shawn.

—No, no te atrevas. No tengo tiempo para esto. —y cierra la puerta cuando te vayas —concluyó Aidan, atrayendo a Jude hacia él.

—Bueno, me llevaré al perro, ya que ha hecho todo lo que tenía que hacer aquí. Venga, mala bestia. —Shawn le chasqueó la lengua al perro y cerró.

—Tengo que limpiar este desastre. —empezó a decir Jude.

—Hay tiempo para eso. —despacio; Aidan la hizo retroceder.

—No estoy vestida.

—Eso es algo de lo que ya me he dado cuenta. —cuando la tuvo contra la pared, recorrió las manos por su cuerpo, hacia abajo y luego hacia arriba—. Dame un beso, Jude Frances. Uno que me dure para el día más largo del año.

Parecía una petición totalmente razonable, al menos cuando Aidan sostuvo su mirada de modo tan íntimo, y su cuerpo era tan duro, ardiente y cercano. Como respuesta, ella levantó los brazos para rodearle el cuello. Y a continuación, en un impulso, se movió con rapidez, dándole la vuelta hasta que fue la espalda de él la que estaba contra la pared, y el cuerpo de Jude se estrechó con fuerza contra el suyo, su boca se pegó a la de él, firme y ardientemente.

El sonido que Aidan articuló era como el de un hombre ahogándose, y ahogándose voluntariamente. Las manos de él se aferraron a sus caderas, con los dedos hincándose en su piel para recordarle la noche en que había perdido toda la paciencia y el control. La excitación que le produjo la atravesó, potente y fuerte, como el restallido posesivo de un látigo.

Él era de Jude, mientras durase. Para tocar, tomar, saborear. Ella era lo que él quería. Ella era lo que él buscaba. Ella era la que hacía retumbar su corazón.

Era, se dio cuenta Jude, el poder más verdadero del mundo.

La puerta se abrió, se cerró de un portazo. Jude mantuvo la boca fusionada a la de él. No le importaba si todos los hombres, mujeres y niños del pueblo entraban en tropel.

—¡Jesús, María y José! —se quejó Brenna—. ¿Es que no podéis pensar en otra cosa que hacer? Cada vez que alguien se da la vuelta, ya estáis liados.

—Es que le da envidia. —dijo Jude, acariciando con la nariz el cuello de Aidan.

—Tengo mejores cosas que hacer que sentir envidia por una mujer embobada, besando a un Gallagher.

—Debe de estar enfadada con Shawn otra vez. —Aidan enterró el rostro en el pelo de Jude. No estaba seguro de si respiraba. Sabía que no quería moverse de allí en los próximos diez años o más.

—Los hombres son todos unos imbéciles y tu despreciable hermano es más imbécil que la mayoría.

—Oh, deja de quejarte de Shawn. —ordenó Darcy al entrar tan campante—. ¿Qué ha pasado aquí? Está todo lleno de plumas. Jude, suelta a ese hombre, te tienes que vestir, ¿no? Y yo también. Aidan sal ahí fuera y ayuda a Shawn con los barriles. No esperarás que lo haga él sólo.

Aidan únicamente movió la cabeza para apoyar la mejilla sobre el pelo de Jude. La mirada en su rostro sobresaltó tanto a Darcy que se quedó inmóvil sin poder apartar los ojos, y a continuación comenzó a empujar a Brenna hacia la cocina la puerta tras salir obedientemente.

—Pondremos estos platos en la cocina y cogeremos una escoba.

—Deja de empujarme. Maldita sea, estoy hasta el gorro de Gallagher hoy.

—Silencio, silencio. Tengo que pensar.

Aturullada, Darcy dejó caer los platos que llevaba sobre la encimera y caminó de un lado a otro.

—Está enamorado de ella.

—¿Quién?

—Aidan de Jude.

—Por Dios, Darcy, eso ya lo sabías. ¿No es ésa la razón por la que estamos enfrascadas montando un *ceili*?

—Pero está enamorado de ella de verdad. ¿No le has visto la cara? Creo que tengo que sentarme. —lo hizo súbitamente, después resopló—. No me había dado cuenta, en realidad no. Era todo más bien como una especie de juego. Pero, justo ahora, cuando la estaba abrazando, nunca esperaba verle esa mirada, Brenna. Cuando un hombre está así por una mujer, ella podría hacerle daño, cortarle el corazón de un tajo.

—Jude no haría daño ni a una mosca.

—No sería su intención. —a Darcy el estómago se le encogía de la preocupación. Aidan era su puntal y nunca se había imaginado vede indefenso—. Estoy segura de que a ella también le importa, y está totalmente atrapada en el romance.

—Entonces, ¿cuál sería el problema? Es justo como dijimos.

—No, no es nada como lo que dijimos. —¿acaso no había rehuido ella la desesperación del amor el suficiente tiempo como para no reconocer cuándo le había atizado a su hermano en toda la cabeza?—. Brenna, ella tiene esa educación de primera calidad, con iniciales detrás de su nombre y una vida en Chicago. Su familia está allí, su trabajo y su casa elegante. La vida de Aidan está aquí. —una sincera angustia embargaba su corazón y afloraba a sus ojos—. ¿Es que no lo ves? ¿Cómo se va a ir él, y por qué se iba a quedar ella? ¿En qué estaba yo pensando, al juntarlos así de esta manera?

—Tú no los has juntado. Ya estaban juntos.

Puesto que lo que Darcy estaba diciendo le empezaba a molestar también, Brenna sacó la escoba. Discurría mejor cuando tenía las manos ocupadas.

—Lo que tenga que ocurrir, ocurrirá. No hemos hecho otra cosa más que obligada a dar esta fiesta.

—En el solsticio. —le recordó Darcy—. La víspera de San Juan. Estamos tentado al destino, y si sale mal, será por nuestra culpa.

—Si hemos tentado al destino, entonces dependerá del destino. No se puede hacer otra cosa. —anunció Brenna, y empezó a barrer.

Jude decidió ponerse el vestido azul, otra adquisición de Dublín que nunca hubiera comprado si Darcy no le

hubiera dado tanto la lata. En el momento en que se lo puso, bendijo a Darcy y a su propia falta de voluntad.

Era un vestido con una caída larga y recta, muy sencillo, sin un adorno ni volante, desde las finas tiras hasta los tobillos, con un vuelo de lo más sutil. El color, un azul plateado, evocaba el tono de la luz de la luna en el solsticio. Llevaba unos pequeños pendientes de perlas en forma de lágrimas.

«Más símbolos de la luna», pensó.

Anhelaba seguir el resto de los consejos de Mollie y bailar con Aidan bajo el resplandor de la luna llena.

No obstante, en este día, el día más largo del año, justo al asentarse el atardecer, el cielo permaneció claro y precioso. El colorido brillaba en el exterior de la ventana de la casa de campo, verdes y azules, cegadores y vívidos. El aire parecía coloreado con la fragancia.

La naturaleza había decidido que la noche de San Juan sería uno de sus triunfos.

Lo único en lo que podía pensar Jude mientras observaba, escuchaba y absorbía, era que había música sonando en su salón, revoloteando en éste. Planeando a través de él. Había gente apelotonada en su casa, bailando y riendo.

El triunfo de la naturaleza, meditó, no era nada comparado con el suyo.

Ya casi más de la mitad de la pierna había sido devorada.

Nadie parecía mostrar indicios de intoxicación. Logró tomarse un bocado o dos, pero la mayor parte del tiempo estaba demasiado emocionada como para darle nada más que un bocadito o tomar un sorbo, de vez en cuando, de su copa de vino.

Las parejas bailaban en el vestíbulo, en la cocina o en el patio. Otros acarreaban a los niños o se reunían para chismorrear. Había intentado ser la anfitriona durante la primera hora, desplazándose de un grupo a otro para asegurarse de que todos tenían un vaso o un plato. No obstante, nadie parecía necesitarla para nada en particular. Todos se servían del banquete de platos, apiñados en la cocina o colocados en un tablero, que algún alma astuta había extendido encima de los caballetes en el patio lateral.

Había niños correteando o sentados en los regazos. Si un bebé protestaba porque quería leche o atención, ambas cosas se le proporcionaban con alegría. Más de la mitad de los rostros que pasaban por su lado eran desconocidos.

Por fin hizo lo que, según se dio cuenta, nunca había hecho en una de sus fiestas. Se sentó y la disfrutó.

Estaba apretujada entre Mollie y Kathy Duffy, medio escuchando la conversación y olvidándose de la porción de tarta en el plato sobre su regazo.

Shawn tocaba un violín, con unos toques vivaces y pasionales que la incitaban a desear, desesperadamente, saber bailar. Darcy, radiante en su vestido rojo prestado, sacaba notas de una flauta mientras Aidan bombeaba música de un pequeño acordeón. De vez en cuando, se

intercambiaban los instrumentos o sacaban otro. Flautines, un tambor [bodham](#), un arpa de pierna, pasándose de mano en mano sin interrumpir el ritmo.

Lo que más le gustaba era cuando sus voces intervenían, produciendo una armonía tan compleja e íntima que le desgarraba el corazón.

Cuando Aidan cantó sobre el joven Willie MacBride, que falleció con diecinueve abriles, Jude pensó en el amor perdido de Maude, Johnny, y no le importó derramar unas lágrimas en público.

Pasaron del ritmo desgarrador al ritmo bailón y de pasos enérgicos, nunca dejando que el compás decayera. Cada vez que Aidan la miraba o le mostraba esa sonrisa lenta, se sentía tan embobada como una adolescente.

Cuando Brenna se colocó a los pies de Jude y reclinó la cabeza contra la pierna de su madre, Jude le pasó el plato de tarta.

—Tiene algo especial cuando está con su música. —murmuró Brenna—. Se te olvida, casi, que es un imbécil.

—Son maravillosos. Deberían grabar un disco. Deberían hacer esto en un escenario, no en un salón.

—Shawn toca porque le gusta. Si la ambición llegara y le atizara en la cabeza con un martillo, no le haría mella.

—No todo el mundo quiere hacerla todo en un momento determinado —aseguró Mollie gentilmente. Aun así, acarició el pelo de Brenna—. Como tú y tu padre.

—Cuanto más haces, más cosas se logran hacer.

—Ah, has salido a tu padre de cabo a rabo. ¿Qué haces que no estás bailando como tus hermanas en vez de cavilar? Santo cielo, niña, eres una O'Toole hasta la médula.

—Oh, me queda algo de los Logan. —animándose, Brenna saltó y agarró la mano de su madre—. Venga, mamá, vamos, a menos que te sientas demasiado vieja y débil.

—Puedo bailar hasta dejarte sin aliento.

Se oyó un vitoreo cuando Mollie empezó una serie de pasos ágiles y complicados. Los otros bailarines la animaron con palmadas y silbidos.

—Mollie fue campeona de *step—dance* en su día. —le informó Kathy alude—. Y se lo transmitió a sus hijas. Son todas guapas, ¿verdad?

—Sí. ¡Oh, pero míralas!

De una en una, las hijas de Mollie se unieron hasta que formaron dos bandos de tres, uno en frente del otro. Eran seis pequeñas mujeres, una combinación de pelo rubio y viveza, con las manos colocadas con desparpajo sobre las caderas, y las piernas volando por los aires. Cuanto más rápida sonaba la música, más rápido bailaban sus pies, hasta que Jude se quedó sin aliento sólo de miradas.

No era sólo la habilidad y el hechizo, reflexionó Jude, lo que hacía que se le cortara la respiración de envidia y admiración. Era la sintonía. Mujer con mujer, hermana

con hermana, madre con hija. La música era sólo un lazo más.

No eran sólo las leyendas y los mitos los que componían las tradiciones de una cultura. Aidan había tenido razón, se dio cuenta. No podía olvidarse de la música cuando escribía sobre Irlanda.

Tambores de guerra y canciones de taberna, baladas y estupendos [reels](#) giratorios. Tendría que investigado también, sus fuentes, ironía, humor y desesperación.

Acogió la nueva inspiración que le sobrevino y se dejó transportar por la música.

Para cuando estaban acabando, la habitación se abarrotó con aquellos que habían venido de otras partes de la casa o de fuera. Y la última nota, los últimos pisotones fuertes fueron recibidos por una entusiasta ovación.

Brenna se acercó tambaleándose y se desplomó de nuevo a los pies de Jude.

—Mamá lleva razón. No puedo seguirle el ritmo. La mujer es un fenómeno. —pasándose un brazo por la frente, suspiró—. Que alguien se apiade de mí y me traiga una cerveza.

—Yo te la traeré. Te la has ganado. —Jude se puso en pie e intentó abrirse paso hasta la cocina.

Recibió varias peticiones para un baile que declinó entre risas, cumplidos sobre su pernal de cerdo que la hicieron resplandecer, y sobre su físico, que la hicieron pensar que varios de sus invitados habían disfrutado de los barriles un poco más de la cuenta.

Cuando finalmente llegó a la cocina, se sorprendió al ver que Aidan estaba detrás de ella y ya tenía la mano en la suya.

—Sal fuera a respirar un poco de aire fresco.

—Oh, pero le dije a Brenna que le llevaría una cerveza.

—Jack, llévale a nuestra Brenna una cerveza, ¿puedes? —se lo dijo en voz alta al empujar a Jude por la puerta trasera.

—Me encanta escucharte tocar, aunque debes de estar ya cansado.

—Nunca me importa tocar unas cuantas horas. Es una costumbre de los Gallaghers. —siguió guiándola, cruzando el grupo de hombres congregados cerca de la puerta trasera, hacia el camino curvado de velas colocadas entre la hierba y el jardín—. Pero no he tenido tiempo para estar contigo, ni para decirte lo guapa que estás esta noche. Te has dejado el pelo suelto. —observó, enredando los dedos en las puntas.

—Parecía que iba más con el vestido. —agitó la melena hacia atrás y alzó el rostro al cielo. Ahora era de un color azul, muy profundo, el color de una noche que nunca llegaría a ser del todo noche, por la esfera blanca de la luna.

Una noche mágica de sombras y luces cuando las hadas salían a danzar.

—No me puedo creer cómo me he puesto por esta fiesta. Todos llevaban razón. Dijeron que sencillamente pasaría y así ha sido. Supongo que las mejores cosas simplemente suceden. —se dio la vuelta cuando llegaron al lugar donde se había imaginado un cenador. Tras ellos, la casa, «su casa», pensó con un orgullo que la reconfortaba, estaba iluminada como un árbol de Navidad. La música seguía manando, entremezclada con voces y risas—. Así es como debería ser—murmuró—. Una casa debe tener música.

—Te pondré música en tu casa cuando quieras. —cuando ella sonrió y se deslizó en sus brazos, él la guió en un baile, tal y como había soñado que lo haría.

Era perfecto, reflexionó Jude. Magia, música y la luz de la luna. Una noche larga en la que la oscuridad era sólo un breve parpadeo.

—Si vinieses a Estados Unidos y tocases una canción, tendrías un contrato de grabación antes de acabada.

—Eso no es para mí. Éste es mi lugar.

—Sí, es verdad. —retrocedió para sonreírle. Desde luego, no se lo podía imaginar en ningún otro sitio—. Éste es tu lugar.

Y fue la magia, la música y la luz de la luna lo que le impulsó a hablar antes de que tuviera el discurso preparado.

—Y el tuyo también. No hay ningún motivo para que regreses. —la apartó hacia atrás—. Eres feliz aquí.

—He sido muy feliz aquí. Pero...

—Eso es suficiente para quedarte. ¿Qué hay de malo en sólo ser feliz?

Su tono abrupto hizo que la sonrisa de Jude diera paso a una expresión de desconcierto.

—Nada, claro, pero tengo que trabajar. Tengo que mantenerme.

—Aquí puedes encontrar el trabajo que te satisfaga.

Lo había hecho, reflexionó. Había encontrado el trabajo de su vida en la escritura. No obstante, las viejas costumbres no se pierden fácilmente.

—No parece que haya mucha demanda de profesores de psicología en Ardmore, por el momento.

—No te gustaba hacer eso.

Estaba empezando a ponerse nerviosa. Un escalofrío recorrió sus brazos y echó en falta una chaqueta.

—Es lo que hago. Lo que sé hacer.

—Bueno, pues pensarás en otra cosa que puedas hacer. Te quiero aquí conmigo, Jude. —incluso cuando el corazón de Jude se abalanzó sobre sus palabras, él prosiguió.

—Necesito una esposa.

Ella no estaba segura si el ruido sordo era su corazón que se volvía a desplomar, o simplemente la sorpresa.

—¿Perdona?

—Necesito una esposa. —repitió—. Creo que deberías casarte conmigo, luego resolveremos el resto de las cosas.

CAPÍTULO 17

—Necesito una esposa. —repitió ella, manteniendo la voz tranquila, recalcando las palabras por igual.

—Sí, la necesito. —no había pretendido decirlo precisamente así, pero ahora era demasiado tarde—. Nos necesitamos el uno al otro. Nos avenimos bien. No tiene sentido que vuelvas a una vida que no te satisfacía, cuando puedes tener aquí una vida plena.

—Ya veo. —no, no lo veía, pensó. Era como intentar ver a través de un agua oscura y turbia. No obstante, intentaba ver—. Entonces, ¿crees que debería quedarme aquí y casarme contigo porque tú necesitas una esposa y yo necesito... una vida?

—Sí. No. —había algo que sonaba mal en la manera en que ella lo expresaba. Algo que no iba del todo bien por su tono de voz. Pero él estaba demasiado nervioso como para descifrado—. Lo que digo es que te podría mantener holgadamente hasta que encuentres el tipo de trabajo que te gusta hacer, o si prefieres trabajar en crear un hogar, también está bien. El pub va bastante bien. No soy un indigente, y aunque no sea el estilo de vida al que estás acostumbrada, nos las arreglaríamos.

—Conque nos las arreglaríamos. Mientras tú... me mantienes en ese estilo de vida al que no estoy muy acostumbrada. ¿Me mantienes hasta que me maree dando vueltas y encuentre algo que se me pueda dar bien?

—Mira —¿por qué no podía ordenar las palabras correctamente?—. Lo que digo es que tienes una vida aquí. Una vida conmigo.

—¿Sí? —se volvió, luchando por retener algo oscuro y burbujeante que quería vomitar. No sabía lo que era, no estaba segura de querer saberlo, pero intuyó que era peligroso. Se suponía que los irlandeses eran poetas, caviló, que las palabras más encantadoras fluían de sus bocas.

Y aquí, por segunda vez en su vida, le estaban diciendo que debería casarse con un hombre por el bien de ella.

William también había necesitado una esposa, recordó. Para ayudar a consolidar su posición, para recibir a invitados, para parecer más respetable.

Y claro, ella había necesitado a un hombre para que le dijera lo que tenía que hacer, cuándo y cómo. Una esposa para uno, una vida para el otro. ¿Había algo más lógico que eso?

La primera vez que se lo habían dicho, obedeció. En silencio, casi sumisa. La enfurecía y la avergonzaba recordado. La enfurecía y la avergonzaba el darse cuenta de que una parte de ella anhelaba hacer lo mismo ahora con Aidan.

Sin embargo, ahora ella era algo más. Más de lo que se había percatado. Se estaba realizando y, por Dios, pretendía acabado. Sin que la guiaran suavemente porque fuera una inepta para encontrar su propio camino sola.

—He pasado tiempo aquí, Aidan. —con la cara compuesta, la voz estable, se volvió hacia él para estudiar su rostro en la luz plateada de la luna velada—. He pasado tiempo contigo. Estos meses no forman una vida, y es mi vida la que estoy resolviendo, para que pueda construir sobre ella, hacer algo de ella. Y conmigo misma.

—Hazlo conmigo. —la rápida sacudida de desesperación le dejó aturdido, le hizo tambalearse—. Yo te importo, Jude.

—Por supuesto. —de algún modo logró mantener la voz agradable al decirlo, aunque ese oscuro y burbujeante brebaje seguía revolviéndose en su estómago—. El matrimonio es un asunto serio, Aidan. Yo lo he vivido y tú no. No es un compromiso que pretenda repetir.

—Eso es ridículo.

—No he terminado. —su voz era fría ahora, acero recubierto de hielo—. No es un compromiso que pretenda repetir. —volvió a decir—, hasta que confíe en mí misma, en el hombre y en las circunstancias, lo suficiente como para creer que es para siempre. No voy a permitir que me rechacen de nuevo.

—¿Acaso crees que haría una cosa así? —indignado, agarró los brazos de ella, los sujetó con fuerza—. ¿Te quedas ahí y me comparas con ese canalla que no cumplió con su juramento ante ti?

—No tengo nada más con que compararte, o con que comparar esto. Siento que esto te enoje. Pero el hecho es que el matrimonio no entra dentro de mis planes en este momento. Te lo agradezco. Bien, ahora debería entrar. Estoy desatendiendo a mis invitados.

—Al infierno con ellos. Vamos a resolver esto.

—Ya lo hemos resuelto. —conservando la misma sonrisa rígida en su rostro, apartó sus manos—. Si no me he expresado con claridad, volveré a intentado. No, no me casaré contigo, Aidan, pero gracias por pedírmelo.

Al decirlo, los truenos retumbaron por encima de las colinas, y un relámpago como una lanza estalló, arrojando un rayo de finas grietas blancas por el cántaro del cielo. Jude se dio la vuelta para entrar en la casa, mientras se levantaba el viento para atizar el aire y provocar el canto furioso y amargo de los carillones.

Extraño, reflexionó, sentía el corazón de igual modo. Furioso y amargo.

Aidan sólo se quedó mirándola fijamente. Se había negado. No se había preparado para la posibilidad de que no aceptara. Él había decidido que se casarían. Ella era la que había elegido. Para él, sólo habría una para siempre.

La súbita furia del viento corría por el cabello de él, y el aire que traía la tormenta tras la lanza del relámpago era tan puro que hería.

Aidan permaneció en medio de la tormenta que se

aveminaba, luchando por despegarse la cabeza.

Ella simplemente necesitaba un poco más de tiempo y persuasión. Eso era. Tenía que serio, meditó, al frotar la base de su mano por su corazón. El dolor que sentía en el corazón era nuevo junto con una sensación de pánico, que no le importaba. Ella acabaría convenciéndose de ello, claro que sí. Cualquier necio podía ver que necesitaban estar juntos.

Sólo tendría que hacerle ver que sería feliz ahí, que él la cuidaría bien. Que no la decepcionaría como lo habían hecho antes. Ella sólo estaba actuando con prudencia, eso era todo. Él la había pillado por sorpresa, pero ahora que sabía sus intenciones, se acostumbraría. Él se encargaría.

Un Gallagher no se retiraba del juego ante el primer golpe, se dijo a sí mismo. Perseveraba. Y Jude Frances Murray se iba a enterar de lo que aguantaba y duraba la perseverancia de un Gallagher.

Con una expresión forzada, volvió con grandes zancadas a la casa. Si hubiera levantado la mirada, hubiera visto la figura tras la ventana. La mujer estaba allí, con el pálido pelo alrededor de los hombros, y una única lagrima, tan brillante como un diamante, le recorría la mejilla.

Jude logró mantener el tipo durante el resto de la fiesta. Se rió, bailó y charló. No le costó ningún esfuerzo rodearse de gente y evitar otra confrontación con Aidan. Le costó más trabajo echarle cuando la gente empezó a irse, darle excusas, con una sonrisa, de que estaba exhausta. Necesitaba dormir, le dijo.

Claro que no era el caso. En el instante en que la casa se quedó vacía, se arremangó. No quería pensar, aún no, y la mejor manera de evitarlo era el trabajo duro.

Recogió los platos y los vasos por toda la casa, posteriormente los lavó, los secó y colocó cada uno en su sitio. Le llevó horas, y su cuerpo estaba exhausto tal como había asegurado. No obstante, su mente se negaba a descansar, por lo tanto continuó, obligándose a limpiar, restregar y ordenar.

En una ocasión le pareció escuchar el sonido del llanto de una mujer por las escaleras, pero lo ignoró. La desesperación de ese llanto hacía que sus propios ojos le escocieran, yeso no serviría de nada.

Sus lágrimas no ayudarían a Lady Gwen. No ayudarían a nadie.

Arrastrando los muebles, los volvió a colocar en su sitio, luego sacó la escoba y barrió el suelo.

Su cara estaba pálida y tenía ojeras de la fatiga cuando subió hasta su dormitorio.

Sin embargo, no había llorado y el duro trabajo manual le había quemado todo, excepto el agotamiento físico que la mareaba. Aún completamente vestida, se tumbó en la cama, enterró su cara en la almohada y se obligó a dormir.

Sonó que bailaba con Aidan, bajo la luz plateada de una luna mágica, rodeada de flores de colores, alegres como

las hadas, y el aire embriagado con sus fragancias.

Que montaba con él, sobre el lomo ancho de un caballo blanco y alado, atravesando relucientes campos verdes, tormentosos mares y plácidos lagos de un azul irreal.

Esto es lo que le ofrecía; Le escuchó decírselo. Esto, un país que fascina y tranquiliza. Un hogar a la espera de ser creado. Una familia a la espera de ser creada.

—Tómalo y tómate a mí.

Pero la respuesta era que no, tenía que ser que no. No era su país. No era su hogar. No era su familia. No podía serlo hasta que no hubiera fuerza en ella, confianza en ellos, amor por parte de él.

Después estaba sola en el sueño, junto a la ventana que la lluvia bañaba, porque en todas las promesas que le había hecho, no hubo ni una sola palabra de amor.

Cuando se despertó, el brillante sol entraba a raudales y el sonido del llanto era el suyo propio.

Tenía la mente abotargada por la falta de sueño y el cuerpo débil, como si se hubiera despertado vieja y enferma. Autocompasión, meditó Jude, reconociendo los síntomas demasiado bien. La depresión se aveminaba. Tras haberle sido arrebatado su matrimonio bajo sus pies, había caído en ese patrón de conducta durante semanas.

Malas noches, días infelices e interminables, nubes de sufrimiento y vergüenza.

Esta vez no, se prometió. Ahora tenía la situación bajo control, tomando sus propias decisiones y lo primero era no regodearse en la autocompasión, ni siquiera durante una hora.

Recogió flores, ató los tallos con un bonito lazo, y con Finn y Betty haciéndole compañía, se dispuso a pasear hasta la tumba de Maude.

La tormenta que había amenazado con caer la noche anterior nunca se produjo. A pesar de que había algunas nubes amenazantes al suroeste, el aire era maravillosamente cálido. El sol cantó su canción y, sobre las colinas, los botones de oro tostaban sus pétalos. Divisó un conejo de rabo blanco, unos segundos antes de que el sabueso color canela lo olfateara. Betty salió disparada, como una fina bala tras el fugaz borrrón blanco, sólo para volver retozando, momentos después. La lengua le colgaba, con una expresión sumisa, por haber caído otra vez en la persecución.

Tras cinco minutos de observar al cachorro corretear alrededor de Betty, caerse y dar ladridos, Jude se puso de mejor humor.

Cuando llegó a la tumba, ya se había tranquilizado y se sentó, tal como era ahora su costumbre, para contarle a Maude las últimas noticias.

—Anoche tuvimos un *ceili* maravilloso. Todo el mundo decía que estaba bien volver a tener música y gente en la

casa. Dos de las hermanas de Brenna O'Toole vinieron con sus novios. Parecen tan felices las cuatro, y Mollie irradia felicidad cuando las mira. Oh, y bailé con el señor Riley. Parece tan viejo y frágil que temía que se rompiera en añicos, pero apenas si pude seguir su ritmo. —riéndose, sacudió la melena hacia atrás y se acopló sobre los talones para la visita—. Luego me pidió que me casara con él, así que ya sé que aquí me aceptan. Preparé una pierna de cerdo. Era la primera vez que lo hacía y salió bien. Ni siquiera quedaron sobras para los perros. Luego, al atardecer, Shawn Gallagher cantó *Four Green Fields*. No hubo nadie que no vertiera unas lágrimas. Nunca he dado una fiesta en la que la gente riera, llorara, cantara y bailara. Ahora no entiendo por qué la gente da otro tipo de fiestas.

—¿Por qué no le hablas sobre Aidan?

Jude levantó la mirada lentamente. No le sorprendió ver a Carrick de pie, al otro lado de la tumba de Maude. Otro enigma, suponía, era que ahora semejante cosa no parecía extrañarle en lo más mínimo. Sin embargo, alzó las cejas porque los ojos de Carrick chispeaban de furia y la boca se le retorció en una mueca.

—Aidan estaba allí. —afirmó con calma—. Tocó y cantó de maravilla, y trajo suficiente cerveza del pub como para hacer flotar a un acorazado.

—Y el hombre te sacó a la luz de la luna y te pidió que fueras su esposa.

—Bueno, más o menos. Me sacó a la luz de la luna y me dijo que necesitaba una esposa, y que yo resultaría ideal. —Jude bajó la mirada mientras su cachorro olfateaba las suaves botas marrones de Carrick.

—¿Y cuál fue tu respuesta?

Jude juntó las manos sobre la rodilla.

—Si sabes eso, sabes el resto.

—¡No! —la palabra estalló de sus labios y la hierba tembló y se quedó aplastada—. Te niegas porque tienes el cerebro de un mosquito. —le dio con el dedo, y aunque estaban a unos pies de distancia todavía sentía la punzada impaciente en su hombro—. Te tomé por una mujer inteligente, con una mente y porte elegante, con un buen corazón fuerte. Ahora veo que eres voluble, pusilánime y tozuda.

—Ya que me tiene en tan baja estima, no le someteré a mi compañía. —se puso de pie, alzó el mentón con brusquedad y dio un grito ahogado cuando se dio la vuelta y chocó con él.

—Te quedarás donde estás, señorita, hasta que yo te dé permiso.

Por primera vez, oyó la majestuosidad en su tono de voz, su amenaza y su poder. Se quería echar a temblar, pero se mantuvo firme.

—¿Permiso? Soy libre de ir y venir como me plazca. Este es mi mundo.

Al centellear los ojos de Carrick con furia, los cielos

temblaron y se oscurecieron, avecinándose tormenta.

—Ha sido el mío desde que los de tu especie aún se escondían en cuevas. Será mío tiempo después de que te hayas convertido en polvo. Cuidado y recuerda eso.

—¿Por qué estoy hablando contigo? Eres una visión. Un mito.

—Y tan real como tú. —le agarró la mano y su carne estaba firme y caliente—. Te he estado esperando cien años multiplicados por tres. Si me equivoco y tengo que esperar a otra para comenzar de nuevo, quiero saber el motivo. Ahora me dirás por qué te negaste cuando el hombre te pidió matrimonio.

—Porque ésa fue mi elección.

—Elección. —soltó media carcajada y, dándose la vuelta, se apartó de ella—. Oh, estos mortales y sus benditas elecciones. Siempre os importan tanto. De cualquier modo, el destino se adueñará de vosotros.

—Quizás, pero mientras tanto escogeremos nuestra propia dirección.

—Aunque sea la dirección equivocada.

Jude sonrió levemente mientras él se volvía. Su apuesto rostro era un poema de sincera perplejidad.

—Sí, aunque sea la equivocada. Es nuestra naturaleza, Carrick. No podemos cambiar nuestra naturaleza.

—¿Le amas? —cuando ella vaciló, le tocó a él sonreír—. ¿Mentirías, [colleen](#), a una visión y a un mito?

—No, no mentiré. Le amo.

Elevó las manos en un gesto de rabia y refunfuñó.

—¿Pero no le pertenecerás? .

—Jamás volveré a ser el comodín de nadie. —alzó la voz, en un tono brusco, con otro tipo de poder—. La posesión, si alguna vez volviera a suceder, será por ambas partes, y completa. En una ocasión me entregué a un hombre que no me amaba porque parecía que era una cosa sensata por hacer y porque... —por unos instantes cerró los ojos, dándose cuenta de que nunca lo había admitido, ni siquiera una vez ante sí misma—. Porque temía que nadie lo haría jamás. Temía quedarme sola para siempre. Nada me asustaba más que quedarme sola. Eso ya no es verdad. Estoy aprendiendo a estar sola, a gustarme y a respetar quién soy.

—¿Entonces el hecho de que puedas estar sola significa que debes estado?

—No. —en esta ocasión fue ella quien levantó las manos, girándose rápidamente para caminar de arriba abajo—. Hombres —masculló—. ¿Por qué hay que explicarles todo paso a paso a los hombres? No tengo que estar casada para ser feliz. Y por supuesto que no voy a cambiar la vida que acabo de empezar, volver a arriesgarme con el matrimonio y arrojarme en la ilusión de otra persona a menos que yo lo quiera, maldita sea. Hasta que sepa que yo estoy en primer lugar, para variar. Yo, Jude Frances Murria. —alzó la voz, colocando una mano sobre su

corazón y los ojos de Carrick la observaron con detenimiento—. No me voy a conformar con menos que nada. Sólo porque esté enamorada de Aidan, sólo porque seamos amantes no significa que voy a desfallecer de la emoción, por decirme que necesita una maldita esposa, y que yo soy la que ha escogido. Esta vez seré yo quien escoja, muchas gracias.

Colorada y sin aliento, le fulminó con la mirada. Y ahí se dio cuenta de que había dicho todo lo que nunca había expresado con palabras. Nunca, jamás, volvería a conformarse con menos que nada.

—Yo creía que no entendía a los mortales. —aseveró Carrick tras un momento—. Pero ahora estoy pensando que son sólo las mujeres mortales a las que no entiendo. Entonces, ¿podrías explicarme esto, Jude Frances? ¿Por qué no es suficiente con el amor?

Ella soltó un pequeño suspiro.

—Sí lo es, cuando es amor.

—¿Por qué hablas en clave?

—Porque hasta que no lo resuelva uno mismo, no sirve de nada que te lo digan. Y cuando lo resuelves, no necesitas que te lo digan.

Carrick masculló algo en gaélico, sacudió la cabeza.

—Presta atención: una única elección puede construir o destruir destinos. Elige bien. —y haciendo un gesto con las muñecas, se esfumó en el aire.

Aidan no se sentía menos frustrado con las mujeres que Carrick en ese instante. Si alguien le hubiera dicho que su ego estaba muy lastimado, se hubiera reído de ellos. Si alguien le hubiera dicho que era el pánico lo que seguía ocultándose para hacerle cosquillas en el fondo de su garganta, le hubiera tachado de necio y mentiroso. Si le hubieran dicho que la sensación desgarradora en su corazón era dolor, les hubiera echado del pub con un gruñido.

No obstante, era todo eso lo que sentía, además de confusión.

Había estado tan seguro de entender a Jude. Su mente y su corazón al igual que su cuerpo. Era desmoralizante darse cuenta de que se había saltado un paso en algún momento. Era cierto que se había pasado, por así decirlo. Sin embargo, no esperaba que ella se hubiera mostrado tan impasible y tranquila al responder a su propuesta.

Por Dios, le había propuesto matrimonio a una mujer, a la mujer, y ella había sonreído y le había contestado «no, gracias» tan guapa y soberbia, y luego había vuelto al *ceili*.

Su dulce y tímida Jude Frances no había tartamudeado ni se había ruborizado, sino que lo había examinado, imperturbable, y después lo había rechazado tajantemente. No tenía sentido alguno cuando cualquier necio podía ver que estaban hechos el uno para el otro.

Como dos eslabones en una larga y complicada cadena.

Era una cadena que podía visualizar con toda claridad, una de continuidad sólida y de tradición. El hombre con la mujer, generación tras generación. Estaba escrito que ella era con la que debía estar, para que juntos pudieran forjar los próximos eslabones en esa larga cadena.

Se requería una táctica diferente por completo, se dijo al recorrer de arriba abajo las habitaciones en vez de terminar el papeleo del día. Sabía cómo cortejar y ganarse a una mujer, ¿no? Había cortejado y ganado a muchas mujeres antes.

Claro que eso había sido para otros propósitos completamente diferentes, pensó, y empezó a preocuparse de nuevo. Pero no tanto, reconoció ante sí mismo, aún no, como para estar totalmente perdido en cuanto a cortejar a una mujer para convencerla de que fuera su esposa.

Oyó unos pasos en las escaleras unos instantes antes de que Darcy, como era su costumbre, entrara tan campante, sin llamar a la puerta.

—Shawn está abajo en la cocina y, tomándome como su chica de los recados, me ha mandado arriba para ver si has pedido patatas y zanahorias, y si vamos a recibir más pescado blanco de Patty Ryan al final de la semana, ya que tiene planes para ello.

—Patty nos ha prometido pescado fresco para mañana y el resto vendrá para mediados de semana. No habrá empezado ya a preparar el menú de esta noche, ¿verdad? Todavía no es ni la una y media.

—No, pero está preocupado estudiando una de las recetas que una de las chicas le dio anoche en el *ceili*, y me está dejando la mayor parte de la tarea de servir a mí. ¿Bajas a encargarte de la barra o te vas a quedar aquí sentado mirando las paredes?

—Estaba trabajando. —replicó un poco molesto, ya que se había pasado bastante tiempo mirando las paredes—. Cuando quieras encargarte del papeleo aquí, cariño, no tienes más que decírmelo.

El tono de su voz la hizo cavilar. Aun sabiendo que iba a dejar plantado a Shawn y al ayudante de la tarde, Darcy se dejó caer en una silla y puso las piernas por encima del brazo de ésta.

—Te dejo las cuentas a ti, puesto que eres tan sabio y listo.

—Entonces deja que me encargue y baja a encargarte de lo tuyo.

—Tengo un descanso de diez minutos y, como estoy aquí, me lo voy a tomar ahora. —le lanzó una sonrisa demasiado dulce como para fiarse de ella—. Entonces, ¿en qué estás pensando?

—No estoy pensando.

Darcy sólo levantó una mano y se examinó las uñas como si aquello no fuera con ella. Aidan avanzó hacia la ventana, volvió a la mesa y de nuevo a la ventana, cuando el silencio lo delató.

—Has intimidado con Jude en el último par de meses. —

soltó Aidan.

—Sí, es cierto. —Darcy sonrió de oreja a oreja—. Aunque no tanto como tú, por así decirlo. ¿Es que os habéis peleado? ¿Es por eso que estás caminando de un lado hacia otro y gruñendo?

—No, no nos hemos peleado. Exactamente. —se metió las manos en los bolsillos. Oh, era humillante, ¿sin embargo, qué otra alternativa le quedaba?—. ¿Qué dice de mí?

Darcy no se rió en voz alta, pero se rió para adentro mientras le hacía ojitos a su hermano.

—Eso sería delatarla. No soy una bocazas.

—Te doy una hora libre extra el próximo sábado.

Al instante, Darcy se incorporó mostrando una mirada pícara.

—Bueno, ¿por qué no me lo dijiste antes? ¿Qué quieres saber?

—¿Qué piensa de mí?

—Oh, cree que eres guapo y encantador, y nada de lo que yo diga hará cambiar su opinión para ver la verdad. La has enamorado perdidamente, arrastrándola con el romanticismo. Eso de subida en brazos por las escaleras fue una buena táctica. —en esta ocasión ella se rió al ver su expresión de reproche—. No preguntes de lo que hablan las mujeres si no quieres saberlo.

Él respiraba como si tuviera miedo.

—No seguiría hablando de... lo que pasó después.

—Oh, todos los suspiros y susurros. —incapaz de detenerse, saltó, le agarró la cara y le besó—. Claro que no, cabeza de chorlito. Es muy discreta para eso, aunque Brenna y yo sí que intentamos sonsacarle un poco. ¿Qué te preocupa? Por lo que yo te puedo contar, Jude cree que eres el mejor amante desde que Salomón tomó a la reina de Saba.

—Así que eso es todo. Sexo, romance y enamoramiento durante unos meses. ¿Nada más que eso?

La diversión desapareció de sus ojos al mirar en los de Aidan.

—Lo siento, cariño. Estás verdaderamente disgustado. ¿Qué ha pasado?

—Le pedí que se casara conmigo anoche.

—¿Sí? —súbitamente se abalanzó sobre él, sus piernas rodeándole la cintura, sus brazos alrededor del cuello, apretujándolo como una boa constrictor—. Oh, pero si eso es maravilloso. ¡Me alegro muchísimo por ti! —riéndose, le dio Unos besos sonoros en ambas mejillas—. Vamos a bajar a la cocina a decírselo a Shawn y llamar a mamá y papá.

—Me dijo que no.

—Querrán venir y conocerla antes de la boda y luego todos... ¿Qué?

El alma se le cayó a los pies mientras Darcy lo miraba

boquiabierta.

—Dijo que no. —Darcy sintió que la devoraba la culpa.

—No puede ser. No era su intención.

—Lo dijo claramente, fue cortés y añadió las gracias. —oh, y ese «gracias» había sido un trago amargo.

—Bueno, y ¿qué demonios le pasa? —de repente furiosa, Darcy se apartó de él y plantó los puños en las caderas. La ira, como bien sabía, siempre resultaba más cómoda que la culpa—. Por supuesto que quiere casarse contigo.

—Dijo que no quería. Que no quería matrimonio en absoluto. Es por culpa de ese maldito canalla que la dejó. Me comparó con él, y cuando le llamé la atención, me dijo que no tenía otra cosa con que compararme. Pues no me compares con nada, por todos los santos. Soy quien soy.

—Claro que sí, y diez veces más hombre que ese William. —«culpa mía», caviló Darcy. Había visto lo divertido que era, sin embargo no había pensado en el dolor—. ¿Entonces no fue... no fue sólo que no quería dejar su vida en Estados Unidos?

—Nunca llegamos tan lejos. ¿Y por qué no iba a querer, si es más feliz aquí de lo que jamás a sido allí?

—Bueno... —Darcy resopló e intentó darle vueltas al asunto—. No se me había ocurrido que no hubiera querido casarse.

—Lo que pasa es que se ha quedado estancada en lo que le ocurrió en el pasado. Sé que le hizo daño, y me gustaría estrangularle el cuello a ese hombre. —la emoción le embargó y se reflejó en sus ojos—. Pero yo no le haré daño.

No, él la guardaría como un tesoro y cuidaría de ella, como hacía con todo lo que amaba, reflexionó Darcy, sintiendo mucha pena por él.

—Quizás se debe, en parte, a una herida que no se ha curado del todo. Aunque el hecho es que no todas las mujeres quieren un anillo y un bebé debajo del mandil. —quería levantarse, acariciarle y abrazarle para reconfortarle, pero veía que aún había demasiada ira en sus ojos como para hacerle mimos—. Entiendo lo que ella siente acerca de eso, Aidan. El matrimonio es para siempre.

—No es un fin sino un principio.

—Para ti lo sería, pero no es así para todos. —Darcy se recostó, tamborileó con los dedos—. Bueno, yo sé juzgar bien a la gente, y yo digo que nuestra Jude es de las que se casan, se lo crea o no en este momento. Una persona que nunca ha tenido la oportunidad de crear su nido, si quieres mi opinión, antes de venir sola hasta aquí. Quizás nosotros nos adelantamos más de lo que deberíamos haber hecho.

—¿Nosotros?

—Quería decir «tú». —se corrigió Darcy al pensar en el complot que habían ideado ella y Brenna. No era necesario mencionar eso, pensó, ya que parecía que ese lío no era por su culpa, al menos, la totalidad—. Pero es demasiado tarde para cambiado, así que tendrás que

avanzar. Convencerla. —volvió a sonreír—. Dedícale tiempo, pero hazle ver a lo que renunciaría si no aceptase lo que le ofreces. Eres un Gallagher, Aidan. Los Gallagher consiguen lo que quieren, tarde o temprano.

—Llevas razón. —los trozos de su ego hecho añicos

empezaron a encajar de nuevo—. Ya no hay vuelta atrás. Simplemente tendré que ayudarla a que se haga a la idea.

Aliviada al ver que el brillo volvía a su mirada, Darcy le dio una palmadita en la mejilla.

—Apuesto por ti.

CAPÍTULO 18

Ella no le estaría esperando, al menos no tan pronto. No obstante, ya que Darcy se mostraba tan dispuesta a cooperar, Aidan se había tomado un par de horas antes de cerrar para caminar hasta la casa de Jude. Era una noche agradable, con la brisa del mar. Las nubes surcaban por el cielo con brío, dando lugar a parches de estrellas que titilaban, brillaban con luz trémula y se desvanecían. La luna estaba redonda y rechoncha, con su suave luz.

Una buena noche, discurrió Aidan, para cortejar a la mujer con la que pretendes casarte.

Le traía un ramillete de rosas, de un color rosa delicado, que había robado en el jardín de Kathy Duffy. Suponía que a la mujer no le importaría la pérdida de éstas cuando iban destinadas a una causa tan buena.

Había luces resplandeciendo en su ventana, una visión entrañable y acogedora para él. Se imaginaba que en los años venideros, cuando estuvieran casados y establecidos, sería igual. Él caminaría a casa después del trabajo y ella le esperaría con los candiles encendidos para guiar su paso. Ya no le sorprendía ver cuánto lo deseaba o la claridad con que veía todo; Noche tras noche, año tras año, hasta toda una vida.

No llamó a la puerta. Tales formalidades ya habían desaparecido entre ellos. Se percató de que ya había recogido lo de la fiesta. Era tan propio de ella, pensó con cariño. Todo estaba recogido y ordenado, como debía ser.

Oyó música que bajaba por las escaleras y subió hacia ella.

Estaba en su pequeña oficina, con el volumen de la radio bajo y el cachorro roncando a sus pies debajo de la mesa. Tenía el pelo recogido hacia atrás y sus dedos se movían con celeridad por las teclas del ordenador.

Le entraron ganas de levantada en brazos y comérsela entera. Sin embargo, no creía que eso fuera lo adecuado, teniendo en cuenta las circunstancias. La persuasión, se dijo, no venía del arrebató y del ardor, sino del sosiego y de la calidez.

Cruzó la habitación, moviéndose con sigilo hasta llegar donde se encontraba, y se inclinó para posar un suave beso en su nuca.

Ella se sobresaltó, pero Aidan ya lo había anticipado y, riéndose, la rodeó con los brazos, quedando las flores debajo del mentón de Jude y su boca en la oreja de ella.

—Estás tan guapa sentada aquí, *a ghra*, trabajando por la noche. ¿Con qué cuento andas liada?

—¡Oh!, yo... —tenía—el corazón en un puño. No se había equivocado al pensar que ella no le esperaba. No ya sólo tan temprano, sino que no lo esperaba en ningún momento. Ella sabía que había sido cortante y descortés, y hasta distante, y se había convencido de que lo que había habido entre ellos estaba acabado. Incluso ya empezaba a añorarlo.

Pero aquí estaba, trayéndole flores y susurrándole suavemente a su oído.

—Es la historia del *pooka* y Paddy McNee que el señor Riley me contó. Son preciosas, Aidan. —ya que no estaba nada preparada para que alguien viera su trabajo, bajó la tapa del ordenador y olisqueó las rosas.

—Me alegra que te gusten, porque son bienes robados y la garda puede venir en cualquier momento y arrestarme.

—Pagaré tu fianza. —se giró en la silla para mirarle. N o estaba enfadado, observó con alivio y perplejidad. Un hombre no podía sonreír así si es tuviera enfadado—. Las pondré en agua y te prepararé un té.

Cuando se levantó, el cachorro se dio la vuelta con un gruñido y un bufido, y se volvió a hacer un ovillo.

—Como perro guardián es un desastre total. —comentó Aidan.

—Es sólo un cachorro. —cogiendo las flores, bajaron las escaleras—. Y de cualquier forma, no tengo nada que vigilar.

Era tan agradable volver a la rutina, al trato amigable y al coqueteo. Una parte de ella quería sacar el tema de lo ocurrido la noche anterior, pero lo apartó. ¿Qué necesidad había de mencionar algo que les ponía en desacuerdo?

Lo más probable es que él ya se estuviera arrepintiendo por habérselo pedido, y aliviado de que le hubiera dicho que no. Por alguna razón, esa línea de pensamiento le hacía volver a sentir ese oscuro y repugnante brebaje, borboteando en su interior. Se obligó a tranquilizarse y colocó las rosas en una botella de color azul pálido.

Al hacerlo, se dio cuenta de la hora y frunció el ceño.

—No son ni las diez. ¿Has cerrado el pub?

—No, me he tomado un par de horas. Tengo derecho de vez en cuando. Y te echaba de menos. —añadió, posando las manos sobre su cintura—. Ya que no has venido a verme.

—Estaba trabajando. —«No creía que querías verme. ¿No estábamos enfadados?», se preguntó incluso cuando él se inclinó para rozar sus labios.

—Y te he interrumpido. Pero ya que no tiene remedio... —se apartó—. ¿Vienes a pasear conmigo Jude Frances?

—¿A pasear? ¿Ahora?

—Sí. —ya estaba rodeándola y dirigiéndose hacia la puerta trasera—. Hace una noche preciosa para pasear.

—Es muy de noche. —replicó, aunque ya estaba saliendo por la puerta.

—Hay luz. La luna y las estrellas. La mejor clase de luz. Te contaré la historia de una reina de las hadas que sólo salía de su palacio por la noche, cuando había luna para guiar sus pasos. Porque hasta las hadas pueden estar bajo

el influjo de un hechizo, y el suyo era que tenía que adoptar la forma de un pájaro blanco durante el día.

Mientras caminaban, la mano de ella entrelazada con la de él, le contó el cuento, describiéndole la imagen de la reina solitaria deambulando por la noche, y el lobo negro que halló herido a la falda del acantilado.

—Tenía ojos de color verde esmeralda que la observaban con recelo, pero su corazón no pudo resistirse y superó cualquier temor. Le cuidó, empleando su arte y habilidad para sanar las heridas.

Desde esa noche se convirtió en su compañero, paseando por las colinas y el peñón, junto a ella, noche tras noche, hasta que el amanecer iluminaba el mar, y ella le abandonaba con un revoloteo de alas blancas y una llamada afligida de su corazón roto.

—¿No había manera de romper el hechizo?

—Oh, siempre hay una manera, ¿no? —acercó sus manos entrelazadas hasta sus labios, le besó los nudillos y la guió por el camino de los acantilados, donde el mar comenzaba a rugir y el viento a volar.

La luz de la luna salpicaba la hierba alta y salvaje y el camino que la atravesaba, y convertía a los guijarros en monedas de plata y a las piedras erosionadas en elfos encorvados. Dejó que Aidan la guiara, subiendo por el camino, mientras esperaba a que volviera a empezar el cuento.

—Una mañana, un joven cazaba en el campo, ya que tenía hambre y no tenía otra cosa más que su aljaba con flechas y su arco para alimentarse. La caza había escaseado durante varios días y ese día, al igual que otros, los conejos y los ciervos le habían eludido, hasta que llegó la tarde y su hambre se acrecentó. Fue en ese momento cuando vio al pájaro blanco planeando, y pensando sólo en su estómago, tensó la flecha en el arco, la soltó y lo abatió. Cuidado por donde caminas, cariño. Es por ahí.

—Pero no ha podido matarla.

—No he terminado aún, ¿verdad? —se dio la vuelta para ayudarla a subir. Después la sujetó durante un instante, manteniéndose acoplados el uno contra el otro.

—Ella profirió un grito, embargada de dolor y desesperación, que le desgarró el corazón incluso cuando la cabeza le daba vueltas por la falta de comida. Él se precipitó hacia ella y la encontró mirándole con ojos tan azules como un lago. Las manos de él temblaron, ya que eran ojos que conocía, y empezó a entenderlo todo. —dándole la vuelta a Jude, cobijándola bajo su brazo, Aidan empezó a caminar bajo la luz que irradiaban las estrellas y la luna—. Aunque estaba medio muerto de hambre, hizo lo que pudo para curar la herida y se llevó al pájaro hacia el cobijo de estos acantilados. Y preparando un fuego para hacerle entrar en calor, se quedó sentado para protegerla y esperó hasta el amanecer.

Cuando llegaron a la cima, Aidan la rodeó con el brazo para que ambos pudiesen otear el oscuro mar juntos. Las olas iban y venían, una vez tras otra, un ritmo constante, primitivo, sexual.

y entendiendo que los cuentos de Aidan también tenían su ritmo, Jude levantó una mano para cubrir la de él.

—¿Y qué ocurrió después?

—Lo que sucedió fue lo siguiente. Mientras el sol se escondía tras el horizonte, y la noche alcanzaba el día, ella empezó a transformarse, al igual que él. Entonces el pájaro se convirtió en mujer y el hombre en lobo, y durante un instante, tendieron sus manos para tocarse. Sin embargo, una mano atravesó la otra mano, y la transformación fue completa. Así que la noche transcurrió, sintiéndose ella demasiado débil y con demasiada fiebre para sanarse. Y el lobo nunca la abandonó, sino que se quedó para darle calor con su cuerpo y protegida con su vida si fuera necesario. ¿Tienes frío? —le preguntó al veda temblar.

—No —susurró. Estoy emocionada. —Aún no ha terminado. La noche volvió a convertirse en día, y de nuevo el día en noche, y como cada vez que ocurría, sólo tenían ese instante para poder alcanzarse, negándoseles el encuentro de nuevo. Él nunca se fue de su lado para comer, como hombre o como lobo, y por lo tanto también estaba cerca de la muerte.. Intuyéndolo, ella utilizó el poder que le quedaba para fortalecerse; para salvarle a él en vez de a sí misma. Porque el amor que sentía por él significaba más que su propia vida. Una vez más el amanecer brilló en el cielo y comenzó la transformación. Una vez más, ambos intentaron alcanzarse, a sabiendas de que era inútil, y ella consciente de que nunca volvería a ver otro amanecer. Pero en esta ocasión el sacrificio que ambos habían hecho se vio recompensado. Sus manos se encontraron, sus dedos se entrelazaron, y se miraron mutuamente, por fin, de hombre a mujer, de mujer a hombre. Y las primeras palabras que pronunciaron fueron de amor.

—¿Y vivieron felices y comieron perdices?

—Mejor todavía. Él, que había sido rey por derecho propio en una tierra lejana, tomó a su reina de las hadas como esposa. Nunca jamás volvieron a pasar ni un ocaso ni un alba separados durante el resto de sus vidas.

—Ha sido precioso. —reposó la cabeza en su hombro—. Y esto también.

—Es mi sitio. O así lo creía cuando era niño y venía trepando hasta aquí para asomarme al mundo, y soñar en qué lugar estaría yo.

—¿Adónde querías ir?

—A todas partes. —se dio la vuelta y enterró la cara en su pelo y pensó que ahora este lugar era más que suficiente. No obstante, para ella era diferente—. ¿Adónde quieres ir tú, Jude?

—No lo sé. En realidad nunca lo he pensado.

—Pues piensa ahora. —cambió de posición, después se acopló a su lado sobre una piedra—. De todos los sitios que hay, ¿qué quieres ver?

—Venecia. —no sabía de dónde había salido esa idea y se rió de sí misma al darse cuenta de que había estado en su

cabeza, lista para soltada—. Creo que me gustaría ver Venecia con sus maravillosos edificios, grandes catedrales y misteriosos canales. Y el campo de viñedos en Francia, todos esos acres de viñedos con las uvas madurando, las viejas granjas y jardines. E Inglaterra también. Londres, por supuesto, por los museos, su historia, aunque prefiero el campo. Cornwall, las colinas y los acantilados, respirar el aire donde nació Arturo.

Nada de islas tropicales, ni playas abrasadoras, ni exóticos puertos de escala para su Jude Frances ahora, observó Aidan. Era el romance y de nuevo la tradición, con un toque de leyenda, lo que deseaba.

—Ninguno de esos lugares está muy lejos de donde estamos sentados ahora. ¿Por qué no te vienes conmigo, Jude, y los vemos?

—Oh, claro, simplemente cogemos un avión para Venecia esta noche y a la vuelta nos pasamos por Francia e Inglaterra.

—Bueno, quizás esta noche sea un poco difícil, pero el resto es lo que tenía pensado. ¿Te importaría esperar hasta septiembre?

—¿De qué estás hablando?

«De una luna de miel», casi soltó, pero pensó que lo mejor por el momento era ser prudente.

—De que te vengas conmigo. —de nuevo tornó su mano, mordisqueando sus dedos al sonreírle por encima de la mano—. De que te vengas conmigo a lugares de romance, misterio y leyenda. Te enseñaré Tintagal, donde Arturo fue concebido la noche en que Merlín conjuró su magia sobre Uther, para que Y grainne creyese que recibía a su propio marido. Y nos hospedaremos en una de esas granjas de Francia, beberemos su vino y haremos el amor en una gran cama de plumas y luego pasaremos por el canal de Venecia y nos maravillaremos ante las grandes catedrales. ¿No te gustaría eso, cariño?

—Claro que sí. —sonaba glorioso, mágico. Como otro de sus cuentos—. Sólo que es imposible.

—¿Porqué iba a serio?

—Porque... tengo trabajo y tú también.

Se rió y desvió la atención de los dedos al lateral de la mandíbula de Jude.

—¿Y crees que mi pub se vendría abajo o que tu trabajo desaparecería? Al fin y al cabo, ¿qué son dos semanas o así en el orden del universo?

—Sí, es verdad, pero...

—Yo he visto esos lugares que has mencionado. —se acercó a su boca para seducirla poco a poco—. Ahora quiero verlos contigo. —sus manos rozaron el rostro de Jude, y empezó a perderse en ella, en su sabor y textura—. Ven conmigo, *a gbra*. —murmuró, atrayéndola hacia sí cuando ella temblaba.

—Se... se supone que debo volver a Chicago.

—No lo hagas. —su boca se volvió más ardiente, más

posesiva—. Quédate conmigo.

—Bueno. —no podía poner sus pensamientos en orden. Cada vez que intentaba poner una idea en orden, se desmoronaba, desparramando al resto—. Sí, supongo... —después de todo, ¿qué eran dos semanas?—. En septiembre. Si estás seguro...

—Estoy seguro. —se puso de pie y la levantó de la roca, sonriendo, cuando Jude dio un grito ahogado y luego rodeó el cuello de Aidan con los brazos—. ¿Acaso crees que te voy a soltar ahora que te tengo? Cuido de lo mío mejor que todo eso.

¿Qué era lo suyo? La frase la inquietó un poco, pero antes de que pudiera pensar en cómo responder, vio la figura tras ellos.

—Aidan. —su voz era apenas audible.

Se volvió tenso, cobijó alude bajo su brazo para defenderla, después dándose la vuelta, se relajó de nuevo.

La dama apenas provocó una ondulación sobre el aire mientras caminaba. Sin embargo, el pálido pelo le resplandecía a la luz de la luna, al igual que sus lágrimas.

—Lady Gwen, buscando el amor que perdió. —Aidan sintió compasión en su corazón cuando vio las lágrimas brillando sobre sus mejillas.

—Al igual que él. Le he visto hoy. Hablé con él.

—Te estás haciendo muy amiga de las hadas, Jude Frances.

Jude sintió el viento en su rostro, podía oler el mar. El brazo de Aidan la rodeaba con fuerza y calidez. Aun así, parecía como una ilusión que iba a desvanecerse en el momento en que pestañeara.

—Sigo pensando que me despertaré en mi cama de Chicago y que esto, todo esto, habrá sido un largo y complejo sueño. Creo que me rompería el corazón.

—Entonces tu corazón está en buenas manos. —inclinó la cabeza para besada—. Esto no es ningún sueño y te doy mi palabra.

—Debe de ser doloroso ver amantes en este lugar —Aidan miró hacia atrás. El pelo dorado de la dama ondulaba en el aire y sus mejillas estaban húmedas—. Ni siquiera pueden gozar de ese instante durante el ocaso o el alba para encontrarse.

—Una única elección puede construir o destruir destinos.

Cuando ella levantó la mirada hacia él, sobresaltada por oírle repetir las mismas palabras que Carrick le había dicho, él le acarició el cabello.

—Venga, vamos a volver. Ella te entristece.

—Sí. —Jude se aferró ahora a la mano de Aidan, ya que bajar era más difícil que subir—. Ojalá pudiera hablar con ella, y no me puedo creer que estoy diciendo, como si tal cosa, que ojalá pudiera hablar con un fantasma. Pero es así. Me gustaría preguntarle lo que siente, piensa y desea, y lo que cambiaría.

—Sus lágrimas me dicen que lo cambiaría todo.

—No, las mujeres lloran por todo tipo de motivos. Para cambiado todo, tendría que renunciar a los hijos que ha llevado en su seno, que ha criado y amado. No creo que pudiera hacer eso. Que hiciese eso. Carrick le pidió demasiado y no entiende eso. Quizás algún día lo entienda, entonces se encontrarán el uno con el otro.

—Sólo pidió lo que necesitaba y le hubiera entregado todo lo que tenía.

—Estás pensando como un hombre.

—Bueno, es que soy un hombre, así que ¿de qué otro modo iba a pensar?

Ese toque de orgullo irritado en su voz le provocó la risa.

—Como lo estás haciendo. Y puesto que una mujer piensa como tal, se explica por qué los dos géneros están tan a menudo en desacuerdo como en sintonía.

—No me importa estar en desacuerdo de vez en cuando, ya que hace que todo sea más interesante. Y puesto que estoy pensando como un hombre en este momento... —la alzó en sus brazos y cubrió su grito ahogado y sorprendido con la boca.

¿Cómo podía ser un beso tan suave y abrasador al mismo tiempo?, se preguntó Jude. Tan suave que las lágrimas afloraron a sus ojos, tan caliente que fundía sus huesos. Se dejó deslizar en el beso, un cálido lago con llamas lamiéndole los bordes.

—¿Me deseas, Jude? Dime que me deseas.

—Sí, te deseo. Siempre te deseo. —ya estaba hasta el cuello en ese lago y bajo su superficie.

—Haz el amor aquí conmigo. —impaciente, mordisqueó su labio inferior—. Aquí a la luz de la luna.

—Mmmm. —empezó a acceder, después salió a la superficie con un sobresalto, como un imprudente submarinista dando manotazos en el aire—. ¿Aquí? ¿Fuera?

La reacción de ella le habría hecho gracia, pero la seducción que él había iniciado lo había embargado.

—Aquí, en la hierba, con la noche respirando a nuestro alrededor —aún sujetándola, él se arrodilló y con la boca recorriendo su rostro, le murmuró—: Entrégate a mí.

—¿Pero y si alguien viene?

—No hay nadie más que nosotros, en todo el mundo, nadie más —las manos y la boca de él la recorrieron. Incluso cuando abrió su boca para protestar, él volvió a hablar.

—Te necesito tanto. Déjame que te lo demuestre. Déjame poseerte.

La hierba era tan suave y él estaba tan ardiente. Sentirse necesitada era tal milagro, mucho más importante que el sentido común y la modestia. Había tal ternura en sus manos cuando la acariciaba, lentamente, lentamente, calentando su sangre. Su boca rozó la de ella, susurrándole

promesas.

Y de pronto, no había nadie más en el mundo, y tampoco había ninguna necesidad de ello.

Ella levantó los brazos pesadamente mientras él la despojaba de su jersey. Cuando él recorría su cuerpo con los dedos, a ella se le cerraban los ojos, se le adormecía el cuerpo. Le quitó los zapatos, los pantalones, desnudándola sin prisa, y dejando que sus manos la tocaran y se detuvieran donde les placía, hasta parecía que su piel vibraba.

Jude yacía desnuda sobre la hierba, con la luz de la luna bañándola. Cuando ella extendió la mano para alcanzarle, él la incorporó.

—Quiero soltarte el pelo, ver cómo cae. —mantuvo la mirada en la de ella al soltárselo—. ¿Te acuerdas de la primera vez?

—Sí, me acuerdo.

—Ahora sé lo que te gusta. —pegó los labios contra su hombro, después dejó que el cabello le cayera en cascada para cubrirle la cara y colmarle de seda y fragancia—. Túmbate en la hierba y deja que te satisfaga. —rozó suavemente el lado de su cuello con los dientes al volver a tenderla en el suelo—. Te daré todo lo que tengo.

Se podía haber dado un festín, pero en vez de eso sólo tomó unos sorbos. Besos largos y lujuriosos que estremecían el alma y provocaban suaves gemidos y con cada gemido, la penetró más profundamente.

Se podía haber dejado llevar por el frenesí, sin embargo la sedujo. Caricias lentas y tiernas que se deslizaban por la piel y la hacían temblar y con cada temblor, él se recreaba.

Jude se perdió en él, en la mezcla embriagadora de sentidos y sensaciones. Hierba fresca y piel cálida, brisas fragantes y susurros roncós, manos fuertes y labios pacientes.

Ella observó la luna que se elevaba en lo alto, una reluciente esfera blanca perfilada contra un cielo azul profundo, perseguida por los desgarrados jirones de las nubes. Oyó la llamada de un búho, un graznido profundo y exigente, Y sintió cómo el eco se introdujo en su sangre, al mismo tiempo que él la arrastraba cada vez más hasta esa primera cresta ondulante.

Jude pronunció su nombre en voz alta, flotando mientras la cálida ola atravesaba en cascada su cuerpo.

—Vuela más alto. —estaba desesperado por ver la volar, saber que podía hacerla ascender hasta que sus ojos se velaran volviéndose salvajes, y el cuerpo se le estremeciese—. Vuela más alto. —le exigió de nuevo, y la impulsó hasta llegar a ese punto, más despiadadamente de lo que había pretendido.

El calor la atravesó, una estrella explotando. El impacto del placer era tan intenso, tan inesperado tras la ternura, que su cuerpo se irguió, medio protestando, medio deleitándose. En esta ocasión no fue un gemido lo que soltó, sino un grito.

—Aidan. —se aferró a él para recuperar el equilibrio mientras su mundo se volvía loco y rodaban juntos—. No puedo.

—Otra vez. —tiró de su cabeza, agarrándola del pelo y atacó con fiereza su boca—. Otra vez hasta que ambos nos saciemos. —las manos que habían sido tan suaves se clavaron en sus caderas, la levantaron—. Dime que me quieres dentro de ti. Yo y nadie más.

—Sí —exclamó con frenesí, casi sollozando, y arqueando su cuerpo hacia atrás—. Tú y nadie más.

—Entonces tócame.

La penetró hasta que ella se colmó de él, hasta que el goce la atravesó. Su aliento se apartó de la garganta de Aidan mientras echaba hacia atrás su cuerpo plateado por la luz de la luna. Su cabello caía hacia atrás en una oscura maraña. Levantó los brazos, en un gesto de abandono, enredando sus propios dedos en sus rizos alborotados.

Entonces su cuerpo empezó a mecerse, a moverse, a buscar.

Ahora el poder era de ella, el control de cada látigo de placer. Mientras el cuerpo de él ascendía y descendía siguiendo su ritmo, ella tomó lo que le placía. Los músculos de él temblaron al acariciarla. Los ojos de él parecían oscuros como la noche al acercarse ella para atormentar su boca tal como él le había hecho. El bajo gemido que arrancó de él hizo que Jude se riera en actitud triunfal.

—Vuela más alto. —se subió encima—. Esta vez te llevaré más alto. —con audacia, cogió las manos de él y las posó sobre sus pechos—. Tócame. Tócame por todas partes a la vez que yo te poseo.

Ella le guió las manos a donde quería, deleitándose con el tacto sobre su piel resbaladiza mientras ella lo montaba, cada vez más cerca del límite.

Sintió el cuerpo de él entregándose debajo de ella, sin poder hacer nada, oyó su respiración entrecortarse en un grito ahogado, y excitada por lo que le había hecho, se dejó llevar.

Fue Aidan quien se estremeció, quien dejó caer sus manos débilmente cuando ella se inclinó sobre él para rozar su boca contra la suya. Cuando ella pegó los labios a su garganta, sintió el pulso desenfrenado de Aidan.

Después, con un sonido de triunfo, Jude se apartó y alzó los brazos en alto.

—¡Oh, Dios!, me siento fenomenal. La gente siempre debería hacer el amor fuera. Es tan... liberador.

—Tú misma pareces una reina de las hadas.

—Me siento como una. —sacudió la melena hacia atrás, luego bajó la mirada para sonreírle—. Llena de secretos mágicos y maravillosos. Me alegra tanto que no estés enfadado conmigo. Estaba segura de que lo estarías.

—¿Enfadado? ¿Por qué iba a estado? —reunió la suficiente energía para incorporarse y sujetada, torso contra torso—. Todo en ti me encanta.

Ella se arrimó más, todavía volando en el placer del momento.

—No estabas encantado conmigo anoche.

—No, no puedo decir que lo estuviera, pero ya que lo hemos resuelto, no debe preocuparnos.

—¿Resuelto?

—Sí. Oye, vamos a ponerte el jersey antes de que cojas frío.

—¿Qué quieres decir...? —se calló en mitad de la frase mientras él le colocaba el jersey encima de la cabeza.

—Ya está. Eso es todo lo que necesitas, ya que te lo voy a volver a quitar cuando entremos en la casa. —comenzó a recoger la ropa y a amontonada en los brazos de ella.

—Aidan, ¿qué quieres decir con que lo hemos resuelto todo?

—Pues eso, que lo hemos resuelto. —esbozando una sonrisa fácil, la levantó y la llevó hasta la casa—. Nos casaremos en septiembre.

—¿Qué? Espera.

—Yo sí espero, hasta septiembre. —empujó la verja del jardín para abrirla.

—No nos vamos a casar en septiembre.

—Oh, sí que nos casaremos. Luego iremos a los sitios que quieres ver.

—Aidan, eso no es lo que pretendía decir.

—Era lo que yo pretendía. —volvió a sonreír, satisfecho de que había encontrado la manera de manejar la situación—. No me importa si necesitas tomarte un tiempo, cariño. No cuando ambos sabemos que está escrito.

—Bájame.

—No, aún no. —la llevó dentro de la casa y empezó a subir las escaleras.

—No me voy a casar contigo en septiembre.

—Bueno, sólo quedan unos meses, así que no queda mucho tiempo para ver quién lleva la razón en este asunto.

—Es ofensivo e irritante que simplemente creas que voy a aceptar tus planes. Y que soy demasiado tonta como para saber lo que quiero.

—No creo que seas tonta para nada, —bajó al cuarto de baño—. La verdad, cariño, es que creo que eres una de las personas más inteligentes que conozco. Un poco terca, eso sí, pero no me importa —la levantó un poco para poder extender la mano y abrir la ducha.

—Conque eso no te importa. —repitió.

—En absoluto. Igual que no me importa que tus ojos me estén lanzando dardos en este momento. Lo encuentro... estimulante.

—Bájame, Aidan.

—De acuerdo. —la complació sentándola en la bañera, justo debajo del chorro de la ducha.

—¡Maldita sea!

—No te preocupes por el jersey, yo me encargaré de él. — y riéndose a la vez que ella le empujaba y se retorció, se lo quitó y lo arrojó al suelo con un húmedo *plaf*.

—Aparta las manos de mí. Quiero resolver esto.

—Lo has resuelto en tu cabeza al igual que yo lo he hecho también. Pero yo te digo que deseo más mi opción que lo que tú deseas la tuya. Sin embargo... —apartó el pelo mojado de su rostro—. Si estás tan segura de ti misma, no tienes nada de que preocuparte, y sencillamente podemos disfrutar del tiempo que pasemos juntos.

—Ésa no es la cuestión.

—¿Acaso estás diciendo que no te gusta estar conmigo?

—Sí, claro que sí, pero...

—¿O es que no sabes ni lo que quieres?

—Por supuesto que sé lo que quiero.

Él pegó los labios aún curvados a su ceja, a sus sienes.

—¿Entonces que tiene de malo darme al menos la oportunidad de cambiar eso?

—No lo sé. —no obstante, tenía que haber algo de malo en ello, ¿no? Emplea la lógica, decidió. Lógica fría, aunque estuviera desnuda en la ducha—. No estamos hablando de un capricho, Aidan. Yo me tomo esto muy en serio y no pretendo cambiar de idea.

—Vale, entonces, según una buena tradición irlandesa, vamos a apostar. Cien libras a que aceptarás.

—No voy a apostar por una cosa así.

Levantó un hombro con aire despreocupado, luego cogió el jabón.

—Si es que temes arriesgar tu dinero...

—No. —le siseó, intentando ver cómo le había dado la vuelta a la tortilla y la había atrapado—. Que sean doscientas libras.

—Trato hecho. —le besó la punta de la nariz para sellarlo.

CAPÍTULO 19

Era ridículo. Ella había llegado a apostar dinero para ver si se casaba o no con Aidan. Era irrisorio. E irritante y algo embarazoso.

El mal genio la había incitado a ello, lo que resultaba extraño en sí. Normalmente tenía un temperamento afable y fácil de controlar.

Se olvidaría de la apuesta por completo, por supuesto, cuando llegara el momento. ¿Qué sentido tendría sacar el tema si Aidan o ella se iban a sentir como bobos?

Por ahora, tenía tareas Y trabajo en que concentrarse. Había que sacar a Finn de paseo Y de volverle a Mollie O'Toole los platos que trajo para su fiesta. Ya era hora de llamar y ver cómo estaba su familia. Luego, si seguía haciendo buen tiempo, establecería su base de trabajo en el exterior.

Quería escribir la historia que Aidan le había contado la noche anterior. Ya tenía el ritmo del cuento en la cabeza, y las imágenes del pájaro blanco y el lobo negro. Dudaba si sería capaz de hacerle justicia, pero tenía que intentado.

Se llevó los platos, además de un recipiente con galletas de azúcar que había preparado. Lista para partir, echó un vistazo buscando al perro, justo a tiempo para vede agazapado debajo de la mesa de la cocina y meando. Naturalmente, faltó poco para que orinara encima del papel.

—No podías esperar ni un minuto más, ¿verdad? —echó una carcajada cuando él movió el rabo alegremente y volvió a dejar los platos para encargarse del charco.

El perro tuvo que brincar, lamerle la cara y soltar unos gruñidos mientras ella lo limpiaba, para que se le olvidara regañarle. Puesto que los mimos la hacían tan feliz corno a él, se pasó diez minutos acariciando, forcejeando y rascando su barriga.

Lo iba a mimar, claro, reconoció Jude. ¿Pero quién iba a imaginarse que tenía todo este amor en su interior que necesitaba entregar?

—Casi tengo treinta años. —murmuró al acariciar las largas orejas sedosas—. Quiero un hogar. Quiero una familia. Y los quiero junto a un hombre que me ame muchísimo. —se acurrucó al retorcerse Finn para lamerle la mano—. No puedo establecerme otra vez. No puedo ir cogiendo retazos de la vida sólo porque parezca que es lo mejor que puedo recibir. Así que... —levantó a Finn para frotar su nariz contra la de él—. Por ahora, estamos tú y yo, amigo.

En el momento en que abrió la puerta trasera, Finn salió disparado corno una flecha moteada. Le encantaba vede correr, aunque su primer *sprint* fuera directo hacia sus flores. Se detuvo, patinando y cayéndose, cuando lo llamó en un tono brusco. Consideró como un progreso el hecho de que sólo aplastara una fila de agerato.

Finn echó a correr delante de ella, volvió, trotó en círculos alrededor de sus pies, luego se fue haciendo zigzags,

olfateando todo lo que le resultaba interesante. Se imaginó cómo sería cuando creciera, un perro grande y bonito con un rabo como una trencilla de látigo, al que le encantaría correr por las colinas.

En nombre de Dios, ¿qué iba a hacer con él en Chicago?

Sacudiendo la cabeza, apartó esa preocupación. No tenía sentido pensar en algo que estropearía su paseo.

El aire era cristalino, con el sol deslizándose y atravesando las nubes de camino a Inglaterra. Alcanzó a ver la Bahía de Ardmore, de un verde profundo, extendiéndose ondulante hasta la costa. Si se paraba, se concentraba, casi podía oír su música en el fulgurante silencio. Hoy los turistas acudirían en tropel a las playas, y también algunos de los lugareños tenían una o dos horas libres.

Jóvenes madres, pensó, dejando a sus pequeños niños mojar los dedos de los pies en las olas, o rellenar de arena sus cubos rojos de plástico. Hoy se construirían castillos para luego ser arrastrados por el mar.

Los setos que flanqueaban la carretera estaban repletos de flores veraniegas, y la hierba bajo sus pies era mullida y relucía con el rocío matutino. Al norte, las montañas se erguían soberbias bajo las nubes que coronaban sus cimas. Y entre ellas y Jude, parecía como si las espléndidas colinas verdes, onduladas, se perdieran en el infinito.

Le encantaba vedas, la sencilla y absoluta belleza de la tierra, el ocaso de los antiguos castillos que habían sido derruidos no por el mar, sino por el tiempo y el enemigo. Le recordaba a caballeros y doncellas, a reyes tanto insignificantes como grandiosos, a dicharacheros sirvientes y astutos espías. Y por supuesto, magia, brujería y canciones de hadas.

Más cuentos que contar, reflexionó, de sacrificios por amor y gloria, del triunfo del corazón y del honor, de hechizos lanzados y rotos.

En un lugar como éste, un narrador de cuentos podía pasar años coleccionándolos, creándolos y transmitiéndolos. Ella podría pasar mañanas plateadas como ésta, deambulando e imaginando, y tardes lluviosas, escribiendo y compilando. Los atardeceres serían para acurrucarse tras un día satisfactorio, figurándose dibujos en el fuego de turba, o para acudir al pub y escuchar ruido, música, y estar en compañía.

Sería una vida tan bonita, repleta de interés, belleza y sueños.

Se detuvo en seco, sorprendida por el pensamiento, aún más sorprendida porque la idea rondara por su cabeza. Se podría quedar, no sólo para tres meses, sino para siempre. Podría escribir cuentos. Los que le contaban y los que siempre parecían formarse en su cabeza.

No, claro que no podía. ¿En qué estaba pensando? Soltó una carcajada nerviosa y débil. Tenía que volver a Chicago según lo previsto, para' encontrar trabajo en

algún área del campo que conociese, a fin de mantenerse con sensatez mientras perseguía su sueño. Plantarse cualquier otra cosa era completamente irresponsable.

¿Por qué?

Sólo había dado dos pasos cuando esa pregunta afloró a la superficie.

—¿Por qué? —dijo en voz alta, nerviosa—. Claro que hay un motivo. Una docena de motivos. Vivo en Chicago. Siempre he vivido en Chicago.

No había ninguna ley que la obligara a vivir en Chicago. No la encadenarían en una mazmorra por cambiar de residencia.

—Por supuesto que no, pero... tengo que trabajar.

¿Y qué había estado haciendo durante los últimos tres meses?

—Eso no es trabajar, en realidad no —empezó a sentir que el estómago se le encogía, tenía el corazón en un puño—. Más bien es una indulgencia.

¿Por qué?

Cerró los ojos.

—Porque me encanta. Me encanta todo, así que por eso debe de ser una indulgencia. Yeso es increíblemente ridículo.

Podía ser que filera un sitio un tanto extraño para una revelación, en una salvaje colina en mitad de la mañana. No obstante, concluyó que era el sitio perfecto para la suya.

—¿Por qué no puedo hacer algo que me encanta sin poner limitaciones? ¿Por qué no puedo vivir en un sitio donde me siento más en casa que en cualquier otro sitio? ¿Quién está a cargo de mi vida —dijo con una carcajada perpleja— si no soy yo?

Con las piernas tambaleándola un poco, echó a andar. Podría hacerlo, si era capaz de ahondar en su interior y encontrar el coraje. Podría vender su apartamento. Podría hacer lo que había evitado por miedo al fracaso y enviar una muestra de su trabajo a algún agente.

Por fin, podría perseverar, ganase o perdiese, en algo que deseaba para sí misma..

Lo pensaría seria y detenidamente. Caminando más deprisa, ignoró la voz en su cabeza que le instaba a actuar ahora, de inmediato, antes de que pudiera buscar excusas. Sería una gran decisión, caviló, un enorme paso. Una persona sensata discurría tomando grandes decisiones y dando enormes pasos.

Jude se sintió agradecida cuando vio la casa de los O'Toole en la colina. Necesitaba distraerse, algo para desviar" la atención de sí misma durante un rato.

La ropa ya se estaba secando en la cuerda de tender, haciendo que Jude se preguntara si Mollie hacía la colada veinticuatro horas al día. Los jardines florecían con esplendor y el pequeño cobertizo seguía tan abarrotado y revuelto como siempre. Betty se levantó de su siesta

matutina en el patio y soltó un ladrido de bienvenida, que provocó a la vez unos pequeños ladridos de devoción de Finn, precipitándose por la colina hacia ella.

Jude empezó a caminar tras él, y acababa de llegar al patio cuando la puerta de la cocina se abrió.

—Buenos días, Jude. —Mollie la saludó con la mano—. Te has levantado temprano hoy.

—No tan temprano como tú, por lo que veo.

—Con una casa llena de chicas charlatanas y un hombre al que le gusta tomar su té antes de abrir los ojos, no tienes mucha oportunidad de quedarte en la cama. Entra, tómate un té y hazme compañía mientras preparo el pan.

—Te traigo los platos que me dejaste y algunas galletas de azúcar que preparé ayer. Creo que estarán mejores que la última tanda.

—Las probaremos con el té y veremos. Sostuvo la puerta abierta y Jude entró al calor, las fragancias y al estrépito de Brenna que manejaba herramientas debajo del fregadero.

—Ya casi lo tengo, mamá.

—Más te vale. —Mollie se dirigió hacia el horno—. Ya te digo, Jude, en esta casa, soy como la mujer del herrero que, como esta chica, se va a reparar y arreglar los problemas de todos, mientras yo tengo que aguantar las gotas y los porrazos día y noche.

—Bueno, no tienes que pagarle a nadie un sueldo en tu vida, ¿verdad? —soltó Brenna, y se ganó una pequeña patada de su madre.

—¿Conque un sueldo? ¿Y quién se ha comido una montaña de huevos y una torre de tostadas y mermelada esta misma mañana?

—Sólo lo hice para tener la boca llena y no decirle a la pesada de Maureen que dejara de hablar sobre los planes de la boda. La chica nos está volviendo a todos locos, Jude, armándola, quejándose y echándose a llorar por ningún motivo en especial.

—Casarse es ya bastante motivo para todo eso. —Mollie colocó el té y las galletas, le indicó a Jude con la cabeza que se sentara y volvió a hundir sus manos en la bola de masa que estaba amasando—. Y cuando te llegue el momento, tú serás peor todavía.

—Ja. Si yo estuviera pensando en el matrimonio, arrastraría al hombre hasta el cura, diría las palabras y me lo quitaría de encima. —manifestó Brenna—. Todo ese trabajo tan pomposo, los vestidos, las flores y la canción que tiene que sonar en cada momento. Meses de preparativos para un solo día, para un vestido que nunca volverá a ponerse, flores que se pondrán mustias y marchitas, y canciones que podrás cantar en cualquier otro maldito momento.

Salió pitando por debajo del fregadero y gesticuló con la llave inglesa.

—Y el coste de todo eso es un pecado.

—Ah, Brenna, qué tonta y romántica. —Mollie espolvoreó harina sobre la masa y le dio la vuelta—. Ese día único es el comienzo de una nueva vida y merece cada minuto de tu tiempo y cada penique que se invierte —no obstante, suspiró un poco—. El caso es que sí que se hace pesado aguantar sus nervios.

—Exacto. —Brenna colocó la llave en la caja de herramientas abollada y se incorporó para coger una de sus galletas—. Mira a nuestra Jude. Tan tranquila, como si tal cosa. No va diciendo chorradas sobre si llevará rosas de color blanco o rosa para el ramillete. —Brenna mordió la galleta y se desplomó en una silla—. Eres una mujer sensata.

—Gracias. Lo intento. Pero ¿de qué estás hablando?

—La diferencia entre tú y la caprichosa de mi hermana. Las dos tenéis bodas próximamente, pero ¿acaso vas de un lado a otro de la habitación, retorciendo las manos y cambiando de idea cada dos minutos sobre el sabor de la tarta? Claro que no.

—No. —contestó Jude despacio—. No lo hago porque no tengo una boda próximamente.

—Aunque tú y Aidan tengáis una pequeña ceremonia, y a saber cómo vais a conseguir eso cuando Aidan conoce a casi todo el mundo en cien kilómetros, sigue siendo una boda.

Jude tuvo que respirar hondo una vez, y volver a hacerla nuevamente.

—¿De dónde has sacado la idea de que me voy a casar con Aidan?

—De Darcy. —Brenna se inclinó hacia delante para coger otra galleta—. Ella lo sabe de muy buena tinta.

—Las medias tintas nunca han sido muy buenas.

Al escuchar su tono cortante, Brenna pestañeó y Mollie dejó de amasar. Antes de que Brenna pudiera articular palabra, Mollie le lanzó una mirada de advertencia.

—Llena tu boca con esa galleta, moza, antes de que sigas metiendo la pata.

—Pero si Darcy dijo...

—Quizás Darcy lo malinterpretara.

—No, no creo que lo hiciera. —el mal genio formó un nudo en la garganta de Jude. No pudo tragárselo, se apartó de la mesa con un empujón y se puso de pie—. ¿De dónde saca un hombre tanta cara dura, tanta arrogancia?

—La mayoría nace con ello. —contestó Brenna, y agachó la cabeza e hizo un gesto ante el bufido de su madre.

—Debo decirte, Jude, que yo misma pensaba que los dos ibais encaminados en esa dirección, al ver cómo estáis el uno con el otro. —Mollie mantuvo la voz en un tono tranquilizador y la mirada atenta sobre el rostro de Jude—. Cuando Brenna nos lo contó anoche en la cena, a nadie nos sorprendió, sino que nos alegramos.

—Os lo contó... en la cena. —Jude se detuvo en la mesa, apoyó las palmas de sus manos sobre ella y se inclinó

hacia el rostro de Brenna—. ¿Se lo dijiste a toda tu familia?

—Bueno, no lo veía como...

—¿A quién más? ¿A cuánta gente le has contado esta ridícula historia?

—Yo... —carraspeó Brenna. Al ser una mujer con mal genio también, reconoció los indicios de peligro cuando aparecieron en el rostro de Jude—. No recuerdo exactamente. A muchos no. A unos pocos. A casi nadie. Estábamos tan contentas, sabes, Darcy y yo. Como os tenemos tanto cariño, y sabiendo cómo Aidan puede darle vueltas a las cosas antes de ir al grano, esperábamos que el *ceili* le podría dar un empuje.

—El *ceili*.

—Sí. La víspera de San Juan... la luna y esas cosas. ¿Te acuerdas, mamá? —se volvió hacia Mollie con una mirada desesperada—. ¿Te acuerdas cuando nos dijiste cómo papá te propuso matrimonio al bailar a la luz de la luna en un *ceili*? Y también en la casa de campo de la vieja Maude.

—Sí. Me acuerdo. —y empezó a comprender. Con una sonrisa contenida, dio una palmadita en el hombro de su hija—. Tu intención era buena, ¿verdad?

—Sí, nosotras... ¡ay! —con un gesto de dolor, Brenna se agarró la nariz que su madre le acababa de retorcer.

—Eso es para recordarte que dejes de meter esa nariz en los asuntos de otras personas, por muy buena intención que tengas.

—No es su culpa. —Jude levantó las manos hacia su cabello y casi no pudo resistir arrancárselo—. Es culpa de Aidan. ¿En qué estaba pensando para decide a su hermana que nos vamos a casar? Le dije que no, ¿verdad? Muy claramente y varias veces.

—¿Le dijiste que no! —dijeron al unísono Brenna y Mollie, con idénticas miradas de asombro.

—Ya veo lo que está haciendo. Ya veo lo que está maquinando. —se dio la vuelta de inmediato para volver a dar grandes zancadas por la habitación—. Necesita una esposa y yo estoy disponible, así que es eso. Yo sólo tengo que aceptar sus planes porque, después de todo, no tengo carácter. Pues se equivoca. Sí que lo tengo. Quizás no lo haya mostrado mucho, pero ahí está. No me voy a casar con él ni con nadie. Nunca más me van a decir lo que tengo que hacer, dónde tengo que vivir, cómo vivir o lo que ser. Nunca, nunca más.

Mollie escudriñó su cara colorada, sus manos en un puño y asintió lentamente.

—Bueno, muy bien por ti. ¿Por qué no recobras el aliento, cariño, y te sientas aquí, bebes tu té, Y nos cuentas, ya que somos todas amigas, exactamente lo que ocurrió?

—Os diré lo que ocurrió. Y tú, —añadió, señalando a Brenna con un dedo—, ya puedes bajar al pueblo y decides a todos lo descerebrado que es Aidan Gallagher y que Jude Murray no lo querría ni aunque se lo ofrecieran

en bandeja.

—Lo haré. —afirmó Brenna, esbozando una sonrisa prudente.

—Bien. —Jude recobró el aliento y se sentó para contar la historia.

Servía de mucho desahogarse con los amigos. Le suavizaba su mal genio, fortalecía su determinación y le proporcionaba la satisfacción de que otras dos mujeres se escandalizaran por el comportamiento de Aidan.

Cuando se fue de allí, le habían dado palmaditas, abrazos y la enhorabuena por oponer resistencia ante un bruto. Claro que no sabía que, justo en el momento en que se fue, madre e hija sacaron veinte libras cada una para apostar por Aidan.

No es que no simpatizaran con Jude o que ésta no tuviera el sentido común para saber lo que quería. Sencillamente era porque creían en el destino, y en una buen apuesta.

Con la apuesta en el bolsillo, Brenna se fue al pueblo en coche para decidir a Darcy lo bobo que era su hermano, y para comenzar las apuestas.

Afortunadamente, ignorando esto, Jude volvió a casa con el corazón más alegre y el carácter más reforzado. No se iba a molestar en enfrentarse a Aidan. Se dijo que no merecía el esfuerzo ni el tiempo. Permanecería tranquila, permanecería firme, y en esta ocasión él sería el humillado.

Satisfecha consigo misma, se fue directamente al teléfono de la cocina y dio el siguiente paso sin, dudado ni un instante.

Treinta minutos después, se sentó a la mesa y apoyó la cabeza sobre los brazos.

Lo había hecho. Lo había llegado a hacer.

Su apartamento iba a salir a la venta. Como la pareja a la que se lo había alquilado ya le había preguntado por la posibilidad de comprarlo, el agente inmobiliario fue optimista y le aseguró que se vendería rápidamente y con las mínimas complicaciones. Había reservado un vuelo para final de mes con el propósito de decidir sobre sus bienes, mandarlos por barco o guardar lo que quería conservar, y vender o regalar el resto.

Y ahí quedaba eso, pensó, una vida— que había construido basándose en las expectativas de los demás. Se quedó como estaba, conteniendo la respiración para ver qué reacción experimentaría.

¿Pánico? ¿Arrepentimiento? ¿Depresión? Sin embargo, no fue nada de eso. Ya estaba hecho, y además le había resultado fácil, y un gran peso se le había quitado de los hombros ante la idea. Alivio fue lo que sintió. Alivio, anticipación y una ligera y emocionante sensación de triunfo.

Ya no vivía en Chicago. Vivía en Faerie Hill Cottage, condado de Waterford, Irlanda.

Sus padres se iban a desmayar.

Ante esa idea, se incorporó, se tapó la boca con ambas manos para contener las incontenibles risotadas. Pensarían que había perdido la cabeza. Y lo que nunca, nunca entenderían es que lo que había hecho era encontrada. Había encontrado su cabeza, su corazón y su hogar.

Y, pensó algo mareada, su norte.

—Abuela, me he encontrado a mí misma. He encontrado a Jude F. Murray en seis meses o menos. ¿Qué te parece?

La llamada a Nueva York era más difícil. Porque era más importante, reconoció. Más allá del simbolismo de la venta del apartamento. Eso no sólo representaba dinero. La llamada a Nueva York equivalía a su futuro, el futuro que se estaba concediendo.

No estaba segura de si su compañera de la universidad la recordaba o simplemente lo fingía por educación. No obstante, había cogido la llamada y la había escuchado. Jude no se acordaba exactamente de lo que había dicho o lo que Holly le había contestado. Excepto que Holly Carter Fry, agente literaria, le comentó alude F. Murray que le gustaba bastante la idea de su libro, y le pidió que le enviara una muestra del trabajo que estaba haciendo.

Puesto que pensar en ello le provocaba retortijones en el estómago, Jude se obligó a levantarse y subir las escaleras. Puede que sus dedos temblaran al sentarse para teclear la carta adjunta. No obstante, se obligó a pensar con lógica y escribió lo que le pareció que era tanto correcto como profesional.

Sólo tuvo que pararse una vez para poner la cabeza entre las rodillas.

Reunió los tres primeros cuentos y el prólogo, palabras sobre las que había trabajado afanosamente, en las que había abierto su corazón. Empezó a sentir ganas de llorar al introducir los dibujos en una carpeta, y empaquetó todo en un sobre acolchado.

Estaba enviando su corazón a través del océano, arriesgándose a que se le rompiera en añicos. Era más fácil no hacerlo, pensó, apartándose para frotarse los brazos fríos y asomarse por la ventana. Era más fácil seguir fingiendo que algún día lo haría. Era aún más fácil volver a convencerse de que sólo era una indulgencia, un experimento, en el que no se jugaba mucho.

Puesto que una vez que mandara ese sobre, ya no había vuelta atrás, ni nada que fingir, ni ninguna red de seguridad.

Eso era, y había sido así todo el tiempo, se dio cuenta. Era más fácil decirse a sí misma que no se le daba muy bien algo. Era más seguro creer que no era muy inteligente ni resuelta. Porque si tenías la suficiente confianza para probar algo, tenías que poseer el suficiente coraje como para fracasar.

Había fracasado en su matrimonio y, en última instancia, en la enseñanza, dos cosas en las que estaba segura que encajaba.

Sin embargo, había tantas otras cosas que había deseado, con las que había soñado, que había encerrado bajo llave. Siempre diciéndose que fuera sensata porque se esperaba eso de ella.

Pero en el fondo, en el fondo de su corazón, sabía que si fracasaba, tendría que vivir con ello. Y nunca había tenido el valor para afrontarlo.

Volvió a mirar el sobre, enderezó los hombros. Ahora tenía el valor. En esta ocasión, con este sueño, si no lo intentaba, no podría vivir con ello.

—Deséame suerte. —murmuró a lo que fuera que estuviera flotando en su casa, y agarró el sobre.

Se obligó a no pensar en ello de camino al pueblo en su coche. Iba a mandado y después se olvidaría, se dijo. No iba a pasar todos los días agonizando, preocupándose, pronosticando. Se enteraría cuando hubiese que enterarse, y si no era lo bastante bueno... de algún modo, lo mejoraría.

Durante la espera, acabaría el libro. Lo puliría hasta que brillara como un diamante. Después, bueno, empezaría otro. Esta vez, cuentos que se le ocurrieran. Sirenas, seres que cambian de apariencia y botellas mágicas. Tenía la sensación de que ahora que había descorchado su imaginación, las cosas emanarían tan deprisa que no le daría tiempo a mantener el ritmo.

Sintió un rugido en los oídos al aparcar delante de la oficina de correos. El corazón le latía con tanta fuerza que le dolía el pecho. Las rodillas le flaqueaban, pero se obligó a cruzar la acera y a abrir la puerta.

La encargada de la oficina de correos tenía el pelo blanco como la nieve y la piel tan fresca como una rosa. Le dirigió a Jude una sonrisa jovial.

—Hola, señorita Murray. ¿Cómo va todo?

—Muy bien, gracias. —«*Mentirosa, mentirosa, mentirosa*», canturreaba una voz en su cabeza. En cualquier momento perdería la batalla contra la náusea y se humillaría.

—Desde luego, hace un día estupendo. El mejor verano que hemos tenido en muchos años. Igual nos ha traído suerte.

—Me gustaría creerlo. —con una sonrisa parecida a una mueca, Jude dejó el sobre en ventanilla.

—¿Le va a mandar algo a alguna amiga en Estados Unidos?

—Sí. —Jude mantuvo la sonrisa mientras la mujer leía la dirección—. Una vieja amiga de la universidad. Ahora vive en Nueva York.

—Mi nieto Dennis, su mujer y su familia viven en Nueva York. Dennis trabaja en un hotel de lujo y gana un buen sueldo, llevando los equipajes de la gente para arriba y para abajo en el ascensor. Dice que algunas de las habitaciones son como palacios.

Jude temía que el rostro se le desencajara, pero continuó sonriendo. Ya había aprendido lo suficiente en tres meses

como para saber que uno no entraba y salía de correos, o de cualquier otro sitio en Ardmore; sin un poco de conversación.

—¿Y le gusta su trabajo?

—Vaya que sí, y su linda esposa trabajaba como peluquera hasta que llegó el segundo niño.

—Qué bien. Me gustaría que esto llegara a Nueva York lo antes posible.

—Si quiere un envío especial, le va a costar un poco caro.

—De acuerdo. —se sentía como si transcurriese una eternidad, al meter la mano en el bolso para coger el monedero. Aturdida, vio cómo la mujer calculaba el peso y el coste, le entregó las libras y tomó las monedas de cambio.

—Gracias.

—De nada. De nada. ¿Viene su amiga de Nueva York a la boda?

—¿Qué?

—Ni que decir tiene que vendrá su familia, pero también es agradable que vengan los viejos amigos, ¿verdad?

El rugido en su cabeza se transformó en un fuerte zumbido. Sus nervios dieron paso a una furia cegadora tan rápidamente que sólo se quedó mirándola.

—Mi John y yo llevamos casados cincuenta años, y aún recuerdo perfectamente el día en que nos casamos. Llovía a cántaros, pero no me importaba en lo más mínimo. Toda mi familia estaba allí, y la de John también, apiñados en la pequeña iglesia de modo que la lana mojada pugnaba contra la fragancia de las flores. Y mi padre, que en paz descanse, lloró como un bebé cuando me acompañó hasta el altar, ya que era su única hija.

—Qué precioso. —Jude logró dominarse al recobrar el aliento—. Pero no me caso.

—Oh, ¿es que usted y Aidan ya han tenido una riña de novios? —la encargada chasqueó la lengua con amabilidad en señal de desaprobación—. No se ponga así por eso, querida, es tan natural como la lluvia.

—No hemos discutido. —pero intuía que iban a tener una discusión de campeonato muy pronto—. Es que no me voy a casar.

—Póngaselo difícil. —le aconsejó, guiñando un ojo—. No les viene nada mal, y al final tendrá un marido mejor. Oh, y debería hablar con Kathy Duffy para la tarta nupcial. Las hace preciosas como una postal.

—No necesito una tarta. —dijo Jude entre dientes.

—Venga, sólo porque es su segunda vez no significa que no se merezca una tarta. Todas las novias se lo merecen. Y para el vestido debería hablar con Mollie O'Toole, ya que encontró una bonita tienda en Waterford City para la boda de su hija.

—No necesito una tarta ni un vestido —espetó Jude, librando una feroz batalla para mantener la paciencia—

porque no me vaya casar. Gracias.

Se giró sobre los talones y avanzó hacia la puerta.

Cuando salió a la acera e inhaló el aire, echó una mirada fulminante al cartel de Gallagher's.

No podía entrar ahora, era imposible. Lo mataría si lo hiciera.

¿Y por qué diablos no lo iba a hacer? Merecía morir.

Con determinación, avanzó hacia el pub con largas zancadas, como si la tierra desapareciera bajo sus pies, y cuando llegó, abrió la puerta de par en par.

—¡Aidan Gallagher!

En la estancia abarrotada con los lugareños y los turistas, que se habían pasado para tomar un bocado o una bebida, se hizo un silencio sepulcral ante su arrebato.

En la barra, Aidan dejó el boceto que estaba dibujando.

Cuando caminó indignada hacia la barra, con los ojos chispeando como un láser, él apartó la pinta. No se parecía en nada a la dulce y somnolienta mujer que había dejado poco después del amanecer. Esa mujer parecía suave como la seda y satisfecha.

Y ésta parecía una asesina.

—Quiero tener unas palabras contigo. —le dijo Jude.

Aidan intuía que no iban a ser unas palabras agradables.

—De acuerdo, entonces dame un momento y subiremos arriba, donde podremos hablar en privado.

—Oh, vaya, ahora quiere privacidad. Bueno, pues ya te puedes olvidar de eso. —se dirigió a todo el pub. Las miradas fijas y rostros interesados no la avergonzaron para nada esta vez, no le hicieron sentir esa sensación de vacío en el estómago. En esta ocasión sirvieron para avivar su ira ciega—. Todos podéis escuchar lo que tengo que decir, porque todos los que vivís en el pueblo ya estáis hablando de mi vida. Permitidme que deje muy claro que no me vaya casar con este primate disfrazado de hombre.

Se escucharon unas cuantas risitas por lo bajo, y cuando vio la puerta entreabierta de la cocina, se volvió a dar la vuelta rápidamente.

—No te escondas detrás de esa puerta, Shawn, sal de ahí. No voy a por ti.

—Y menos mal. —masculló, y siendo un hermano leal, salió para colocarse al lado de Aidan.

—Los dos tan guapos como en una postal. Y tú también. —espetó, señalando a Darcy—. Espero que tengáis más sesos que vuestro hermano, que al parecer cree que por tener una cara bonita las mujeres se van a desmayar a sus pies ante la primera señal de atención.

—Venga, Jude, cariño.

—Ni se te ocurra llamarme «cariño» —se irguió por encima de la barra para golpearle el pecho con el puño—. Y tampoco me llames Jude en ese tono paciente y conciliatorio que me saca de quicio, maldito... retrasado.

Los ojos de Aidan centellearon y la ira amenazaba con aflorar. Señaló a Shawn con el pulgar para que se encargara de los grifos y asintió con la cabeza hacia Jude.

—Subiremos y resolveremos esto.

—No me voy a ninguna parte contigo. —volvió a golpearle en el pecho, regodeándose en la violencia—. No voy a permitir que se me intimide.

—¿Intimidarte? ¿Quién te está intimidando, eso es lo que me gustaría saber, cuando eres tú la que me está golpeando?

—Puedo ser peor. —de repente, excitada, estaba segura de ello—. Si crees que me vas a presionar, hacerme pasar vergüenza o simplemente que me vas a agotar por decirle a todo el mundo, que esté dispuesto a escucharte, que me voy a casar contigo, te espera una buena sorpresa. No estoy dispuesta a que me digan lo que tengo que hacer con mi vida, ni tú ni nadie. —de nuevo se dio la vuelta—. Y más vale que todos aquí entendáis eso. Sólo porque me acueste con él no quiere decir que voy a comprar una tarta nupcial cuando a él le dé la gana. Me acostaré con quien me plazca.

—Yo estoy disponible. —alguien soltó, provocando carcajadas en la sala.

—Ya basta, —Aidan aporreó la barra, haciendo saltar los vasos—. Esto es un asunto privado. —apartó de su camino a Shawn para abrir la entrada de la barra—. Arriba, Jude Frances.

—No. —Jude mantuvo el mentón en alto—. Y ya que al parecer ésa es una palabra con la que tienes problemas, te preguntaré qué parte del «no»no entiendes.

—Arriba. —insistió de nuevo, y agarró con firmeza el brazo de Jude—. Éste no es el lugar.

—Es tu lugar. —le recordó—. Y es cosa tuya. Quítame esa mano de encima.

—Hablares de esto en privado.

—No tengo ya nada de que hablar, —cuando Jude intentó apartar el brazo, Aidan simplemente empezó a empujarla hacia la parte trasera. El hecho de que pudiera hacerlo, que la gente se apartara para dejarles paso, que era lo bastante fuerte como para arrastrarla a donde quisiera, hizo que algo estallara en su interior. Y el último vestigio de ese oscuro y burbujeante brebaje se desató.

—Te he dicho que me quites la mano de encima, hijo de puta. —Jude apenas era consciente de lo que hacía, no con la neblina roja que le cubría la visión, y sintió la fuerza del impacto subirle por la otra mano al encajar un puñetazo en el rostro de Aidan.

—¡Santo cielo! —vio las estrellas, y el dolor fue tan impresionante como la estupefacción que sintió ante lo que había hecho Jude. Instintivamente, se colocó la mano debajo de la nariz mientras la sangre le brotaba.

—Y mantén las manos alejadas de mí. —le advirtió con gran dignidad, mientras volvía a reinar el silencio en el pub. Se volvió y salió unos segundos antes de que la

multitud estallara en aplausos.

—Toma, prueba esto. —Shawn le entregó un paño. Menudo derecha que tiene nuestra Jude.

—Sí. —tenía que sentarse y así lo hizo al acercarse Darcy un taburete libre—. ¿Qué demonios le ha entrado? —ignoraba que ya se estaban haciendo apuestas sobre la

boda y cogió, agradecido, el hielo que Shawn le trajo.

Se quedó mirando al paño sanguinolento, aturdido y furioso.

—Esta mujer ha conseguido lo que nadie ha hecho en treinta y un años. Me ha roto la puñetera nariz.

CAPÍTULO 20

—No pienso ir tras ella, persiguiéndola como un cachorro. Shawn seguía friendo pescado y patatas mientras Aidan se aplicaba hielo sobre la magullada nariz en la cocina.

—Ya lo has dicho diez o doce veces en los últimos veinte minutos.

—Bueno, no lo voy a hacer.

—Vale, compórtate como un idiota, terco como una mula.

—No te metas conmigo. —Aidan bajó la bolsa de hielo—. Que te puedo devolver el golpe.

—Es lo que has hecho tantas veces que no las puedo ni contar. Pero no por eso eres menos idiota.

—¿Por qué soy un idiota? Ella es la que ha venido con aire arrogante, además en la hora punta, buscando bronca, fastidiándome, chinchándome y rompiéndome la puñetera nariz.

—Eso es lo que te ha molestado, ¿verdad? —Shawn vertió los trozos dorados de pescado y raciones de patatas fritas en los platos, añadió otra de ensalada de col y los adornó con un poco de perejil—. Que después de todos estos años y todas las buenas peleas, ha sido una mujer con la mitad de tu tamaño la que ha logrado la hazaña.

—Fue un puñetazo con suerte. —farfulló Aidan al ver que su orgullo había sido herido de la misma manera que su nariz.

—Más bien es un golpe indeseado a traición. —corrigió Shawn—. Y tú eres el indeseable. —añadió al salir por la puerta de vaivén con los pedidos.

—Y después hablan de la lealtad familiar. —contrariado, Aidan se levantó para buscar una aspirina en los armarios. La cara le dolía como una perra en celo.

En otras circunstancias hubiera admirado a Jude por su despliegue de mal genio y su puntería. Sin embargo, por el momento no podía sentirse así.

Le había herido: el rostro, el orgullo y el corazón. Una mujer nunca le había roto el corazón antes, y no sabía qué diablos hacer. Había llegado a comprender, al menos en parte, que en la noche del *ceili* había metido la pata. No obstante, se había sentido tan firme, tan seguro de sí mismo, que había arreglado todo eso la noche anterior.

Romanticismo y provocación, perseverancia y persuasión. ¿Qué más quería la desgraciada, que se condenara al infierno una y otra vez? Estaban hechos el uno para el otro, cualquiera podía vedo.

Cualquiera, al parecer, menos la misma Jude Frances Murray.

¿Cómo era posible que no lo deseara cuando él la deseaba tanto que apenas podía respirar? ¿Cómo es que no podía ver la vida que tendrían juntos, cuando él la podía ver tan claro como el agua?

Todo tenía que ver con ese primer matrimonio suyo, pensó amargamente. Bueno. Él lo había superado, ¿por qué no podía ella?

—Simplemente está siendo terca. —le comunicó a Shawn cuando su hermano entró.

—Entonces tal para cual.

—Perseguir lo que sabes que está bien no es ser terco.

Shawn agitó la cabeza y comenzó a preparar los emparedados que se necesitaban en el pub. El sitio era un manicomio, reflexionó, con gente que se quedaba mucho más de lo habitual y otros que llegaban al enterarse de la situación. Les habían pedido a Michael O'Toole y Kathy Duffy que echaran una mano en la barra, y Brenna estaba de camino. No creía que Aidan estuviera de humor para servir pintas y dar conversación un rato más.

—No, supongo que no. —replicó tras un momento—. Pero hay maneras y maneras de tratar a las mujeres.

—Anda que sabes tú mucho de mujeres.

—Apuesto que más que tú, ya que ninguna ha llegado a arrearme un puñetazo en la cara.

—Ni a mí tampoco hasta ahora. —incluso medio congelada por el hielo, la nariz le latía como un tambor—. No es la reacción que espera un hombre cuando le pide a una mujer que se case con él.

—Yo diría que no es la petición, sino la forma de pedido.

—¿De cuántas formas se pide? —inquirió Aidan—. ¿Y por qué es esto mi culpa, me gustaría saberlo?

—Porque es lamentablemente evidente que te quiere, y necesita amor a cambio. Así que, si no la hubieras pifiado, no te habría dicho que no y no te hubiera roto la nariz.

Mientras Aidan le miraba boquiabierto, Shawn salió con grandes zancadas para entregar el siguiente pedido. Empezó a levantarse y a seguirle, pero después consideró que ya se habían propagado sus asuntos personales bastante en el pub y en el pueblo ese día. Por lo tanto, se puso a caminar de un lado para otro con impaciencia, y esperó a que Shawn regresara.

Esta vez traía platos vacíos y los colocó en el fregadero.

—¿Por qué no eres útil y friegas los platos? Me están pidiendo más patatas fritas y pescado.

—Quizás metí la pata la primera vez. —comenzó a decir Aidan—. Lo reconozco. Hasta lo hablé con Darcy.

—¿Darcy? —lo único que pudo hacer Shawn fue poner los ojos en blanco—. Ahora puedo decir, sin lugar a dudas, que eres un idiota.

—Es amiga de Jude, y una mujer.

—Sin una pizca de romanticismo en el cuerpo. Olvídate de los platos. Ya me encargaré yo más tarde. —continuó rebozando el pescado en harina—. Siéntate y dime cómo

manejaste el tema.

No estaba acostumbrado a que su hermano menor le diera órdenes y no estaba seguro de cómo se lo tomaría. Sin embargo, era un hombre desesperado, dispuesto a tomar medidas desesperadas.

—¿En qué momento?

—Las veces que fueran, empezando con la primera. —Shawn echó el pescado y las patatas en el aceite y comenzó a preparar una nueva tanda de ensalada de repollo.

Escuchó sin decir palabra mientras trabajaba. Cuando terminó el pedido, antes de que su hermano terminara de hablar, alzó un dedo, sorprendiendo a Aidan hasta hacerle callar, y volvió a salir para servido.

—Ahora bien. —cuando regresó, se sentó, dobló los brazos sobre la mesa y le lanzó una mirada imparcial a Aidan—. Me voy a tomar diez minutos para decirte lo que pienso. Aunque primero tengo una pregunta. Cuando le decías lo que querías, cómo sería, y lo que se debería hacer, por casualidad ¿le mencionaste que la amas?

—Claro que lo hice. —¿no lo había hecho? Aidan cambió de posición en la silla y movió el hombro—. Ella sabe que la quiero. Un hombre no le pide a una mujer que sea su esposa a no ser que la quiera.

—La primera vez descartada, Aidan, no se lo pediste para nada, sino que se lo dijiste, y eso es una cosa completamente diferente. Además, según lo que tengo entendido, el que se lo pidió antes no la quería, si no no hubiera incumplido sus votos antes de que se acabara el año. Desde luego, ella no tendría motivo alguno para creer que la amaba, ¿verdad?

—No, pero...

—¿Se lo dijiste o no?

—Quizás no se lo dijera. No es tan fácil soltar una cosa así.

—¿Por qué?

—No lo es. —masculló Aidan—. Y no soy un puñetero yanqui que la dejaría así. Soy un irlandés que cumple con su palabra, un católico que piensa en el matrimonio como un sacramento.

—Oh, bien, entonces eso la convencerá. Si se casa contigo, será porque tu honor y tu religión harán que estés con ella.

—Eso no es lo que pretendía decir. —la cabeza empezaba a darle vueltas—. Sólo estoy diciendo que debería confiar en mí, que no le voy a hacer daño como se lo han hecho.

—Mejor me lo pones, Aidan, ella confía en que la ames como jamás ha sido amada.

Aidan abrió la boca y volvió a cerrarla.

—¿Cuándo te volviste tan listo?

—Llevo casi treinta años observando a la gente y evitando la situación en la que estás metido ahora. No creo que sea

una mujer que haya recibido amor y respeto equitativamente. Y lo necesita.

—Siento ambas cosas por ella.

—Lo sé. —Shawn compadeció a su hermano y le dio un apretujón en el brazo—. Pero ella no. Es hora de que te humilles. Eso es lo más difícil para ti, lo sé. Ella también lo sabrá.

—Estás diciendo que tengo que arrastrarme a sus pies.

Ahora Shawn esbozó una sonrisa.

—Tus rodillas lo soportarán.

—Supongo que sí. No puede ser más doloroso que una nariz rota.

—¿La quieres?

—Más que a nada en el mundo.

—Si no se lo dices así, si no le entregas tu corazón, Aidan, si no se lo demuestras ni le das tiempo para que confíe en lo que ve en ti, nunca la tendrás.

—Puede que vuelva a rechazarme.

—Quizás. —Shawn se levantó, posó una mano sobre el hombro de Aidan—. Es un riesgo. No recuerdo que nunca hayas tenido miedo de asumir un riesgo.

—Pues entonces debo decirte que ésta es la primera vez. —Aidan extendió la mano y la colocó en la de su hermano—. Estoy aterrizado. —con el estómago algo encogido, se puso de pie—. Me daré una vuelta, si puedes arreglártelas aquí. Quiero aclararme antes de ira verla. —y se tocó la nariz con cautela—. ¿Está mal?

—¡Oh! —contestó Shawn alegremente—. Está mal. Y empeorará.

La mano le dolía como mil demonios. Si no hubiera estado tan ocupada maldiciéndole, se hubiera preocupado por si se le había roto algo. Sin embargo, como aún podía cerrar la mano en un puño, suponía que sólo estaba magullada por haber arremetido contra el bloque de cemento disfrazado que era la cabeza de Aidan Gallagher.

Lo primero que hizo fue coger el teléfono y cambiar su reserva de vuelo. Se iba al día siguiente.

No era porque Aidan la estuviera echando, oh, no, claro que no. Sólo quería irse a Chicago para arreglar lo que tuviera que arreglar rápida, eficiente y personalmente antes de regresar.

Después se instalaría en la casa de campo de Faerie Hill y llevaría una larga y feliz vida haciendo lo que eligiera. Y la única persona que no figuraba en esa lista de opciones era Aidan Gallagher. Llamó a Mollie y se encargó de que cuidara de Finn.

Ya echándole de menos y con un gran sentimiento de culpabilidad por dejarle atrás, le cogió y le abrazó.

—Te lo pasarás genial en casa de los O'Toole. Ya verás. Y estaré de vuelta antes de que te enteres. Te traeré un

regalo. —le dio un beso en la nariz.

Puesto que no estaba de humor para trabajar, subió a la planta de arriba para hacer las maletas.

No necesitaría mucho. Aunque el traslado le llevara una semana o dos, tenía ropa en Chicago. Se las arreglaría con el equipaje de mano y su portátil, y se sentiría muy cosmopolita.

Una vez que estuviera en el avión, se reclinaría en su asiento con una copa de champaña para celebrarlo y haría una lista de todo lo que tenía que hacer.

Convencería a su abuela para que se volviera con ella a pasar el resto del verano. Incluso intentaría convencer a sus padres de que deberían visitarla, para que vieran que estaba instalada y feliz.

Todo lo demás eran cosas prácticas. Vender el coche, los muebles, enviar por barco las pocas posesiones que le encantaban. Le sorprendía qué poco de lo que había coleccionado en los últimos años realmente le gustaba.

—Cerrar cuentas bancarias, reflexionó al depositar su equipaje de mano al lado de la puerta del armario. Terminar el papeleo. Arreglar el cambio permanente de dirección. Una semana, calculó. A lo sumo, diez días y ya estaría terminado.

La venta del apartamento se podría finalizar por correspondencia y por teléfono.

Ya estaba todo solucionado, meditó. Llevaría a Finn y las llaves a la casa de Mollie por la mañana, luego conduciría hasta Dublín. Miró a su alrededor y se preguntó 10 que haría hasta el día siguiente por la mañana.

Por ahora, trabajaría en el jardín para dejado impecable, sin un solo hierbajo o una marchita. Más tarde, iría a visitar a Maude, una vez más, para hacerle saber que se iba unos días.

Satisfecha con la idea, Jude recogió los utensilios de jardinería y los guantes, se colocó el sombrero y salió fuera a trabajar.

Aidan no había pretendido pasear por la tumba de Maude, pero solía seguir sus impulsos. Cuando los pies le llevaron hasta allí se puso a deambular, esperando encontrar la inspiración, o al menos algo de compasión por su situación.

Se agachó para deslizar los dedos por las flores que Jude había dejado allí.

—Viene a menudo a verla. Tiene un cálido corazón y generoso también. Espero que sea lo bastante cálido, lo bastante generoso, para dejarme un poco a mí. Es de su sangre. —añadió—. y aunque no la conocí de joven, he oído historias de que tenía un mal genio y una cabeza terca, con mis debidos respetos. Veo que Jude ha salido a usted, y tengo que admirarla por ello. Voy a verla ahora y a pedírselo otra vez.

—Entonces no cometes el mismo error que yo. Aidan levantó la mirada y vio los intensos ojos verdes. Se

enderezó lentamente.

—Entonces también eres real.

—Tan real como el día. —le aseguró Carrick—. Te ha rechazado dos veces. Si lo vuelve a hacer otra vez, no me servirás de nada y habré perdido el tiempo.

—No le voy a pedir que lo haga por ti.

—De todas formas, sólo me queda una posibilidad. Así que ándate con cuidado, Gallagher. No puedo lanzar un hechizo aquí. Está prohibido, incluso para mí. Sin embargo, tengo que darte un consejo.

—Ya me han dado varios hoy, gracias.

—Pues escucha éste también. El amor, aunque se prometa, no es suficiente.

Contrariado, Aidan se pasó una mano por el pelo.

—¿Entonces qué demonios lo es?

Carrick sonrió.

—Es una palabra que aún se me atraganta un poco. Se llama compromiso. Vete ahora que está embelesada con sus flores. Puede que juegues con ventaja. —la sonrisa se le extendió de oreja a oreja—. Por el aspecto que tienes ahora mismo, necesitarás toda la ayuda que te den.

—Muchas gracias. —masculló Aidan, incluso cuando su visitante se esfumó en un halo plateado en el aire.

Con los hombros encorvados, empezó a caminar hacia la casa de campo.

—Mi propio hermano diciéndome que tengo la cabeza de una mula. Príncipes socarrones insultándome. Mujeres pegándome un puñetazo en la cara. ¿Cuánto más voy a tener que tragar en un puñetero día?

Mientras hablaba, el cielo se encapotó y los truenos retumbaron amenazando tormenta.

—Oh, venga, adelante. —Aidan levantó la mirada con cara de pocos amigos—. Sacude los puños. Es mi vida la que me juego.

Metió las manos en los bolsillos con ímpetu e intentó olvidar que la cara le molestaba como un terrible dolor de muelas.

Se dirigió hacia la parte trasera, estaba a punto de llamar a la puerta de la cocina cuando se acordó de que Carrick le había dicho que estaba con sus flores. Al ver que no se encontraba allí con las flores, pensó que había ido a la parte delantera.

Respirando despacio para calmar los nervios, rodeó la casa.

Estaba cantando. En todo el tiempo que la conocía, nunca la había escuchado cantar. Y aunque había asegurado que lo hacía sólo cuando se ponía nerviosa, no creía que fuera eso lo que la hacía cantar.

Le cantaba a sus flores y eso le conmovió. Tenía una voz dulce y vacilante que transmitía la falta de confianza en ella misma, incluso cuando creía que nadie la escuchaba.

Estaba preciosa, arrodillada junto a sus flores, entonando una canción sobre la soledad en una sala de baile, con su ridículo sombrero de paja ladeado sobre el rostro y el cachorro durmiendo, hecho un ovillo, en el camino a sus espaldas.

No pareció darse cuenta de las oscuras nubes encapotadas, la amenaza de tormentas retumbando. Ella era un punto firme y luminoso en medio de un pequeño mundo mágico, y si no la hubiera amado, se hubiera enamorado en ese mismo instante. No obstante, no sabía explicar el motivo de ello.

Sencillamente, su corazón le pertenecía a ella. Sabía que avanzar sin nada que lo protegiera, era el mayor riesgo al que un hombre podía enfrentarse.

Avanzó hacia delante y pronunció su nombre. La cabeza de Jude giró rápidamente y su mirada se encontró con la de él. Lamentaba que esa mirada dulce y feliz hubiera desaparecido de su cara, dando paso a una expresión fría y dura. Pero no era algo inesperado.

—No tengo nada que hablar contigo.

—Lo sé.

Finn se despertó y con un ladrido jovial salió corriendo a saludarle. Eso era lo que había esperado de ella, se dio cuenta. Que siempre estaría contenta de verle, que iría a su encuentro, con ganas de recibir su atención.

Casi no era de extrañar, pensó Aidan, que ella le hubiese dado una patada cuando la había tratado prácticamente como a un cachorro.

—Tengo unas cuantas cosas que decirte. La primera es que lo siento.

Eso la pilló desprevenida, aunque no lo suficiente como para ablandarla. Puede que le hubiese llevado años aprender a mostrar su carácter, pero ahora sabía hacerlo.

—Bien. Entonces yo me disculparé por haberte pegado.

Tenía la nariz hinchada y la zona morada ya se le iba extendiendo por debajo de los ojos. ¿De verdad le había hecho eso? El hecho le pareció a Jude horrible y vergonzosamente emocionante.

—Me rompiste la nariz.

—¿Sí? —primero la impresión la embargó, y dio un paso hacia él, pero se contuvo—. Bueno, te lo merecías.

—Sí, me lo merecía. —intentó sonreír—. Serás la comidilla del pueblo durante años.

Puesto que halló un lugar oscuro en su interior que la hacía sentir placer por eso, Jude habló con remilgo:

—Estoy segura de que todos encontrarán algo más interesante de que hablar pronto. Bien, si eso es todo, tendrás que disculparme. Tengo que acabar esto y encargarme de otra serie de cosas antes de irme mañana.

—¿Irte? —en ese instante reconoció el pánico cuando le agarró la garganta—. ¿Adónde te vas?

—Vuelvo a Chicago por la mañana.

—Jude... —empezó a avanzar hacia ella, se detuvo en seco, al advertir la chispa de ira en su mirada. Quería arrodillarse, pedir y rogar, se imaginaba que lo haría antes de terminar—. ¿Lo has decidido?

—Sí. Ya me he encargado de todo.

Aidan se dio la vuelta para prepararse ante lo que se avecinaba. Oteó las colinas, el pueblo y el mar. Hogar.

—¿Me podrías decir si te vas por mí o porque lo deseas?

—Es lo que deseo. Sólo estoy...

—Entonces, de acuerdo. —Shawn le había dicho que le humillaría, y desde luego así se sentía. Volvió a girarse, fue lentamente hacia ella—. Tengo cosas que decir, cosas que contarte. Sólo te pido que me escuches.

—Te escucho.

—Estoy en ello. —dijo entre dientes—. Le podrías dar una oportunidad a un hombre cuando está cambiando su vida delante de ti. Te estoy pidiendo otra oportunidad, aunque no me la merezca. Te pido que te olvides de cómo me expresé en las dos ocasiones anteriores y que escuches cómo me vaya expresar ahora. Eres una mujer fuerte. Eso es algo que estás descubriendo ahora, pero no eres de piedra. Por lo tanto, te pido que dejes a un lado tu enfado por un momento para que puedas ver...

Cuando la voz se le fue apagando, con aspecto perplejo y nervioso, ella sólo meneó la cabeza.

—No sé de lo que estás hablando. He aceptado tus disculpas y tú has aceptado las mías.

—Jude. —le agarró el brazo y se lo apretó con bastante fuerza como para que los ojos de ella se abrieran ante la sorpresa—. No sé cómo hacer esto. Estoy hecho un manojo de nervios. Antes nunca había importado, ¿no lo ves? Tengo palabras. Miles de palabras, pero no sé cuáles usar contigo porque mi vida está en juego.

Le había hecho daño, se dio cuenta Jude. No sólo físicamente. Había abofeteado su ego, le había humillado delante de sus amigos y su familia. Y todavía le pedía disculpas. Ahora parte de ella empezaba a ablandarse.

—Ya lo has dicho, Aidan. Lo apartaremos, tal como has dicho, y olvidaremos que ha pasado.

—Nunca lo he dicho, y ése es el problema. —de nuevo la mirada de Aidan reflejaba furia, y su voz también. En lo alto, los truenos estallaban como bolas de plomo—. Las palabras tienen magia. Hechizos y maldiciones. Algunas, las mejores, cuna vez pronunciarlas cambian todo. Por lo tanto, no las he dicho, esperando, de forma cobarde, que tú cambiaras primero y luego yo sólo tener que ocuparme de ti. Eso también lo siento. Sí que quiero cuidarte. —extendió una mano hacia su mejilla—. No lo puedo evitar. Te quiero dar cosas y enseñarte lugares y verte feliz.

—Eres un hombre amable, Aidan. —empezó a decir.

—No tiene nada que ver con la amabilidad. Te quiero, Jude.

Aidan vio cómo la mirada de ella se transformó, y el

hecho de que reflejara sorpresa y recelo le demostró hasta qué punto se había equivocado. No le quedaba otra alternativa que desnudar su corazón—. Estoy perdidamente enamorado de ti. Creo que lo he estado desde el momento en que te vi, quizás de alguna manera incluso antes de conocerte. Tú eres lo que busco. Nunca ha habido nadie antes, ni habrá nadie después.

Jude sintió una necesidad imperiosa de sentarse, pero sólo quedaba el suelo, y parecía demasiado lejano.

—No estoy segura... No lo sé. ¡Oh, Dios!

—No te meteré prisa como lo hice antes. Te daré todo el tiempo que necesites. Sólo te pido que me des la oportunidad. Arreglaré las cosas aquí y después me iré a Chicago. Puedo abrir un pub allí. Ella tuvo que agarrarse la cabeza para asegurarse de que seguía encima de los hombros.

—¿Qué?

—Si necesitas estar allí, está bien.

—¿Chicago? —ya le daba igual la cabeza. Le daba igual todo menos el hombre que le aferraba la mano y le miraba a los ojos como si todo lo que quisiera en el mundo estuviera concentrado ahí—. ¿Te irías de Ardmore y vendrías a Chicago?

—Iría a cualquier parte por estar contigo.

—Necesito un momento. —apartó la mano para dirigirse a la verja y apoyarse sobre ella mientras recobraba el aliento.

Él la amaba. Y por ello, renunciaría a su hogar, a su legado, a su país para seguida. No le estaba pidiendo que fuera lo que él quería, lo que él esperaba. Porque tal como ella era, bastaba.

Y aún más. Él le estaba ofreciendo ser lo que ella deseaba. Lo que esperaba.

Un milagro.

No, no, no quería considerar que amar y ser amada a cambio, con la misma fuerza, intensidad y desesperación, fuese un milagro. Se merecían el uno al otro, y la vida que tendrían juntos.

Por lo tanto, lo consideraría como justo. Desde luego, Jude Murray sí que se había encontrado a sí misma. Y mucho más.

El corazón de Jude permanecía firme cuando se dio la vuelta. Firme, tranquilo y calmado. Aidan no sabía cómo interpretar la pequeña sonrisa en su cara.

—Dijiste que necesitabas una esposa.

—Y la necesito, con tal de que seas tú. Esperaré todo el tiempo que necesites.

—¿Un año? —arqueó las cejas—. ¿Cinco, diez?

Los nudos en el estómago se le retorcieron como serpientes.

—Bueno, espero que te pueda convencer antes.

Los sueños implicaban riesgos, pensó Jude. Y valor. Su

sueño más anhelado estaba ahí, esperando su respuesta.

—Dime otra vez que me quieres.

—Con todo mi corazón, con todo lo que soy y seré, te quiero, Jude Frances.

—Eso es muy persuasivo. —sin apartar la mirada, volvió a dirigirse hacia el camino del jardín—. Cuando me di cuenta de que te atraía, pensé que tendría una aventura algo ardiente, loca y osada. Nunca había tenido una, y aquí estaba este irlandés grande y guapetón, más que dispuesto a colaborar. ¿No era eso lo que querías también?

—Sí... eso creía. —el pánico le sobrevino—. Maldita sea, no es suficiente.

—Eso es oportuno porque el problema era... es... —se corrigió— que no estoy hecha para aventuras locas, no a largo plazo. Así que, incluso antes de esa primera noche, cuando me subiste en brazos, estaba enamorada de ti.

—A *ghra*. —pero cuando él fue a alcanzada, ella sacudió la cabeza y retrocedió.

—No, hay más. Me vuelvo a Chicago, no para irme, sino para vender mi apartamento, y arreglar mis asuntos para que pueda vivir aquí permanentemente. No era por ti, no es por ti por lo que he elegido hacer esto. Es por mí. Quiero escribir. Estoy escribiendo. —se corrigió—. Un libro.

—¿Un libro? —todo el rostro se le iluminó, con un orgullo que la sorprendió. Y eso lo selló todo—. Es maravilloso. Oh, es para lo que estás hecha.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque sólo con decido te hace feliz. Se ve y la forma en que cuentas las historias es maravillosa. Te lo dije antes.

—Sí. —dijo en voz baja—. Sí que me lo dijiste. Me lo dijiste antes de que yo pudiera decirlo.

—Me alegro tanto por ti.

—Siempre he querido hacerlo, pero no tenía el valor ni siquiera de planteármelo. Ahora sí. —ahora comprendía que tenía el valor para cualquier cosa. Para todo—. Quiero escribir, y se me va a dar bien. Quiero escribir aquí. Ahora éste es mi lugar. Este es mi hogar.

—¿No te ibas?

—No por mucho tiempo, aunque estaba decidida a no volver a ti. He encontrado mi sitio aquí. Mi sitio, Aidan. Tenía que ser mío primero. Y he encontrado una meta. Eso también tenía que ser mío.

—Lo entiendo. —extendió la mano, tocando sólo las puntas de su cabello—. Lo entiendo porque yo era igual. ¿Puedes aceptar que eso lo sé y que quiero todo eso para ti, y también quiero el resto?

—Puedo aceptar que he encontrado mi sitio, mi meta y que ahora te he encontrado a ti. Por lo tanto, volveré a por ti. Y se me va a dar todo bien, muy bien. —en esta ocasión ella tendió la mano y tomó la de él—. Me has dado las palabras, Aidan, y la magia de ellas. Te las

devolveré. Porque lo que comencemos aquí, hoy, lo comenzaremos partiendo de cero.

Se detuvo, esperando los temores y las dudas, pero todo lo que la embargaba era alegría.

—Nunca hubo alguien antes. —dijo en voz baja—. Aunque quería que lo hubiese, intenté convertirme en alguien para que lo hubiese, porque temía estar sola. Ahora he aprendido a estado, y a confiar en mí, a gustarme. No voy a llegar hasta ti débil, maleable y dispuesta a hacer todo lo que me digan para no causar problemas.

Con el corazón alegre, se tocó ligeramente la nariz magullada.

—Creo que he recibido esa parte, cariño.

Jude se rió, no se arrepentía en absoluto.

—Una vez que te tome, no habrá nadie más después —extendió la otra mano—. Para siempre, Aidan, o nunca.

—Para siempre. —Aidan asió sus manos, acercando primero una y luego la otra a sus labios, después, respirando hondo, se arrodilló a sus pies.

—¿Qué estás haciendo?

—Lo estoy haciendo como es debido, por fin. Aquí no hay orgullo. —le respondió y el corazón le afloraba a los ojos—. No tengo una bolsa de joyas recogidas del sol para derramar a tus pies. Sólo tengo esto.

Metió la mano en el bolsillo para sacar un anillo. El aro era delgado y viejo. El pequeño diamante en el centro atrapó un rayo de luz extraviado y brilló entre ellos, una promesa cumplida una vez, esperando ser entregada y volverse á cumplir.

—Fue de la madre de mi madre, y la piedra es pequeña, la montura sencilla. Pero ha durado. Te pido que lo aceptes y me aceptes a mí, porque el amor que siento por ti es incommensurable. Sé mía, Jude, como yo soy tuyo. Construye una vida conmigo partiendo de cero. Cualquiera que sea esa vida, dondequiera que sea, es nuestra.

Jude se prometió a sí misma que no lloraría.

En un momento así quería tener los ojos despejados. El hombre al que amaba estaba arrodillándose a sus pies, y ofreciéndole... todo.

Y se arrodilló junto a él.

—Aceptaré el anillo y te aceptaré a ti y os guardaré como un tesoro. Te perteneceré, Aidan, tal como tú me perteneces. —tendió la mano para que él pudiera colocarle el anillo, una promesa, en forma de círculo, para el corazón—. Y la vida que construiremos empieza ahora.

Mientras deslizaba el anillo en su dedo, las nubes se apartaron de inmediato y el sol vertió una luz tan brillante como las joyas.

Y arrodillados allí, entre las flores, no se percataron de la figura observándoles desde la ventana, ni la nostalgia con que los miraba.

Se alcanzaron. Sus labios se encontraron. Y al sentir el dolor punzante de nuevo, Aidan inhaló hondo.

—¡Ay! Me duele.

Jude se apartó, procurando no reírse mientras le acariciaba la mejilla.

—Vamos dentro, te pondremos hielo.

—Tengo una mejor cura que eso. —se levantó y la alzó en sus brazos—. Simplemente ten un poco de cuidado y estaremos bien.

—¿Estás seguro de que está rota?

La miró de soslayo.

—Pues, como sucede que está pegada a mi cara, estoy seguro. Y no hay ninguna necesidad de que estés tan contenta. —le plantó un beso en la frente al detenerse en la puerta delantera—. Y estoy pensando que éste puede ser el momento de recordarte, Jude Frances, que me debes doscientas libras.

—Y yo estoy pensando que tú vas a hacer que merezca la pena.

Alzó la mano, observó cómo relucía el pequeño diamante a la luz del sol. Y después, tendiéndola, avanzando, abrió la puerta ella misma

Notas del traductor

BRIGNDOON

Musical de Vincent Minelli, trata sobre una pequeña aldea escocesa, sometida a un encantamiento. Durante un siglo la ciudad permanece inalterable e invisible al mundo exterior, y una vez cada cien años, tan sólo por un día, se vuelve visible y es visitada por forasteros. De esta forma, se preserva de la corrupción y maldad exterior, manteniendo su encanto y armonía original.

JET LAG

Anglicismo por desfase horario: «inconveniencias que el cambio de hora causa a los viajeros de largos recorridos a través de meridianos distintos».

OGHAM

Antiguo alfabeto británico e irlandés, compuesto por veinte caracteres formados por trazos paralelos a ambos lados o a lo largo de una línea continua.

SLAINTE

Vocablo del idioma gaélico equiparable a «Salud», utilizado a la hora de brindar.

KERRY BLUE

Dícese de una raza de perros de origen inglés, de talla pequeña o mediana y pelo duro de extensión variable, color azul grisáceo.

BANSHESS

En la mitología irlandesa, un bombee es un espíritu femenino cuyo llanto vaticina la muerte en un hogar.

POOKAS

En la mitología irlandesa, un pooka es un duende.

BRUNCH

Comida típicamente americana, consiste en un desayuno fuerte que se toma a media mañana, normalmente los fines de semana. Casi todos los restaurantes y cafeterías lo ofrecen.

SHAPESHIFTER

Son criaturas capaces de cambiar de forma, como el hombre lobo, ejemplo clásico del folclore europeo.

KRIS KRINGLE

Otra denominación de Santa Claus, originario del alemán *Christkindl*.

FINN

En la mitología irlandesa, Finn MacCool fue el héroe de un ciclo de leyendas sobre una banda de guerreros que defendía Irlanda. Padre del legendario guerrero y bardo irlandés Ossian (siglo III d. C.).

STEPTOE

Baile irlandés caracterizado por ritmos marcados, por los pies.

TRINITY COLLEGE

Institución privada de estudios superiores fundada en 1823 en Hartford, Connecticut, EE.UU.

GHRA

«Amor», en gaélico en el original.

MAVOURNEEN

«Cariño», en gaélico en el original.

SMITHSONIANO

Fundación americana dedicada a la educación e investigación científica, radicada en Washington D.C.; fue fundada en 1846.

JIGA

Las jigas son rápidas piezas de bailes. Difieren de los bamboleos por el hecho de que cada sonido se subdivide en tres pulsos en vez de cuatro.

KELLS

Libro evangélico ilustrado con miniaturas, obra maestra del estilo ornamental sajón, probablemente iniciado a finales del siglo VIII en el monasterio irlandés de la isla escocesa de Iona y que, tras un saqueo vikingo, fue llevado al monasterio de Kells en el condado de Meath, y completado a principios del siglo IX.

STEP—DANCE

Baile irlandés caracterizado por ritmos marcados por los pies.

COLCANNON

Típico plato irlandés y escocés compuesto de col y patatas, hervidas y trituradas.

BODHAM

El tambor bodham es un sencillo y antiguo tipo de tambor, conocido como caja, cruzado por el anverso con dos barras, que facilita el manejo y permite caminar y tocar al mismo tiempo. Se toca con un palo de doble final.

REELS

Baile de origen escocés e irlandés.

COLLEEN

«Niña» o «chica», en el original en gaélico.

GARDA

Cuerpo de policía estatal de la República Irlandesa.